UN THRILLER DE DAVID RAKER

TIM WEAVER

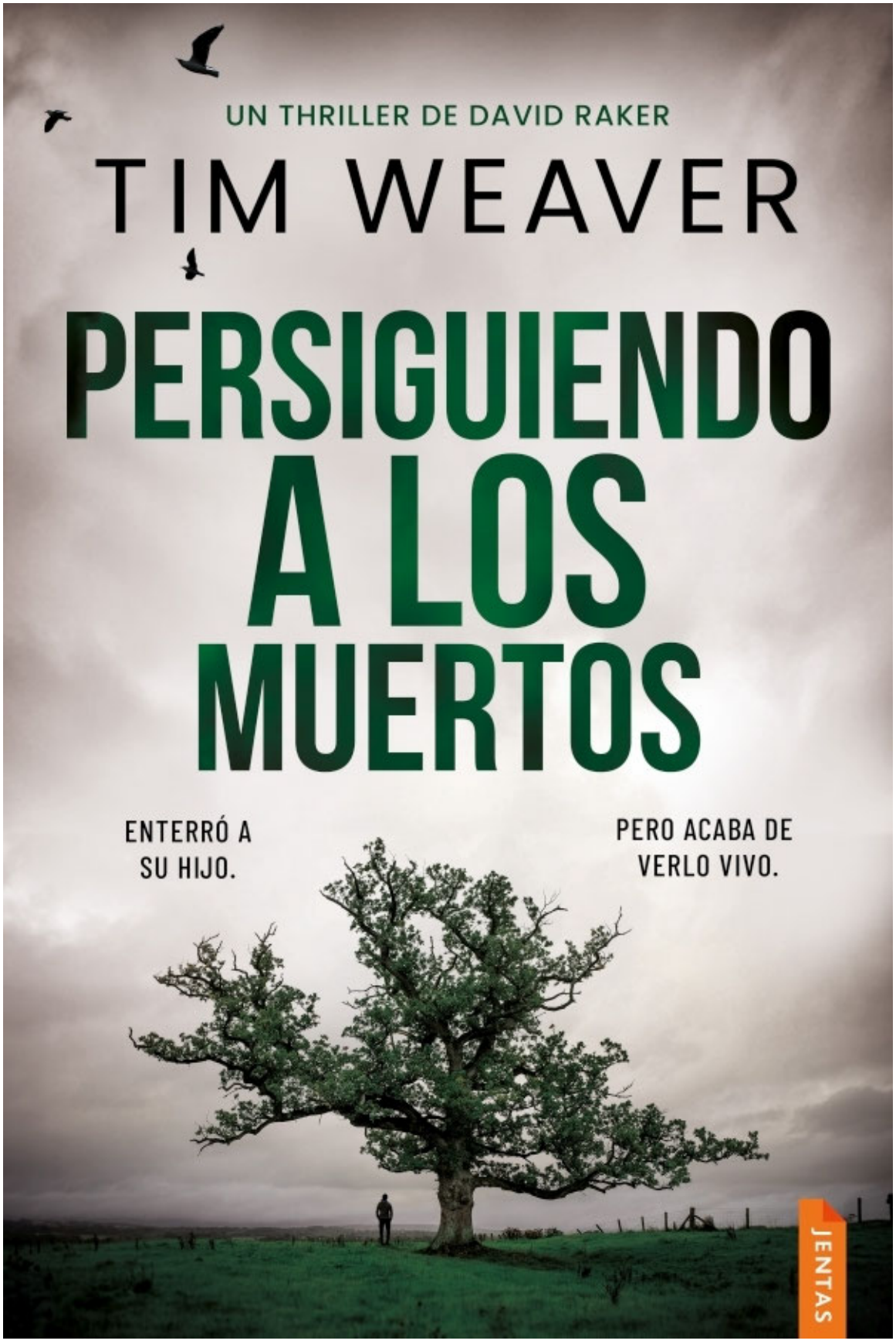
PERSIGUIENDO A LOS MUERTOS

ENTERRÓ A SU HIJO.

PERO ACABA DE VERLO VIVO.



JENTAS


UN THRILLER DE DAVID RAKER
TIM WEAVER
PERSIGUIENDO A LOS MUERTOS
ENTERRÓ A SU HIJO.
PERO ACABA DE VERLO VIVO.
JENTAS

Persiguiendo a los muertos

Persiguiendo a los muertos

Título original: Chasing the Dead

© Tim Weaver, 2010. Reservados todos los derechos.

© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

Traducción: Ana Castillo, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1332-4

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

Published by agreement with Darley Anderson and Associates Ltd.

Para Sharlé.

Y el mar se volvió en sangre, como de muerto; y murió toda alma viviente había en el mar.

Apocalipsis 16:3

PRIMERA PARTE

1

A veces, hacia el final, era como si se estuviera ahogando: me despertaba tirando del borde de mi camisa, con los ojos destellantes, suplicándome que la sacara a la superficie. Siempre me gustaron esos momentos, a pesar de su sufrimiento, porque significaba que había durado un día más.

Su piel era como un lienzo en esos últimos meses, tensada contra sus huesos. También había perdido todo el pelo, salvo algunos mechones alrededor de la parte superior de las orejas. Pero eso nunca me importó; en absoluto. Si me hubieran dado a elegir entre tener a Derryn un día como era cuando la conocí o tenerla el resto de mi vida como era al final, habría optado por como era al final, sin ni siquiera pararme a pensarlo. Porque, en los momentos en que pensaba en una vida sin ella, apenas podía respirar.

Tenía treinta y dos años, siete menos que yo, cuando se encontró el bulto. Cuatro meses después, se desmayó en el supermercado. Yo trabajaba como periodista desde hacía dieciocho años, pero, después de que ella sufriera un segundo colapso —en esa ocasión, en el metro—, dimití, me hice autónomo y me negué a viajar. No fue una decisión difícil. No quería estar al otro lado del mundo cuando recibiera una tercera llamada diciéndome que, esa vez, se había caído y había muerto.

El día que dejé el periódico, Derryn me llevó a una parcela que había elegido para ella en un cementerio del norte de Londres. Miró su tumba, me miró a mí y sonrió. Lo recuerdo con claridad. Una sonrisa atravesada por tanto dolor y miedo que me hizo querer romper algo. Quería golpear hasta que todo lo que sintiera fuera entumecimiento. En lugar de eso, la cogí de la mano, la atraje hacia mí e intenté aprovechar cada segundo del tiempo que nos quedaba.

Cuando quedó claro que la quimioterapia no funcionaba, decidió dejarla. Aquel día lloré, lloré de verdad, probablemente por primera vez desde que era niño, pero, echando la vista atrás, tomó la decisión correcta. Todavía le quedaba algo de dignidad. Sin las visitas al hospital y el tiempo que tardaba en recuperarse de ellas, nuestras vidas se volvieron más espontáneas, y esa fue una forma emocionante de vivir durante un tiempo. Ella leía mucho y empezó a escribir un diario, y yo hice algunos trabajos en la casa, pintando paredes y arreglando habitaciones. Y un mes después de que dejara la quimioterapia, empecé a invertir dinero en la creación de un estudio. Como me recomendó Derryn, necesitaría un lugar para trabajar.

Excepto que el trabajo nunca llegó. Hubo un poco —como comisiones por condolencias, sobre todo—, pero mi negativa a viajar me convirtió en el último recurso. Me había convertido en el tipo de trabajador autónomo que siempre había detestado. No quería ser esa persona, ni siquiera era consciente de que lo fuera. Pero, cada día que pasaba, Derryn se volvía un poco más importante para mí, y me resultaba difícil ser de otra manera.

Un día llegué a casa y encontré una carta en la mesa del salón. Era de una amiga de Derryn.

Estaba desesperada.

Su hija había desaparecido y la policía no parecía interesada en encontrarla. Yo era la única persona que ella creía que podría ayudarla.

La oferta que me hizo era enorme —más de lo que yo merecía por lo que equivaldría a unas pocas llamadas telefónicas—, pero la situación me dejó paralizado por la incertidumbre. Definitivamente necesitaba el dinero, y tenía fuentes dentro de la Policía Metropolitana que habrían encontrado a su hija en días. Pero no

estaba seguro de querer que mi nueva vida se uniera a la anterior. No estaba seguro de querer volver a nada de aquello.

Así que dije que no.

Sin embargo, cuando me dirigí con la carta al jardín trasero, Derryn se mecía con suavidad en su mecedora con un pequeño atisbo de sonrisa en la cara.

—¿De qué te ríes?

—No estás seguro de si deberías hacerlo.

—Estoy seguro —dije—. Estoy seguro de que no debería hacerlo.

Ella se limitó a asentir.

—¿Tú crees que sí?

—Es perfecto para ti.

—¿El qué? ¿Buscar niños desaparecidos?

—Sí —dijo ella—. Aprovecha esta oportunidad, David.

Y así fue como empezó. Empujé la duda hacia abajo junto con la tristeza y la rabia, y encontré a la niña tres días después en un apartamento en Walthamstow. A eso le siguieron más trabajos, más personas desaparecidas, y pude ver cómo volvían a mí los efectos de la carrera profesional que había dejado atrás. Vivía haciendo preguntas, llamadas, intentando seguir el rastro. Siempre me había gustado más la parte de investigación del periodismo, el trabajo sucio, la excavación, que la de escribir. Y, después de un tiempo, tras unos cuantos casos a mi espalda, supe que era la razón por la que nunca me sentí fuera de lugar trabajando con personas desaparecidas, porque el proceso, el curso de la persecución, era exactamente el mismo. La mayor parte era cuestión de preocuparse

lo suficiente. La policía no tenía tiempo para encontrar a todas las personas que se iban de casa y no volvían, y creo que a veces no entendían por qué desaparecían. La mayoría de ellos no se iban solo para demostrar algo. Se marchaban porque sus vidas habían dado un giro incontrolable, y la única forma de afrontarlo era huyendo. Lo que ocurría después, las trampas en las que caían, eran las razones por las que nunca podían volver atrás.

Pero, a pesar de los cientos de personas que desaparecen cada día de cada año, no estoy seguro de haber esperado nunca ganarme la vida intentando encontrarlas. Nunca lo sentí como un trabajo, no como el periodismo. No obstante, al cabo de un tiempo, cuando el dinero empezó a llegar de verdad, Derryn me convenció para que alquilara una oficina cerca de nuestra casa, en un esfuerzo por sacarme de allí, pero también —más que eso, creo— para convencerme de que podía llegar lejos en mi carrera con esas investigaciones.

Lo calificó de plan a largo plazo.

Dos meses después, murió.

2

Cuando abrí la puerta de mi despacho, hacía frío y dentro había cuatro sobres en el suelo. Lancé el correo sobre el escritorio y abrí las persianas.

La luz de la mañana irrumpió, revelando fotos de Derryn por todas partes.

En una de ellas, mi favorita, estábamos en una ciudad costera desierta de Florida, con la arena cayendo al mar y las medusas esparcidas como plásticos transparentes por la playa. A la luz débil, estaba preciosa. Sus ojos brillaban en azul y verde. Tenía pecas esparcidas a lo largo de la nariz y bajo la curva de los pómulos. El pelo rubio, decolorado por el sol y la piel, morena a lo largo de los brazos.

Me acerqué a la foto.

A su lado, mis ojos eran oscuros, y también mi pelo. Yo sobresalía por encima de ella con mi metro ochenta, su cabeza apoyada en mi pecho, su cuerpo encajado en el mío. Si, en los años transcurridos desde que se había tomado la fotografía, se había producido algún cambio físico en mí, era lo bastante sutil como para que la gente no lo notara. Hacía ejercicio, me cuidaba, igual ahora que entonces. Sin embargo, pude ver claramente la diferencia. La versión de mí en la fotografía carecía del peso del duelo. No era consciente de lo que se avecinaba. Ahí se asomaba en mí una chispa, un brillo. La pena era solo una palabra, como cualquier otra.

En aquel entonces no habría podido identificarme con las familias de los desaparecidos, porque no las habría entendido.

Pero ahora las entendía.

Me di la vuelta en la silla y los miré a todos, a los rostros de las personas que buscaba. Sus sonrisas llenaban toda una pizarra de corcho en la pared que había detrás de mí.

Cada espacio. En cada esquina.

Eran todo lo que tenía ahora.

Pasé la mayor parte del día sentado en mi escritorio con las luces apagadas, sin saber exactamente por qué había ido. Hacía justo un año y medio que habían sacado a Derryn de casa en camilla. El teléfono sonó un par de veces, pero lo dejé, escuchando su eco por la oficina. Sabía que no estaba en el estado de ánimo adecuado para pensar en aceptar ningún trabajo, así que cuando el reloj marcó las cuatro, empecé a recoger.

Fue entonces cuando llegó Mary Towne.

La oí subir las escaleras, despacio, paso a paso, y entonces la puerta de la planta de arriba crujió y se abrió. Conocía a Mary desde hacía unos años. Solía trabajar en A&E con Derryn. Su vida había sido trágica, igual que la mía: su marido padecía alzhéimer y su hijo se había ido de casa seis años antes sin decírselo a nadie. Al final, apareció muerto.

—Hola, Mary.

Ella se sobresaltó.

Sentada en el extremo opuesto de la sala de espera, levantó la vista. Su piel estaba oscurecida por las arrugas, cada uno de sus cincuenta años grabados en su rostro. Había sido hermosa en su juventud, pero su vida había dado muchas vueltas y ahora llevaba el dolor como una capa. Su pequeña figura se había encorvado ligeramente. El color había empezado a desaparecer de sus mejillas y sus labios. Gruesos mechones grises habían empezado a surgir de su cabello.

—Hola, David —dijo en voz baja—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Le estreché mano—. Ha pasado bastante tiempo.

—Sí. —Miró hacia su regazo—. Un año.

Se refería al funeral de Derryn.

—¿Cómo está Malcolm?

Malcolm era su marido. Ella me miró y se encogió de hombros.

—Estás muy lejos de casa —le dije.

—Lo sé. Necesitaba verte.

—¿Por qué?

—Necesitaba hablar contigo.

Intenté imaginar sobre qué.

—No pude localizarte por teléfono.

—No.

—Llamé un par de veces.

—Es que... —Miré hacia mi despacho. Hacia las fotos de Derryn—. Es un momento difícil para mí estos días. Hoy, en particular.

Ella asintió.

—Sé que lo es. Y siento molestarte, David. Es solo que... Sé que te importa lo que haces. Este trabajo. Necesito a alguien así. Alguien que se preocupe. —Volvió a mirarme—. ¿Te acuerdas de Alex?

Alex era su hijo.

—Por supuesto.

—¿Recuerdas lo que le pasó?

—Murió.

—Quiero decir, los detalles.

Me quedé en silencio, mirándola, preguntándome a dónde iba todo aquello.

—¿David?

—¿Por qué no pasamos a mi despacho? —dije, y la conduje fuera de la sala de espera y de vuelta a mi escritorio. Miró las fotos de las paredes y sus ojos se movieron entre ellas—. Siéntate —le dije, acercándole una silla.

Dio las gracias con la cabeza.

Yo me senté frente a ella.

—Háblame de Alex.

—Murió en un accidente de coche —dijo en voz baja.

—Lo recuerdo, sí.

—Estaba... Estaba borracho. Conducía un Toyota, como el que tenía su padre, y chocó contra un camión. Era un coche muy pequeño. Acabó a quince metros de la carretera, en medio de un campo; calcinado entero, como él. Tuvieron que identificar a Alex por los registros dentales. —Se detuvo, serenándose—. Pero ¿sabes qué fue lo peor? Que antes de morir, desapareció. Se había ido cinco años antes de ese accidente. Cinco años. Después de todo lo que habíamos hecho como familia, él simplemente... desapareció. Y la siguiente vez que lo vi...

No pudo terminar la frase.

—Lo siento —dije.

—Cinco años después de su desaparición, lo único que me dejó fue el recuerdo de su cuerpo tendido en la losa de un tanatorio. Nunca me quitaré esa imagen de la cabeza. Solía abrir los ojos en mitad de la noche y verlo así de pie junto a mi cama. —A Mary le brillaban los ojos—. No creo que lo conocieras en persona, pero seguro que oíste hablar de él a Derryn.

Sacó una fotografía y me la entregó. Aparecía ella, con los brazos alrededor de un chico de unos veinte años. Era guapo. Pelo negro, ojos verdes, probablemente metro setenta, pero fornido, como si alguna vez hubiera sido nadador.

Los dos sonreían.

—Este es Alex. Era Alex. Es la última foto que le hicimos. —Señaló la imagen con la cabeza—. Fue un par de días antes de que se marchara.

—Es una bonita foto.

—Se fue cinco años antes de morir.

—Sí, lo has dicho.

—En todo ese tiempo, ni una sola vez supimos de él.

—Lo siento mucho, Mary —volví a decir, solo por consolarla.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Por eso puedes ayudarme.

La miré fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero parecer una madre que no puede superar el hecho de que su hijo ha muerto. Créeme, sé que está muerto. Lo vi tendido allí con mis propios ojos. —Hizo una pausa. Pensé que iba a llorar, pero entonces se apartó el pelo de la cara y su mirada se volvió más oscura, más profunda—. Hace tres meses, salí tarde del trabajo y, cuando llegué a la estación, había perdido el tren. Acababa de arrancar. Si pierdo el tren, tengo que esperar al siguiente, que no sale hasta cincuenta minutos después. Alguna vez lo he perdido. Cuando eso ocurre, siempre voy a una cafetería que conozco cerca de la estación y me siento en una de las mesas a ver pasar la vida.

Se detuvo, estudiándome.

—Vale —dije, invitándola a que continuara.

—Estaba pensando en un trabajo que había hecho, en unos pacientes que había visto ese día, cuando... —Sus ojos se entrecerraron, como si estuviera decidiendo si podía confiar en mí... y luego volvieron a brillar y dio un largo suspiro—. Lo vi —dijo.

—¿A quién?

—A Alex.

Tardé un momento en asimilarlo.

«Dice que vio a su hijo muerto».

—Yo... No lo entiendo —dije.

—Vi a Alex.

—¿Lo viste?

—Sí.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que lo vi.

Sacudí la cabeza.

—Pero ¿cómo?

—Iba caminando por el otro lado de la calle.

—Sería alguien que se le parecía.

—No —respondió en voz baja, controlada—, era él.

—Pero está muerto.

—Lo sé.

—Entonces, ¿cómo es posible que fuera él?

—Lo era, David.

—¿Cómo puede ser?

—No lo sé —dijo, sin apartar los ojos de los míos—. No sé cómo, pero era él. Era mi hijo. —Se detuvo, y tragó saliva—. Era Alex.

3

La miré fijamente, sin saber qué decir.

—Sé lo que estás pensando —dijo—, pero no estoy loca. Mi madre, mi hermana, hace años que se fueron y no las veo. Te juro, David, que vi a Alex ese día. Lo vi. —Se levantó de su asiento, llevando consigo su bolso—. Te pagaré por adelantado —dijo con rapidez—. Si es la única forma de convencerte de que te digo la verdad, te pagaré ya.

—¿Has denunciado esto?

—¿A la policía?

—Sí.

Volvió a sentarse.

—Por supuesto que no.

—Deberías.

—¿Qué sentido tiene?

—Porque eso es lo que hay que hacer, Mary.

—Mi hijo está muerto, David. ¿Piensas que me creerían?

—¿Por qué pensaste que yo sí te creería?

Mary echó un vistazo a la habitación.

—Conozco parte de tu dolor, David, créeme. Mi primo murió de cáncer. En muchos sentidos, esa terrible enfermedad se lleva consigo a toda la familia. Cuidas a alguien durante mucho tiempo, lo ves

enfermo, te acostumbras a tenerlo así, y entonces, cuando de repente no está, no solo lo pierdes a él, sino lo que su enfermedad aportaba a tu vida. Pierdes la rutina.

No pude decir nada.

—No te conozco tan bien como conocía a Derryn, pero sé esto: me he arriesgado a que me creas porque, si por un momento invirtiéramos esta situación y tú hubieras visto a la persona que amabas, sé que te arriesgarías a que te creyera.

—Mary... —Ella me miró, esperando una reacción por mi parte—. Tienes que ir a la policía.

—No.

—Piensa en lo que...

—No me faltes al respeto —dijo ella, levantando la voz por primera vez—. Haz lo que quieras, pero no me insultes diciéndome que piense en lo que digo. ¿De verdad crees que me he pasado los últimos tres meses haciendo otra cosa que no sea eso? No puedo ir a la policía. —Se inclinó hacia delante en su asiento y los dedos de una de sus manos arañaron los extremos de su gabardina—. En el fondo, tú también sabes que no puedo.

—Mary —respondí en voz baja—, pero ¿cómo puede estar vivo?

—No lo sé.

—Es imposible.

—No lo entiendes —dijo ella.

Estaba señalando la diferencia entre nosotros. Yo había visto morir a un ser querido; ella había hecho lo mismo, pero el suyo había

regresado de algún modo. Ambos comprendimos la situación y, gracias a ello, ella pareció ganar confianza.

—Era él.

—Estaba muy lejos. ¿Cómo podías estar segura?

—Lo seguí.

—¿Lo seguiste? ¿Hablaste con él?

—No.

—¿Te acercaste a él?

—Pude ver la cicatriz en su mejilla de cuando se cayó jugando al fútbol en la escuela.

—¿Parecía... herido?

—No. Parecía sano.

—¿Qué estaba haciendo?

—Llevaba una mochila al hombro. Se había rapado el pelo. Solía llevar el pelo largo, como en la fotografía que te he mostrado. Cuando lo vi, se lo había afeitado. Parecía diferente, más delgado, pero era él.

—¿Cuánta distancia lo seguiste?

—Alrededor de un kilómetro. Acabó entrando en una biblioteca de Tottenham Court Road, estuvo unos quince minutos.

—¿Qué hacía ahí dentro?

—No entré.

—¿Por qué no?

Mary se detuvo.

—No lo sé. Cuando lo perdí de vista, empecé a no creer lo que había visto.

—¿Volvió a salir?

—Sí.

—¿Y te vio?

—No. Lo seguí hasta el metro, y ahí es donde lo perdí. Ya sabes cómo de lleno suele estar. Lo perdí entre la multitud. Yo quería hablar con él, pero lo perdí.

—¿Lo has vuelto a ver desde entonces?

—No.

Me volví a sentar en mi silla.

—¿Dices que esto pasó hace tres meses?

Ella asintió.

—El 5 de septiembre.

—¿Y Malcolm?

—¿Qué pasa con él?

—¿Le has dicho algo?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué sentido tendría? Tiene alzhéimer. La mayoría de los días, ni siquiera puede recordar mi nombre.

Miré la foto de Derryn que tenía sobre la mesa.

—Ponte en mi lugar, Mary. Piensa en cómo suena todo esto.

—Sé cómo suena —respondió ella—. Parece imposible. Llevo tres meses con esto, David. ¿Por qué crees que no he hecho nada hasta ahora? La gente pensaría que he perdido la cabeza. Mírate: eres la única persona que pensé que podría creerme, y tú también piensas que miento.

—No creo que mient...

—Por favor, David.

—No creo que estés mintiendo —dije—. Pero sí que tal vez estás confundida.

La ira pasó por sus ojos y luego desapareció de nuevo, sustituida por la aceptación de que tenía que ser así. Bajó la mirada a su regazo, al bolso que tenía sobre él.

—La única manera que se me ocurre de persuadirte es pagándote.

—Mary...

—Tú conoces gente...

—Esto es diferente.

—Conoces gente —volvió a decir.

—Tienes que ir a la policía.

De nuevo, silencio. Se llevó la mano a la cara.

—Vamos, Mary. ¿Entiendes lo que te digo?

Ella no se inmutó.

—Conozco a algunos tipos en la Policía Metropolitana —dije.

Sacudió suavemente la cabeza.

—Para eso les pagan.

Levantó la vista, con lágrimas en los ojos.

—Aquí tengo algunos nombres —continué, abriendo el cajón superior de mi escritorio, de donde saqué una agenda que utilizaba cuando aún trabajaba en el periódico—. Déjame ver. —La oí resoplar y la vi limpiarse las lágrimas de la cara, pero no levanté la vista del todo—. Hay un tipo que conozco que trabaja en Southwark que puede...

—No me interesa.

—Pero este tipo te ayudará...

Levantó una mano.

—No le voy a explicar esto a nadie más.

—¿Por qué no?

—¿Te imaginas cuántas veces he repetido esta conversación en mi cabeza? No creo que tenga fuerzas para volver a hacerlo. Y, de todos modos, ¿qué sentido tendría? Si no me crees tú, ¿qué te hace pensar que tu contacto en la policía lo hará?

—Es su trabajo.

—Se reiría en mi cara.

—No se reiría en tu cara, Mary. No este tipo.

—La forma en que me has mirado antes... No puedo lidiar con eso de nuevo.

—Mary...

Ella sacudió la cabeza.

—Imagina si fuera Derryn.

No respondí.

—Imagínatelo —insistió.

Y luego, con mucha calma, se levantó y se fue.

4

Me crie en una granja del sur de Devon. Mi padre cazaba faisanes y conejos con un viejo rifle de cerrojo. Los domingos por la mañana, cuando el resto del pueblo —incluida mi madre— se dirigía a la iglesia, me llevaba al bosque y disparábamos.

Cuando tuve edad suficiente, pasamos a utilizar una réplica de Beretta que había comprado por correo. Solo disparaba perdigones, pero me ponía dianas en el bosque, de tamaño humano, a las que tenía que acertar. Diez blancos: diez puntos por un tiro a la cabeza, cinco por el cuerpo. Conseguí los cien puntos por primera vez en mi decimosexto cumpleaños. Lo celebró dejándome llevar su chaqueta de caza favorita y llevándome al pub con sus amigos. Pronto todo el pueblo se enteró de que su único hijo iba a ser un día el mejor tirador del ejército británico.

Eso nunca ocurrió, por supuesto. Pero diez años después encontré una Beretta atascada, igual que la que me había dejado usar, en las calles de Alexandra, un municipio de Johannesburgo, salvo que esta era de verdad. Le quedaba una bala en el cargador.

La quité y la guardé.

Ese mismo día, más tarde, me enteré de que una bala, quizá de la pistola que había encontrado, había acabado con la vida de un fotógrafo con el que había compartido oficina durante dos años. Se había arrastrado medio kilómetro a lo largo de una calle —los disparos crepitaban a su alrededor, la gente pasaba por encima su cuerpo— y murió en medio de la calzada.

A veces, incluso quince años después, vuelvo a recordar esa bala, que ahora está colocada dentro un bloque de cristal y reposa en una estantería de la habitación de invitados. Me recuerda a mi padre y a

nuestras mañanas de domingo en el bosque. Me recuerda al fotógrafo que dejó este mundo, solo, en medio de una calle polvorienta. Pero, sobre todo, me recuerda cómo te pueden arrebatar la vida, y la distancia que puedes estar dispuesto a recorrer para aferrarte a ella.

Acababan de dar las nueve de la noche cuando llamé a Mary y le dije que aceptaría el caso. Empezó a llorar. La escuché durante un minuto más o menos, con sus lágrimas interrumpidas por sus palabras de agradecimiento, y luego le dije que iría a su casa a la mañana siguiente.

Cuando colgué el teléfono, miré a lo largo del pasillo, hacia las entrañas de mi casa, y más allá, hacia la oscuridad de nuestro dormitorio, intacto desde la muerte de Derryn. Sus libros seguían bajo el alféizar de la ventana, con las tapas arrugadas y las páginas dobladas por los bordes, de cuando no encontraba marcapáginas. Su planta tipo cinta estaba posada encima, con sus largas y delgadas hojas tocando las tapas de las novelas del estante más alto.

Desde que se había ido, yo no había pasado ni una sola noche allí. Entraba a ducharme y a regar su planta, pero dormía en el salón, en el sofá, y siempre con la tele encendida. Sus sonidos me reconfortaban. La gente, los programas, la familiaridad, ayudaron a llenar parte del espacio que Derryn solía ocupar.

5

Llegué a casa de Mary, una cavernosa cabaña de campo de estilo Tudor a una hora al oeste de Londres, justo antes de las diez de la mañana del día siguiente. Era la imagen perfecta de las zonas residenciales, ubicada justo al final de una calle sin salida bordeada de árboles, con ventanas enrejadas, un amplio porche color teca y cestas de flores que se mecían suavemente con la brisa.

Me acerqué a la puerta y llamé al timbre.

Unos instantes después, se abrió una rendija y Mary se asomó por el hueco.

—Oh, David —dijo como si hubiera olvidado que venía, y abrió la puerta del todo. Detrás de ella pude ver a su marido, frente a mí, en las escaleras. No se movió; ni siquiera se percató de mi llegada. Estaba mirando una carta de algún juego, dándole vueltas entre las manos. Bocarriba. Bocabajo.

—¿Quieres café o té?

—Café. Gracias.

Ella asintió.

—Malcolm, este es David.

Malcolm no se movió.

—Malcolm.

Nada.

—¡Malcolm!

Entonces se estremeció, como si le hubiera atravesado una descarga eléctrica, y levantó la vista. No para ver quién le había llamado, sino para saber qué era ese ruido.

No reconoció su nombre.

—Malcolm, ven aquí —dijo Mary, haciéndole señas para que se acercara.

Él se levantó y se arrastró hacia nosotros.

Se mostraba cansado y sin vida. Su pelo negro empezaba a encanecer. La piel de su cara se hundía en sus facciones. Probablemente tendría unos cincuenta años, solo unos pocos más que Mary, pero parecía que entre ellos se llevaran una década. Puede que una vez fuera jugador de rugby, con una potente fuerza física, pero ya no. Allí, dentro de esos muros, su vida se desvanecía, su energía se iba con ella.

—Este hombre se llama David.

Le tendí la mano y tuve que colocarla torpemente junto a su costado para estrechársela. Parecía como si no estuviera seguro de lo que le estaba haciendo.

Cuando lo solté, apartó la mano y se dirigió hacia el televisor arrastrando los pies. Lo seguí y me senté, esperando que Mary hiciera lo mismo. En lugar de eso, se dirigió a la cocina y desapareció dentro.

Miré a Malcolm Towne.

Él me observaba con una expresión extraña, como si mi presencia le hubiera llamado la atención, pero no supiera qué decirme. Luego se volvió hacia la pantalla.

Mary regresó con una bandeja en la mano.

—Siento haber tardado tanto. Ahí tienes un poco de azúcar y un poco de leche. —Cogió una magdalena, la puso en un plato aparte y se la entregó a su marido—. Cómete esto, Malc —le dijo, haciendo un gesto de comer. Le cogió el plato, se lo puso en el regazo y lo miró—. No estaba segura de cómo tomas el café —me dijo.

—Está bien así.

—Hay muffins de arándanos y también un par de frambuesa. Coge lo que quieras. Malcolm prefiere los de frambuesa, ¿verdad, Malc?

Lo miré. Tenía la mirada perdida en su plato. «No puedes recordar qué muffin prefieres cuando ni siquiera recuerdas tu propio nombre». Mary me miró como si supiera lo que estaba pensando. Pero a ella no parecía importarle.

—¿Cuándo le diagnosticaron? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Oficialmente, hace dos años. Pero empezó unos doce meses antes. Por aquel entonces solo olvidaba pequeñas cosas, como tú o yo olvidaríamos algo, salvo que no volvían a él. Simplemente se fueron. Luego se convirtieron en cosas más grandes, como nombres y eventos, y luego, los últimos dieciocho meses, empezó a olvidarse de mí y, al final, olvidó incluso que teníamos un hijo.

Asentí y partí un trozo de muffin de arándanos.

—Bueno, voy a necesitar un par de cosas de ti —dije—. En primer lugar, las fotos que puedas conseguir. Una buena selección. Luego necesitaré las direcciones de sus amigos, de su trabajo, de su novia si la tenía. —Dirigí la cabeza hacia las escaleras—. También me gustaría echar un vistazo a su habitación, si no te importa. Creo que sería útil.

—Sí, por supuesto —dijo Mary.

—¿Estaba Alex viviendo fuera de casa cuando desapareció?

Ella asintió.

—Sí. Pero volvió aquí de vacaciones durante unas semanas justo antes de desaparecer.

—¿Dónde vivía?

—En Bristol. Había ido a la universidad allí.

—¿Y después de la universidad?

—Consiguió un trabajo, como analista de datos. —La decepción se reflejó en sus ojos y luego se volvió a encoger de hombros—. Le pedí que volviera a casa después de graduarse; que le encontraríamos algo en Londres. El trabajo que tenía en Bristol era terrible. Solían dejar montones de archivos en su escritorio, y él introducía esos datos, todo el día, todos los días. Además, el sueldo era penoso. Se merecía algo mejor que eso.

—Pero ¿no quería volver?

—Tenía un título universitario. Tenía una licenciatura en Inglés. Habría podido matricularse en un programa de posgrado aquí con un sueldo cinco veces superior. Y, si hubiera vuelto, habría pagado menos alquiler y habría sido un trampolín mucho mejor para encontrar trabajo. Podría haber dedicado sus días a rellenar formularios de solicitud y acudir a entrevistas en empresas que lo merecieran.

—¿Y no quería volver? —volví a preguntar.

—No. Él quería quedarse allí.

—¿Por qué?

—Se había construido una vida en Bristol, supongo.

—¿Y después de que desapareciera? ¿Nunca hablaste con él?

—No.

—¿Ni siquiera por teléfono?

—Nunca —reafirmó Mary, esta vez más tranquila.

Le hice repasar de nuevo su historia: dónde vio a Alex, cuándo, durante cuánto tiempo lo siguió, qué aspecto tenía. Anoté una descripción de lo que llevaba puesto y también los lugares donde lo había visto. Incluso con todo eso, no me dejó mucho para continuar.

—Entonces, Alex se fue cinco años antes de morir, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Dónde estrelló el coche?

A las afueras de Bristol, de camino hacia la autopista.

—¿Qué pasó con él?

—¿Con el coche?

—¿No se recuperó ningún objeto personal?

—Quedó totalmente destrozado.

Continué:

—¿Tenía Alex una cuenta bancaria?

—Sí.

—¿Retiró algún dinero antes de irse?

—La mitad.

—¿Cuánto era?

—Cinco mil libras.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

—¿Comprobaste sus movimientos bancarios?

—De forma regular, pero fue inútil. Se dejó la tarjeta cuando se fue y, que yo sepa, nunca solicitó una nueva.

—¿Tenía novia?

—Sí, en Bristol.

—¿Sigue allí?

—No —dijo Mary—. Sus padres viven en el norte de Londres. Después de que Alex desapareciera, Kathy se mudó con ellos.

—¿Has hablado con ella?

—No desde el funeral.

—¿Nunca hablaste con ella después?

—Alex estaba muerto. No teníamos nada de lo que hablar.

Hice una pausa, dejando que se recompusiera.

—Entonces, ¿conoció a Kathy en la universidad?

—No. Se conocieron en una fiesta a la que fue Alex en Londres. Cuando él se marchó a la uni, ella lo siguió.

—Entonces, ¿no era estudiante?

—No. Trabajaba de camarera.

Anoté su dirección. Tendría que inventarme una historia verosímil si tenía que empezar a llamar a puerta fría a viejos amigos. Después de todo, Alex llevaba muerto más de un año.

Como si me leyera el pensamiento, Mary dijo:

—¿Qué le vas a decir?

—Lo mismo que le diré a todo el mundo, que me has pedido que haga una cronología de los últimos movimientos de tu hijo. De todos modos, hay algo de verdad en eso.

Mary se levantó y se dirigió a un cajón del salón. Lo abrió y sacó un sobre tamaño carta con una goma elástica alrededor. Lo miró un momento, cerró el cajón y volvió a dejar el sobre sobre la mesa delante de mí, abriendo una esquina para que pudiera ver el dinero que había dentro.

—Espero que ahora veas que esto no es una broma —dijo.

—¿Por qué crees que Alex se llevó tan poco dinero?

Mary levantó la vista del sobre y por un momento pareció insegura del compromiso que acababa de contraer. Quizá. ahora que había pasado el testigo, había tenido un momento de claridad sobre todo lo que creía haber visto.

Repetí la pregunta.

—¿Por qué tan poco dinero?

—No tengo ni idea. Tal vez era todo lo que podía sacar de una vez. O tal vez solo necesitaba lo suficiente para empezar de nuevo en alguna parte. —Miró alrededor de la habitación—. En realidad no entiendo mucho de lo que hizo Alex. Tenía una buena vida.

—¿Crees que se aburrió de ella?

Mary se encogió de hombros e inclinó la cabeza.

La observé por un momento y me di cuenta de que había dos misterios: por qué Mary creía haber visto a Alex caminando más de un año después de su muerte y, en primer lugar, por qué Alex había dejado todo atrás.

6

Su habitación era pequeña. Había carteles de grupos de música en las paredes, libros de texto en las estanterías, un televisor en un rincón, con polvo en la pantalla, y un vídeo al lado con viejas cintas VHS encima. Los revisé. Alex tenía debilidad por las películas de acción.

—Era un gran aficionado al cine.

Me giré. Mary estaba en la puerta.

—Sí, ya veo. Tenía buen gusto.

—¿Tú crees?

—¿Estás de broma? —Cogí un ejemplar de Jungla de Cristal y lo levanté—. Yo era un adolescente en los ochenta. Este es mi Ciudadano Kane.

Mary sonrió.

—Os habríais llevado bien.

—Desde luego. Debo haber visto esta película unas cincuenta veces en el último año. Es el mejor antidepresivo del mercado.

Mary volvió a sonreír y miró por la habitación, deteniéndose en una fotografía de Alex que había cerca. Sus ojos se apagaron un poco, la sonrisa desapareció de su rostro.

—No sé si alguna vez tendré fuerzas para vaciar esta habitación.

—Conozco la sensación.

Me hizo un gesto con la cabeza, casi de agradecimiento, como si fuera un alivio saber que no estaba sola. Miré hacia la esquina de la habitación, donde había dos armarios colocados contra la pared del fondo.

—¿Qué hay ahí? —pregunté.

—Solo algo de ropa que dejó.

—¿Puedo mirar?

—Por supuesto.

No había mucho, algunas camisas viejas y un traje mohoso. Los empujé por el colgador y en la parte baja encontré un álbum de fotografías.

—¿Es de Alex?

—Sí.

Abrí el álbum y algunas fotos se deslizaron. Una era de Alex y una chica en la adolescencia tardía: pelo largo, ojos brillantes, guapa.

—¿Es Kathy?

Mary asintió. Dejé la foto a un lado y miré el resto. Alex y Mary. Mary y Malcolm. Levanté una fotografía de Malcolm y Alex en un camping de caravanas en algún lugar. Era un día de calor. Ambos estaban en pantalón cortos y sentados junto a una barbacoa humeante y con botellas de cerveza.

—¿Dijiste que tenían una relación cercana?

—Sí.

—¿Y no crees que Malcolm podría recordar algo?

—Puedes intentarlo —dijo, y volvió a detenerse, invadida por una repentina tristeza. Entendí por qué: se había dado cuenta de nuevo, como debió hacer innumerables veces, de que su hijo había muerto y su marido no la recordaba.

Estaba completamente sola.

Sentí mucha pena por ella en ese momento, la soledad escrita con claridad en su rostro, pero también me hizo preguntarme qué te haría vivir en esa sensación de aislamiento. ¿Te haría creer que algo es cierto aunque, en el fondo, supieras que no lo es?

¿Te haría ver a alguien que ya no está?

Un recuerdo. Un fantasma.

Un hijo.

7

Dejé a Mary justo después del mediodía. Una vez que llegué a la autopista, el tráfico empezó a aumentar: tres carriles de coches que se movían con lentitud volvían al centro de la ciudad.

Lo que debería haber sido un trayecto de cuarenta y cinco minutos hasta la casa familiar de Kathy Simmons en Finsbury Park se convirtió en una expedición de dos horas a través de los atascos de Londres. Me detuve un momento para comprar algo de comer y luego mastiqué un bocadillo mientras avanzaba por Hammersmith siguiendo la curva del Támesis. Cuando por fin aparqué, eran más de las dos.

Cerré el coche y subí por el camino.

La casa era un adosado de ladrillos amarillos, con un patio lleno de abetos y una pequeña parcela de césped delante. Un Mercedes y un Micra estaban aparcados fuera, y el garaje se encontraba abierto. Estaba repleto de trastos, algunos en cajas, otros en el suelo, y había estanterías llenas de piezas de maquinaria y herramientas. No había nadie dentro. Cuando me volví hacia la casa, una cortina se movió en la ventana delantera.

—¿Puedo ayudarlo?

Me di la vuelta.

Un hombre de mediana edad con un pulverizador de jardín colgado a la espalda estaba de pie al lado de la casa, donde había una entrada paralela al garaje.

—¿El señor Simmons?

—¿Quién pregunta?

—Me llamo David Raker. ¿Está Kathy en casa, señor?

Me miró con desconfianza.

—¿Por qué?

—Me gustaría hablar con ella.

—¿Por qué?

—¿Está, señor?

—Primero dígame por qué está aquí.

—Esperaba hablar con ella sobre Alex Towne.

Un destello de reconocimiento en sus ojos apareció.

—¿Qué tiene él que ver?

—Eso es lo que esperaba preguntarle a Kathy.

Detrás de mí oí abrirse la puerta. Una chica de unos veinte años salió al porche. Kathy. Llevaba el pelo corto, teñido de rubio, y un poco de madurez la había hecho aún más guapa. Ella me tendió la mano y sonrió.

—Soy Kathy —dijo.

—Encantado de conocerte, Kathy. Soy David.

Miré a su padre, cuya mirada estaba fija en mí. El agua caía de la manguera hasta la punta de sus botas.

—¿Qué es, investigador o algo así? —preguntó Kathy.

—Algo así.

Ella frunció el ceño, pero parecía intrigada.

—¿Qué tiene que ver Kathy en todo esto? —dijo su padre.

Lo miré y luego volví la mirada hacia Kathy.

—Estoy haciendo un trabajo para Mary Towne. Tiene que ver con Alex. ¿Puedo hablar contigo?

La chica parecía insegura.

—Ten —le dije, sacando una tarjeta de visita, y se la entregué—. Los investigadores no oficiales tenemos que conformarnos con esto.

Sonrió y cogió la tarjeta.

—¿Quiere entrar?

—Eso sería estupendo.

La seguí al interior de la casa, dejando a su padre fuera con su pulverizador de jardín. En el interior, atravesamos un pasillo decorado con papel pintado de flores y fotografías en blanco y negro, y llegamos a una cocina contigua.

—¿Quiere algo de beber?

—Agua va bien.

Era un enorme espacio abierto con suelos de caoba pulida y encimeras de acero. El mueble central hacía las veces de mesa, con sillas debajo. Kathy llenó un vaso de agua mineral embotellada, se acercó y lo dejó en la encimera.

—Siento aparecer así sin avisar.

Estaba ligeramente de espaldas a mí. Su piel brillaba a la luz del exterior, con el pelo recogido detrás de las orejas.

—Es una sorpresa volver a oír su nombre después de tanto tiempo.

—Lo entiendo. Creo que Mary siente que necesita cerrar el capítulo de su desaparición. Quiere saber dónde estuvo esos cinco años.

Kathy asintió. Sacó un par de sillas y nos sentamos.

—Así que Alex y tú os conocisteis en una fiesta...

Ella sonrió.

—Un amigo de un amigo estaba celebrando la inauguración de su casa.

Coloqué mi bloc de notas entre nosotros, para que viera que estaba listo para empezar.

—¿Te gustó desde el principio?

—Sí, congeniamos mucho.

—¿Por eso acabaste siguiéndolo a Bristol?

—Solicité un trabajo allí. Se suponía que era un puesto de marketing. Alex ya había conseguido plaza en la universidad y queríamos estar cerca el uno del otro.

—¿Qué pasó con el trabajo?

—No era de marketing. Era de ventas; vender calefacción central. Duré una semana. En la entrevista, el director general me dijo que podría ganar en comisiones lo que mis amigos ganaban en un año. Nunca me quedé lo suficiente para averiguarlo.

—Así que, ¿empezaste de camarera?

—Sí.

—¿Qué solíais hacer juntos?

—Salíamos mucho. A Alex le encantaba el mar.

—¿Solías ir a la costa?

Ella asintió.

—¿Con qué frecuencia?

—La mayoría de los fines de semana. A veces, entre semana también. Después de la universidad, Alex consiguió trabajo en una compañía de seguros. Tenía una especie de relación amor-odio con él. Algunos lunes por la mañana no quería ir, así que compramos una vieja furgoneta Camper y nos largábamos cuando nos apetecía.

—¿Sabían sus padres que faltaba al trabajo?

—No.

—Lo suponía —dije, sonriendo—. ¿Y tu trabajo?

—Allí se portaron muy bien conmigo. Me dejaban ir y venir cuando quería; a veces, incluso me dejaban elegir mi propio horario. Así que, si desaparecíamos un par de días, cuando volvía trabajaba un par de días para compensar. El sueldo era terrible, pero útil.

Kathy empezó a recordar, y mientras esperaba a que volviera, revisé las notas que ya había tomado.

—¿Alex no contactó contigo en los cinco años anteriores a su muerte?

—No. —Una pausa—. Al principio, solía esperar junto al teléfono desde que llegaba a casa hasta las tres o las cuatro de la mañana, suplicando, rezando para que me llamara. Pero nunca lo hizo.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—La noche antes de irse. Habíamos quedado en ir con la Camper a Cornwall. Le debían un tiempo en el trabajo, así que había vuelto a casa de sus padres un par de semanas para agotar los días de vacaciones. Cuando le llamé, su madre me dijo que había salido y no había vuelto a casa. Dijo que no estaba preocupada, que no había llamado, pero que solía hacerlo.

—¿Estaba deprimido por el trabajo en aquella época?

—No —dijo ella, pareciendo considerarlo—. No lo creo.

Cambié la dirección de mis preguntas.

—¿Teníais algún lugar favorito que solíais visitar?

Se miró las manos, vacilante. Me di cuenta de que tenían un lugar favorito y que había significado todo para ellos.

—Había un lugar —dijo finalmente—. Un lugar hacia la punta de Cornualles, un pueblo justo en la costa llamado Carcondrock.

—¿Solíais ir allí?

—Íbamos mucho con la Camper, sí.

—¿Volviste después de que Alex desapareciera?

Otra pausa, esta vez más larga. Después, me miró. Era obvio que lo había hecho, y le había dolido mucho.

—Había un sitio justo en la playa —dijo en voz baja—. Una cala. Volví unos tres meses después de su desaparición. No sabía qué esperar. Supongo que en el fondo de mi corazón sabía que no estaría allí, pero nos encantaba ese lugar, así que parecía el sitio más obvio donde buscar.

—¿Encontraste algo?

—No —dijo ella.

Pero intuí que había algo más.

—¿Kathy?

—Esa cala...

—¿Qué pasa con ella?

Me miró un momento.

—Si va a la parte de atrás, hay una roca con forma de punta de flecha, apuntando al cielo. Tiene una cruz negra pintada. Si la encuentra, cave un poco más abajo y encontrará una caja que dejé allí para Alex. Dentro hay algunas cartas antiguas y fotografías, y una tarjeta de cumpleaños. Fue la última vez que supe de él.

—¿Una tarjeta de cumpleaños?

—Sí.

—Volvió con sus padres dos semanas antes de desaparecer. ¿Te dio la tarjeta de cumpleaños antes de eso?

—No. La envió desde su casa.

—Entiendo —dije—. Gracias. Echaré un vistazo.

—No sé lo que encontrará —respondió ella, mirando hacia su regazo —. Pero la última vez que nos vimos me dijo algo extraño: que usáramos el agujero junto a la roca para guardar mensajes si alguna vez nos separábamos.

—¿Si os separabais? ¿Qué quiso decir con eso?

—No lo sé. Quiero decir, le pregunté, pero nunca me lo explicó. Solo dijo que, si alguna vez llegaba el caso, ese era nuestro lugar. El lugar

donde debería buscar primero.

—Entonces, ¿alguna vez guardó algo allí para ti? ¿Algún mensaje?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Lo has comprobado regularmente?

—Hace un par de años que no bajo. Pero durante un tiempo solía volver allí y desenterrar esa caja, rezando para que hubiera algo de él.

—Pero nunca lo hubo...

—No —dijo ella—. Nada.

8

Cuando salí de casa de Kathy, el invierno ya había quitado todo el color a la tarde, y cuando llegué al cementerio de Hayden veinte minutos más tarde, el sol casi había desaparecido también del cielo. Me detuve brevemente frente a las puertas, con el motor en marcha, sintiéndome culpable por no haberme ocupado de eso el día anterior, pero luego aparqué y salí.

El lugar estaba desierto.

Ningún otro coche. Ni gente.

No estaba demasiado lejos de Holloway Road, entre Highbury y Canonbury, pero se sentía un silencio casi sobrenatural, como si los muertos se hubieran llevado el sonido con ellos. Al pasar por un enorme arco de hierro negro, intrincadamente entretejido con el nombre de Hayden, pude ver que las hojas otoñales habían sido empujadas a ambos lados del camino, prensadas en montículos y manchadas por el óxido de una pala.

Durante un segundo fugaz, tuve una sensación de déjà vu, un recuerdo de estar en esa misma posición, pisando ese mismo terreno, hacía un año y medio. La única diferencia entonces era que Derryn había estado conmigo, cogiéndome de la mano mientras nos adentrábamos en ese lugar, en la parcela que ella misma había elegido.

Estaba en una zona separada llamada El Descanso.

La rodeaban altos árboles por todos lados y en su interior se habían construido muros divisorios, con cuatro o cinco lápidas en cada sección. Al llegar a la tumba, vi las flores que había depositado un mes antes. Estaban muertas. En la lápida había pétalos secos, otros estaban esparcidos por la hierba y los tallos se habían convertido en

puré. Me arrodillé y aparté las flores secas, y coloqué algunas nuevas al pie de la tumba, con las espinas del tallo atrapadas en los pliegues de mi palma.

—Siento no haber venido ayer —dije en voz baja. El viento se levantó un momento y se llevó mis palabras—. Aunque pensé mucho en ti.

Algunas hojas cayeron del cielo, sobre la tumba.

Cuando levanté la vista, un pájaro saltaba por una rama de uno de los árboles. La rama se balanceó suavemente bajo su peso y, segundos después, el pájaro desapareció de nuevo, alejándose hacia el atardecer, hacia la libertad del más allá.

Bajaba por el camino y atravesaba la entrada del aparcamiento cuando vi a alguien alejándose de mi coche. Sus ropas eran oscuras y estaban manchadas, y sus zapatos estaban desatados, con los cordones serpenteando detrás de él.

Parecía un vagabundo.

Al acercarme, me lanzó una mirada. Su rostro estaba oculto bajo una capucha, pero pude ver el brillo de un par de ojos, y me di cuenta de que había sorpresa en ellos, como si no hubiera esperado verme de vuelta tan pronto.

De repente, echó a correr.

Aceleré y vi que la ventanilla trasera del lado izquierdo de mi coche estaba destrozada y la puerta abierta. El cristal yacía junto a mi neumático, parpadeando en la penumbra, y mi bloc de notas, mi abrigo y un mapa de carreteras estaban sobre la grava a su lado.

—¡Eh!

Eché a correr, intentando cortarle el paso antes de que llegara a la salida, y él volvió a mirarme, asustado. Los bordes de su capucha se abrieron al acelerar y pude verle la cara. Estaba sucio y delgado. Una barba le crecía desde el cuello hasta lo alto de los pómulos. Parecía un drogadicto: todo huesos, nada de grasa.

—¡Eh! —volví a gritar, pero ya estaba delante de mí, desvaneciéndose en la oscuridad de la salida del cementerio.

Salí corriendo tras él hacia la calle principal, pero cuando llegué ya estaba a unos sesenta metros de distancia, bajando a toda velocidad por la acera del otro lado de la calle. Miró hacia atrás una vez para asegurarse de que no lo seguía, pero no bajó el ritmo... y luego desapareció al doblar la esquina.

Volví al cementerio y miré mi coche más de cerca. Era un viejo BMW serie 3 que tenía desde hacía años. No tenía reproductor de CD. Ni navegación por satélite.

«Debía buscar dinero».

La guantera estaba abierta; la mayor parte de su contenido, tirado por los asientos delanteros. El manual del coche estaba tirado, con sus páginas esparcidas. Había comprobado el cenicero y los compartimentos de las puertas.

Reprimiendo mi rabia, ordené todo, arreglé temporalmente la ventanilla trasera con un trapo viejo del maletero y me dirigí a casa.

9

Me desperté a las tres de la madrugada con el zumbido de una canción que sonaba tranquilamente en el equipo de música mientras la televisión estaba encendida, pero en silencio. Me senté, me eché hacia delante y escuché un rato. Derryn solía decirme que mi gusto musical era terrible y que toda mi colección de películas era un gran placer oculto. A lo mejor tenía razón sobre la música.

En la zona en la que me crie, o te pasabas el día en la tienda de discos, o en el cine. Había elegido el cine, sobre todo porque mis padres siempre llegaban tarde con las nuevas tecnologías; fuimos prácticamente la última familia del pueblo en tener un reproductor de CD. Tampoco tuvimos vídeo durante años, por lo que me pasaba la mayoría de las noches viendo películas en un antiguo cine art déco llamado Palladium, en la siguiente ciudad de la costa.

Derryn era diferente. La música lo era todo para ella. Su colección de discos seguía en un rincón de la habitación, empaquetada en una serie de cajas de cartón. Los había revisado unas tres semanas después de su muerte, preguntándome qué hacer con todos ellos, y luego no hice nada porque me di cuenta de que lo único que la música tenía sobre las películas era su asombrosa forma de precisar los recuerdos. En las cajas estaban las canciones que solían sonar de fondo, sin que nos diéramos cuenta, cuando éramos novios; las canciones que había puesto en casa cuando nos habíamos ido a vivir juntos por primera vez; las canciones que me había pedido que le pusiera cuando estaba a semanas de morir.

Las canciones que sonaron en su funeral.

Me detuve un momento, sintiendo un temblor de emoción, y luego me levanté y me dirigí a la cocina.

Por la ventana lateral, podía ver la casa de al lado. Había una luz encendida en el estudio, con las persianas parcialmente abiertas. Liz, mi vecina, estaba inclinada sobre un portátil, tecleando. Percibió mi movimiento con el rabillo del ojo, levantó la vista, entornó los ojos y esbozó una sonrisa.

¿Qué haces levantado?, articuló con los labios.

Me froté los ojos. No puedo dormir.

Arrugó la cara en una expresión de compasión.

Liz era una abogada de cuarenta y dos años que se había mudado unas semanas después de la muerte de Derryn. Se casó joven, tuvo una hija y se divorció un año después. Su hija cursaba el segundo año de universidad en Warwick. Era inteligente y divertida y, aunque cautelosa con mi situación, había dejado claro que estaba interesada. Algunos días me gustaba. No quería ser un viudo que se comportara con frialdad. No quería que toda la pena, la rabia y la pérdida se me pegaran a la piel. Y la verdad era que, sobre todo físicamente, Liz era fácil de desear: alta, curvas esbeltas, pelo chocolate hasta los hombros, ojos oscuros y traviesos.

Se levantó del escritorio y miró el reloj, fingiendo sorprenderse al ver la hora. Unos segundos después, cogió una taza de café y la acercó a la ventana. ¿Quieres uno? Se frotó el estómago. Está bueno.

Volví a sonreír, moví la cabeza de un lado a otro para mostrar que me tentaba y señalé mi propio reloj. Hay que madrugar.

Puso los ojos en blanco. Vaya excusa.

La miré y algo se movió dentro de mí; la certeza de que, si quería que ocurriera, la experiencia de volver a estar cerca de alguien, podría tenerla con Liz... aquí, ahora. Estaba claro que esperaba que me liberara de lo que me retenía, y esa convicción solo hizo que me sintiera más atraído por ella. Me gustó que respetara mis tiempos.

Yo también admiraba su paciencia. Hubo días —muchos— en los que pensé en empezar algo con ella. Pero también hubo otros —igual de numerosos— en los que no me sentí preparado para dar un paso más allá de las barricadas que había construido. Quería quedarme dentro, protegido por la familiaridad de lo que sentía por Derryn.

Al final, todo se reducía al miedo.

Todo era miedo.

Pero no me asustaba la fuerza ni el intelecto de Liz. No me asustaba el contacto físico, estar desnudo delante de ella. Tenía miedo de lo que pasaría a la mañana siguiente cuando me despertara junto a alguien y no fuera la persona a la que había amado, cada día, durante catorce años.

10

A la mañana siguiente temprano, reparé la ventanilla del coche, volví a la oficina y llamé a la biblioteca de Tottenham Court Road en la que Mary afirmaba haber visto entrar a Alex.

Fue un callejón sin salida inmediato.

Aunque Alex hubiera entrado el día que Mary lo siguió, no fue por los libros. Me dijo que eran alrededor de las seis cuando llegó a la biblioteca y, tras convencer a un empleado de que comprobara los ordenadores, descubrí que no había constancia de que nadie hubiera pedido prestado nada durante los quince minutos que estuvo allí. Cuando terminé, llamé a la empresa para la que el chico había trabajado en Bristol, y fue igual de infructuoso, como hablar con gente que ni siquiera habla el mismo idioma que tú. Su jefe lo recordaba, pero no muy bien, y un par de colegas solo pudieron darme una vaga descripción de qué clase de persona era.

Después, llamé a unos viejos amigos con los que había vivido.

Mary me había dicho que había mantenido el contacto con uno de ellos, John Cary, durante un tiempo después de la desaparición de Alex y que, por lo que ella sabía, seguían viviendo en el mismo lugar. Había tres en total. John estaba trabajando. El segundo, Simon, hacía tiempo que se había marchado de allí. El tercero, Jeff, estaba en casa, pero parecía tan perplejo por lo que le había ocurrido a Alex como todos los demás.

—Entonces, ¿cómo puedo llegar a los otros dos chicos? —le pregunté.

—Bueno, puedo darte la dirección del trabajo de John —dijo—, pero dudo que encuentres a Simon en ningún sitio.

—¿Por qué?

—Porque... desapareció del mapa.

—¿Qué quieres decir?

—Tenía algunos problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

Una pausa.

—Drogas sobre todo.

—¿Se fue cuando lo hizo Alex?

—No. Un poco después.

—¿Es posible que Simon siguiera a Alex?

—Lo dudo —dijo—. Alex no se llevaba bien con Simon al final. Ninguno de nosotros, en realidad. Simon se volvió un tipo diferente en esos últimos meses. Él... Bueno, le pegó a Kathy cuando estaba drogado una noche. Y Alex nunca se lo perdonó.

Colgué el teléfono y miré el reloj. Las diez y media.

En la pizarra que tenía detrás, entre las fotos de los desaparecidos, había un mapa dibujado a mano de una playa que me había regalado Kathy.

Lo quité.

Mis opciones se estaban reduciendo.

El invierno cobró vida de repente al cruzar Cornualles cinco horas más tarde, y los colores de finales de otoño fueron sustituidos por una pálida colcha de retales de campos y ciudades.

El pueblo de Carcondrock era un pintoresco tramo de carretera con tiendas a ambos lados y casas en las colinas de más allá, todo enmarcado por el oleaje del Atlántico. La playa se deslizaba paralela a la calle comercial, mientras que la carretera principal salía del pueblo y subía por el borde de un acantilado. Cuanto más subía la carretera a la zona más alta, más grandes eran las casas. Debajo de ellas, contra las paredes del acantilado, la playa acababa por desvanecerse, sustituida por calas arenosas, salpicadas como perlas en un collar a lo largo de la línea del mar.

Encontré un aparcamiento entre la playa y el pueblo, y después me dirigí a la tienda más grande —un ultramarinos— armado con una foto de Alex. Nadie lo conocía. Probé en otras tiendas sin suerte y luego, al final de la calle principal, donde la carretera se dirigía hacia el acantilado, descubrí un pub y una bonita iglesia, con sus muros repletos de enredaderas. Todo tenía un aire antiguo: paredes grises y envejecidas; ventanas desiguales bajo tejados de pizarra. Era obvio por qué a Kathy y Alex les había encantado: kilómetros de playa solitaria, el rugido del mar, las casas encaladas como motas de tiza entre los matorrales de la ladera.

Saqué el mapa que Kathy me había dibujado de la cala escondida y caminé un poco por el camino que seguía suavemente los contornos del acantilado. A mitad de camino, inclinado sobre el borde, la encontré debajo de mí: sesenta metros más abajo había un semicírculo perfecto de playa arenosa, rodeado en tres lados por altas paredes de roca y por el océano en el cuarto. Las olas hacían espuma en la orilla.

La única forma de llegar allí era remando.

Volví al pueblo y encontré una cabaña de madera en la que un anciano alquilaba barcas. Ya estaba cerrando. Detrás de él, sujetas a un embarcadero, cuatro barcas de remos se balanceaban en el agua.

—¿Llego demasiado tarde?

Se volvió y me miró.

—¿Cómo?

—Esperaba alquilar una barca durante una hora.

—Está oscuro.

—Creo que aún me queda una buena media hora de luz.

El tipo sacudió la cabeza. Llevaba una camisa roja a cuadros, un peto amarillo, botas verdes y una descuidada barba blanca. Parecía el hijo bastardo del capitán Pescanova y Ronald McDonald.

—Hijo —dijo despacio, como si me costara entenderlo—, está oscuro.

Claramente, teníamos diferentes definiciones de la palabra.

Eran poco más de las cuatro de la tarde de finales de noviembre, lo que significaba —en esta parte del mundo— que tenía unos veinticinco minutos antes de que se pusiera el sol, y otros diez o quince minutos para volver remando al amparo de la oscuridad. Pero cuanto más me demoraba allí, menos luz diurna tendría para trabajar.

Saqué mi cartera.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto por una hora?

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Me estás tomando el pelo, hijo?

—Mire —dije—, doblaré la tarifa. Necesito uno de esos botes durante una hora. Y una linterna, si tiene. Volveré aquí pasadas las cinco.

—¿Sabes siquiera remar un bote?

—Sé lo suficiente.

Su mirada se detuvo en mí.

—No es mi problema si te ahogas.

Asentí con la cabeza.

—Entendido.

Empezó a abrir la cabaña.

Veinte minutos más tarde, había encontrado la cala y estaba arrastrando la barca hasta la arena. El mar estaba tranquilo, lo que ayudaba, pero la luz estaba menguando.

La cala era pequeña, probablemente de seis metros de ancho, y las paredes del acantilado se alzaban sobre mí. Encendí la linterna y la barrí de izquierda a derecha. Al fondo de la cala, bajo el haz de luz de la linterna, pude ver un montón de rocas y peñascos desprendidos. Algunos se habían caído, otros habían sido arrastrados por la corriente. Al acercarme, pude ver la piedra en forma de flecha de la que había hablado Kathy. Se había inclinado, pero seguía mirando hacia arriba y, como ella había explicado, tenía marcada una pequeña cruz con pintura negra. Me arrodillé, sujeté la linterna entre los dientes y empecé a cavar.

La caja estaba enterrada a unos treinta centímetros bajo la superficie, con el fondo sumergido en el agua y los laterales moteados de óxido. Kathy había envuelto su contenido en un grueso

plástico opaco. Lo toqué con los dedos, pero no pude romper el precinto, así que saqué mi navaja y lo abrí. El contenido estaba seco. Metí la mano y saqué una pila de fotografías y, alrededor de ellas, una carta. La tarjeta de cumpleaños estaba dentro. Una goma elástica lo mantenía todo unido.

Coloqué la linterna en mi regazo y ojeé las fotografías con la luz. Algunas de las fotos eran de los dos, otras solo de Kathy, otras solo de Alex. En una de las fotografías, de las últimas, vi que Kathy tenía el pelo corto, lo que significaba que la había tomado alguien que no era Alex, algún tiempo después de su desaparición. Le di la vuelta y en el reverso había escrito: «Después de que te marchases, me corté el pelo...».

Al examinar las fotos más de cerca, vi que todas tenían comentarios en el reverso.

Volví a centrar mi atención en la carta. Estaba fechada el 8 de enero, sin año, y aún olía ligeramente a perfume. «No tengo ni idea de por qué te fuiste —había escrito Kathy—. Nada de lo que me dijiste me hizo creer que un día lo dejarías todo y te marcharías. Así que, si volvieras ahora, te querré como siempre lo he hecho. Te amaría como siempre. Pero, en algún lugar, habría una duda que antes no existía, una molesta sensación de que, si me acercara demasiado a ti, si te mostrara demasiado afecto, te levantarías una mañana y te marcharías. No quiero volver a sentirme como un error».

A lo lejos, un trueno retumbó en el cielo. Necesitaba volver. Doblé la carta y coloqué todo dentro de la caja, lo metí todo en la barca y emprendí el viaje de vuelta al pueblo.

11

Salí de Carcondrock y encontré un lugar donde alojarme a unos cinco kilómetros por una serpenteante carretera costera. Era un hermoso edificio de piedra gris con vistas al océano y a los restos dispersos de antiguas minas de estaño. Después de ducharme, salí a cenar, y encontré un pub que servía comida caliente y cerveza fría. Me llevé la caja, pedí un pastel de carne y me senté en una mesa del rincón, lejos de los demás. Mientras esperaba mi comida, abrí la caja, saqué el contenido y empecé a distribuirlo por la mesa.

Primero, me centré en la tarjeta de cumpleaños.

El último contacto que Kathy había tenido con Alex.

Se había mantenido en perfectas condiciones. Todavía estaba en su sobre original, abierto por la parte superior con un cuchillo o un abrecartas para no dañarlo. Cuando saqué la tarjeta, pude ver que era casera, pero no amateur: había un dibujo detallado de un oso en el centro, con un ramo de rosas en las manos. Encima había un rectángulo en relieve con la inscripción «¡Feliz cumpleaños!» y una pegatina de un globo. Dentro de la tarjeta solo había seis palabras.

«Feliz cumpleaños, Kath. Te quiero. Alex».

Le di la vuelta.

El reverso era blanco, excepto en el centro, donde alguien había escrito con bolígrafo dorado: «Hecho por Angela Routledge». Volví a mirar el sobre y me di cuenta de que había pasado algo por alto. En el interior, bajo el borde, había una etiqueta con la dirección: «Vendido en St John the Baptist, 215 Grover Place, Londres».

Anoté la dirección y luego hice una búsqueda en Internet con mi teléfono. La iglesia estaba en Redbridge, al este de Londres.

Pasando a las fotografías, pude distinguir una cronología definida. Empezaba con fotos de Kathy y Alex cuando comenzaron a salir, y terminaba con dos retratos individuales de cada uno de ellos, ambos mayores y más maduros, en una etapa diferente de sus vidas. Coloqué los dos retratos uno al lado del otro. La de Kathy era de un tamaño 6x4 normal, pero la de Alex era una Polaroid. Cuando les di la vuelta, me percaté de otro detalle: las notas estaban escritas con otra letra.

—¿Te importa si me siento aquí?

Levanté la vista.

Uno de los lugareños me miraba fijamente, con una mano apoyada en el respaldo de la silla de la mesa de al lado. La tenue luz oscurecía su rostro, las sombras llenaban las cuencas de sus ojos, y gruesas líneas negras se formaban en los surcos de su frente. Era un hombre corpulento, probablemente de más de cuarenta años. Eché un vistazo al bar.

Había mesas y sillas libres por todas partes.

Siguió mis ojos, que miraban la sala, pero no hizo ademán de marcharse, y luego echó un vistazo a un par de fotografías. Las recogí, junto con la carta y la tarjeta, y las volví a meter en la caja.

—Adelante —dije, señalando la mesa de al lado.

Dio las gracias con la cabeza y se sentó, colocando su cerveza delante de él. Un par de minutos después, la camarera me trajo la comida y, cuando empecé a picotear, me di cuenta de que lo único que olía era el aftershave de mi vecino de mesa. Era tan fuerte que tapaba completamente el olor de mi comida.

—¿Estás aquí por negocios? —preguntó.

—Algo así.

—Suena misterioso.

Me encogí de hombros.

—La verdad es que no.

—Entonces, ¿ella dónde vive?

Lo miré, confuso.

—La acompañante que se debe sentar en el otro lado de tu mesa, quiero decir.

Se echó a reír. Sonreí con amabilidad, pero no contesté, esperando que cuanto menos hablara, más rápido perdería él el interés en esa conversación.

—Solo bromeaba —dijo, pasando un dedo por el borde de su vaso. Al subírsele la manga por el brazo, pude ver un tatuaje, una inscripción, con las letras borrosas por el paso del tiempo—. Un lugar aburrido para tener que venir a trabajar.

—Se me ocurren cosas peores.

—Quizá en verano está bien —dijo—. Pero en invierno este lugar es como un mausoleo. Si quitas a los turistas, solo quedan unas cuantas tiendas de dulces vacías. —Se inclinó hacia delante, bajando la voz a un susurro—. ¿Quieres oír mi teoría? Si metieras una bala en la cabeza de todos los habitantes de Cornualles, nadie se daría cuenta hasta que volvieran a abrir los campings de caravanas.

Volvió a reír.

Fingí comprobar si había mensajes en mi teléfono.

—¿A qué te dedicas? —preguntó.

—Soy comercial.

—¿Sí? —Me observó un momento—. Tengo un amigo que es comercial.

—¿Sí?

Asintió con la cabeza.

—Vende ideas a la gente.

—¿No es lo que vende todo el mundo?

No respondió, pero sus ojos se clavaron en mí, como si acabara de cometer un terrible error. «Hay algo en ti —pensé—. Algo que no me gusta». Bebió un par de tragos de cerveza y esta vez pude distinguir parte del tatuaje: una especie de inscripción: «Y vieron al que había sido poseído»; y una marca roja, que le corría cerca de la línea del cabello, alrededor de las orejas y a lo largo de la curva de la barbilla.

—Me golpearon con la culata de un rifle en Afganistán.

—¿Perdón?

Levantó la vista.

—La marca en mi rostro. El puto talibán me clavó la culata de su rifle en un lado de la cara.

—¿Fuiste soldado?

—¿Parezco comercial?

Me encogí de hombros.

—¿Qué aspecto tiene un comercial?

—¿Qué aspecto tiene realmente cualquiera de nosotros? —Sus ojos brillaron un instante, captando parte de la luz de un fuego que había en una chimenea detrás de nosotros. Esbozó una sonrisa, como si

todo fuera un gran misterio—. Ser soldado te enseña mucho sobre la vida.

—¿Sí?

—También te enseña mucho sobre la muerte.

Empecé a cortar parte de la masa del pastel, pero todo el tiempo sentía que me observaba. Cuando volví a levantar la vista, sus ojos se movieron rápidamente de mí a la comida y luego de nuevo hacia mi rostro.

—¿No tienes hambre?

—Creo que he perdido el apetito —dije.

—Deberías comer —respondió, vaciando lo que quedaba en su vaso —. Nunca se sabe cuándo puedes necesitar la fuerza.

Dejó el vaso de cerveza en el suelo y se volvió hacia mí, sus ojos desapareciendo de nuevo en la sombra. Ahora eran impenetrables, como mirar dentro de uno de los pozos mineros abandonados de la costa.

—¿Quieres que te deje solo?

Ahora tenía una sonrisa en la cara, pero no era profunda. Bajo la superficie, vislumbré lo que había visto antes. Un segundo de oscuridad absoluta.

—Depende de ti —le dije.

Siguió sonriendo. El olor del aftershave me llegó de nuevo.

—Te dejaré en paz. Estoy seguro de que preferirías estar ganando comisiones que escuchándome despotricar, ¿no es así?

No pude decir nada.

—Encantado de conocerte —dijo, poniéndose en pie—. Tal vez nos volvamos a ver por aquí de nuevo.

—Tal vez.

—Creo que sí —dijo de manera intrigante.

Recogió su abrigo y se dirigió a una puerta situada en el otro extremo del bar.

La noche engulló su figura.

12

Esa noche tuve dificultades para dormir.

Hacía mucho tiempo que no dormía en una cama, y mucho más tiempo aún que no pasaba la noche fuera de casa, por lo que mi cuerpo se había acostumbrado al sofá y al sonido de la televisión de fondo. Esas cosas se habían convertido en mi rutina. Al final, encendí la televisión, bajé el volumen y me tumbé sobre las sábanas. Casi a las dos de la madrugada, agotado, con las cortinas corridas y la ventana abierta, empecé a quedarme dormido, con una ligera brisa que me acariciaba la piel.

Me revolví de nuevo una hora más tarde.

Al principio, no sabía por qué. Pero entonces lo oí: hojas de otoño secas aplastadas bajo los pies de alguien. Me quedé allí tumbado, exhausto, un poco aturdido, incapaz de reaccionar, pero entonces el sonido volvió, aún más fuerte y cercano que antes.

Esta vez me levanté y me acerqué a la ventana.

Fuera, la noche era completamente oscura, aparte de los pequeños bloques de luz del pueblo de al lado, en algún lugar de la carretera de la costa. Cuando volvió a soplar el viento, oí cómo las hojas se movían por el suelo y las olas chocaban contra la costa rocosa, pero no el ruido que me había despertado. No el de alguien moviéndose.

Esperé un momento y volví a la cama.

Me levanté temprano y me senté en una mesa con hermosas vistas del Atlántico y una multitud de minas de estaño que se alzaban en la ladera como brazos de ladrillo que alcanzaran las nubes. Durante el desayuno, volví a desplegar el contenido de la caja delante de mí y

estudié las fotografías que había estado mirando la noche anterior, en particular las de Kathy y Alex, cada uno por separado.

¿Por qué la de Alex había sido tomada con una Polaroid?

En la toma, estaba demasiado cerca de la cámara, algunos de sus rasgos indefinidos, un poco borrosos. Llevaba el pelo más corto que en las fotos que había visto en casa de Mary, y tenía zonas oscuras a los lados de la cara por donde asomaba la barba incipiente. Detrás de él se vislumbraba un bloque de luz que parecía una ventana, pero era difícil ver qué había a través de ella: parte de un edificio, quizá, o un tejado.

Le di la vuelta.

Había cuatro palabras escritas en el reverso.

«Nunca fuiste un error».

Cogí mi teléfono y llamé a Kathy, que contestó tras un par de timbres.

—Kathy, soy David Raker.

—Oh, hola.

—Siento llamar tan temprano.

—No hay problema —dijo ella—. Me estaba preparando para ir a trabajar.

—Tengo la caja. —Le di la vuelta a la Polaroid y volví a mirar a Alex —. ¿Recuerdas qué fotografías pusiste dentro?

—Um... no...

—Solo una idea aproximada.

—Creo que hay un par de nosotros en una barbacoa...

—¿Recuerdas la de Alex solo?

—Eh... —Una pausa—. Déjeme pensar...

—¿Te mando una foto con el móvil?

—De acuerdo.

—Te enviaré dos: una del anverso y otra del reverso. Échales un vistazo cuando te lleguen y me avisas cuando termines.

Colgué, hice un par de fotos y las envié.

Mientras esperaba, miré a mi alrededor. El dueño de la pensión llenaba un tazón gigante de cereales con copos de maíz y fuera, a lo lejos, se divisaba un pesquero, con las olas abriéndose en abanico desde su proa mientras seguía la costa.

Un par de minutos después, mi teléfono empezó a zumbar.

—¿Kathy?

Silencio.

—¿Kathy?

Poco a poco, percibí el sonido de un sollozo.

—Kathy, ¿estás bien?

Mi pregunta volvió a quedar sin respuesta y, al hacerlo, se me ocurrió otra:

—Esa es la letra de Alex, ¿no?

Ella suspiró.

—Sí.

—¿Tú tomaste esa fotografía?

—No.

—¿Alguna idea de quién lo hizo? ¿O de dónde fue realizada?

—No.

Volví a mirar la Polaroid, le di la vuelta y tracé la letra con el dedo. Y entonces, por el rabillo del ojo, vislumbré algo al pie de la carta que ella le había escrito, y me maldije por no haberlo notado antes. «Pero, en algún lugar, habría una duda que antes no existía, una molesta sensación de que, si me acercara demasiado a ti, si te mostrara demasiado afecto, te levantarías una mañana y te marcharías. No quiero volver a sentirme como un error».

—Nunca fuiste un error —dije en voz baja.

Alex había vuelto a donde estaba la caja, después de todo.

13

Cuando el día anterior llamé a Jeff, el amigo de Alex, me dio la dirección del trabajo de su otro antiguo compañero de piso, John Cary. Mientras bajaba por la M32 en dirección a Bristol, hice una llamada a información telefónica para intentar conseguir su número de teléfono.

—¿Qué número de teléfono quiere? —preguntó la operadora.

—¿Quiere decir que hay más de uno?

—Sí, señor. Esa dirección es de una comisaría.

John Cary trabajaba para la policía.

La comisaría estaba al suroeste del centro de la ciudad, y cuando llegué era la hora de comer y llovía a cántaros: el agua corría por las alcantarillas, los desagües se llenaban de viejos paquetes de patatas fritas y latas de cerveza, y —excepto por algunos chicos más abajo, cuyos cigarrillos se apagaban por el aire fresco del día— las calles estaban prácticamente desiertas.

Aparqué y me dirigí al interior de la comisaría.

Había un sargento detrás de una mampara corrediza de cristal, enmarcado por un enorme mapa de la zona. Había varios puntos señalados a intervalos en un anillo alrededor del centro de la ciudad.

El sargento deslizó el cristal.

—¿Puedo ayudarlo?

—He venido a ver a John Cary.

Asintió con la cabeza.

—¿Puedo preguntar de qué se trata?

—Quiero hablar con él sobre Alex Towne.

Estaba claro que no significaba nada para él. Deslizó la mampara de cristal de nuevo y desapareció de mi vista, y yo me senté junto a la entrada principal. Fuera, enormes nubes oscuras surcaban el cielo. En algún lugar a lo lejos estaba la nieve que habían estado prometiendo, bajando desde Rusia, lista para cubrir cada paquete de patatas fritas y cada lata vacía, cada aguja y cada mancha de sangre que alguna vez habían dejado en estas calles.

De repente, un golpe.

En el otro extremo de la sala de espera, un hombre enorme, de unos noventa, quizá cien kilos, salió de detrás de una puerta de seguridad. Estaba musculado, pero no era nada atractivo. Su piel oscura estaba estropeada por cicatrices de acné en ambas mejillas. Me acerqué a él.

—Me llamo David Raker.

Asintió con la cabeza.

—Estoy investigando la desaparición de Alex Towne.

Volvió a asentir.

—La madre de Alex contactó conmigo.

—Te habrá dicho que está muerto, ¿verdad?

Lo miré fijamente.

—Exacto.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Esperaba poder hacerte un par de preguntas.

Miró su reloj y luego me miró a mí, como si de repente se sintiera intrigado por lo que yo pudiera preguntarle.

—Sí, vale —dijo—. Vamos a dar una vuelta.

Condujimos hacia el norte hasta donde Alex había muerto. Era un lugar pintoresco, a pesar de estar a solo un kilómetro y medio de la autopista, con sus praderas onduladas salpicadas de carreteras estrechas y robles dorados. Cary aparcó y me llevó lejos del coche, a través de un campo en pendiente que se alejaba del carril por el que íbamos. Abajo, un trozo de cinta policial todavía ondeaba en un árbol cercano, pero, aparte de eso, no había señales de que un coche se hubiera salido alguna vez de la carretera por allí.

—¿Estabas de servicio cuando murió? —le pregunté.

El tipo sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿fuiste a verlo a la morgue?

—Sí, una vez que lo identificaron. Tardaron una semana y media en confirmar los registros dentales.

—¿Viste su cuerpo?

—Lo que quedaba de él. Sus manos, sus pies, su cara... eran solo huesos. Algunos de sus órganos seguían intactos, pero el resto de él... —Cary miró hacia los campos—. Calculan que el depósito debió estallar cuando el coche chocó contra el campo. Por eso el fuego lo consumió todo con tanta rapidez. —Me miró con tristeza en los ojos —. ¿Sabes lo fuerte que te tienes que chocar para romper un depósito de gasolina?

Sacudí la cabeza.

—Aquel coche parecía haber pasado por una trituradora. Estaba todo doblado sobre sí mismo. Un modelo antiguo como ese: sin airbag, sin barras de impacto laterales... —Volvió a hacer una pausa—. Solo espero que fuera rápido.

Nos quedamos en silencio un momento. Sus ojos se desviaron hacia el lugar donde debió caer el coche y, luego, volvieron a mí.

—Había estado bebiendo —dije—. ¿Es eso cierto?

—Sí. Su tasa estaba cuatro veces por encima del límite legal.

—¿Viste el informe de la autopsia?

—Sí.

—¿Y definitivamente era él?

Me miró como si fuera de otro planeta.

—¿Tú qué crees?

Hice una pausa.

—¿Qué posibilidades hay de que pueda conseguir algo del papeleo?

Se le escapó un poco de aire de entre los labios, como si no pudiera creer que yo hubiera tenido las pelotas o la estupidez de preguntar.

—Pocas.

—¿Y extraoficialmente?

—Siguen siendo pocas. Si entro en el sistema, queda registrado. Si imprimo algo, queda registrado. ¿Por qué iba a hacer eso por ti?

—Un par de nuevos ojos podrían ayudar.

—¿Podrían ayudar a quién?

—A Mary. A Kathy. A ti.

Se limitó a negar con la cabeza.

—Es extraño que acabara muriendo tan cerca de casa.

Cary me miró.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir, él desaparece durante todo ese tiempo... Habría esperado que apareciera en algún lugar más lejano. Pero, al estar tan cerca de casa, ¿no crees que se arriesgó a ser visto por alguien que conocía?

—No se quedó por aquí.

—Pero murió aquí.

—Iba de camino a algún sitio.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Si se hubiera quedado por aquí, me habría enterado. Tarde o temprano, alguien en algún sitio lo habría visto. Y habría llegado hasta mí.

Asentí, pero en el mejor de los casos me parecía ambicioso y en el peor, totalmente irreal. Cary era solo un hombre en un área local de cincuenta o sesenta kilómetros cuadrados. Si uno quisiera, podría desaparecer con facilidad en una zona de ese tamaño y no lo volverían a encontrar.

—Entonces, ¿a dónde crees que fue?

Cary frunció el ceño.

—¿No te acabo de responder a eso?

—Dijiste que no por aquí. Entonces, ¿dónde?

Volvió a sacudir la cabeza y se encogió de hombros.

—¿Crees que hay alguna conexión con la desaparición de tu otro amigo?

—¿Simon?

—Sí. Simon —eché un vistazo a mi bloc de notas— Mitchell.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—¿Te habló Jeff de él?

—Dijo que tenía un problema de drogas.

Cary asintió con la cabeza.

—Y que golpeó a Kathy.

Volvió a asentir.

—Esa noche estábamos todos allí. Simon no sabía qué coño estaba haciendo. Nos enzarzamos en una acalorada discusión con él, intentando hacerle ver que tenía un problema, y Kathy estaba allí con Alex, y dijo que conocía a alguien que trabajaba con drogadictos y que podía ayudarlo. Simon flipó. Que le insistiéramos le enfadaba, además de que siempre odió que lo llamaran adicto. Unos días más tarde, intentó disculparse con Alex, pero Alex no lo dejó pasar, y entonces empezó a hacernos promesas a Jeff y a mí, diciéndonos que dejaría de hacerlo..., pero al final se fue por eso. No pudo. No

creo que pudiera enfrentarse más a nosotros. Así que un día hizo las maletas y se marchó. Después solo supimos de él una vez.

—¿Cuándo fue eso?

—Mucho tiempo después de que Alex desapareciera. Cuatro años, tal vez más. Dijo que había estado en Londres todo ese tiempo, entrando y saliendo de cualquier lugar donde le dieran un techo.

—¿Le contaste lo de Alex?

—Sí. No creo que ni siquiera supiera algo. Parecía agotado. No paraba de hablar de un tipo que había conocido y que iba a ayudarlo.

—¿Dijo quién era?

—No. Solo contó que se lo había encontrado en la calle y se habían puesto a hablar. Parecía que este tipo estaba tratando de enderezarlo.

Cary levantó los ojos al cielo cuando empezó a llover de nuevo, se acercó la chaqueta al cuerpo y se subió la cremallera.

—Hice algunas preguntas al principio —dijo, mirando a los campos de abajo—, pero no llegué muy lejos. Creo que te costará encontrar a alguien que pueda darte una razón para la desaparición de Alex. Que lo dejara todo de esa manera... —Se encogió de hombros—. A menos que algo estuviese muy mal, no era algo que pudiéramos esperar.

14

Tras llamar a Mary para confirmar que trabajaba para ella, Cary cambió de opinión. Una vez de vuelta en la comisaría, me senté en un despacho lleno de papeles y mesas, la mayoría sin personal, mientras él utilizaba un ordenador cercano para acceder al expediente de Alex e imprimirlo. En el otro extremo de la sala había cuatro agentes de espaldas a nosotros, dos de ellos hablando por teléfono. Cuando terminó, deslizó las impresiones en una carpeta que ya tenía abierta y me la entregó.

—Estoy dispuesto a arriesgarme con esto —dijo—. Pero, si alguien se entera de que te he dado esta información, me jubilaré anticipadamente.

—Lo comprendo.

—Espero que sí.

Volvió a sentarse en su escritorio, miró a su alrededor y sacó un disco de DVD sin marcar del cajón superior.

—Toma —dijo, arrojándolo sobre el escritorio.

—¿Qué es esto?

—Un vídeo que uno de los bomberos grabó del lugar del accidente.

Cogí el DVD y lo metí en la carpeta.

—¿Hay algo aquí?

—¿En los informes del caso? —Se encogió de hombros—. ¿Tú qué crees?

—¿Crees que fue abierto y cerrado?

—Alex conducía bajo los efectos del alcohol. Por supuesto que fue abierto y cerrado al momento.

Asentí con la cabeza y ojeé las primeras páginas, pero, cuando levanté la vista, Cary me estaba mirando con los ojos entrecerrados, como si pensara que mi silencio era algún tipo de comentario.

—Déjame decirte algo —dijo, inclinándose sobre el escritorio—. La noche del accidente, y durante los tres meses siguientes, estuve metido hasta las pelotas en un doble asesinato. Una mujer y su hija, ambas violadas, ambas estranguladas, abandonadas en un campo bajo la lluvia torrencial durante cinco días antes de que alguien las encontrara. ¿Qué caso crees que mi jefe quería que se atendiera primero? ¿Esas dos mujeres o un maldito borracho que ni siquiera pudo mantenerse en su propio lado de la carretera?

—No estaba juzgando...

—¿Y desde entonces qué hago? Dar vueltas por la calle. Hay tipos que se drogan hasta las cejas y se creen Terminator. Tengo chicos de diecisiete años de las urbanizaciones con cuchillos del tamaño de tu brazo. —Hizo una pausa y me miró—. Así que no, no he dedicado mucho tiempo a ese expediente en el último año. Le dediqué bastante cuando Alex desapareció por primera vez, y recibí el apoyo de algunas de las personas de aquí. Pero, en cuanto atravesó con su coche el lateral de un camión, se convirtió en un caso de prioridad cero. ¿Y sabes qué? Ahora es incluso menos que eso.

Decidí reconducir la conversación sacando la Polaroid de Alex que había dentro de la caja. Cary me miró preguntándose qué le estaba mostrando. Dejó la foto en el escritorio frente a él.

Entonces dijo:

—¿Es Alex?

—Creo que sí.

Cary la cogió con sus manos.

—¿Quién tomó esta foto?

—No lo sé.

Volvió a quedarse callado.

—¿De dónde la has sacado?

—Estaba entre las cosas de Kathy.

—¿La tenía ella?

—No.

—Entonces, ¿cómo ha aparecido?

—No estoy seguro.

Parecía que no me creía.

—Todo lo que puedo hacer es adivinar —dije.

—Pues adivina.

—Que Alex la dejó.

—¿Después de que desapareciera?

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué?

—Tenían un acuerdo.

Cary frunció el ceño.

—¿Un acuerdo?

—Tenían un lugar donde solían esconder objetos personales.

Esta vez no reaccionó, su rostro era neutro, y al instante volvió a abrir el cajón superior de su escritorio y empezó a revolver en su interior. Entonces sacó un cuaderno, prácticamente hecho jirones, con la cubierta desprendida y las páginas sin los bordes. Lo dejó en la mesa y lo abrió. Palabras, diagramas y reconstrucciones de escenas del crimen se agolpaban en cada espacio. Lo ojeó, llegó hasta la mitad y levantó la vista.

—Quizá quieras apuntar esto —dijo.

Saqué mi bloc de notas.

—Como he dicho, hice algunas averiguaciones cuando Alex desapareció por primera vez; llamé a algunos contactos, creé su archivo de personas desaparecidas. Una de las cosas que solicité, como parte de la investigación, fueron sus números de tarjeta y datos bancarios. Básicamente quería cualquier cosa que pudiera aprovechar. Era la mejor pista que teníamos.

—Pero no se llevó su tarjeta.

—No cogió su tarjeta de débito, no.

Miró su cuaderno. Entonces, en la parte superior de la página, escrito en negro y rodeado de un círculo rojo, vi un número.

—Se dejó la tarjeta de débito, pero se llevó la de crédito —dijo Cary, pinchando el número con el dedo—. Fue válida hasta cinco años después de su desaparición, así que pensé que merecía la pena vigilarla. Llegué a un acuerdo con el banco para que me enviaran todos los extractos de su tarjeta de crédito. Y seguían llegando, y llegando, y llegando, y cada vez que los extractos aparecían en mi mesa y los abría, estaban en blanco.

—Nunca usó la tarjeta.

Cary negó con la cabeza.

—Nunca había información en ellos. Me pasé cuatro años y medio revisando sus extractos, y cuatro años y medio tirándolos a la papelera. —Pasó un dedo por el número del cuaderno—. Entonces, unos seis meses antes de morir... —hizo una pausa, me miró—, los extractos dejaron de llegar.

—¿Porque la tarjeta había caducado?

—No. Le quedaban unos seis meses de vigencia.

—Entonces, ¿por qué no enviaron más?

—Llamé al banco para informarme. Accedieron a la cuenta por mí y me dijeron que aún se estaban enviando los extractos.

De repente, vi a dónde iba aquello.

—Pero no a ti...

—Exacto. Pedí un duplicado al banco, pero tampoco llegó, así que llamé otra vez, les dije que el duplicado no había aparecido y me pidieron que confirmara mi dirección. Se la di...

—Y no era la dirección que tenían.

Me miró y asintió.

—En efecto. Cuatro años y medio después de la desaparición de Alex, alguien llama al banco y pide que le envíen los extractos a otro sitio.

—¿Crees que fue Alex?

Se encogió de hombros.

—Hablé una tercera vez con el banco y me facilitaron los nuevos extractos. Y lo mismo de siempre: la tarjeta seguía sin utilizarse. Pero ya no estaba registrada a nombre de Alex. Estaba registrada a una cuenta de negocios.

—¿Una cuenta de negocios?

—El Proyecto Calvario.

—¿Ese era el nombre del negocio?

—¿Quién sabe? Me pasé días buscando, intentando llegar al fondo de quiénes eran, y no pude encontrarlos por ninguna parte. No hay registros de Hacienda, página web ni lista pública en ningún sitio, nada. Es como si no existieran.

—¿Quieres decir que es algún tipo de tapadera?

Volvió a encogerse de hombros.

Lo miré, intentando averiguar por qué no estaba más decidido a profundizar. Me acercó el cuaderno, se inclinó sobre el escritorio y señaló el número con el dedo.

—Prueba tú mismo —dijo.

—¿Eso es parte del número de la tarjeta de crédito?

—No. Ese es el número de teléfono que el banco había listado para el Proyecto Calvario.

Era un teléfono fijo, pero no tenía código de área delante, por eso no pude averiguar de qué se trataba.

—¿Has probado a llamarlo?

—Unas cien mil veces.

—¿Y nadie contesta?

El tipo sacudió la cabeza.

—¿Y la dirección asociada?

—Londres.

—¿Fuiste allí?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? ¿Es una broma? La tarjeta está caducada, y hace un año me pasé tres horas recogiendo trozos del cráneo de Alex de un puto campo. Este caso está acabado.

—¿Se lo dijiste a Mary?

—¿El qué?

—Lo que habías encontrado.

—No.

—¿No crees que tiene derecho a saberlo?

—¿Derecho a saber qué exactamente? Incluso si hubiera algo, y no estoy convencido de que lo hubiera, ¿qué diferencia hay ahora? Está muerto.

Cary había estado en el campo aquella noche mientras sacaban los restos carbonizados de Alex de entre los escombros de su coche, así que comprendía su reticencia: los recuerdos aún estaban frescos, Alex descansaba bajo tierra, el caso estaba cerrado. El chico no sabía lo que Mary había visto hacía tres meses —o lo que había afirmado haber visto, en cualquier caso— y eso también suponía una

gran diferencia. Sin embargo, percibí un conflicto en él: su instinto de investigador lo impulsaba de forma natural a saber más, a averiguar a dónde había ido Alex y a dónde conducía el Proyecto Calvario; pero, al mismo tiempo, no quería exponerse a información nueva y posiblemente corruptora sobre su amigo. Lo quería. Estaba decepcionado por la forma en que había muerto.

Sus recuerdos ya estaban bastante manchados de sangre.

—Entonces, ¿de qué parte de Londres es la dirección?

—De algún sitio en Brixton. Le di los detalles a un tipo que conozco que trabaja para la Policía Metropolitana y se meó de risa. Por lo visto, los únicos negocios que hay allí son de maletas llenas de crack.

Después de que yo anotara el número de teléfono, Cary puso su gruesa mano sobre el cuaderno y tiró de él hacia atrás, dejándolo caer en su cajón superior.

—Tengo una pregunta más —dije.

No se inmutó.

—Básicamente, esperaba que pudieras proporcionarme algo de... ayuda técnica. —Levanté la Polaroid—. Con la fotografía.

El tipo sacudió la cabeza.

—No.

—Tuvo que haber sido tomada por alguien que Alex conoció después de desaparecer, y la foto es una Polaroid, lo que significa que esa persona probablemente la manipuló...

—No.

—Solo necesito que se comprueben las huellas.

—¿Solo necesitas eso? ¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo que haga? Involucrar a los forenses, registrar los datos, iniciar un rastro de papel. ¿Qué crees que pasaría si la gente se entera de que he estado investigando asuntos personales en el trabajo?

—Sé que es dif...

—Estaría jodido, eso es lo que pasaría.

—De acuerdo. Olvídalo.

—Ni de coña podría hacer eso —dijo, pero yo volví a ver el mismo conflicto en él y, cuando me levanté y nos dimos la mano, supe que aún tendría una oportunidad de que analizaran la foto.

15

De camino a casa, avisé a Mary de que iría a visitarla. Pasó los primeros diez minutos intentando que Malcolm se sintiera cómodo, colocándolo frente al televisor, pero incluso después de retirarnos a la cocina, estaba claro que seguía agitado. Al empezar a hablar, la llamó, incapaz de recordar su nombre, incapaz de recordar qué era lo que iba a preguntarle. Observé a los dos frente a frente, un destello de emoción en el rostro de Mary, frustración en el de Malcolm, y me pregunté si aquello era mejor o peor que lo que me había ocurrido a mí. Ella no había enterrado a su marido.

Pero lo había perdido igualmente.

Al final, cuando Malcolm se hubo tranquilizado, la seguí hasta la cocina y me condujo por una empinada escalera hasta el sótano. Era enorme, mucho más grande de lo que esperaba, pero también estaba desordenado: cajas apiladas hasta el techo como los pilares de un vestíbulo; trozos de madera y metal encaramados a las paredes; una caja eléctrica cubierta de telarañas gruesas y opacas.

—A veces vengo aquí —dijo—. Me gusta la tranquilidad.

Asentí indicando que lo entendía.

Ella sonrió.

—Perdón por el desorden.

—Si quieres ver desorden de verdad, deberías venir a mi casa.

Por encima de nosotros, Malcolm empezó a gritar de nuevo. Mary dio un largo suspiro y se volvió hacia las escaleras.

—Ahora ya sabes por qué me gusta esconderme aquí abajo a veces —dijo, pero luego pareció consumirse por los remordimientos—. No es culpa suya. —Y hubo una larga pausa, como si entonces estuviera disgustada—. Volveré en unos minutos.

La vi marcharse y empecé a observar el sótano. Al otro lado, semioculto tras unas cajas, había un viejo escritorio con un álbum de fotos abierto. Polvoriento. Usado. Pasé algunas páginas. Un joven Alex jugando en la nieve, remando en el mar, comiendo helado en un muelle. Más adelante, algunas de las fotos se habían caído, dejando solo huecos blancos sobre páginas amarillas descoloridas.

Justo al final, encontré una de Alex, Malcolm y Mary, y alguien más. El tipo tenía unos treinta años, era guapo y sonreía de oreja a oreja. Tenía un brazo alrededor del hombro de Alex y el otro alrededor de Malcolm. Mary estaba a un lado del plano, casi separada del grupo. La mayoría de las veces no se podía leer mucho en las fotografías: la gente sonreía, abrazaba a los que estaban a su lado, posaba aunque no quisiera. La mayoría de las veces las imágenes podían tapar las grietas, como mentiras perfectamente construidas. Pero esa hablaba por sí sola.

Mary era la que sobraba.

En silencio, la mujer bajó las escaleras.

—Lo siento.

Le dije que no se preocupara y le mostré el álbum.

—Estaba siendo entrometido. Espero que no te importe.

—No, en absoluto.

Señalé al hombre de la foto.

—¿Quién es este tipo?

—Vaya —dijo, cruzando el sótano hacia mí—. Hacía tiempo que no lo veía. Creía que habíamos conseguido quemar todas sus fotos —dijo sonriendo. Estudió la imagen durante un rato—. Al. El tío Al. Era amigo de Malc.

—¿Y tuyo no?

Ella se encogió de hombros.

—Para ser honesta, creo que el sentimiento era mutuo. Al era un hombre rico. Nosotros no. Se ganó el afecto de mi marido y de Alex, y la única forma que tuve de contrarrestarlo era estar cerca de ellos, aunque él no estaba muy dispuesto a gastar dinero en mí.

—¿No era el verdadero tío de Alex?

—No. Malcolm trabajaba para él.

—Entonces, ¿sigue por aquí?

—No. Hace tiempo que murió.

Volví a colocar la foto en el álbum.

—¿Alex fue alguna vez a la iglesia?

—¿A la iglesia? —Mary frunció el ceño, sorprendida por el cambio de dirección de la conversación—. Cuando ya era mayor, no. Pero, cuando era más joven, solía ir con nosotros a la que hay aquí, en la ciudad. Formaba parte del grupo juvenil. Siempre parecía disfrutar.

—¿Alguno de vosotros asistió alguna vez a una iglesia llamada Saint John the Baptist en Grover Place? Es una calle del este de Londres, cerca de Redbridge.

—¿En Londres este? No. ¿Por qué?

—De momento, es solo un cabo suelto —dije, y seguí adelante con la conversación—. ¿Qué hay de su iglesia de aquí? ¿Alguien con quien Alex pudiera haber mantenido contacto regular después de mudarse a Bristol? ¿Quizá en la organización juvenil?

Ella se detuvo un momento.

—Era muy amigo de un tipo de allí... Estoy tratando de recordar su nombre. Era el que solía dirigir el culto, oficiar algún servicio ocasionalmente, ese tipo de cosas. Se fue de viaje... Debió ser hace cinco años, quizá más, y nunca volvió. Estoy bastante segura de que Alex se mantuvo en contacto con él. —Se detuvo por segunda vez—. Dios, ¿cómo se llamaba?

—Puede que merezca la pena hacer un seguimiento, así que si te acuerdas, escríbeme. —Volví a pensar en la dirección de la tarjeta de cumpleaños y en el nombre del reverso—. ¿Y Angela Routledge? ¿Te suena de algo?

Se lo pensó, no obtuve nada. No esperaba que me llevara lejos. Probablemente, Angela Routledge no era más que un miembro de la congregación que reciclaba tarjetas con el fin de recaudar fondos para la iglesia.

—Bueno, será mejor que me vaya...

—Mat —dijo.

—¿Perdón?

—Mat, con una t. Sabía que acabaría recordándolo. —Y asintió—. El amigo de la iglesia de Alex. Se llamaba Mat.

16

Antes de irme a dormir, abrí la carpeta del maletín que contenía las impresiones que John Cary me había dado, saqué el DVD y empecé a reproducirlo.

Tomada con una cámara de vídeo manual, la grabación era inestable y desorientadora al principio, pero poco a poco se iba estabilizando. La película comenzaba con algunas tomas de los campos que rodeaban el lugar del accidente y la zona en la que aterrizó el coche. Había un rastro oscuro y lleno de marcas en el campo, donde la hierba aparecía chamuscada, y algo del coche —quizá la caja del tubo de escape— estaba incrustado en el barro. Esperaba que quien estuviera grabando ampliara la imagen para ver todo mejor, pero no lo hizo.

En lugar de eso, se dirigió hacia donde el coche se había salido de la carretera. Había restos de gasolina en el asfalto y cristales rotos. La luz no era demasiado buena, y cuando eché un vistazo al código de tiempo en la esquina, pude ver por qué. Las 17:42. Ya era de noche.

La película entonces enfocó hacia el coche.

El techo se había hundido sobre sí mismo, una puerta se había desprendido y el maletero había desaparecido, empujado hacia el interior del vehículo. El motor estaba dentro del salpicadero en el lado derecho y, cuando la cámara se movió de izquierda a derecha, pude ver trozos de parabrisas brillando en la hierba. La destrucción era aún mayor: la rejilla de la parte delantera del Toyota había salido despedida y yacía delante del coche, junto con fragmentos de plástico de colores de los faros. Cuando la imagen se acercó —con la ayuda de un accesorio luminoso— y reveló el interior del vehículo, pude ver que todo estaba negro y calcinado.

La película volvió a cambiar a un primer plano de un punto situado a unos seis metros. Esparcidos por la hierba había restos que habían salido despedidos del coche: un teléfono móvil quemado; un zapato; una cartera, con su piel tostada carbonizada. La cartera estaba abierta y parte del contenido se había esparcido por el suelo. Pude ver parte de un carné de conducir ennegrecido y derretido, con la cara de Alex en él, medio oculta por las briznas de hierba.

Finalmente, la película terminó.

Expulsé el DVD y extendí algunos papeles delante de mí. Los investigadores estaban bastante seguros de que el accidente había sido causado por el estado de embriaguez de Alex. En una de las impresiones había algunas fotografías borrosas, incluida una de las marcas de neumáticos en la carretera y otra del camión contra el que había chocado el coche de Alex. El camionero se había librado y solo había sufrido unos cortes y contusiones leves. En su declaración dijo que otro coche había adelantado al de Alex y que, unos diez segundos después, el Toyota se había desviado hacia el lado contrario de la carretera. Una tercera fotografía mostraba el Toyota de frente. El lado derecho había sufrido más daños que el izquierdo. Eso explicaba por qué, en la película, el motor parecía estar más atrás dentro del coche, a la derecha. Ojeé el análisis de la escena del crimen, y encontré un diagrama técnico de la trayectoria del choque.

Pasé a la autopsia.

Como Cary había dicho, la antigüedad del Toyota señalaba que no tenía airbag ni ninguna protección real contra impactos. Los daños eran graves: se habían encontrado dientes en el estómago de Alex y en lo que quedaba de su garganta, arrancados de las encías al golpear su cara contra el volante. Seguí leyendo un poco más y, al final, vi que faltaban dos páginas. Cary debió olvidarse de recogerlas cuando las imprimió. Tomé nota para preguntárselo la siguiente vez que habláramos.

Encontré un par de fotos sueltas más dentro de la carpeta que mostraban el cuerpo de Alex. Era un espectáculo horrible. Tenía las manos quemadas hasta el esqueleto, y también los pies y la parte inferior de las piernas. Su cara, desde la frente hasta la mandíbula, era solo hueso, y tenía una enorme grieta en el cráneo, a lo largo de un lado de la mejilla, donde su cara se había golpeado con el volante en el impacto. Me volví hacia el expediente. Cuanto más leía, más empeoraba: su cuerpo había sido pulverizado, los huesos destrozados, la piel quemada, cada parte de él rota sin remedio. Por los daños sufridos, era evidente que había muerto antes de que el coche se incendiara.

Excepto que, según Mary, no había muerto.

El rincón de la habitación

Abrió los ojos. La habitación giraba suavemente, las paredes parecían doblarse mientras él movía la cabeza sobre la almohada y rodaba sobre un costado. Poco a poco, todo empezó a volver a enfocarse: la cama en la que estaba, el polvoriento rayo de luz de luna que entraba por la ventana superior, la bombilla que titilaba con una tenue brisa.

Hacía frío.

Se incorporó y se envolvió en una manta. Cuando sus bordes rozaron el suelo y la suciedad y el polvo se esparcieron en la oscuridad, un dolor agudo le recorrió el pecho. Colocó una mano contra sus costillas y presionó con los dedos. Debajo de la camiseta notaba los vendajes, desde el pecho hasta la cintura. Volvió a cambiar de posición, intentando ponerse más cómodo, y el colchón repiqueteó contra su peso.

Clic.

Oyó un ruido procedente de la esquina más alejada de la habitación. De la pared asomaba un pilar, junto al cual había un armario. Todo lo demás estaba oscuro.

—¿Hola?

Su voz sonaba tranquila, infantil, asustada. Se aclaró la garganta, pero el esfuerzo le resultó doloroso, como si unos dedos le estuvieran desgarrando la tráquea.

Ahora también podía oler algo.

Tragó saliva, llegándole una bocanada de náuseas, y frente a él, iluminado por un cuadrado de luz de luna, divisó un cubo de metal.

El borde estaba moteado de vómito seco. Al lado había una botella de desinfectante.

Pero no olía precisamente a eso.

Clic.

Otra vez el mismo ruido.

Miró hacia la oscuridad de la esquina de la habitación. Ningún sonido, ninguna señal de movimiento. Volvió a cambiar de posición, sentado en la cama pegado a la pared, y acercó las rodillas al pecho.

—¿Quién está ahí? —dijo.

Silencio.

Se arrebujó en la manta y se quedó allí sentado, mirando fijamente a la oscuridad, hasta que —por fin— el sueño se lo llevó de nuevo.

Está fuera de una iglesia, mirando por la ventana. Mat está sentado en un escritorio, con una Biblia abierta en el regazo. Al otro lado de la habitación, hay una puerta entreabierta. Dirige su mirada desde Mat hacia la puerta, y siente que quiere salir de allí.

Quiere salir por esa puerta.

Y entonces, de repente, lo consigue.

Pone una mano en la misma y la empuja. Se abre despacio. Mat se gira en su silla, con un brazo apoyado en el respaldo, intrigado por ver quién ha entrado.

Mat se queda atónito.

—Dios mío —dice con suavidad. Se pone en pie tambaleándose, con los ojos como platos y la boca abierta. Parece que ha visto un fantasma—. Creía que... —Mat se detiene—. ¿Dónde has estado?

—Escondiéndome.

Mat se detiene, frunciendo el ceño.

—¿Por qué?

—He hecho algo.

—¿El qué?

—Algo muy malo.

Entonces abrió los ojos. Una luz circular cegadora estaba sobre él. Intentó cubrirse la cara, pero, cuando fue a mover las manos, estas se engancharon en algo.

Tenía los brazos atados a la silla en la que estaba sentado.

Presa del pánico, giró la cabeza, mirando hacia la oscuridad de la habitación. Inmediatamente a su lado pudo distinguir una camilla médica, con instrumental metálico colocado encima. Al lado había un monitor cardíaco. Detrás, oculta por la oscuridad, había una silueta que lo observaba desde las sombras.

—¿Qué está pasando? —dijo.

La silueta no se movió, no respondió.

Ahora podía ver más allá de su cuerpo, y se dio cuenta de algo: aquello no era una silla cualquiera. Era la silla de un dentista. Retorció los dedos y volvió a intentar mover las manos. Las ataduras se estiraban y apretaban.

—¿Qué está pasando?

Intentó mover las piernas. Nada. Probó de nuevo. Y nada. En su cabeza se sentía como si le estuvieran dando vueltas. Pero, más

arriba de su cuerpo —donde aún tenía sensibilidad—, sabía que no se movía. Estaba paralizado.

Volvió a mirar la silueta.

—¿Por qué no siento las piernas?

Siguió sin respuesta.

Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Qué me estás haciendo?

Una mano le tocó el estómago. Se percató y giró la cabeza hacia el otro lado, en la otra dirección. A su lado había un hombre enorme, alto e intimidante, vestido completamente de negro. Llevaba un delantal blanco y una mascarilla quirúrgica. Se la bajó.

—Hola —dijo el hombre.

—¿Qué está pasando?

—Pronto lo entenderás.

—¿Cómo?

—Pero primero tenemos que ocuparnos de algunas cosas.

El hombre se tapó la cara con la mascarilla de nuevo y se retiró del sillón del dentista, adentrándose en la oscuridad. Al instante, una mujer se presentó en su lugar, vestida con una bata blanca y una mascarilla quirúrgica, y un gorro médico azul atado alrededor de su pelo oscuro. Con rapidez, antes de que él pudiera reaccionar, ella le había puesto una mano sobre los ojos, sobre la cara, y le estaba metiendo algo en la boca. Un enorme objeto metálico, como una pinza. Hizo clic. Intentó hablar, intentó gritar, pero el cepo le había cerrado la boca. Todo lo que podía hacer era balbucear.

Empezó a balancearse de un lado a otro, emitiendo una serie de sonidos desesperados, pero entonces su ruido quedó ahogado por un agudo zumbido metálico. Se detuvo, moviendo la cabeza de izquierda a derecha, tratando de ver de dónde procedía el ruido.

La mujer volvió a inclinarse sobre él.

En sus manos llevaba un taladro dental.

Se despertó con una sacudida.

Estaba de nuevo en la cama, en mitad de la noche, cuando las sombras de la habitación eran más densas y largas. Sentado, tiró de la manta a su alrededor y se pasó la lengua por las encías, donde antes habían estado los dientes. Todo lo que había ahora eran pequeños hilos de carne derramándose fuera de las cavidades.

Clic.

Otra vez el ruido. El mismo ruido cada noche, toda la noche, procedente del rincón de la habitación.

Se envolvió en la manta y miró hacia la oscuridad. Durante el día, se había levantado y examinado aquella esquina de la habitación cuando el sol entraba a raudales por la ventana superior. No había nada. Solo el armario y el espacio detrás de él, un estrecho hueco de casi un metro. En la oscuridad de la noche, cuando el silencio era opresivo, era fácil ver y oír cosas que no existían. El miedo se te metía en los huesos. Pero él mismo lo había visto: allí no había nada.

Clic.

Siguió mirando hacia las sombras, de frente. Después, aún más desafiante, se puso en pie y dio un paso hacia la esquina de la habitación.

Y volvió a detenerse.

De la oscuridad y a la luz de la luna salió una cucaracha, con sus patas repiqueteando contra el suelo y su cuerpo chasqueando al moverse. La vio acercarse a la cama y girar ligeramente, con las antenas en movimiento, hacia el interior de la habitación, hacia la única puerta de entrada y salida, la que siempre mantenían cerrada. Y entonces desapareció, por debajo de la puerta, hacia la luz del otro lado.

Una cucaracha.

Se dejó caer en la cama, aliviado. La mente puede jugarte malas pasadas. Puede hacerte dudar de ti mismo, doblegar la realidad y la razón y, en tu punto más débil, empiezas a cuestionar lo que sabes que debe ser verdad. Mientras se limpiaba con un dedo el sudor del labio superior, el viento entraba por la ventana alta, refrescándole, cayendo sobre su piel, y entonces —muy distante— oyó el sonido del mar. Dejó que su suave ritmo empezara a llevárselo de nuevo.

—Cucaracha.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—Te veo, cucaracha.

Retrocedió por la cama, hacia la pared, llevándose las rodillas al pecho. Y entonces el corazón le dio un golpe en la garganta: una mano surgió de la oscuridad, de los espacios tras el armario. Poco a poco, la mano se convirtió en un brazo y el brazo, en un cuerpo, hasta que un hombre emergió de la penumbra, con una máscara de plástico en la cara.

Era la máscara de un demonio.

Un olor acompañaba al hombre cuando levantó la vista de las profundidades de la noche, parpadeando dentro de los huecos de la máscara. La hendidura de la boca era ancha y larga, moldeada en

un permanente gesto de lascivia, y, a través de ella, una lengua comenzó a emerger lentamente.

—Oh, mierda, oh, joder, oh.

—Cucaracha —volvió a decir el hombre, moviendo la lengua por los duros bordes de la hendidura bucal. Estaba hinchada y reluciente, como un cadáver cubierto de miel, y en el extremo había sido cortada, rebanada medio centímetro, partiendo la punta en dos.

El diablo tenía una lengua bífida.

Desde la cama, empezó a gemir.

El hombre de la máscara parpadeó de nuevo, inhaló a través de dos pequeños huecos en la nariz de la máscara y se levantó despacio.

—Me pregunto a qué sabrás... cucaracha.

SEGUNDA PARTE

17

La dirección que Cary me había dado del Proyecto Calvario era un bloque de pisos llamado Eagle Heights, a unos cuatrocientos metros al este de Brixton Road. De camino, mi teléfono empezó a sonar, pero cuando lo cogí del asiento trasero ya había perdido la llamada. Puse el teléfono en el manos libres y consulté mis mensajes de voz. Era Cary.

—Verás, he pensado en... —Hizo una pausa, sonando diferente esta vez: menos servicial, más vacilante—. Llámame cuando puedas. Esta mañana estoy hasta las diez y después de comer, hasta las cuatro.

Miré el reloj.

Las 08:43.

Le llamé, pero el sargento me dijo que no estaba. Diez minutos más tarde, en un atasco, volví a intentarlo y el mismo sargento me dijo que seguía sin aparecer. Le dejé un mensaje justo cuando Eagle Heights emergía de detrás de una arboleda de robles, sin rasgos distintivos y gris, con su hormigón marcado por la suciedad y el deterioro, como si el edificio se estuviera pudriendo desde fuera hacia dentro. Tenía veinticinco plantas y estaba flanqueado por dos bloques de pisos aún más grandes al otro lado de una valla que los rodeaba.

En la entrada, al aparcar, vi que había un tablón con la inscripción Eagle Heights. Alguien había pintado debajo con spray «Bienvenido al infierno».

Enfrente de mí, un grupo de niños que se suponía que debían estar en la escuela daban patadas a una pelota en un trozo de hierba embarrada. Salí del coche, saqué mi teléfono y mi navaja, y me dirigí a la entrada.

Dentro vi unos buzones a mi izquierda, la mayoría sin nada en ellos. Comprobé la ranura del piso que quería, el número 227, pero estaba vacía. A mi derecha, unas escaleras subían y giraban. Cuanto más me adentraba, peor olía el lugar y, en el rellano de los pisos de la segunda planta, encontré una puerta con un cristal agrietado y una bisagra suelta.

La abrí de un tirón.

Desde los pisos llegaba ruido de fondo: el zumbido de un televisor, los gritos de una mujer, el estruendo sordo de un bajo. Había quince puertas a cada lado, todas pintadas del mismo tono de marrón turbio. El piso 227 estaba justo al final.

Llamé dos veces y esperé.

Había un aviso del ayuntamiento clavado en la puerta. Tenía casi cuatro años, y advertía a la gente de que no entrara debido a infracciones de salud y seguridad. Parte de la pegatina del aviso se había despegado y los trozos que quedaban habían empezado a desteñirse con el tiempo. Al no obtener respuesta, volví a llamar, esta vez con más fuerza.

Más adelante en el pasillo, dos pisos más allá en el lado opuesto, oí el sonido de una puerta que se abría. Alguien se asomó por la grieta, con los ojos dirigiéndose de derecha a izquierda.

—¿A quién buscas? —dijo una voz de hombre.

—Al tipo que vive aquí. ¿Lo conoces?

—No.

—¿Lo has visto?

—¿Qué eres, un poli?

—No.

—¿Servicios sociales?

—No.

Volví a llamar a la puerta.

—No vas a encontrar nada, amigo.

—¿Por qué?

—Ahí no hay nadie.

Lo miré.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

—¿Nadie vive aquí?

—No.

—¿Seguro?

—¿Seguro? Sabes leer, ¿verdad?

Se refería al aviso del ayuntamiento.

—Entonces, ¿el ayuntamiento echó a los últimos inquilinos? —pregunté.

—¿Últimos inquilinos? Llevo en esta pocilga veinte años. Nadie ha vivido en ese piso desde que cedió el suelo. Hay un agujero del tamaño del Puente de la Torre. —Abrió la puerta un poco más. Era blanco, sin afeitar, viejo—. A nadie le importamos una mierda los

que vivimos aquí, así que nadie ha venido a arreglarlo. Deben haber pasado cinco años desde que se hizo el agujero.

—¿Nadie ha vivido aquí en cinco años?

—No. —Hizo una pausa—. A veces viene el ayuntamiento. A inspeccionar, supongo. Pero hace mucho que nadie vive ahí.

Avancé por el pasillo hacia él.

Cuando me acerqué, empujó la puerta para cerrarla. Pasé por delante de su piso, salí al rellano y me aparté de la puerta, fuera de la vista. Luego esperé.

Pasaron un par de minutos.

Cuando estuve seguro de que había vuelto a su piso, regresé al pasillo y saqué la navaja por el camino. Introduje la hoja en la grieta entre la puerta y el marco del 227 y empecé a abrirla con cuidado. La puerta estaba húmeda y combada, y tenía una curva a unos dos tercios de la altura. Mientras trabajaba la hoja, sentí que cedía un poco. Quité algunas astillas de madera rotas y empecé a hacer un agujero. Al otro lado, iluminado por la luz del pasillo, parecía un lugar austero: sin alfombras ni muebles, sin pintura en las paredes.

Poco a poco, empezó a romperse más madera, y cuanto más bajaba por el marco de la puerta, más fácilmente se desprendía. Probé el picaporte. La puerta se movió en el marco. Mirando a lo largo del pasillo, usé el hombro para aplicar algo de presión, deslizando de nuevo la hoja de la navaja, esta vez en la cerradura. La madera era increíblemente blanda, se doblaba contra mi peso, y la cerradura era de otra época: vieja y hueca, con sus mecanismos oxidados.

Por fin, treinta segundos después, se abrió.

Entré y cerré la puerta tras de mí.

18

No había cortinas en las ventanas, solo láminas rectangulares de plástico negro. Delgados bloques de luz se escapaban por los bordes, derramándose por las paredes opuestas. La habitación olía a humedad, pero no era desagradable, y las tablas del suelo estaban sucias. Algunas estaban rotas. Sin embargo, el viejo del otro piso se había equivocado. Había pequeños agujeros en el suelo, pero no peligrosamente grandes, y no llegaban al piso de debajo. Se veía solo el soporte de hormigón. Algunas de las tablas eran de un color distinto al del resto y parecían haber sido sustituidas hacía poco.

Busqué un interruptor de la luz y encontré uno un poco más allá de la pared, pero no había electricidad. Me acerqué a las ventanas y retiré con cuidado parte de la lámina de plástico que estaba sujeta con cinta adhesiva. Cuando la arranqué, la luz de la mañana irrumpió en la habitación en una serie de rectángulos llenos de polvo.

El piso era un esqueleto, sin ningún mueble. Había botellas de Coca-Cola y paquetes vacíos de patatas fritas en la encimera de la cocina. En un pequeño cubo de basura había un corazón de manzana y dos envoltorios de caramelos. Cogí uno de los paquetes de patatas fritas y le di la vuelta. Faltaban seis meses para la fecha de caducidad.

El piso había sido utilizado recientemente.

Pegado a la pared había un recorte de periódico, con los bordes curvados. Niño de 10 años encontrado flotando en el Támesis. Partes de la historia habían sido subrayadas con bolígrafo rojo. Me fijé en la fecha de la parte superior: 13 de abril de 2002. Casi ocho años.

Los dos dormitorios estaban vacíos, con polvo en el suelo y pegotes de pintura en las paredes. Las ventanas también habían sido cubiertas con láminas de plástico negro. Una tercera puerta conducía al cuarto de baño. La bañera estaba sucia, el moho trepaba por los laterales y alrededor de los grifos, extendiéndose como una enfermedad por el esmalte, y había azulejos agrietados y sueltos, y trozos de ellos amontonados en la bañera. El lavabo estaba más limpio y tenía una pastilla de jabón.

Volví a la cocina y empecé a rebuscar en los armarios. Sin electricidad ni agua, solo había comida que no necesitara preparación: algunos Cornflakes, botes de ternera precocinada, un par de latas de atún, galletas, mantequilla de cacahuete, mermelada. En un pequeño cajón, justo al fondo, había un bloc de notas. Estaba en blanco, pero, en sus páginas, podía ver los recuerdos fantasmales de cosas que una vez estuvieron escritas.

Me lo metí en el bolsillo y seguí adelante.

El piso se utilizaba obviamente como base de algún tipo, un escondite. Tal vez Alex se había escondido allí. Pero nadie viviría así durante un periodo largo de tiempo. No había electricidad ni suficientes provisiones y utensilios. Sin embargo, como lugar para desaparecer, era ideal. El viejo pensó que lo que había oído eran los trabajadores del ayuntamiento.

Pero no eran ellos.

De repente, empezó a sonar un teléfono.

Me quedé inmóvil en medio de la habitación, intentando averiguar si venía del interior del piso. Cuando me di cuenta de que sí, seguí el sonido hasta los dormitorios. En el primero no había nada, pero en el segundo el ruido se hizo más fuerte y, al fondo de una de las paredes, divisé una línea telefónica, un cable que subía y salía de ella y desaparecía detrás de una de las sábanas negras.

Retiré la cinta adhesiva que mantenía la línea y miré hacia atrás: en el alféizar de la ventana había un teléfono inalámbrico con pantalla digital, colocado en una base de recarga.

El timbre se detuvo.

Metí la mano y cogí el teléfono. En la pantalla ponía que el último número era oculto. Fui al menú de opciones, pero no había nombres en la agenda, nada en la lista de «Llamadas recientes» y nadie había dejado ningún mensaje en el contestador. Introduje mi número de móvil y pulsé «Llamar». Unos segundos después, mi teléfono empezó a zumbar.

En la pantalla de mi móvil apareció: «Número privado».

Lo borré de la lista de «Llamadas recientes» y volví a colocar el teléfono en la base. El hecho de que no tuviera nada —ni historial ni registro de nada— significaba que, o bien era nuevo, o bien se limpiaba después de cada uso.

Era hora de irse.

Volví a colocar las láminas de plástico en las ventanas del dormitorio y luego fui a las del salón y empecé a hacer lo mismo.

Y entonces me di cuenta de algo, fuera.

Dos pisos más abajo, un hombre estaba de pie junto a mi coche, con un teléfono móvil en las manos. Lo tenía abierto, como si acabara de usarlo.

¿Acaba de llamar al teléfono que me había encontrado?

Se inclinó hacia delante, apoyó las manos en el cristal y miró por la ventanilla hacia el asiento delantero. No se movió durante mucho tiempo. Luego se enderezó, recorrió toda la longitud del coche y miró hacia el piso.

Me aparté de la ventana.

Esperó.

Al cabo de treinta segundos, volví a mirar, pero ya no estaba.

Volví a colocar las sábanas en el salón, me aseguré de que aún tenía el bloc de notas de la cocina y me acerqué a la puerta, abriéndola un poco.

Me asomé por el hueco.

«Mierda».

El hombre ya estaba dentro de las puertas al final del pasillo.

«Viene al piso».

Empujé suavemente la puerta y me apoyé contra la pared, justo al lado de las bisagras. Agarrando mi navaja, escuché sus pasos.

Vacilante, la puerta empezó a abrirse.

A través de la rendija entre la puerta y el marco, pude ver un rostro. Tenía una gruesa cicatriz hacia la comisura de los labios, que parecía prolongar su boca. Dio otro paso adelante. Todo lo que podía ver ahora era la parte de atrás de su cabeza. Otro centímetro hacia delante, y su pie apareció en la parte inferior de la puerta.

—¿Vee? —dijo en voz baja.

Dio un paso atrás.

—¿Vee?

Otro paso.

Había tanto silencio en el piso que estaba seguro de que podía oírme respirar. Retrocedió otro paso y, antes de que me diera cuenta de lo que ocurría, su ojo y una fina franja de su cara llenaban el hueco entre la puerta y el marco.

Me estaba mirando directamente.

Un segundo después, echó a correr.

Cuando salí al pasillo, las puertas del fondo ya se estaban abriendo y él había salido por ellas. Corrí tras él, bajando las escaleras de dos en dos, ajustando la navaja de modo que la punta del mango quedara hacia abajo y la hoja apuntara hacia mi codo. Cuando llegué abajo, el hombre miraba hacia atrás por encima del hombro, dirigiéndose por la hierba hacia una valla metálica que separaba los edificios de la carretera. Parecía más joven que yo, veintidós o veintitrés años. Había corrido mucho desde que Derryn murió, sacando la frustración y la rabia, pero con su edad él estaría naturalmente más en forma.

Entonces la persecución giró a mi favor.

Los niños que había visto antes habían trasladado su partido de fútbol más arriba, más cerca de los pisos. Cuando volvió a mirar a su alrededor, uno de los niños cruzó de repente corriendo delante de él. Los dos chocaron. El niño se puso a dar vueltas, casi haciendo piruetas en el sitio, antes de desplomarse en el suelo. El hombre trató de esquivarlo, pero fracasó, cayendo sobre él y golpeándose fuertemente contra el suelo. Durante un par de segundos, se quedó aturdido. Se puso a cuatro patas, se levantó y sus zapatos resbalaron en el barro.

Se cayó de nuevo.

Cuando me acerqué a él, me clavó una bota en el estómago. Me tambaleé hacia atrás, perdiendo el equilibrio, pero conseguí aferrarme a su abrigo. Tiré de él hacia mí. Volvió a golpearme con

un pie, dándome en un lado de la cara. El impacto me aturdió por un momento. Dejé caer el cuchillo, parpadeé e intenté volver a concentrarme.

Miró entre el cuchillo, la valla y yo.

Ese pequeño segundo jugó a mi favor: agarré la parte delantera de su abrigo y le di un puñetazo en la cabeza, pero entonces retrocedió y me agarró del brazo, intentando rompérmelo. Liberándome, le di un puñetazo en la cara y fallé. Rodó hacia la izquierda, con mi puño golpeando el suelo, y luego aprovechó la transferencia de mi peso para empujarme. Cuando giré para mirarlo de nuevo, ya estaba de pie, cubierto de barro, acelerando.

—¡Alto! —grité.

Pero no se detuvo. Cuando volví a ponerme en pie, ya había llegado a la valla metálica, se arrodillaba y se arrastraba por un hueco. Se enderezó, seguro al otro lado, se subió la capucha de la chaqueta para que no pudiera verle bien la cara y empezó a alejarse trotando. Cuando llegué a la valla, ya estaba a mitad de camino por un estrecho callejón, moviéndose ahora más despacio para no perder pie de nuevo. Los charcos se esparcían a su alrededor, reflejando el cielo. Lo observé hasta el final de la calle. Cuando llegó, se detuvo, me miró y desapareció para siempre.

Frustrado, me dirigí de nuevo al coche, pero a unos seis metros de donde los niños estaban jugando al fútbol, vi algo.

Un teléfono móvil.

Estaba cubierto de barro, la pantalla bocabajo y la hierba húmeda pegada a la carcasa. Me arrodillé, lo recogí y lo limpié.

En cuanto lo hice, empezó a sonar.

Pulsé «Responder», pero no dije nada. Todo lo que obtuve a cambio fue silencio, el sonido de los coches pasando por el fondo de la llamada.

Pero entonces:

—Vas a desear no haber cogido eso.

Me puse de pie y vi mi cuchillo a unos dos metros de mí, sobre la hierba. Me acerqué y lo recogí, luego miré hacia la valla, hacia los pisos y hacia la carretera principal. «Me está observando».

—¿Me has oído?

—¿Quién eres?

—¿Me has oído?

—Sí, te he oído —contesté, y volví a escudriñar a mi alrededor—. ¿El piso es tuyo?

—Acabas de cometer un gran error.

—Sí, bueno, no es la primera vez.

—No como este. —La línea crujió y siseó—. Escúchame: vuelve a tu coche y conduce de vuelta a donde sea, y olvídate de todo lo que has encontrado. No vuelvas a salir de tu agujero. ¿Está claro?

Me quité el teléfono de la oreja y miré la pantalla. Otro número oculto.

—¿A quién pertenece el piso?

—¿Está claro?

—¿Qué es el Proyecto Calvario?

—¿Está claro?

—¿Dónde está Alex Towne?

—No me estás escuchando, David.

Me quedé inmóvil.

—¿Cómo sabes mi nombre?

La línea se cortó.

19

El restaurante tenía vistas a Hyde Park. En las ventanas había una serie de asientos, decorados como un local estilo americano, con minigramolas en las mesas donde sonaba Elvis en bucle. Encima de mí, en la pared, había un reloj que marcaba las 10:40, con los brazos de Mickey Mouse señalando el diez y el ocho. Tres asientos más allá había una pareja de franceses y, un poco más alejados, un grupo de niños comiendo huevos con bacon.

Aparte de eso, el lugar estaba vacío.

En la mesa, delante de mí, tenía el bloc de notas que había encontrado en el apartamento y el móvil que había recogido de la hierba de fuera. Al igual que el teléfono del piso, no había números de contacto en la agenda, llamadas recientes ni mensajes en el buzón de voz. Dejar caer el teléfono había sido un error, pero un error con el que probablemente podrían vivir. No había nada en él que condujera a ellos. No había pruebas incriminatorias. No había números. Nada rastreable. Pero, fuera cual fuera su conexión con Alex, seguían advirtiéndome de algo.

Eso significaba que les había sorprendido.

Significaba que había hecho avances.

Una camarera se acercó con mi desayuno —una tortilla, tostadas y café— y, antes de irse, le pregunté si podía prestarme un lápiz. Una vez que tuve uno, empecé a frotar con suavidad la punta por las marcas y los surcos de las páginas blancas.

Poco a poco, empezaron a surgir las palabras.

Arriba a la derecha: «Debe llamar a Vee». El hombre del piso había preguntado por Vee cuando entró por primera vez. En otras zonas,

menos definidos, había una serie de nombres —Paul, Stephen, Zack — adjuntos a mensajes difíciles de unir. Pero, en la parte inferior, lo más claro de todo, había un número de teléfono. Lo marqué.

—Angel's —dijo una voz masculina.

Esperé, oía hablar a la gente de fondo.

—¿Hola?

—Eh, hola —dije, sonando deliberadamente confuso—. No estoy seguro de si estoy llamando al número correcto. Eh, estoy llamando a Angel's de...

—Del Soho.

Me quedé inmóvil.

—Espere un segundo, ¿es el pub Angel's?

—Sí.

Súbitamente desorientado, colgué.

Angel's era un pub en las afueras de Chinatown, pero eso ya lo sabía antes de hacer la llamada. Durante mi aprendizaje como periodista, me emparejaron con un reportero experimentado que cubría la City. Angel's era su local de entonces. Dejó de ir tras retirarse a la campiña de Norfolk.

Pero yo no.

Volví, de vez en cuando, hasta que Derryn enfermó.

Mi coche estaba al otro lado del parque. Entré por Hyde Park Corner y me dirigí hacia el lago Serpentine. Todo estaba en silencio. Los árboles se mostraban esqueléticos y desnudos; el agua del lago, oscura y quieta. El único movimiento en su superficie era de dos

maquetas de barcos, flotando y a la deriva, con sus velas atrapando el viento. Seguí caminando, absorto por el olor y los sonidos del lugar; de la hierba cubierta por un manto de hojas caídas; de los robles y los olmos desnudos al acercarse el invierno.

Los niños cruzaban corriendo delante de mí, sus huellas embarradas me recordaban dónde habían estado y cuántas veces. Sus padres miraban desde un lado, charlando, riendo, sin aliento. Me hacía sentir una profunda soledad. Recordé las veces que Derryn y yo habíamos hablado de formar una familia, de cómo sería sostener a nuestro bebé en brazos por primera vez... o caminar, cogidos de la mano, con nuestro hijo o hija hasta el colegio. Empezamos a intentarlo antes de que tuviera cáncer y, después de que se lo diagnosticaran y de que la enfermedad empezara a apoderarse de nuestras vidas, no pudimos volver a intentarlo.

Mientras pensaba en Derryn, pensaba en Alex. En el fondo, sabía que era imposible que hubiera muerto en aquel accidente de coche y siguiera vivo, del mismo modo que sabía que era imposible volver a casa y encontrar a Derryn sentada en su mecedora en el porche trasero. Sin embargo, cuando había mirado a Mary a los ojos, había visto una convicción total sobre lo que había visto, sobre su creencia en lo que me estaba contando. Y sabía que una pequeña parte de mí —quizá, más que una pequeña parte— quería que tuviera razón. Quería que Alex estuviera vivo, por imposible que pareciera. Quizá, porque pensé que podría aportarme algo: un final, una conclusión.

Tal vez, algunas respuestas.

Tal vez, el fin de mi soledad.

Después de días de cielos despejados y vientos cortantes, por fin empezó a nevar cuando volvía al coche. Me subí, puse la calefacción a tope y empecé a desplazarme por los números de mi móvil. Cuando llegué al que quería, pulsé «Llamar».

—Oficina de Atención al Ciudadano.

Sonreí.

—Oh, vamos.

—¿Quién es? —dijo la voz.

—¿Atención al Ciudadano?

—¿David?

—Sí. ¿Cómo estás, Spike?

—Tío, han pasado años.

Charlamos un rato, poniéndonos al día. Spike era un hacker ruso que vivía con un visado de estudiante caducado y dirigía un servicio de información —por el que cobraba en efectivo— desde su piso en algún lugar del norte de Londres. Durante mis días en el periódico, cuando aún me preocupaba por publicar grandes historias, había trabajado mucho con él.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por ti, colega? —Su acento había empezado a americanizarse después de horas de ver vídeos musicales y programas de televisión.

—Necesito que enciendas el superordenador.

—Por supuesto. ¿Qué tienes?

—Un teléfono móvil: quiero averiguar a quién pertenece. No tiene números ni agenda. Si te doy el número de serie, ¿crees que podrías averiguar dónde se compró y a qué nombre está registrado?

—Sí, no hay problema.

—Gracias, Spike.

—Dame un par de horas, ¿vale?

—Claro.

Le di todos los detalles.

—Mis honorarios han subido un poco desde la última vez —dijo.

—Lo que sea necesario, Spike.

Colgué y, en cuestión de segundos, el teléfono volvió a zumbar. Miré la pantalla. Un número de Bristol. «John Cary». Me había olvidado de responderle.

—John —dije, cogiendo la llamada—. Siento no haberte contestado.

No obtuve respuesta.

—Te dejé un par de mensajes.

—No puedo hablar mucho tiempo —respondió.

—De acuerdo.

—¿Todavía quieres que analice esa fotografía?

—Desde luego.

—Mándamela a casa. Conozco a un tipo en el Servicio de Ciencias Forenses y me debe un favor desde hace tiempo. Puedo pedirle que le eche un vistazo. Más vale aprovechar los laboratorios antes de que el Gobierno empiece a cerrarlos el año que viene.

—Genial. Te lo agradezco mucho.

—Probablemente estoy cometiendo el mayor error de mi vida.

No supe qué responder, así que no dije nada, pero sabía que mis instintos habían sido acertados: lo que le había ocurrido a Alex seguía carcomiéndole.

Yo no era el único que necesitaba un cierre.

20

Angel's era un edificio delgado, al este de Haymarket. La nieve ya estaba amontonada contra la puerta cuando llegué. Junto a ella, enrejada como una celda, había una pequeña ventana.

Me asomé al interior.

Estaba oscuro, solo podía distinguir un cuadrado de luz blanca al fondo. Encima de mí había un par de alas de ángel de neón y junto a la puerta, un cartel que decía que no abría hasta mediodía. Miré mi reloj. Eran las 11:40.

—Llegas pronto.

Me giré. Una mujer estaba detrás de mí, mirándome de arriba abajo. Tenía unos cuarenta años, era pálida y aniñada, con el pelo rubio de bote y unos ojos grises y pequeños. Le sonreí, pero ella se limitó a negar con la cabeza. Miró al cielo desde la puerta del bar y se ciñó el largo abrigo de piel sintética.

—Vuelve en veinte minutos.

Empezó a abrir la puerta.

—No he venido a beber.

Se volvió hacia mí, disgustada.

—Si quieres un club de striptease, tienes...

—Tampoco estoy aquí para eso.

Se acercó a la puerta abierta.

—¿Quieres charlar?

—Algo así.

—Estos no son los samaritanos.

Fue a empujar la puerta para cerrarla, pero yo metí un pie junto a ella y di un paso hasta el umbral.

—Aquí no hay dinero.

Su acento era fuerte. De East End.

—No estoy aquí para robarte —le dije.

Me miró fijamente y luego puso los ojos en blanco.

—Un madero. Mierda, este debe de ser mi día de suerte. —Arrojó su abrigo dentro, sobre una de las mesas cercanas a la puerta.

—No soy policía. Solo quiero hablar.

—¿Sobre qué?

—¿Puedo pasar?

—No.

Me froté las manos.

—Entonces, nos congelaremos hasta morir aquí afuera.

Miró hacia arriba y hacia abajo por la calle mientras la nieve se asentaba a nuestro alrededor, luego dirigió su mirada hacia mí y volvió a poner los ojos en blanco.

—Como quieras —dijo ella, suspirando, y anduvo hacia el interior, dejando la puerta abierta.

Entré en el bar.

Apenas había cambiado desde la última vez que había estado. Habían puesto un nuevo papel pintado, pero nada más. La sala era larga y estrecha, con una zona de cinco esquinas al fondo lo bastante grande para un par de mesas y una gramola.

—Entonces, ¿qué quieres? —dijo, moviéndose detrás de la barra.

Saqué mi bloc y un bolígrafo y los dejé sobre el mostrador, deslizándome en uno de los taburetes.

—¿Cómo te llamas?

—¿A ti qué te importa?

Le di una tarjeta de visita.

—Yo soy David Raker.

Se apoyó en el mostrador y la miró.

—¿Eres investigador de personas desaparecidas? Ni siquiera sabía que existían esas cosas.

—Soy la prueba viviente.

Ella asintió.

—Jade.

—¿Ese es tu nombre?

—Sí.

—Es bonito.

—Lo que tú digas.

—¿No estás acostumbrada a los cumplidos?

—¿De chicos guapos como tú? —Negó con la cabeza—. No. La última vez que un hombre me dijo que mi nombre era bonito, pesaba más de cien kilos y tenía un peinado que le llegaba hasta la barbilla.

Sonreí.

—Ese es mi look de fin de semana.

Una pequeña sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro y volvió a desaparecer, como si la hubiera reprimido. Me miró de arriba abajo una segunda vez, pero no dijo nada.

—Entonces, ¿cuánto tiempo vas a estar hoy aquí? —le pregunté.

—Hasta las siete.

—Será un día muy largo.

Ella se encogió de hombros.

—Es una vida dura.

Observé el bloc de notas. Una nueva página. Un espacio en blanco.

—Parece un caso interesante —bromeó—. Podría ser, sí.

—Entonces, ¿qué hace Magnum P. I. en este agujero de mierda?

Me giré en el taburete y miré a mi alrededor.

—Al menos esta mierda tiene papel pintado nuevo desde la última vez que vine.

—¿Eso importa?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Jade?

—No lo sé. Seis meses tal vez.

Me fijé en un par de fotos que había en la pared detrás de mí, así que bajé del taburete y me acerqué. Una era una foto de una mujer que reconocí. Estaba rodeada de un grupo de clientes habituales en Nochevieja, hacía tres años.

Se llamaba Evelyn.

Trabajaba detrás de la barra cuando yo solía ir allí. Había llegado a conocerla bastante bien; lo suficiente para hablarle un poco de Derryn y para que me dijera de verdad que lo sentía cuando le conté que mi mujer tenía cáncer.

—¿Evelyn sigue trabajando aquí?

—No.

Me volví hacia ella.

—¿Cuándo se fue?

Hubo un ligero destello de algo en ella.

—Ni idea.

Estudié a Jade.

—¿No sabes cuándo se fue?

—Fue antes de que yo entrara.

Volví a la barra y me senté de nuevo en el taburete. No parecía convencida de lo que decía, pero no veía razón para que mintiera.

Insistente, dije:

—Estoy tratando de encontrar a alguien que podría haber tenido una conexión con este lugar. Si te enseño una foto suya, quizá puedas decirme si lo has visto aquí o no.

Ella asintió. Saqué una foto que Mary me había dado de Alex y se la entregué. Entrecerró los ojos, como si fuera un poco miope.

—¿Cómo se llama?

—Alex Towne.

Sus ojos me miraron por encima de la foto.

—¿Lo conoces, Jade?

Se tomó un momento más y me devolvió la imagen.

—No.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura.

En el bolsillo superior llevaba una lista de nombres, sacada del bloc de notas del apartamento de Eagle Heights. La desplegué.

—¿Y a los habituales con nombres como estos? —Había vuelto a escribir los nombres en un papel aparte, uno debajo del otro.

Leyó la lista y se encogió de hombros.

—Puede.

—¿Sí o no?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —dijo—. Esto no es exactamente el Ritz, lo sé, pero este lugar se llena. Mucha gente va y viene.

Guardé la lista.

—Haces muchas preguntas, Magnum.

—Ese es mi trabajo —dije, y volví a mirar alrededor del pub. Algo no me cuadraba. O sabía cuándo se había ido Evelyn, o no lo sabía. Y también había algo más: la forma en que había reaccionado ante la fotografía de Alex.

Me volví hacia ella.

Ahora parecía desconfiada, insegura de lo que estaba haciendo y de hacia dónde se dirigía aquella conversación. Tal vez fuera una sospecha natural, acumulada durante las horas que trabajaba allí, tratando con borrachos y rechazando las insinuaciones de los clientes. O tal vez me estaba mintiendo, y estaba empezando a pensar que me había dado cuenta.

De repente, la puerta del bar se abrió.

Ambos miramos a nuestro alrededor cuando un par de ancianos entraron hablando. Uno de ellos se rio y miró hacia la barra.

—Buenos días, Jade. ¿Llegamos demasiado pronto?

Me miró y luego volvió a ellos.

—No, Harry.

Se acercaron arrastrando los pies hacia donde estábamos.

Uno de ellos se sentó en un taburete y empezó a buscar cambio en los bolsillos; el otro se puso a su lado y echó un vistazo a las cervezas de barril. Cuando terminaron, ambos miraron la fotografía de Alex y luego a mí.

—Buenos días —dijo Harry.

Asentí a ambos.

—Buenos días.

Jade parecía más relajada ahora, su expresión era más desafiante. «Cree que no puedo llegar a ella».

—¿Está vivo Alex Towne?

Hubo un breve destello en su rostro.

—Jade, ¿está vivo Alex Towne?

Se dirigió al fondo de la barra, donde se encontraban los tiradores de cerveza bajo un panel de espejos, y cogió dos vasos de pinta vacíos. Sin responder, empezó a llenar uno de los vasos, agarrando el tirador y mirando directamente a mi reflejo en el espejo, como si intentara demostrar que no tenía nada que ocultar. Cuando terminó con la primera cerveza, repitió el movimiento con la segunda.

—¿Estás bien, Jade? —dijo Harry.

Ella asintió. Los ancianos volvieron a mirarnos, intentando averiguar si la estaba molestando. Pero conocían lo suficiente a Jade como para saber que no se dejaría avasallar ni intimidar, al menos mientras estuviera dentro de la seguridad del pub.

Recogí el bloc de notas y la foto y me fui.

Pero eso no fue todo.

Volvería a las siete, cuando ella saliera de su turno, y esta vez no me vería llegar.

21

La iglesia de Saint John the Baptist estaba en Redbridge, cerca de la carretera North Circular, metida en un espacio detrás de una hilera de tiendas. A pesar de su oscura ubicación, oculta de la carretera principal, era un edificio atractivo y moderno, de paredes color crema y vigas a la vista. Sobre la puerta colgaba un enorme crucifijo, bellamente tallado en madera oscura.

Las puertas principales estaban cerradas, así que me dirigí a la parte trasera y encontré una puerta con el rótulo «Oficina» parcialmente abierta. A través del hueco pude ver una habitación vacía, una serie de pupitres alineados y una librería en el extremo opuesto. Eché un vistazo al exterior de la iglesia. Más abajo había una pequeña dependencia de madera, como un cobertizo glorificado.

Su puerta también estaba abierta.

Me dirigí hacia allí.

La estructura medía unos seis metros de largo por otros tantos de profundidad, y su exterior no había sido tratado adecuadamente, por lo que la madera seguía siendo de un color naranja crudo. El interior era escaso: un par de carteles, un escritorio, un cable de alimentación para un portátil que no estaba, un bloc, algunos bolígrafos. Detrás del escritorio había una estantería llena de Biblias, biografías y material de consulta.

—Buenos días.

Se escuchó una voz detrás de mí.

Era un chico joven, con un portátil plateado bajo el brazo, vestido con una camisa informal y unos vaqueros. Tendría unos treinta años,

el pelo rubio hasta los hombros con la raya en medio, y unos ojos grandes y brillantes. Me sonreía.

—Buenos días —dije—. Estoy buscando al pastor de esta iglesia.

—Bueno, pues es su día de suerte —respondió. Dio otro paso hacia mí y me tendió la mano—. Reverendo Michael Tilton.

Le estreché la mano.

—David Raker.

—Encantado de conocerlo. No es un vendedor de Biblias, ¿verdad?

Sonreí.

—No. No se preocupe, está a salvo.

—¡Ah, perfecto! —dijo, y pasó junto a mí hacia la dependencia—. Siento el desorden que hay aquí. Estamos haciendo algunas obras en mi oficina dentro De la Iglesia; además, tengo un pastor de jóvenes que comienza en unas semanas y estoy tratando de dejarlo todo listo antes de que llegue. Así que esto se ha convertido en un vertedero de todas mis cosas.

Dejó el portátil en el suelo y sacó un pequeño calefactor de debajo de la mesa. Cerró la puerta.

—Un entorno bastante humilde, ¿eh? —Solo había una silla, y un par de cajas de mudanza estaban tiradas en la esquina. Las arrastró hacia mí—. Y perdón por el asiento también. Intento no tener demasiadas visitas aquí.

Me senté.

—No hay problema.

—Gracias por ser tan comprensivo.

Se sentó en su escritorio y echó un vistazo a su portátil. En la pantalla pude ver una solicitud de contraseña. Saqué una tarjeta de visita de mi cartera y se la entregué.

—Como he dicho, mi nombre es David Raker. Me gano la vida encontrando a personas desaparecidas.

Parecía intrigado.

—¿En serio?

Asentí con la cabeza.

—Qué trabajo tan fascinante.

Sonreí.

—Tiene sus momentos. No quiero quitarle mucho tiempo de su día, reverendo Tilton...

—Llámeme Michael, por favor.

Saqué una fotografía de Alex y se la entregué.

—Estoy investigando la desaparición de alguien que podría haberle visitado aquí alguna vez.

—Entiendo. ¿Es este chico?

—Sí. Se llamaba Alex Towne.

Michael cogió la fotografía y la estudió.

—Estoy intentando recordar —dijo—. No lo he visto por aquí, al menos en los dos últimos meses.

—No me refiero a los últimos meses.

—¿Cómo?

—Ahí está el gran problema: sería más bien hace seis años.

Tilton me miró, como si no estuviera seguro de si hablaba en serio o no.

—No está bromeando.

—Por desgracia, no.

Volvió a mirar la fotografía.

—¿Qué edad tiene?

—Ahora tendrá unos veintiocho años.

—Entonces, ¿habría formado parte de nuestro grupo de veinteañeros?

—Ni siquiera estoy seguro de que viniera aquí con regularidad. Podría haber sido solo una vez, podría haber sido varias veces. Pero tenía alguna conexión con la iglesia.

—¿Cómo lo sabe?

—Encontré una tarjeta de cumpleaños entre algunas de sus cosas. Tenía una etiqueta en la parte de atrás, y la dirección era de aquí.

—Ya veo. —Frunció el ceño; apretó los dientes—. Recuerdo a la mayoría de los jóvenes con bastante claridad, quiero decir, yo mismo solía ser el pastor de jóvenes aquí, pero...

Mientras seguía mirando la foto, saqué la tarjeta de cumpleaños.

—Tenga —le dije, dándole la vuelta para que pudiera ver la pegatina del reverso—. Pone que fue confeccionada por una mujer llamada Angela Routledge. ¿Todavía está por aquí?

Su expresión decayó.

—Angela murió hace un par de años.

—¿Alguien más que pueda recordar la venta de estas tarjetas?

—Angela solía llevar el puesto de tarjetas ella sola. Para serle sincero, ella sola hacía la mayor parte del trabajo: conseguía los materiales, hacía las tarjetas, todo. Era una mujer extraordinaria. Recaudó mucho dinero para nosotros. —Volvió a hacer una pausa, pero entonces algo pareció venirle a la cabeza. Cogió la fotografía de Alex—. ¿Me presta esto un par de minutos?

—Si cree que lo ayudará.

—Solía reclutar a un amigo mío para las reuniones de jóvenes. Déjeme que lo llame y le describa a este chico, a ver si puede ser un poco más útil que yo.

—Puede tomar prestado mi teléfono si quiere.

—No, no hace falta. Me he dejado el móvil dentro, y debería cerrar la iglesia si voy a estar aquí fuera. —Señaló la foto—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Alex Towne.

Tilton asintió.

—No tardaré.

Pasó por delante de mí y se dirigió hacia el edificio principal. Mientras esperaba, vi cómo la nieve se deslizaba lentamente por el tejado de la iglesia, golpeando el suelo con un ruido sordo.

Un par de minutos después, mi teléfono empezó a sonar.

—David Raker.

—David, soy Spike.

—Spike, ¿qué tienes para mí?

Lo oía usar un teclado.

—Vale, el móvil se compró en un sitio llamado Mobile Network, hace tres semanas. Está en un polígono industrial en Bow. Supongo que es algún tipo de mayorista que trabaja en un almacén.

—De acuerdo.

—¿Tienes un bolígrafo a mano?

Miré alrededor de la dependencia. Había uno en el escritorio de Tilton.

—Sí, tengo uno.

—Vale, el teléfono está registrado a nombre de Gary Hooper.

—¿Hooper?

—Sí.

Escribí Gary Hooper en el dorso de mi mano.

—No sé si será de ayuda.

—Es genial.

—También tengo aquí una factura detallada.

—Perfecto.

—Parece que el teléfono apenas se ha usado. Hay muy pocas llamadas y todas a los mismos tres números. ¿Quieres que te los lea en voz alta?

—Sí.

Spike leyó los números y yo los escribí bajo el nombre de Gary Hooper. Los dos primeros no los reconocí. El tercero sí que lo hice.

Era el número del pub Angel's.

—Spike, haces magia. Te pagaré pronto.

Terminé la llamada e inmediatamente probé con los números que no reconocía. En la primera, un contestador automático sonó después de tres timbres.

—Hola, soy Gerald. Deja un mensaje y te llamaré. —Colgué y anoté el nombre de Gerald. Cuando estaba a punto de poner el segundo número, Tilton regresó. Dejó el teléfono sobre la mesa y se volvió hacia mí. Su expresión lo decía todo.

—Lo siento mucho —me dijo, entregándome la fotografía de Alex—. Mi amigo tampoco lo conoce. Es difícil describir el aspecto de su chico por teléfono, pero probablemente podría hacer una lista de todos los miembros de nuestro grupo juvenil de los últimos siete años, y... bueno, él no es uno de ellos. Espero no haberle estropeado el día.

—No, no se preocupe. Aprecio sus esfuerzos.

Miré su teléfono. En la pantalla ponía: «Última llamada: Lázaro – Teléfono fijo». Volvió a sonreírme.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudar?

—No, está bien —respondí.

Le estreché la mano, volví a darle las gracias y me dirigí al coche, dejando que el frío me mordiera la piel.

El tráfico era terrible mientras volvía al centro de Londres. Cuanto más me adentraba en la ciudad, más se ralentizaban las cosas, hasta que finalmente todo se detuvo. Vi cómo la nieve seguía cayendo, posándose en chimeneas y farolas, señales de tráfico y tejados. Nada se movía, salvo el tiempo.

Al cabo de un rato, coloqué el teléfono en el manos libres y marqué el último número que Spike me había conseguido. Se conectó, pero nadie lo cogió. Al cabo de veinte segundos, la llamada se detuvo, hizo clic y apareció un mensaje en el contestador.

Era una voz que reconocí.

—Gracias por llamar a Saint John the Baptist.

Era Michael Tilton.

22

Envié la Polaroid de Alex a John Cary y luego tomé dirección al Soho. Cuando aparqué y fui hacia donde se encontraba el pub Angel's, ya eran casi las siete y había terminado el turno de Jade. Me compré un café, encontré un sitio a la sombra frente a la entrada del bar y esperé. No quería asustarla, pero si me veía enseguida, probablemente desaparecería de nuevo dentro.

Esa era su red de seguridad.

Se oyeron risas cerca. Un grupo de chicas adolescentes pasó por mi izquierda y se detuvo frente al pub, mirándose unas a otras. Una jugaba con su pelo; otra se ajustaba la falda. No podían tener más de dieciséis años.

Desde el interior, probablemente recién llegado del turno de noche, apareció uno de los camareros y vació un cubo de hielo en la alcantarilla. Retrocedí, adentrándome más en las sombras. Notó el movimiento y miró al otro lado de la calle, con los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada. Se detuvo un segundo más, como si tratara de satisfacer su curiosidad, antes de desaparecer de nuevo en el interior.

La calle se quedó en silencio.

Empezó a caer más nieve.

La calma se vio interrumpida por otro grupo de mujeres, estas veinteañeras, que avanzan por la calle. Era una despedida de soltera. Tras ellas, un hombre las seguía de cerca, arrastrando las botas en el aguanieve. Algunas de las mujeres lo miraron por encima del hombro —miradas que sugerían que, si hubieran estado solas, en algún lugar menos poblado, podrían haberse preocupado—, pero entonces él empezó a echarse un poco hacia atrás cuando pasaron

por delante de Angel's, y su cara desapareció dentro de su abrigo. Una vez pasada la entrada, aceleró. Algunas de las mujeres del fondo del grupo volvieron a dirigirle una mirada; una de ellas —presumiblemente encendida por el alcohol— se volvió y le preguntó:

—¿Cuál es tu puto problema?

Pero la discusión se esfumó cuando vio que su atención ya no se centraba en ellas ni en el lugar al que se dirigían. Estaba mirando al otro lado de la calle.

Me estaba mirando a mí.

Nuestras miradas se cruzaron durante una fracción de segundo y él pareció dudar. Pero luego volvió a unirse al grupo, empezó a trotar y finalmente las adelantó.

Mientras lo veía irse, algo se agitó en mí.

Un recuerdo.

¿Lo había reconocido?

Cuando comenzó a desaparecer hacia el oeste, en paralelo a Chinatown, volvió a mirar hacia atrás, aceleró el paso... y el recuerdo se hizo nítido.

—Mierda.

Era el tipo que había entrado en mi coche en el cementerio.

Dejé caer el café al suelo y salí tras él. Al final de la calle, giró a la derecha y empezó a moverse entre la multitud que bajaba hacia Shaftesbury Avenue. La calle estaba abarrotada. Las tiendas seguían abiertas. Los restaurantes atraían a la gente. La cola de un teatro se curvaba hacia fuera y a lo largo de la acera hacia mí. El hombre miró de nuevo hacia atrás, chocó con alguien y luego aceleró el paso,

desapareciendo entre una multitud de turistas. Fui tras él, más rápido ahora, hacia donde un grupo reunido en torno a un guía turístico bloqueaba la acera. Salió por el otro lado y cruzó la calle.

Abriéndome paso entre la multitud, pude verlo moviéndose entre otro grupo de turistas más abajo. Una mujer tropezó cuando lo dejó pasar y su marido lo persiguió. Pero, cuando miró hacia atrás, no fue para disculparse. Era para ver lo cerca que me encontraba.

Intenté correr más rápido, bajé la cabeza un segundo y lo perdí, y entonces decidí cruzar la calle. Había un callejón trasero cerca de otra cola, oscuro y estrecho, con vapor saliendo de un conducto de ventilación en lo alto de una de las paredes. Cuando me acerqué, incapaz de verlo por ninguna parte, salió de entre un mogollón de gente a mitad de camino, me miró una vez y desapareció en el callejón.

La oscuridad lo absorbió.

Cuando llegué a la boca de aquella calle, al principio solo oía el eco de los pasos. Pero entonces emergió de entre las sombras, parcialmente iluminado por una ventana superior. Empecé a caminar por el callejón tras él. Me llevaba mucha ventaja, ya había llegado casi a la siguiente calle. Se detuvo al llegar al final, mirando hacia atrás.

Y luego volvió a desaparecer de mi vista.

Cuando llegué allí, ya se había ido. Me quedé un momento mirando a ambos lados. Había multitudes a ambos lados de la calle, los coches pasaban por ella en un flujo constante de ruido y movimiento, y las sombras se movían por todas partes: portales en los que desaparecer, callejuelas y callejones, trozos de noche que lo ocultarían todo el tiempo que necesitara.

Miré mi reloj.

Las siete y diez.

Un pensamiento repentino me golpeó. Tal vez había sido premeditado. Tal vez me estaban alejando de Angel's para que no pudiera llegar a Jade; engañándome, manipulándome. Después de todo, quizá el camarero me había visto entre las sombras y había entrado para dar la alarma.

Pero entonces me detuve en seco.

A unos pocos metros de distancia, Jade estaba cruzando la carretera. Miró a ambos lados, con un cigarrillo encendido entre los dedos, y se alejó en dirección contraria. Dudé, de repente inseguro de que fuera ella.

Pero lo era.

Era Jade.

La seguí, manteniéndome al otro lado de la calle, entrando y saliendo de los charcos de luz que proyectaban las farolas. Cuando llegué a la altura del callejón del que había salido, miré a lo largo de él y vi una gran puerta verde, parcialmente abierta. Encima había un par de alas de ángel de neón. Había salido por la entrada trasera. Suponiendo que lo hubiera hecho porque el camarero me había visto delante, ¿por qué me llevarían de nuevo a la puerta por la que ella había salido?

«Porque es una trampa».

Dudé. ¿Y si el primer tipo me había guiado hasta allí y ahora le habían dicho a Jade que me llevara a otro sitio? ¿Y si aquella llamada de teléfono a las afueras de Eagle Heights había sido mi única oportunidad de alejarme?

La única oportunidad que no había aprovechado.

Desapareció de mi vista al final de la calle.

Me quedé allí de pie, congelado en el sitio, con la incertidumbre corriendo por mis venas, y algo me inundó el pecho, la sensación de que ya había estado allí antes, en las primeras semanas tras la muerte de Derryn: al borde de un precipicio, viendo cómo el suelo se desmoronaba bajo mis pies.

«Contrólate».

Fui tras Jade.

Cuando llegué al final de la calle, la vi a unos cuarenta metros, a la derecha. Cruzaba la carretera y se dirigía a un estrecho callejón trasero, parcialmente iluminado. Había un restaurante en la esquina, decorado con espumillón y árboles de Navidad.

Empecé a correr y la alcancé rápidamente.

—¿Jade?

Se detuvo y se giró. Al principio no podía verme, luego salí de la oscuridad y me puse bajo la luz de un árbol de Navidad.

Su cara fue de total sorpresa.

Metió las manos en los bolsillos de su abrigo de piel: un acto reflejo. Se sentía amenazada por mí. Levanté una mano.

—No voy a hacerte daño.

Sus ojos miraban a derecha e izquierda.

—Solo quiero hablar contigo.

Ella no reaccionó.

—¿Me llevabas a alguna parte?

Su rostro se arrugó un poco.

—Estaba tratando de alejarme de ti.

—¿Por qué?

—Porque eres un problema.

—¿Sabías que iba a venir?

Ella asintió.

—Uno de los chicos te vio enfrente de la puerta.

El camarero. Había acertado.

—¿Cuál era el objetivo del señuelo?

Volvió a fruncir el ceño.

—El tipo desaliñado —dije.

Su expresión no cambió.

—El tipo que me llevó hasta ti. ¿Qué sentido tenía eso?

Se encogió de hombros y miró hacia otro lado. Pero, cuando se volvió, su expresión había cambiado a una especie de alivio, como si acabara de tomar una decisión.

—¿Qué quieres de mí?

—Solo quiero hablar.

No dijo nada durante un buen rato.

Luego, al final añadió:

—De acuerdo, hablemos.

Sus ojos se oscurecían a medida que caminábamos, más opacos, más difíciles de leer. Intenté averiguar si estaba asustada, confiada o ambas cosas, pero me di por vencido cuando llegamos al coche. Probablemente los hombres se sentían atraídos por ella rápido y con facilidad, pero la abandonaban con la misma premura cuando se daban cuenta de que nunca los dejaría entrar en su cabeza.

—¿Esto es lo que conduces? —preguntó, mirando el BMW.

—Esto es.

—Pensé que tendrías algo mejor.

—No soy Magnum P. I., Jade.

Miró hacia dentro y luego se volvió hacia mí, como si estuviera anticipando la pregunta que le iba a hacer.

—Bien, ¿qué está pasando? —dije.

—¿No podemos ir a alguna parte?

—¿A dónde quieres ir?

—Tengo hambre.

—De acuerdo. —Entramos en el coche y lo arranqué—. ¿Qué te apetece?

—Hamburguesa con queso.

—¿Dónde?

Me miró.

—Si vas a pagar tú, hay un sitio que conozco.

23

Nos dirigimos hacia el este, dejando atrás las fachadas de antiguos estadios y almacenes. Todo era oscuro, casi decadente, como si la ciudad estuviera muriendo poco a poco. De la noche surgían urbanizaciones apretadas, solitarias y desiertas, con las ventanas oscuras y las farolas encendiéndose y apagándose.

—¿A dónde vamos?

—Está cerca —dijo, mirando por la ventanilla.

Miré el reloj. Las 8:34.

Me miró.

—¿Has perdido a alguien, Magnum?

—¿Eh?

—¿Has perdido a alguien?

—¿Qué quieres decir?

Sus ojos volvieron a captar la luz.

—Pareces triste.

Se había dado la vuelta y su cara se reflejaba en el cristal. No quería meterme en eso, no aquí, no con ella..., pero la necesitaba, al igual que lo que sabía. Ella también se dio cuenta. Esperaba, con expresión inmóvil.

—Perdí a mi mujer —dije.

—¿Cómo?

—Tenía cáncer.

—¿Cómo se llamaba?

—Derryn.

Ella asintió.

—¿Cómo era?

—Era mi mujer —dije—. Para mí era increíble.

Condujimos unos ochocientos metros más y me dijo que girara a la izquierda. De la oscuridad surgieron enormes bloques de pisos, envueltos en la noche.

—¿Qué es lo que más echas de menos?

—¿De Derryn?

—Sí.

Había pensado en ello.

—Echo de menos hablar con ella.

El restaurante se llamaba Strawberry's y era un antiguo vagón situado dentro de una serie de arcos ferroviarios. Un cartel de neón azul que decía «Comida caliente» zumbaba sobre una trampilla para servir. Salimos del coche y Jade me llevó a una de las mesas de delante. Había siete. Cada una de ellas tenía un calefactor acoplado, cuyo resplandor naranja iluminaba el patio frente al establecimiento. Había una pareja en la mesa más alejada de nosotros, pero, aparte de eso, estábamos solos.

—No sabía que veníamos a un sitio de lujo —dije.

Jade me ignoró y se sentó. Rebuscó en los bolsillos de su abrigo, tratando de encontrar sus cigarrillos, y depositó el contenido sobre la mesa: llaves, una cartera, un extracto del cajero automático, algo de dinero, una foto que colocó bocabajo. Tenía algo escrito en la parte de atrás: «Esta es la razón por la que lo hacemos». No le pregunté acerca de aquello.

Encontró sus cigarrillos, sacó uno y se lo metió entre los labios.

—Pide la hamburguesa con todo —dijo.

—¿Es este tu lugar favorito?

—En una vida anterior —dijo—. Solía venir con mi madre y mi padre. Les encantaban los sitios así. Lugares con personalidad. —Se volvió y señaló el vagón—. Antes había un tipo llamado Ronnie dirigiéndolo cuando se llamaba Rafferty's. Le caían bien mi madre y mi padre. Siempre cocinaba algo especial para ellos.

—¿Tus padres siguen por aquí?

Una pausa. Luego sacudió la cabeza.

La estufa bombeaba mucho calor. Jade se quitó el abrigo, encendió el cigarrillo y me miró.

—Entonces, ¿cuál es tu historia, Magnum?

—No soy detective privado, Jade.

Ella sonrió con satisfacción.

—Pero quieres serlo.

—Ah, ¿sí?

—Estás actuando como uno.

Una mujer salió del vagón vestida con un uniforme retro de camarera, una placa con su nombre que decía y una cara que podría convertir a un hombre en piedra.

—¿Qué os pongo? —ladró.

—Dos hamburguesas con todo —respondió Jade—. Y una cerveza. ¿Magnum?

Miré a la camarera.

—Un café solo, gracias.

La mujer volvió a desaparecer.

Jade y yo nos miramos fijamente, con la luz de la estufa brillando en sus ojos. De alguna manera la hacía parecer más traviesa, como si viera todo aquello como un juego. Al cabo de un rato, empezó a guardarse en los bolsillos las cosas que había sacado.

—¿Son tu madre y tu padre? —le pregunté.

Siguió mi dedo, que señalaba la foto, y le dio la vuelta. Era la imagen de un niño pequeño, quizá de cinco o seis años. La fotografía era vieja, descolorida. El niño corría por un trozo de hierba dando patadas a un balón. A su izquierda había una alambrada. A la derecha, casi fuera de campo, un bloque de pisos.

—Conozco ese lugar —dije.

Era Eagle Heights.

No dijo nada, apenas se movió.

—¿Quién es el chico?

Miró la foto.

—Esta es la razón por la que lo hacemos —dijo.

—¿Qué significa eso?

Ella sonrió.

—Te lo diría si lo supiera. Pero no lo sé. No sé lo que significa. Pero sé lo que el niño representa.

—¿Y qué es?

—Marcar la diferencia.

—¿Como que marcar la diferencia?

—¿Cómo es aquello? Eh... —Dio una calada a su cigarrillo y se quedó mirando hacia la noche, expulsando una bocanada de humo hacia el frío del atardecer—. El fin justifica los medios. De eso se trata.

—Me he perdido, Jade.

Asintió con la cabeza, como si no esperara que le siguiera el ritmo, y luego cogió la foto y se la volvió a meter en el bolsillo.

—¿Alguna vez has tenido que guardar algo en secreto?

—Claro.

—No me refiero a un regalo de cumpleaños.

—Yo tampoco.

—¿Qué secreto has tenido que guardar?

—Una vez fui periodista.

—¿Y?

—Pues que trabajé en Israel, en Sudáfrica, en Irak.

—¿Y?

—Vi cosas en esos lugares que nunca olvidaré.

—¿Qué tipo de cosas?

Pensé en Derryn, en alejar mi trabajo de ella: las cosas que vi, los cuerpos que pisé.

—¿Qué tipo de cosas? —repitió.

—Cosas que nunca pude llevar a casa con mi mujer.

La camarera volvió con nuestras bebidas.

—Vamos, Magnum. Vas a tener que esforzarte más que eso.

—No voy a jugar a este juego contigo.

—No es un juego, es un intercambio.

—¿Qué me vas a cambiar?

Se puso el cigarrillo entre los labios, le dio una calada y luego lo miró.

—No debería fumar esto —dijo—. Pero supongo que todos tenemos nuestros demonios. —Apretó un pulgar contra sus labios, cómplice y juguetona, y entonces se le escapó una pequeña sonrisa—. Si sigues con este pequeño proyecto, tendrás que enfrentarte a tus propios demonios.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Estoy hablando de lo que vas a encontrar si llegas al final... —Dio la vuelta a su botella de cerveza—. Supongo que más que nada

hablo del hecho de que, si no eres fuerte en esta vida, fracasas. Y estoy a punto de fracasar, Magnum. Estoy cansada.

—¿De qué?

—De huir. De mentir. De empezar de nuevo.

—¿Empezar de nuevo?

—No encontrarás nada en Angel's ahora. Todos los asociados que hay ahora se habrán ido mañana. Si haces preguntas, solo conseguirás que sea más difícil para ti. Si vuelves, habrá gente nueva. Todo habrá cambiado.

—¿Por qué?

—¿Por qué crees?

Hice una pausa, pensando en algo que había dicho John Cary.

—El bar es una tapadera.

Chasqueó los dedos y sonrió.

—¿Para qué?

—Nos ayuda a hacer lo que queremos hacer en realidad. Nos hace ganar dinero. Nos pagan.

—¿Es tuyo?

—No.

—¿De quién?

Cogió el extracto de la mesa, lo abrió y lo puso delante de mí. La cuenta bancaria era de Angel's. Había dos páginas de listados, pero

a mitad de camino había un pago por domiciliación bancaria que me llamó la atención.

PRO. CALVARIO. 5000,00.

El Proyecto Calvario.

Cada mes, Angel's pagaba cinco de los grandes a una empresa que Hacienda ni siquiera sabía que existía.

—Hay un rastro de papel de un kilómetro de largo —dijo, adelantándose a la pregunta que estaba a punto de hacer—, así que yo no me emocionaría demasiado todavía. Si vas en busca de cualquier rastro de esa empresa, vagarás en la oscuridad, perdido como un cachorro.

La camarera llegó con nuestras comidas.

Jade no perdió el tiempo y mordió la hamburguesa, cuyo jugo burbujeaba bajo el pan.

—Entonces, ¿a dónde irán todos los del pub? —le pregunté.

—Los otros.... no lo sé. Yo no tomo esas decisiones.

—¿Y tú?

Hizo una pausa.

—No voy a volver. Ahora no puedo.

—¿Por qué?

—Estoy sentada aquí contigo, ¿tú por qué crees?

—Entonces, ¿a dónde vas a ir?

Ella se encogió de hombros.

Pensé en los tres números de teléfono que Spike me había conseguido: uno era de Angel's, otro de la iglesia de Saint John the Baptist y otro de alguien llamado Gerald—. ¿Quién toma las decisiones, entonces? ¿Ese tal Gerald?

Se echó a reír, casi ahogándose con la comida.

—¿Gerald? No. Gerald no. Definitivamente Gerald no. Él ni siquiera sabe que existimos.

—¿Quién es?

—Es solo un delincuente que vive en un agujero de mierda en Camberwell. Solo acudimos a él para... —hizo una pausa— cambios de identidad.

—Identificaciones falsas.

Me guiñó un ojo.

—Eres bueno, Magnum.

Dio otro mordisco a su hamburguesa.

—¿Para ti?

—Para todos nosotros.

—¿Quiénes sois?

Ella sonrió.

—Podrías ser un buen poli, Magnum.

Esta vez no respondí, esperando que mi silencio la sacara de sus casillas.

—Podrías ser un buen poli —repitió—. Haces las preguntas correctas. Pero te das cuenta de que la razón por la que estamos sentados aquí ahora no es porque seas bueno, sino porque cometimos errores. Dejar caer ese móvil así fue una estupidez y un descuido. La cosa es que Jason no esperaba que aparecieras así. Se puso nervioso.

—¿Y quién es Gary Hooper?

—No es nadie.

—El teléfono que «Jason» dejó en el piso está registrado a nombre de Gary Hooper.

—Mi teléfono está registrado a nombre de Matilda Wilkins. Eso no me convierte en ella.

—Entonces, ¿quién es?

—Te lo he dicho. Gary Hooper no es nadie. Es un fantasma. Te estarás persiguiendo la cola todo el puto día con eso. Es solo un nombre. Solo otra mentira. —La vi empujar algunas patatas fritas alrededor de su plato—. Odio decepcionarte, Magnum, pero lo que tienes aquí... —se señaló a sí misma— es un soldado de infantería, no un general.

—¿Quién es Vee?

—¿Vee?

—Jason preguntó por Vee. ¿De qué es el diminutivo? ¿De Verónica?

Me miró y de repente se puso seria.

—Voy a decirte lo que sé. Y te lo voy a decir porque estoy cansada de huir. Estoy cansada de tener que empezar de nuevo cuando

gente como tú comienza a meter sus putos hocicos donde no deben. Estoy cansada de mentir para proteger algo que no...

Entonces se detuvo.

Sus ojos se entrecerraron.

—Mira —dijo—, primero, olvídate de Gerald, él no sabe nada. Olvídate también de Vee. Es solo un nombre falso. Y olvídate del Proyecto Calvario. Eso no te llevará a ninguna parte más que a más patrañas inventadas.

—¿A qué se dedica?

—¿A qué crees?

—No creo que haga nada. Solo lo utilizáis para mover dinero.

—Es un medio de protección.

—Para el blanqueo de capital.

—¿Lavar dinero? —Sonrió—. Esto no es la mafia.

—¿Así que del Proyecto Calvario solo existe el nombre?

Abrió su cartera y sacó una tarjeta de crédito.

—Todo nuestro dinero entra y sale a través de él. Nuestras tarjetas están registradas en él. Nos compra la comida y la ropa.

—Así que ninguna de las compras puede ser rastreada hasta ti.

—Eso es. —Le dio la vuelta a la tarjeta. Era de Barclays. «Srta. Matilda Wilkins» aparecía impreso al pie—. Jade no ha comprado un par de zapatos en años.

—Este tipo, Michael, el de la iglesia, ¿qué tiene que ver con esto?

—No sé mucho de él.

—Dime lo que sabes.

—La iglesia es donde recluta a la gente.

—¿Qué quieres decir con «recluta»?

—Los ayuda a empezar de nuevo. Les vende una idea.

Me quedé paralizado. «Les vende una idea».

De repente, de la oscuridad de mi memoria, surgió un rostro: el tipo que había ido y se había sentado a mi lado en el pub de Cornualles; el tipo del tatuaje.

«Mi amigo es comercial —había dicho—. Vende ideas a la gente».

Miré a Jade.

—¿Quién es el tipo con el tatuaje en el brazo?

Me lanzó una mirada, un movimiento brusco y espasmódico, como si acabara de recibir un puñetazo. Sus ojos se abrieron de par en par y su rostro perdió el color. Intentaba averiguar cómo había hecho la conexión.

—Aléjate de eso —dijo en voz baja.

—¿De qué?

—De él.

—¿Quién es?

Hizo una pausa, se pasó la lengua por la boca y luego señaló con un dedo la fotografía del niño.

—Protegerá lo que eso representa por encima de todo. Irá hasta el fin del mundo para hacerlo. Si puedes conseguir lo que necesitas y largarte sin que él te vea, entonces deberías hacerlo. Porque la única otra manera de detenerlo sería derribarlo todo.

—¿Derribarlo todo?

—Todo el castillo de naipes.

—¿Te refieres a su organización?

Ella asintió.

—Pero creo que podría ser demasiado tarde para eso.

—¿Por qué?

—Saben quién eres. Ya te avisaron una vez. Eso es lo que hacen. Te dan una oportunidad. Pero tú, viniendo al bar esta mañana, yendo a la iglesia como lo hiciste... Solo te hacen una única advertencia.

—¿Y qué pasa después?

—¿Qué pasa después? —Hizo una pausa, me miró y ambos comprendimos el silencio. Sentí que se me helaba la sangre—. Ya sabes lo que pasa después, Magnum.

—¿Por qué?

—¿Por qué crees?

—¿Alex?

Tomó un sorbo de cerveza, no contestó.

—¿Jade?

Me oí a mí mismo impacientarme. Ella seguía protegiendo la causa, seguía eludiendo mis preguntas, incluso mientras me decía que quería dejarlo. Tenía miedo de huir, pero no del sistema de apoyo que tenía aquí. Tenía miedo de la gente que dirigía las cosas.

—¿Por qué me ayudas? —le dije.

—Porque todo esto está fuera de control. —Me miró, limpiándose la comida de la boca—. Hemos sido descuidados.

—¿Quiénes?

Ella no contestó.

—¿Jade?

—Nosotros. Nosotros. —Hizo una pausa—. Él.

—¿Quién?

Miró la fotografía del niño que seguía sobre la mesa.

—¿El chico? —le pregunté.

—No —dijo en voz baja.

—¿El hombre del tatuaje?

Se tambaleaba, insegura de si comprometerse o no.

—¿Jade?

—No. Otra persona. —Me miró y, por primera vez, algo brilló en sus ojos—. Creo que, en cierto modo, es el peor de todos.

—¿Quién?

—Y tú le has cabreado.

—¿Quién, Jade?

—Le has cabreado de verdad. Pero tal vez esté sucediendo por una razón. Ya no estoy segura de creer en él, en aquello por lo que lucha y en la forma en que lo hace. —Se detuvo, con los ojos mirando al cielo—. Y no estoy segura de que Él lo haga tampoco.

Seguí su mirada.

—¿Él? ¿Qué es esto, una especie de misión de Dios?

No respondió, pero me di cuenta de que había dado con algo.

—¿Jade?

—Tengo que hacer pis —dijo, apartando el plato, y se dirigió a un aseo que había junto al vagón. Miró hacia atrás una vez y desapareció.

La idea de que intentara escapar se me pasó por la cabeza en cuanto se levantó de la mesa, así que le di cinco minutos, me escabullí y me dirigí a los aseos.

En la parte de atrás había un vertedero: latas de bebida, bolsas de basura, un carrito de la compra, agujas. Más allá, los arcos del ferrocarril continuaban, fundiéndose poco a poco en la noche. Pude ver que una de las ventanas estaba abierta por el lado femenino, y que había una grieta en ella, de arriba abajo.

—¿Jade?

La puerta del aseo de mujeres estaba cerrada, así que la empujé suavemente. Dentro, la luz estaba encendida y, en cuestión de segundos, vi sangre en el suelo, en el otro extremo del espacio. Me acerqué y entré.

Jade estaba desplomada contra una de las puertas del cubículo, con la cabeza inclinada hacia un lado. Tenía los dedos enroscados en el cuchillo de carne que había acompañado a la hamburguesa, con la hoja manchada de sangre. Los cortes en sus muñecas eran profundos, su sangre salía a borbotones de ellas a sus manos, a su ropa, al suelo.

La realidad lo golpeó: había preferido quitarse la vida antes que alejarse de cualquier cosa en la que estuviera involucrada. La idea hizo que los nervios me recorrieran la espalda.

Significaba que estaba aterrorizada por las consecuencias.

Y de las personas que dirigían aquello.

Al levantarse de nuevo la brisa, oí débilmente un ruido, como de papel agitándose. Debajo de una de sus manos, semioculta por los dedos apretados, había un trozo de tarjeta. Me acerqué de nuevo a ella, se lo quité de las manos y me lo guardé en el bolsillo.

Entonces saqué mi teléfono y llamé a la policía.

24

La policía llegó a Strawberry's diez minutos después de que los llamara.

Había dos oficiales: Jones y Hilton. Jones rondaba los sesenta años, mientras que Hilton era mucho más joven, nervioso y apestaba a inexperiencia. Aguantó bastante bien cuando Jones le hizo señas para que se acercara a los aseos, arrodillándose ambos para contemplar el pálido cuerpo de Jade.

Más tarde, me llevaron a una comisaría en Dagenham.

Era obvio desde el principio que Jones no creía que yo la hubiera matado. Los testigos del restaurante corroboraron la mayor parte de lo que les dije que había ocurrido, en particular los horarios, y cuando me preguntó por qué estábamos allí le conté la verdad, o una versión de ella. La conocía, quería hablar con ella y había aceptado que la llevara a su restaurante favorito.

—¿Conseguiste lo que querías? —dijo.

—No lo sé. Tal vez.

Jones negó con la cabeza.

—Espero que haya pagado la gasolina.

Tuve la sensación de que estaba tan cerca de la jubilación que podía olerla. Cualquier caso que apareciera no iba a ser para él. Eso me vino bien. Si hubiera sido un par de años más joven, quizá me habría tocado una actitud más dura. En lugar de eso, me dijo que querían quedarse con mi BMW durante un par de días, así como con mi ropa, y que querrían volver a hablar conmigo una vez examinado el cadáver.

—Eso podría tardar cuarenta y ocho horas —dijo Jones—, pero yo no apostaría por ello. Lo más probable es que no sepa nada de nosotros hasta el próximo año.

Después de eso, me enseñó la puerta.

Liz llegó unos cuarenta minutos después. Era la única persona que conocía que estaría levantada a la una de la madrugada; quizá la única a la que podría recurrir ahora en caso de emergencia. Después de la muerte de Derryn, la gente se quedó cerca de mí durante un tiempo: me cocinaban cosas, me ofrecían consejos, se sentaban conmigo en la quietud de la casa. No me quedaba familia, ni hermanos ni hermanas, así que me apoyé en gente de mi época de periodista, en amigos de mis padres, en gente que Derryn había conocido. La mayoría se portaron muy bien conmigo, pero al final se cansaron de tener que cuidarme. Creo que, en realidad, mi tristeza empezó a pesarles y a hundirlos.

Al final, Liz era la única que quedaba.

Por teléfono le dije dónde podía encontrar la llave de repuesto y le pedí que me trajera algo de ropa. Jones me prestó unos pantalones de policía y una camiseta de gimnasio mientras esperaba. Cuando llegó, Liz me dio unos vaqueros, una camiseta y un abrigo, y me cambié en un vestuario vacío de la parte trasera de la estación. Esperaba junto a la recepción, vestida con pantalones de chándal y una camiseta de deporte con cremallera.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando por fin volví a salir.

Asentí con la cabeza.

—Estoy bien. Gracias por venir.

Caminamos hasta su Mercedes, aparcado a la vuelta de la esquina, y, de camino, compramos un café para llevar en una gasolinera. Dentro encendió la calefacción al máximo.

Arrancó y condujo un rato.

—Te lo agradezco, Liz.

Ella asintió.

—¿Vas a contarme lo que ha pasado?

La miré y ella me devolvió la mirada. Llevaba un poco de maquillaje. Quizá no se lo había quitado después del trabajo, o quizá se lo había puesto antes de salir. En cualquier caso, tenía muy buen aspecto. Y, mientras su perfume llenaba el coche, sentí una conexión momentánea con ella. Una chispa. Miré hacia otro lado, hacia la noche, e intenté imaginar de dónde procedía esa sensación. Había sido un día largo, traumático. Quizá fuera el alivio de volver a casa, o quizá, por un segundo, me di cuenta de lo solo que estaba otra vez.

—¿David?

Me volví hacia ella.

—Hoy las cosas se han complicado un poco.

—¿Con un caso?

—Sí.

—¿Estás metido en problemas?

—No.

—¿Estás seguro? —Nos detuvimos en un semáforo, la luz roja llenaba la parte delantera del coche. Se reflejaba en sus ojos cuando me miraba—. ¿David?

—Estoy bien —dije—. De verdad.

Su mirada recorrió mi rostro.

—Puedo ayudarte.

—Lo sé.

—Si tienes algún problema, puedo ayudarte. Soy abogada. Es mi trabajo. Puedo ayudarte, David.

Algo pasaba entre nosotros; algo que no se decía. Y entonces volvió la sensación, un dolor en la boca del estómago.

—Lo que necesites —dijo en voz baja.

Volví a asentir.

—No tienes que hacerlo todo tú solo.

La miré. Se inclinó un poco hacia mí, y su perfume la acompañó. Los dedos de su mano rozaron mi pierna, sus ojos eran oscuros y serios.

—Puedo ayudarte —volvió a decir.

Mi corazón se agitó en mi pecho, como un animal despertando de su hibernación, y me encontré moviéndome hacia ella.

—Necesito... —Pero entonces pensé en Derryn, en su tumba. «Es demasiado pronto». Liz estaba tan cerca de mí que podía sentir su aliento en mi cara.

—¿Qué? —dijo ella.

Las luces cambiaron.

Las miré y luego volví a ella. La carretera estaba vacía. Detrás de nosotros no había más que oscuros y cavernosos almacenes. Sus ojos seguían fijos en mí.

—Yo solo...

Me estudió y algo cambió. Ella asintió despacio, cambió de marcha, metió primera y arrancó.

—Lo siento —dije.

—No tienes nada de qué disculparte.

La miré y mis ojos recorrieron su cuerpo. Sus pechos. Su cintura. Sus piernas. Cuando volví a levantar la vista, me volvía a mirar fijamente.

«Es demasiado pronto».

—No sé lo que quiero —dije en voz baja.

Ella asintió.

—Lo comprendo.

—Algunos días... —Hice una pausa. Se volvió de nuevo hacia mí, con el rostro parcialmente iluminado por el resplandor de las calles—. Algunos días sí es lo que quiero.

Ella no dijo nada.

—Pero otros...

—No voy a irme a ninguna parte —dijo con suavidad—. Puedo ayudarte, David.

—Lo sé.

—Cuando estés listo, puedo ayudarte.

Al llegar a casa, saqué la tarjeta que me había dejado Jade.

Iba encabezada con el logotipo de Strawberry's. Estaba salpicada de sangre, con sus huellas dactilares marcando las esquinas. Pensé que

había cogido una servilleta al levantarse de la mesa, pero en su lugar había cogido una de las tarjetas de visita del restaurante. Dentro de la b del nombre había una hamburguesa; las líneas de la t eran patatas fritas.

Y en el centro, con letra temblorosa, había escrito: «Jade O'Connell, 1 de marzo, Mile End».

25

Me dormí a las tres y me desperté de nuevo una hora más tarde. El televisor estaba en silencio, una taza de café vacía en el suelo junto al sofá y el mando a distancia encima. Apagué el televisor, cogí la taza y la llevé a la cocina.

Fue entonces cuando me di cuenta de que la luz de seguridad exterior estaba encendida.

Me acerqué a la ventana de la cocina y miré hacia la noche. Se percibían unas pisadas en la nieve, una tras otra, que llegaban a la fachada de la casa. Al acercarme al cristal, pude ver que también se veían en el lateral.

Ninguna era mía.

Dejé la taza en la encimera y fui hasta el dormitorio. Las cortinas no estaban cerradas del todo. Fuera, pude ver pisadas justo delante de las ventanas, paralelas a ellas, que trazaban la circunferencia de la casa antes de volver sobre sí mismas.

Entonces, un ruido.

Girando, escudriñé a través de la oscuridad del dormitorio. «¿Qué ha sido eso?». Lo único que oía ahora era la nieve que goteaba de los canalones. Me acerqué a la puerta del dormitorio y seguí por el pasillo.

¿Había sido la puerta principal?

Intenté recordar cómo sonaba la puerta de entrada cuando la abría y la cerraba, lo que fuera sobre cualquiera de los ruidos que hacía la casa. Pero, mientras miraba a lo largo del pasillo y esperaba que el sonido volviera, no había nada. Solo silencio.

«Tal vez haya sido un animal».

Liz tenía un gato. Apagaba las luces todo el tiempo. Pero ¿y las pisadas? Intenté pensar con lógica: ¿había salido al jardín o a la parte trasera de la casa desde que había empezado a nevar?

Cuando comencé a rememorar, el ruido volvió a sonar.

Un golpecito suave.

Salí al pasillo y empecé a avanzar hacia el salón, pero me detuve.

El picaporte de la puerta principal se movía.

Durante una fracción de segundo, sentí como si las plantas de mis pies estuvieran pegadas a cada fibra de la alfombra, pero luego me estremecí y el pomo volvió a moverse, lento y cautelosamente, inclinándose hacia abajo hasta que llegó al tope.

La puerta empezó a despegarse del marco.

Si hubiera estado dormido, no habría oído nada.

Se abrió del todo, la lámpara de seguridad dejó escapar un cuadrado de luz amarilla por el pasillo, pero nada más: ni movimiento ni sombras ni sonidos.

Entonces un hombre entró en la casa.

Iba vestido de negro de pies a cabeza y miraba hacia la oscuridad del salón, de espaldas a mí. En la parte superior de su cabeza llevaba una máscara. Se la colocó sobre la cara antes de que pudiera identificarlo y luego buscó algo en el cinturón.

Y entonces se giró y miró por el pasillo hacia donde yo me encontraba.

Volví al dormitorio, con el corazón acelerado. Se había sacado una pistola del cinturón, con el silenciador puesto, y su cara estaba cubierta por una máscara de Halloween de plástico: sin ojos, sin boca, inmóvil. Intenté procesar lo que acababa de ver, y entonces una sensación terrible me golpeó como un puñetazo en la garganta: un hombre armado estaba dentro de mi casa.

Un demonio.

Rápidamente eché un vistazo al dormitorio. Dos armarios independientes, llenos de ropa y zapatos. Una estantería. Una cómoda. La puerta del baño.

No había escondites.

Ni armas.

Otro ruido en el pasillo. «Ya viene». La puerta del dormitorio daba a una pequeña hendidura, de unos sesenta centímetros de profundidad, excavada en la pared. Era mi única opción. Me deslicé detrás de la puerta, tirando de ella hacia atrás todo lo que pude. Ahora solo podía ver en dos direcciones: a la derecha, a través del estrecho hueco entre la puerta y el marco; y a la izquierda, hacia el borde más alejado de la cama y la cómoda.

Miré a la izquierda.

Al girarme, el sonido parecía inmenso; cada ruido se amplificaba en mis oídos, cada latido de mi corazón, cada parpadeo de mis ojos. Esperaba poder oír al hombre mientras se acercaba, oír algo, pero la casa estaba en silencio.

No se oían pasos. Ni crujidos.

En el espejo de la cómoda podía ver todo el dormitorio. Las mesitas de noche. Los libros de Derryn. Su planta. La bañera, el lavabo, la

ducha. La puerta... y, más allá, la negrura del pasillo. Nada se movió.

Pero entonces, de repente, estaba allí.

Un destello de piel roja de plástico.

Las punteras de sus botas, oscuras pero pulidas, brillaban con el resplandor de la luz de seguridad del otro extremo de la casa. Más de la máscara emergió a medida que se adentraba en el dormitorio, consumiendo la oscuridad. A mitad de camino se detuvo, escudriñando el cuarto, girando su cuerpo. Pero no emitió sonido alguno.

No me moví.

No respiré.

No tenía nada para competir con un arma, y solo una forma de protegerme: hacerle creer que no estaba en casa.

Otro paso.

Levantó ligeramente el arma, con el dedo apretando con suavidad el gatillo. Sonaba como si estuviera inspirando —olfateando— como un perro tratando de encontrar un rastro. Miró hacia el tocador, hacia el espejo, parecía mirarme directamente a mí... y luego se movió de nuevo, más allá del cuarto de baño, y a lo largo del borde de la cama.

Entonces pude oler algo.

Un olor horrible y degradado, como a abono en descomposición, seguía al hombre mientras se movía. Tragué saliva, sentí que tenía que hacerlo, solo para intentar sacar el olor de mi garganta y nariz. Pero el hedor no desapareció. Se desprendía de él como si fueran

escamas de piel. Tragué de nuevo, y otra vez, y otra, pero no pude deshacerme de ese hedor.

El hombre de la máscara se agachó ligeramente y miró debajo de la cama, luego volvió a erguirse y se inclinó hacia delante para mirar la mesilla de noche de Derryn. Oí el suave deslizamiento de los cajones al abrirse y cerrarse, y luego otro ruido: un pequeño marco de fotos al ser agarrado. Cuando se dio la vuelta, volvía a tener las manos en los costados, una sujetando la pistola y la otra, vacía, y el portarretratos había desaparecido. En él había una fotografía mía y de Derryn en nuestras últimas vacaciones juntos.

Se lo había metido en el bolsillo.

Me costó horrores no hacer ruido.

Quienquiera que estuviera detrás de la máscara se había metido bajo mi piel, había violado mis recuerdos, de mí y de mi mujer. Una burbuja de ira se abrió paso por mi pecho, pero el miedo la frenó cuando el hombre se acercó, con la pistola ligeramente levantada delante de él. Más rápido, más decidido, como si ahora se diera cuenta de dónde estaba.

Se detuvo en el umbral de la puerta, escrutó el dormitorio por segunda vez y volvió a inspirar a través de la máscara; una larga y profunda bocanada de aire, que silbaba al pasar por los orificios del plástico.

Podía olerlo.

Su decadencia. Su hedor.

Se dirigió al otro lado del pasillo, al dormitorio de enfrente, sin que se viera nada de él en las sombras excepto el plástico rojo de la máscara, buscando cualquier señal mía, cualquier cosa que pudiera parecer fuera de lugar. Me quedé inmóvil, sin sonido, mirando a

través del hueco entre la puerta y el marco, el negro de los ojos de la máscara, rezando para que no volviera.

Finalmente, salió del dormitorio.

Y entonces el Diablo se fue.

El programa

Estaba sentado en el borde de la cama, mirando hacia la puerta de salida de la habitación. Estaba abierta. Más allá había una sala de estar, despojada de toda decoración. El único mobiliario que pudo ver era una mesa en el centro y una única silla colocada junto a ella.

Era un truco. Tenía que serlo.

Intentó calcular cuánto tiempo lo habían retenido, cuánto tiempo llevaba despertándose en mitad de la noche y mirando fijamente a la esquina del dormitorio. Dos o tres semanas. Tal vez un mes. Quizá más. Y durante ese tiempo la puerta nunca había estado abierta.

Pero ahora, de repente, lo estaba.

Se inclinó un poco hacia delante. Pudo distinguir más de la zona de estar, sin tener que moverse: una segunda puerta a la derecha de la mesa, cerrada. Una estantería, vacía, al lado. Encima de la estantería había un libro. Tenía letras doradas y una nota adhesiva en la parte delantera.

Vacilante, se puso en pie, dejó caer la manta sobre la cama y se dirigió lentamente hacia la puerta del dormitorio. Entonces pudo ver lo que era el libro.

Una Biblia.

Tras mirar hacia delante, hacia atrás y de nuevo hacia delante, dio otro par de pasos hacia la sala de estar. Las tablas del suelo se sentían frías contra sus pies descalzos.

—Hola.

Se sobresaltó.

Un hombre estaba de pie junto a la puerta del dormitorio, apoyado contra la pared, vestido completamente de negro. Alto, ancho, musculado.

—¿Cómo te encuentras?

«Te conozco», pensó, mirando al hombre alto, tratando de encontrar algún atisbo de recuerdo. Pero no le llegaba. Sus memorias empezaban a esfumarse, desaparecían cada día... y ya no volvían.

—¿Has perdido la voz? —dijo el hombre alto, y se apartó de la puerta—. Me llamo Andrew.

—¿Dónde estoy? —preguntó, sus palabra sonaban confusas al articularlas con sus encías desdentadas.

Andrew asintió.

—Ah, así que hablas.

—¿Dónde estoy?

—Estás a salvo.

—¿A salvo? —Miró a su alrededor—. ¿De quién?

—Llegaremos a eso.

—Quiero llegar ya.

Andrew hizo una pausa. Algo se encendió en sus ojos, y luego volvió a esfumarse.

—¿Recuerdas lo que hiciste?

Intentó pensar, aferrarse a otro recuerdo.

—Yo, eh...

—Hiciste de tu vida un desastre, eso es lo que hiciste —dijo Andrew, su voz más dura ahora—. No tenías a dónde ir, a nadie a quien acudir. Así que viniste a nosotros.

—Acudí a Mat.

Andrew sonrió satisfecho.

—No, no lo hiciste.

—Sí lo hice.

—No, no lo hiciste. Mat no existe.

—¿Qué? —Frunció el ceño—. Quiero ver a Mat.

—¿Estás sordo?

Miró alrededor de la habitación, hacia la puerta.

—¿Dó... dónde está?

—Te lo he dicho —dijo Andrew—. Mat no...

—Quiero saber dónde...

En un abrir y cerrar de ojos, Andrew estaba sobre él, apretándole la garganta con una mano enorme. Se inclinó y le apretó con los dedos.

—Tienes que ganarte el derecho a hablar. Así que no vuelvas a dirigirte así a mí.

Andrew lo apartó de un empujón.

Cuando retrocedió, con los dedos masajeándose la garganta, por fin se formó el recuerdo: atado a la silla de dentista, mirando a un hombre con una mascarilla quirúrgica.

Andrew.

—Tú... —dijo en voz baja, pasándose la lengua por las encías.

—No digas nada de lo que te vayas a arrepentir.

—Me arrancaste los dientes.

Andrew se limitó a mirarlo.

—Me arrancaste los dientes —volvió a decir.

—Te salvamos la vida.

—Me arrancaste los dientes.

—¡Te salvamos la vida! —espetó Andrew. Volvió a dar un gran paso hacia delante, abriendo y cerrando las manos—. Estoy dispuesto a ayudarte aquí, pero también puedo entregarte a la oscuridad.

La oscuridad.

Tragó saliva y miró a Andrew. Sabía lo que eso significaba.

El Diablo.

—¿Es eso lo que quieres?

—No —respondió, levantando una mano.

Andrew hizo una pausa, mostrando en su rostro un gesto frío.

—No me importan tus dientes. Aquí pasan cosas más importantes que tu vanidad. Pronto llegarás a entender la situación en la que estás... y la situación de la que te sacaron.

Miró fijamente a Andrew.

—No espero que lo entiendas. Por eso te he dejado algo ahí para que lo leas. —Andrew señaló la Biblia con la cabeza—. Te sugiero que estudies los pasajes que he subrayado. Procésalos. Será mejor que empieces a apreciar que estás de pie en medio de esta sala con el corazón todavía latiendo en tu pecho.

Andrew se acercó a él.

—Pero, si nos traicionas, te mataremos.

Está en un piso, con el número 227, dos plantas más arriba. No hay muebles y el suelo está agujereado. Está sentado en una ventana, mirando a Mat. Tiene miedo.

—¿Qué voy a hacer?

—Tengo amigos que pueden ayudarte —dice Mat—. Dirigen un lugar para gente como tú.

—No quiero huir más.

—No tendrás que hacerlo. Esta gente te ayudará. Podrás empezar de nuevo. La policía nunca te encontrará.

—Pero no sé en quién puedo confiar.

—Puedes confiar en mí.

—Ya no puedo fiarme de nadie.

—Puedes contar conmigo, te lo prometo. Estas personas te ayudarán a desaparecer, y luego te ayudarán a olvidar.

—Quiero olvidar, Mat.

Mat se acerca y le pone una mano en el hombro.

—Sé que es lo que deseas, pero hazme un favor, no me llames Mat a partir de ahora.

—No lo entiendo.

—Para mis amigos, la gente que te va a ayudar, no soy Mat. Mat ya está muerto. —Hace una pausa, parece diferente por un momento —. Puedes llamarme Michael.

Cuando despertó, Andrew estaba sentado al pie de la cama. Se llevó las rodillas al pecho, miró a Andrew y luego dirigió su mirada hacia la ventana superior. Hacia la mañana temprana. O quizá a última hora de la tarde. Ya no estaba seguro.

—¿Has leído el libro que te di? —preguntó Andrew.

El libro. Intentó recordar un libro que le hubieran regalado, cualquier libro, una chispa que lo llevara hasta allí..., pero no llegaba.

—No me acuerdo —dijo en voz baja.

—Era una Biblia —respondió Andrew, ignorándolo—. El libro era una Biblia. Recuerdas que te di una copia de la Biblia, ¿verdad?

—No.

Andrew hizo una pausa, lo estudió.

—Es una pena.

—¿Por qué estoy perdiendo mi mem...?

—Te hemos tratado de forma diferente a los demás, ¿lo sabías?

Miró a Andrew.

—¿Los demás?

—Su programa es diferente.

—No lo entiendo.

—Tu habitación, la comida que te damos, la forma en que hemos estado contigo... no es nuestra manera normal de trabajar. Creo que no te das cuenta de la suerte que tienes. —Los ojos de Andrew se movieron a izquierda y derecha, con sospecha en ellos—. Pero me preocupo por ti, ¿lo sabes? Me preocupa que pienses que la mejor manera de mejorar es luchar contra nosotros.

No dijo nada.

—¿Estoy en lo cierto?

Él sacudió la cabeza.

—Normalmente, eso no me inquieta. En nuestro programa habitual, tenemos formas de tratar los problemas. Pero contigo aquí, entre todo este lujo, es más difícil. —Andrew lo estudió un momento—. ¿Quieres luchar contra nosotros?

Él volvió a sacudir la cabeza. —No —dijo—. No, lo juro.

Pero el bueno de Andrew se limitó a observarlo sin decir nada.

*****

Levantó la cabeza.

Estaba sentado en un rincón de otra habitación, completamente a oscuras. No recordaba cómo había llegado hasta allí, no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba fuera. Su brazo estaba subido a la altura de su cabeza y sujeto a algo. Tal vez atado, o sujeto con abrazaderas. Le pellizcaba la piel cuando se movía y sentía punzadas en los músculos.

«¿Dónde diablos estoy?».

Podía ver un delgado rayo de luz de luna que se colaba por una ventana situada más abajo en la pared. Y, cuando sus ojos empezaron a adaptarse a la oscuridad, surgieron otras formas: una puerta en el otro extremo, ligeramente entreabierta; y una forma blanca, como una sábana, en diagonal respecto a él. Corría una brisa que venía de alguna parte, y la sábana se movía, hinchándose al paso del viento.

Algo humedeció su piel.

Se giró. La pared a su lado estaba mojada, casi reluciente. Había un líquido que goteaba. Lo rozó con la mano. Agua. Corría por las paredes, a lo largo de toda la habitación.

A su lado, en su línea de visión, había una placa metálica cuadrada, con tornillos en las cuatro esquinas, de la que salía una anilla de hierro. También había agua, y algo más. Más oscuro.

Sangre.

—Mierda.

Intentó apartar el brazo de la pared, pero algo brilló y sonó. Sintió unas esposas que le pellizcaban la piel. Había un nudo en la anilla, y el otro extremo del mismo se sujetaba alrededor de su muñeca izquierda. No podía moverse, no podía escapar, ni siquiera podía ponerse en pie sin que volviera a sentir cómo las ataduras le tiraban hacia abajo.

Entonces se dio cuenta de otra cosa.

La sábana se había movido; se acercaba un poco más a él, paralela a la pared. Esta vez, pudo distinguir algo bajo ella: una forma.

—¿Hola?

La forma se retorció.

—¿Hola?

Volvió a sacudirse.

La sábana se deslizó un poco, cayendo hacia el suelo, y de debajo del algodón blanco, un rostro lo miró. Una chica. De unos dieciocho.

—Hola —volvió a decir él.

Era delgada, con la boca fina y la piel pálida. En la oscuridad de la habitación, parecía un fantasma.

—¿Dónde estamos?

Ella miró hacia la puerta en un movimiento lento, gradual y prolongado, y luego miró de nuevo hacia él. Pero no dijo nada.

—¿Estás bien? —No obtuvo respuesta. Su cabeza se inclinó un poco hacia delante, como si le costara sostenerla. Intentó alejarse de la pared tanto como pudo—. ¿Estás bien? —repitió.

Y entonces sintió que algo empapaba el bajo de sus pantalones. Miró al suelo. Debajo de una de sus piernas había un charco de vómito. Retrocedió, alejándose de él, y resbaló. Las esposas le dieron un tirón al bloquearse y le dolió la parte superior del brazo, como si el hombro se le hubiera salido de la articulación.

—Guarda silencio.

La chica.

Ahora lo miraba fijamente, con los ojos claros como su piel, el pelo enmarañado y sucio. La sábana se había caído. Solo llevaba un sujetador, unas bragas y un par de calcetines.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella no contestó.

—¿Puedes oírme?

Se estremeció, como si alguien le hubiera clavado la punta de un cuchillo, y volvió a mirar hacia la puerta. Se quedó observando la oscuridad.

—¿Cómo te llamas?

Finalmente se volvió hacia él.

—Guarda silencio.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde estamos?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

Lo miró.

—Rose.

Él volvió a alejarse de la pared, con cuidado de no pisar el vómito esta vez. El olor de la habitación empezaba a afectarle.

—Escúchame, Rose. Voy a sacarnos de aquí, pero vas a tener que ayudarme. Vas a tener que decirme algunas cosas.

Ella se quedó concentrada en la puerta, y esta vez no se volvió para mirarlo de nuevo. Tenía la columna herida por la mitad de la espalda y un moratón grande y negro en el costado izquierdo, justo al lado del tirante del sujetador.

Dijo algo, pero él no lo escuchó.

—¿Qué has dicho?

Volvió a envolverse en la sábana y se encaró con él. Su brazo también estaba esposado a la pared. Se dio cuenta de que había más anillas a lo largo de las paredes a ambos lados de la habitación, a distancias iguales.

Y algo más.

Un trozo afilado de azulejo, quizá de la pared de un cuarto de baño, o de un tejado, a un metro y medio delante de él. Tenía forma de triángulo, dentado por un lado. Se alejó todo lo que pudo de la pared, las esposas volvieron a bloquearse en su sitio, y barrió el suelo con una pierna.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Rose.

Él intentaba llegar a la baldosa. Su bota hizo mejor contacto esta vez, y la baldosa se giró e hizo un ruido amplificado dentro de la quietud de la habitación.

—Basta —dijo ella—. Te escuchará.

La miró.

—¿Quién?

—El Diablo.

Él dejó de moverse, un escalofrío le recorrió de la garganta a la ingle.

—¿Y quién es? —susurró.

Ella se encogió de hombros.

—Un amigo del hombre alto.

El hombre alto. Buscó el recuerdo, pero no apareció. La miró sin comprender.

—Andrew —dijo en voz baja.

Andrew.

Entonces le vino a la memoria: el hombre que vestía todo de negro, el que estaba allí cuando le quitaron los dientes.

Miró a Rose.

—No puedo...

—¿Recuerdas algo?

Hizo una pausa, una parte de él tenía miedo de admitirlo.

—Sí.

—Sí, bueno, eso es lo que hacen —dijo—. Así es como te hacen olvidar lo que has hecho. ¿Quieres mi consejo? —Volvió a mirar hacia la puerta y luego hacia él—. Aférrate a lo que puedas, porque una vez que se vaya, no volverá.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, con el tiempo, te olvidarás de todo.

—¿Que me olvidaré de todo?

—Todo lo que has hecho.

—¿Qué tengo que olvidar?

—No lo sé —dijo ella.

Lo observó un momento, como si intentara averiguar la respuesta por sí misma, y luego volvió a centrar su atención en la puerta. La sábana se había vuelto a deslizar. Contra su piel pálida, el moratón

de la espalda parecía más oscuro, como tinta derramada. Imaginó que le dolía hasta el hueso.

—¿El Diablo te hizo ese moratón?

Rose se miró y se llevó la mano libre a la espalda, pasándose los dedos por la superficie de la piel.

—Sí.

—¿Por qué?

—Intenté huir.

—¿Huir de qué?

—¿A ti qué te parece? De este lugar. Del programa.

—¿El programa?

Se oyó un crujido fuera de la habitación.

—¿Rose?

Ella se llevó un dedo a los labios y estudió la oscuridad al otro lado de la puerta.

—En serio, tienes que callarte —dijo finalmente—. Le gusta sorprender. Le gusta mirar. Dale una excusa y te hará daño. —Hizo una pausa y volvió a palparse el moratón—. He observado a la gente que ayuda a dirigir este lugar. La mayoría de ellos todavía creen en algo. Parece que siguen teniendo normas. Pero el Diablo... No sé en qué cree. —Rose lo miró fijamente—. Te hará daño, y me hará daño. Eso es lo que hace por ellos. —Hizo una pausa, parpadeó—. A veces, pienso que podría ser el diablo de verdad

Clic.

Ambos miraron hacia la esquina de la habitación, en la oscuridad. El único rincón donde no llegaba la luz.

—Cucaracha.

Al instante, Rose empezó a sollozar y retrocedió rápidamente contra la pared, con las esposas repiqueteando sobre ella. Se tiró al suelo y se hizo un ovillo.

—¿Vas a salvarla, cucaracha?

Una voz salía desde la negrura de la noche. Él se arrastró por el suelo de espaldas, acercándose todo lo que pudo a la pared. El agua le empapó. E incluso desde el otro lado de la habitación, ahora podía oler al hombre de la máscara: un hedor horrible y putrefacto, como el de un animal muerto.

De la esquina surgió la astilla de un cuerno, brotando de la parte superior de una máscara roja.

—¿Qué vas a hacer, cucaracha? —continuó la voz, carnosa y gutural —. ¿Escapar y llevártela contigo?

Se rio, el sonido amortiguado por la máscara.

—Eres un error. No encajas. ¿Crees que puede haber una regla para ti y otra para los demás? ¿Es eso lo que piensas, cucaracha?

De la oscuridad surgió algo más de la máscara: un agujero para los ojos.

—¿Es eso lo que piensas?

Ahora se veía la mitad de la figura.

—No eres especial.

Él miró al Diablo e intentó responder. Pero las palabras se le deshacían en la garganta, su aliento apenas podía salir por sus labios.

—Mueres, como todo el mundo.

Bajo tierra, en las entrañas de aquel recinto, había otro lugar: la habitación más grande que tenían, partida en dos y dividida por un conjunto de puertas dobles.

La mayor parte de la sala se utilizó en su día como nevera industrial, pero ahora no había nada en ella. Estaba vacía; sus luces zumbaban; sus paredes estaban manchadas de marrón y rojo óxido; su suelo, salpicado de sangre. Junto a ella, al otro lado de las puertas dobles, había una segunda habitación más pequeña.

Cuando vinieron a por él al amanecer, cuatro días después, de forma inesperada, violenta, fue allí donde se lo llevaron. Lo arrastraron hasta una silla solitaria en medio de la sala y lo obligaron a enfrentarse a lo que le esperaba.

La parte final del programa.

TERCERA PARTE

26

La única prueba de que el Diablo había existido era un pequeño trozo de suciedad en la alfombra que había justo detrás de la puerta de mi casa. Al salir el sol, deambulé intentando ver si se había dejado algo, alguna prueba de quién era.

Pero no había nada.

Poco después, mi teléfono empezó a sonar. En la pantalla apareció: «Ethan Carter». Ethan había estado en Sudáfrica conmigo durante las elecciones, y ahora era el editor político del Sunday Times. Le había telefoneado al llegar de la comisaría la noche anterior y le había dejado un mensaje, dándole el nombre de Jade O'Connell, la fecha del 1 de marzo y la palabra clave «Mile End». Le pedí que investigara la información y que me devolviera la llamada.

Pero la verdad era que no me apetecía mucho mantener una conversación, sobre todo después de los acontecimientos de la noche anterior, así que dejé que saltara el buzón de voz y recuperé su mensaje un par de minutos después.

«David, soy Ethan. Te he enviado por correo electrónico lo que he podido encontrar. Que lo disfrutes».

El ordenador estaba en la habitación de invitados.

Lo arranqué y fui a mi bandeja de entrada. Había un mensaje de Ethan esperando, con tres archivos adjuntos. El primero era una copia de una portada del Times. Tenía fecha del 2 de marzo de 2004. Al final había una noticia sobre un tiroteo en un bar de Mile End. Tres muertos, cinco heridos. Leí un poco y luego abrí los otros dos archivos adjuntos. Uno de ellos era una noticia de segunda página, fechada el 3 de marzo, una columna con una fotografía del bar y un pie de foto debajo que decía: «El lugar del tiroteo». El

tercero, fechado el 7 de marzo, era más pequeño, un artículo de «Noticias breves», sin foto. Cada uno de los archivos era de alta resolución. Hice clic en el primero.

TRES MUERTOS EN EL ESTE

FIN DEL TIROTEO

03/02/04 — Tres personas murieron y cinco resultaron heridas ayer durante un tiroteo en un bar de Londres.

La policía no pudo confirmar los nombres de los fallecidos, pero sí dijo que creía que las tres víctimas eran miembros de los Brasov, un violento grupo escindido anteriormente afiliado a la conocida banda rumana Cernoziom.

Los testigos declararon haber oído disparos en el interior del Lamb, un pub de Bow Road, en Mile End, así como gritos, antes de que dos hombres armados salieran del edificio y escaparan en una furgoneta blanca. La policía informó que estaban entrevistando a testigos, pero están haciendo un llamamiento a presentarse a cualquiera que crea que podría haber visto algo.

Cerré el archivo adjunto y abrí el segundo.

NOMBRE DE LAS VÍCTIMAS DE MILE END

03/04/04 — Se han dado a conocer los nombres de tres víctimas de disparos, asesinadas el viernes en un pub de Mile End, Londres.

Los miembros de la banda Brasov, Drakan Mihilovich, de 42 años, su hermano Saska Mihilovich, de 35, y Susan Grant, de 22, fueron

asesinados cuando dos pistoleros entraron en un pub de Bow Road y abrieron fuego contra ellos.

Se cree que los hermanos Mihilovich son los responsables del reciente asesinato de Adriana Drovov, esposa de George Drovov, miembro destacado del Cernoziom, banda rival de Brasov. La tercera víctima, Susan Grant, era la novia de Saska.

Otras cuatro personas resultaron heridas durante el tiroteo. Dos de ellos se encuentran en estado crítico.

Pasé a la última historia.

VÍCTIMA DE MILE END ENCONTRADA MUERTA

07/03/04 — En un extraño giro, una mujer herida en los llamados «asesinatos de Mile End» el 1 de marzo ha aparecido brutalmente asesinada en su casa.

Jade O'Connell, de 31 años, que se creía víctima inocente de una violenta guerra de bandas en la zona de Tower Hamlets, no recibió el alta hospitalaria hasta el 5 de marzo, tras sufrir cortes y contusiones durante el tiroteo. Los vecinos descubrieron la puerta de O'Connell abierta y su cuerpo dentro. Le habían aplastado el cráneo y le habían arrancado los dientes y las manos, «para dificultar su identificación», según los investigadores, lesiones que coinciden con las de las víctimas de la banda rumana Cernoziom.

«Se trata de uno de los crímenes más repugnantes que he visto nunca», declaró ayer el inspector jefe Jamie Hart, el agente que dirige la búsqueda del asesino.

La señora O'Connell no tiene parientes vivos.

Al final, Ethan había añadido algo más: «P. D. Yo cubría Noticias Nacionales en aquel momento, así que recuerdo esta historia. Cernoziom son unos bastardos viciosos: la eliminación de los dientes y las manos así es parte de su ritual. Lo ven como una «limpieza», como una especie de acto simbólico. Todo el mundo sabía que habían sido ellos, aunque oficialmente la policía nunca pudo averiguar quién la mató».

Excepto que no la habían matado.

Habían asesinado a otra persona.

Se suponía que Jade había sido asesinada en 2004 y, sin embargo, hasta ayer, andaba por ahí, viviendo y respirando, como Matilda Wilkins.

Pero era mentira.

Todo era mentira.

O, tal vez, todo excepto el relato de Mary de haberse cruzado con Alex en la calle. Porque, cuanto más tiempo pasaba buscándolo, más empezaba a preguntarme si su recuerdo de aquel día podría ser lo único verdadero a lo que podía aferrarme.

27

Gerald, el contacto de Jade para el DNI falso, vivía en el tercer piso de un adosado destartalado de cuatro plantas en Camberwell. La policía aún tenía mi BMW, así que alquilé un coche y me dirigí al sur del río, donde encontré aparcamiento frente a la fachada del edificio.

Apagué el motor y esperé, observando a un gato que intentaba meterse en medio de una gran pila de bolsas de basura, cuyo contenido se desparramaba por la nieve sucia.

Diez minutos. Veinte.

Treinta.

Cuarenta minutos después, llegó la oportunidad.

Una mujer caminaba hacia su casa, buscando las llaves en su bolso. Salí, activé la alarma de mi coche, crucé la calle y alcancé la puerta justo cuando estaba a punto de cerrarse tras ella. La mujer me miró durante un segundo, pero luego pareció perder el interés y se dirigió al interior del edificio. Cuando desapareció de mi vista, cerré la puerta tras de mí y empecé a subir.

El edificio olía a viejo y a humedad, pero no era desagradable, y en la tercera planta encontré dos puertas, una frente a la otra. Gerald vivía en la de mi derecha.

Golpeé un par de veces.

Tras una breve pausa:

—¿Qué?

Una voz desde el interior del piso.

—¿Gerald?

—¿Qué?

—Necesito hablar contigo.

—¿Quién eres?

—Me llamo David. Soy amigo de Jade.

—¿Quién es Jade?

—Jade, Matilda... lo que prefieras.

Hubo un ruido sordo. Sus pies golpearon el suelo al otro lado de la puerta. Me miró a través de la mirilla. Le devolví la mirada al ojo de la misma. Un momento de silencio, y luego la puerta crujió lentamente saliendo del marco. Tenía puesta la cadena del pestillo.

—¿Cómo estás, Gerald?

Tenía cuarenta años, era muy pálido y gordo, y su pelo castaño estaba desapareciendo antes de tiempo. Parecía que no había visto la luz del día desde que era un adolescente. Sus ojos se movieron más allá de mí, hacia el pasillo.

—¿Cómo has entrado? —preguntó con un marcado acento del sur de Londres.

—Alguien me dejó pasar.

Me miró de arriba abajo.

—¿Qué quieres?

—Necesito hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Sobre algunas identificaciones.

—Baja la puta voz.

—¿Qué me puedes contar?

—No sé de qué estás hablando.

Sonreí.

—Por supuesto que no.

Volvió a mirarme y cerró la puerta. Escuché cómo la cadena caía de su corredera y se balanceaba contra la puerta. Cuando abrió de nuevo, me hizo señas para que entrara.

El piso era un desastre. Había ropa esparcida por los respaldos de sillas y sofás; paquetes de patatas fritas y cartones de hamburguesas tirados por el suelo. Las cortinas de la única ventana que podía ver estaban corridas, lo que dejaba una pequeña vista de la calle. En una pared había un cuadro. En las otras había estanterías llenas de libros y material. Al fondo de la sala se encontraba una guillotina, rollos de laminado y una pila de grandes botes plateados con tintas de distintos colores.

—Bienvenido a mi ático —dijo.

Recogió un par de jerséis y un par de pantalones, y los lanzó a través de la puerta del dormitorio.

—Necesito algo de ti —le dije. Me metí la mano en el bolsillo y saqué un fajo de billetes enrollados—. Un poco de ayuda.

—¿Ayuda?

—Algunos nombres.

Enarcó una ceja.

—¿Qué eres, un madero?

—No.

—Mis días de soplón ya terminaron, amigo.

—No soy policía. Soy un amigo de Jade.

—Un tocacojones, eso es lo que eres.

Levanté los billetes. Había doscientos en el rollo.

—¿Cuánto por perder tu conciencia recién desarrollada?

Miró el dinero.

—¿Cuánto tienes?

—Doscientos —dije.

Gerald asintió con la cabeza.

—Es un comienzo.

Deliberadamente no dije nada más. Doscientos era todo lo que llevaba encima, y no estaba dispuesto a irme y volver. Di un paso hacia él, y por primera vez pude sentir el cuchillo de cocina metido en la parte trasera de mis pantalones.

—Jade me dijo que les distes identificaciones a ella y a sus amigas —le dije—. Quiero saber con quién hablaste, quién vino aquí. En concreto, si estás enviando identificaciones, necesito saber a dónde van. Dime eso y te doy este dinero.

Miró los doscientos y luego mis bolsillos, donde supuse que pensaba que guardaría algo más.

—De acuerdo —dijo finalmente.

—¿Trataste solo con Jade?

—Sí, sobre todo con ella.

—¿Qué significa «sobre todo»?

—Con ella, sí.

—¿Vino a recoger identificaciones para ella?

—No —murmuró—. Para otros también.

—Habla más alto.

—Para otros también.

—¿Para quién más?

—No lo sé. Nunca me lo dijo. No trabajo para ella, o para lo que sea que forme parte. Trabajo para mí mismo. Soy independiente. Ella solo me da las fotografías y los nombres y direcciones que quiere en los carnés, y yo se los hago.

—¿Haces identificaciones para la misma gente siempre?

—Sí, casi siempre.

—¿Guardas algún registro de sus nombres reales?

Se rio.

—Oh, sí. Llevo un registro de todos ellos, así, cuando la pasma me asalte, se lo pongo fácil. Claro que no guardo una lista con los putos nombres.

—¿Alguna vez te dijo Jade para quién trabajaba?

—No.

—¿Alguna vez mencionó a un tipo llamado Alex?

—¿Cómo coño voy a acordarme?

Seguí presionándole.

—¿Cuántas identificaciones se llevó Jade?

—¿En cuatro años?

—¿Has estado haciendo esto por ella durante cuatro años?

—Sí.

—¿Y cuántas, entonces?

—Cincuenta. Tal vez más.

—¿Cuándo suele venir?

—Siempre que necesita algo.

—¿No viene en días concretos?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que vino?

—No lo sé. Hace una semana quizá.

Procesé lo que me estaba diciendo. «Hace una semana».

—¿Así que eso significa que estás haciendo identificaciones para ella en este momento?

—Sí.

—¿Para entregar cuándo?

—El viernes.

—¿Pasado mañana?

—Enhorabuena, te sabes los días de la semana.

—¿Se supone que Jade vendrá a recogerlos?

—Ya no.

Me quedé paralizado.

—¿Sabes por qué?

Me miró y se encogió de hombros.

—No. Alguien me avisó esta mañana.

—¿Y qué te dijo?

—Que tendría un nuevo contacto. Un tipo llamado Michael.

Asentí con la cabeza.

—¿Cuántas identificaciones estás haciendo para ese tipo nuevo?

—Cinco.

Busqué en el bolsillo la foto de Alex y se la mostré.

—¿Lo reconoces?

—No lo veo bien.

—Entonces, acércate.

Avanzó arrastrando los pies y entrecerró los ojos ante la fotografía.

—No.

—¿La suya no es una de las identificaciones que estás haciendo?

—No.

—¿Alguna vez le has hecho una?

—Ni idea.

—Sé más específico.

—No lo sé. No recuerdo si se la he hecho o no.

—Será mejor que no me estés mintiendo, Gerald.

—No estoy mintiendo.

Parecía que decía la verdad. Me miraba fijamente, sin apenas inmutarse mientras hablaba.

—¿Cuánto tiempo te lleva hacer estas identificaciones?

—Depende.

—¿De qué?

—Según lo que sea. Si es el carné de conducir, puedo hacerlo en unas horas. Un pasaporte lleva más tiempo. Tienes que poner bien las marcas, todo en el lugar correcto.

—¿Alguna vez piden pasaportes?

—No.

—¿Y alguna vez se abastecen de otras cosas?

Hubo un encogimiento de hombros.

—De algunas armas.

Me estudió, observando mi rostro por si reaccionaba a la mención de las armas. Asentí con la cabeza y me acerqué.

—¿Vienen a recoger sus encargos aquí?

—No. Se los dejo en otros sitios.

—¿Dónde?

—Cada vez en uno diferente.

—¿Dónde los vas a dejar esta vez?

—En una caja de seguridad.

—¿Dónde?

Levantó los brazos y se dirigió al dormitorio. Mientras estaba allí, me llevé la mano a la parte trasera del pantalón y recoloqué el cuchillo para poder cogerlo con más facilidad. Un minuto después, volvió a salir con un papel y me lo tendió. Se lo cogí y eché un vistazo a la dirección.

Era en Paddington, cerca de la estación.

Me lo metí en el bolsillo trasero.

—¿Te dieron una hora de entrega?

—Dijo que saldría de su casa el viernes a las seis de la tarde —respondió Gerald—. Y que tenía que asegurarme de dejarlos en la caja antes de esa hora.

28

A las diez y media, salí de las sombras y me dirigí a la parte trasera de la iglesia de Saint John the Baptist. El edificio tenía alarmas. Pude ver una caja en lo alto, junto al crucifijo, que se encendía y apagaba, pero no divisé ninguna en la dependencia. No habrían podido poner los cables correspondientes todavía.

Había dos cerraduras que requerían dos llaves distintas, pero la endeble puerta de madera solo servía de seguridad simbólica. Había traído una palanca del coche, así que la introduje en la jamba de la puerta y empecé a abrirla. Parte de la puerta se partió enseguida, desprendiéndose en finas tiras. Los aparté de un puntapié, eché un rápido vistazo a mi alrededor y empecé a hacer palanca un poco más.

Hacía un frío glacial, más que en cualquier otro momento de los últimos días, y las manos se me entumecieron con rapidez, pero, cuanto más notaba que la puerta cedía, menos consciente era de la temperatura. Al final, un panel entero empezó a desprenderse, cayendo como una sábana, y de un fuerte tirón conseguí arrancarlo por completo.

Aterrizó en la nieve con un ruido sordo.

Agité una mano dentro de la dependencia para comprobar si había alguna alarma que se me hubiera pasado por alto, pero el lugar permanecía en silencio, así que metí la mano dentro, giré la cerradura del picaporte y abrí lo que quedaba de la puerta.

Tras sacar una linterna, me dirigí primero al escritorio.

Había tres cajones. Me puse la linterna entre los dientes y empecé a hurgar en el interior. Bolígrafos, algunos sobres, un boletín de la

iglesia... nada de interés. El segundo cajón estaba vacío. En el tercero había cuatro archivos, también vacíos.

Al lado estaban las cajas.

Me detuve un momento, comprobando el exterior en busca de cualquier señal de vida. El tiempo me ayudaría: la nieve crujiría bajo los pies, señalando cualquier aproximación, pero, como estaba en medio de un acto ilegal de allanamiento de morada, quería estar seguro.

Satisfecho, me volví hacia la primera caja y le quité la tapa. Era un desastre atestado de libros, revistas y carpetas llenas de notas y fotos.

Cogí las fotos.

Michael Tilton estaba en todas ellas: con su madre y su padre, con lo que podría haber sido una novia o una hermana, con unos amigos en una fiesta de veintiún cumpleaños. Una fue tomada en una misa, él en lo alto del púlpito, con una mano sobre la Biblia. Justo al final del conjunto de fotos, medio deslizándose fuera de un sobre separado y descolorido, había una imagen: un niño corriendo por un trozo de hierba, persiguiendo un balón de fútbol.

Jade tenía la misma fotografía.

Le di la vuelta. En el reverso estaba escrito exactamente el mismo mensaje que en la suya: «Esta es la razón por la que lo hacemos».

Volví a colocar las fotos encima de los libros y quité la caja superior de encima de la inferior. Aterrizó en el suelo con un ruido sordo. En la segunda, era más de lo mismo.

Pero entonces encontré una libreta de direcciones.

La abrí, todas las páginas estaban llenas de nombres y direcciones. La mayoría eran locales —Redbridge, Aldersbrook, Leytonstone, Woodford, Clayhall—, pero otras estaban más lejos, en Manchester y Birmingham. La revisé de principio a fin, deteniéndome brevemente bajo cada letra para ver si reconocía algún nombre.

Nada.

Hasta que llegué a la Z.

Justo al final del libro encontré una entrada para un «Zack». Saqué mis notas y volví a revisar los nombres que había recogido en el piso de Brixton. Con la punta de un lápiz, había conseguido dar vida a viejas páginas perdidas de su cuaderno y había encontrado tres nombres.

Y había encontrado tres nombres: Paul, Stephen y Zack.

En la lista no figuraba su apellido, solo su dirección: una casa en algún lugar de Bristol. Debajo de su nombre y dirección había otra línea separada.

Era otro nombre.

Y también lo reconocí.

Alex.

29

Tardé tres horas en llegar a Bristol. Cuando salí de la autopista, eran las dos de la mañana y necesitaba descansar desesperadamente. Conduje durante un rato, adentrándome cada vez más en la ciudad desierta, hasta que encontré un lugar oscuro junto a un depósito de trenes. Retrocedí bajo un puente, y mantuve la calefacción encendida durante una hora, con la cruda realidad de mi situación golpeándome: un hombre había entrado en mi casa, en mitad de la noche, para matarme. Me estaban cazando. Yo era un fugitivo; me había dado a la fuga. Me había quedado sin opciones.

Lo único que podía hacer era defenderme.

Lo único que podía hacer era intentar salir con vida.

Me desperté de repente.

Había claridad, era casi mediodía, había nieve fresca en el suelo y en el capó y las ventanillas del coche. Por un momento me sentí desorientado, inseguro de dónde estaba, sacado demasiado rápido del sueño y helado hasta los huesos. Cuando el instinto empezó a hacer mella en mí, de repente me entró el pánico, mirando hacia la zona más allá del coche en busca de caras que no reconocía. Pero no había nadie. Una vez asentado, una vez encendida de nuevo la calefacción, puse el coche en marcha y salí a la mañana.

La dirección era de una casa en St. Philips.

Era una calle llena de casas adosadas grises, con guijarros, bordeada por los antiguos cimientos de una fábrica, que ahora solo era una franja de hormigón roto plagada de maleza. Di una vuelta con el coche por la calle hacia una adyacente y luego de vuelta hacia abajo pasando por la casa. Las cortinas estaban corridas, sin señales de vida.

Aparqué a la vista de la casa y esperé, agachado en mi asiento.

Al cabo de un par de minutos, un autobús se detuvo al final de la carretera. Una pareja de ancianos se bajó. Detrás de ellos, una madre y sus hijos, acurrucados, con las chaquetas subidas hasta la barbilla. La familia se desvió a la izquierda, hacia una carretera a medio camino, pero la pareja de ancianos continuó calle abajo hacia mí, con el vaho flotando sobre sus cabezas. Cuando llegaron a mi coche, miraron dentro, observándome.

Pasaron otros diez minutos.

Se detuvo un segundo autobús, y luego un tercero. Se bajaron más personas —familias jóvenes y pensionistas en su mayoría—, que desaparecieron en las casas de la calle, o pasaron el coche y siguieron su camino hacia otro lugar. Cuando todo volvió a la calma, encendí el motor y puse la calefacción. El lector de la temperatura indicaba – 2°C.

Unos treinta minutos después, un Astra entró en la calle por detrás de mí. Vi por el retrovisor cómo se acercaba, frenaba y empezaba a dar marcha atrás para aparcar en el espacio que yo tenía delante. Se subió a la acera y volvió a bajar, deteniéndose a medio metro de la parte delantera de mi coche de alquiler. Conducía una mujer, con la capucha de la chaqueta puesta. Miró por el retrovisor, cogió algo y se bajó. Llevaba una bolsa de la compra y sus llaves.

El viento surcaba la carretera, feroz, inquebrantable, y mechones de pelo escapaban de la capucha de la mujer, azotando su rostro. Empujó la puerta con el trasero, intentando hacer malabarismos con la bolsa de la compra, y en el llavero pude ver un crucifijo de plata colgando, rozando el lateral de la puerta.

«Un crucifijo».

Me incorporé, repentinamente interesado en ella mientras se dirigía calle arriba. Su capucha se hinchó cuando el viento volvió a soplar,

esta vez con más fuerza, obligándola a dar un paso lateral. Por un momento, perdió el equilibrio y su pie se desvió del borde de la acera hacia la calzada; al hacerlo, la bolsa de la compra se le cayó de las manos. Golpeó el suelo con fuerza y la fruta se esparció por todas partes: manzanas, uvas, peras.

Se agachó y empezó a recogerla.

Cuando el viento la sacudió por tercera vez, apoyó una mano en el suelo para equilibrarse y se quitó la capucha de la cabeza, dejando al descubierto una enmarañada mata de pelo negro. Esta vez hizo una pausa y dejó de recoger la fruta, medio mirando en mi dirección. Había algo en su expresión, un nerviosismo repentino, y cuando comenzó a agarrar la fruta de nuevo, más piezas rodaron, derramándose fuera de la bolsa por segunda vez o cayendo de su agarre por completo.

Entonces ocurrió algo extraño.

Se levantó y se marchó.

Dejó la fruta rodando por la cuneta; la bolsa de la compra también, la mitad de su contenido tirado en medio de la calle empapada de aguanieve. Cuando empezó a buscar entre las llaves, aceleró el paso, casi corriendo para alejarse de mí.

Abrí la puerta de mi coche, y entró un aire frío.

Y entonces ella llegó a su casa.

Era la que había estado vigilando.

Salí del coche y empecé a bajar hacia el edificio. La mujer notó el movimiento al instante, pero no inclinó la cabeza en mi dirección. En cambio, sus ojos giraron para encontrarse con los míos, como si intentara disimular el ángulo de su mirada.

«Espera un segundo».

De repente, sentí una sacudida.

«La conozco».

Tenía el pelo de otro color, más largo y rebelde. Su rostro estaba pálido y serio, más envejecido, más curtido. Y su nariz parecía distinta: más afilada, más fina, como si se la hubieran operado. Antes, cuando la había visto sirviendo detrás de la barra en Angel's, era más ancha, menos torneada. Pero definitivamente era ella. Era la misma mujer que había visto en las fotografías de la pared del pub.

Era Evelyn.

A medida que me acercaba, sus movimientos se volvían frenéticos.

—¿Evelyn?

No pudo abrir la puerta.

—¿Evelyn?

Detrás de mí oí una voz, al principio lejana, luego más fuerte. Miré hacia atrás y vi a un negro que venía hacia mí gritando:

—¡Eh! Aquí no se puede aparcar.

Lo ignoré.

Cuando me volví, Evelyn había abierto la puerta y se dirigía al interior. La hoja se movía con lentitud, chirriando mientras se abría a cámara lenta. Me lancé a por ella y conseguí atraparla justo cuando estaba a punto de conectar de nuevo con la jamba.

Miré hacia el pasillo.

Estaba a media luz y oscuro, el calor se derramaba sobre el escalón delantero. Ahora no podría ver a Evelyn y empecé a dudar, con la tensión arremolinándose en mis entrañas. Pero entonces oí un crujido en las escaleras a mi derecha y me di cuenta de que quería una respuesta.

Tenía que saber qué estaba pasando.

Así que entré.

30

Había desaparecido escaleras arriba.

Fui tras ella, dando dos zancadas cada vez, y oí una serie de golpes en el rellano, más movimiento y luego un ruido sordo. En la parte superior, había tres puertas.

Una de ellas estaba cerrada.

—¿Evelyn?

No obtuve respuesta.

Probé la manilla: cerrada.

—Evelyn —dije—. No pasa nada. —Puse una mano en la puerta—. Soy David Raker. Sé que me has visto ahí fuera. Y sé que me recuerdas. Solo quiero hablar.

Desde el interior: el sonido de una ventana deslizándose por sus guías. Intenté abrir la puerta por segunda vez y me di cuenta de que no estaba cerrada con llave, sino que había algo atascado bajo el picaporte. De un empujón, conseguí abrirla lo suficiente para verla inclinada medio dentro, medio fuera de la ventana, con un pie en el techo nevado y otro en el suelo del cuarto de baño.

—Evelyn —dije suavemente—. Solo quiero hablar.

Me miró una vez, y luego se colgó por la ventana y salió al tejado. Más allá, pude ver un estrecho callejón paralelo a la calle en la que había aparcado. Se deslizó con los brazos extendidos a ambos lados, intentando dar pasos cuidadosos pero sin éxito sobre el hielo y la nieve, y luego saltó, desapareciendo de la vista. Por un momento, no

pude verla, solo oírla: el golpe al aterrizar en el callejón, un chapoteo, la gravilla levantándose, y luego el sonido de su carrera.

Volví a bajar las escaleras.

La puerta principal seguía abierta, pero las puertas de mi izquierda y derecha estaban cerradas. «¿Estaban así cuando he entrado?». Inseguro, me sentí atraído hacia el interior del lugar, recordando el piso de Brixton: las paredes lisas, probablemente pintadas una sola vez; sin moqueta en el suelo, solo las tablas originales. A lo largo del pasillo pude ver una cocina, sencilla y poco llamativa, una puerta trasera que daba a un pequeño jardín lleno de escombros, muebles de exterior rotos y maleza espesa y retorcida.

—Uuhhh...

Me quedé paralizado.

¿Qué demonios había sido eso?

Al procesar el sonido, empecé a darme cuenta de que procedía de la puerta de mi izquierda, y también empecé a oler algo. Tragando saliva, miré hacia atrás por el pasillo hasta la puerta principal. La nieve, como polvo, entraba por las ventanas y se esparcía por la alfombra. No había nadie fuera, Evelyn se había ido, la casa estaba en silencio, todas las puertas estaban cerradas... y, sin embargo, seguía sin poder quitarme esa sensación de encima.

Me sentía como si me estuvieran observando.

La puerta de la izquierda daba a un salón. No había televisión ni DVD, solo unos cuantos libros esparcidos por el suelo y una manta en un rincón. Se veía una ventana, con las cortinas echadas, y un pequeño arco que daba a una habitación contigua.

Miré a través de él.

Desde donde estaba, pude ver el borde de un sofá de cuero. Alguien estaba tumbado en él.

Avancé un poco.

Pude ver la cabeza, el pecho.

Un brazo.

Esta vez me detuve. El brazo estaba bloqueado, colgando del lateral del sofá, con los nudillos rozando las tablas del suelo. A pocos centímetros de los dedos había una aguja. Había rodado lejos, fuera de su alcance. Parte del líquido se había escapado, acumulándose en el suelo junto a un cenicero repleto de cigarrillos.

Era un hombre... Un chico, en realidad.

Sus pantalones estaban mojados, una mancha oscura brotaba de su ingle y trazaba el interior de una pierna. Al final del sofá había un cubo medio lleno de vómito. Era el olor que había percibido en el pasillo, solo que aquí era totalmente abrumador.

Me cubrí la cara con la manga.

No podía tener más de dieciocho años, pero sus brazos estaban salpicados de marcas de pinchazos, las venas hinchadas y dilatadas, visibles como un mapa de carreteras a través de la piel. Estaba tan blanco como la nieve, con los ojos semicerrados y manchas amarillentas bajo las pestañas, como maquillaje mal aplicado.

Oí el sonido de una puerta al cerrarse.

Miré hacia atrás a través del arco. Desde donde estaba, podía ver la cocina, la luz que cambiaba, las sombras que se movían a medida que alguien se acercaba.

Un segundo después, apareció.

Era el negro que me había perseguido a gritos en la calle.

Rondaba la treintena, medía 1,70, pero era ancho: los músculos se movían bajo la piel de su cuello y los hombros, y una vena se abría paso desde el rabillo de un ojo hasta su cabeza afeitada. Miraba al jardín a través de la puerta de la cocina, su aliento empañaba el cristal.

Volví a mirar al chico en el sofá.

Tenía los ojos cerrados, pero la mandíbula se le había abierto, la lengua se le deslizaba sobre los labios, casi golpeándolos. Parecía estar luchando con ella, como si fuera demasiado grande para su boca, y sonidos de asfixia temblaban en su garganta. Mientras rodaba más en mi dirección, me di cuenta de otra cosa: le sangraban las encías.

Pero era peor que eso.

Mucho peor.

Porque también le habían quitado los dientes.

Tambaleándome, me moví rápidamente, de vuelta a través del arco, a la sala de estar. El tipo de la cocina seguía mirando al jardín, distraído, distante. En silencio, me moví detrás de él y a lo largo del pasillo, comprobando detrás de mí. Empezaba a girarse, como si me hubiera oído. Aceleré el paso y me acerqué a la puerta principal.

Pero entonces esta se abrió hacia mí.

Evelyn entró, con las mejillas sonrojadas y la ira dibujada en el rostro. Una fracción de segundo después, levantó la mano del costado. Llevaba una pistola en la mano.

El cañón me pasó por la cara e instintivamente retrocedí, levantando las manos para protegerme. Ella caminó hacia mí, con la pistola

delante. Choqué contra una pared y me detuve, mirando a lo largo del cuerpo del arma. Era nueva, estaba en perfecto estado, como si nunca la hubieran disparado.

Levanté ambas manos.

—Evelyn, espera un segundo...

Se detuvo a medio metro de mí. El arma estaba a la altura de uno de mis ojos, increíblemente bien sujeta.

—¿Qué estás haciendo, David?

No hablé. Tenía la horrible sensación de que dispararía tan pronto como yo respondiera, a pesar de que me lo había pedido de un modo amable, casi admirativo; a pesar de que la conocía desde antes de que Derryn muriera y había hablado con ella, reído con ella, compartido mis emociones con ella.

—¿Qué estás haciendo? —volvió a decir.

No me moví.

—Deberías habernos dejado en paz —dijo.

Mi cuerpo se tensó y mi cabeza bajó automáticamente, alejándose del arma. Pero entonces la sentí en la nuca y me di cuenta de que Evelyn seguía delante de mí. Había entregado el arma a alguien.

—Deberías habernos dejado en paz —volvió a decir.

—No quiero nada de ti, Evelyn. No quiero esto.

Ella no dijo nada. Me giré ligeramente y pude ver al tipo de la cocina, con el arma en la mano y el dedo en el gatillo.

—Solo quiero a Alex.

—Alex no...

—Ya basta, Vee —dijo el hombre.

«Vee».

Vee era como llamaban a Evelyn.

Antes de que tuviera la oportunidad de reaccionar, con palabras, con acciones, sentí que el arma se estrellaba contra un lado de mi cara, cerca de la sien.

Me tambaleé hacia un lado y me golpeé contra la pared.

Y entonces me desmayé.

31

Abrí los ojos.

Lo primero que vi fue el esqueleto derruido de un edificio de ladrillo rojo. Era lo que quedaba de la fábrica que había visto antes, cuando había aparcado. Me encontraba sobre sus cimientos, rodeado de una maraña de hierbajos y maleza. A mi derecha, podía ver la calle en la que había estado la casa: estaba a unos cincuenta metros, la hilera de casas adosadas se reducía a ventanas de luz pálida.

Me habían amordazado.

Cuando me moví, noté que me habían atado las manos y había perdido casi toda la sensibilidad en los pies. Miré hacia abajo. Llevaba puestos los vaqueros y la camiseta, pero me habían quitado el abrigo y se habían llevado los zapatos y los calcetines. Estaba sentado descalzo, con las plantas de los pies apoyadas en el suelo y los dedos incrustados en la nieve. El frío hacía que me dolieran los huesos.

Escuché.

Podía distinguir los coches que pasaban por la calle y los ruidos lejanos de la ciudad. A mi izquierda y frente a mí, no había nada: solo silencio y oscuridad. No era más que una interminable base de hormigón que se adentraba en la penumbra de la noche.

De eso se trataba.

Nadie vendría aquí.

Nadie me encontraría.

Un momento después, oí movimiento: pájaros que batían las alas, que se elevaban hacia mi izquierda y se adentraban en el cielo nocturno, y luego, desvaneciéndose, el sonido de unos pasos. Escombros esparcidos, el crujido de la nieve. Alguien se acercaba por donde no podía verlo.

Esperé temblando, con todo el cuerpo palpitante.

Y entonces pude oler algo: sacarina, como gominolas. Se levantó un viento que arrastró de nuevo el olor y, cuando se disipó, me di cuenta de otro cambio: aire caliente, cerca de mi oído. «¿Qué ha sido eso?».

Entonces me di cuenta.

«Alguien está respirando sobre mí».

Me estremecí, inclinando el cuerpo todo lo que pude hacia el otro lado, y se oyó el sonido de una retirada: pasos que se desvanecían y luego desaparecían por completo.

Silencio.

Pensé en gritar a través del callejón, en hacer todo el ruido que pudiera, pero estaba demasiado lejos de la calle para que nadie me oyera, y era obvio que de todos modos no cambiaría nada: ¿por qué dejarme aquí fuera si eso les ponía en peligro?

Había cada vez más viento, más fuerte y más frío.

—¿Evelyn?

La mordaza amortiguó mi voz, reduciéndola a una serie de sonidos animales, y cuando intenté levantar los pies de la nieve, para encontrar algún respiro del frío, volví a sentirlo: aliento en mi oído. Esta vez me quedé quieto, aunque era más difícil: ahora estaba tan

cerca de mi oreja que podía sentir su nariz rozando la piel sobre mi mandíbula.

«Para ellos es un juego».

Di un golpe con la cabeza de lado.

El impacto fue agudo y doloroso, y entonces oí el sonido de pasos que retrocedían tambaleándose, crujiendo contra la nieve. Empecé a girar la cabeza, a pesar del dolor que me punzaba detrás de los ojos, pero entonces los oí adelantarse de nuevo, cerrando el espacio, y una mano me agarró por debajo de la barbilla, el pulgar clavándose en mi mejilla.

—No vuelvas a hacer eso.

Un hombre.

Me soltó la cara y me empujó la cabeza hacia delante para que la barbilla me tocara el pecho, manteniéndola allí. Podía ver la sangre corriendo por mi cara, en la nieve.

—Quédate así —dijo—. Y cierra los ojos.

Se aclaró la garganta, y entonces se oyeron más pasos en la nieve, crepitando, desvaneciéndose y volviendo de nuevo. Había ido a recoger algo.

Moví la cabeza, la incomodidad me obligó a levantarla, y sentí su mano extenderse por la parte posterior de mi cráneo y una pistola deslizarse bajo mi barbilla.

—¿Qué te he dicho?

—No puedo mantener la cabeza así —intenté decirle a través de la mordaza.

—Muévete otra vez y te meteré una bala en el cerebro.

Me quedé quieto, intentando idear algún plan. Pero me costaba concentrarme. Me dolía la cara, pero lo peor era el frío.

—Voy a quitarte la mordaza —dijo—, pero, si haces algún ruido más fuerte que un susurro, mi gente estará recogiendo trozos de tu cara del suelo durante una semana. —Hizo una pausa y, en el silencio, me vino un pensamiento: «Reconozco su voz».

¿Era el hombre de los tatuajes?

—¿Me estás escuchando?

Asentí con la cabeza, haciéndole saber que lo entendía, y mientras me quitaba la mordaza, me vino otra cosa a la mente: «... mi gente estará recogiendo trozos de tu cara...».

Mi gente. Él estaba al mando.

Tiró de la mordaza y esta aterrizó en la nieve a un par de metros delante de mí. Cuando volvió a inclinarse, percibí el mismo aroma que antes: dulce, azucarado.

—Voy a hacerte unas preguntas —dijo, apenas un susurro ahora—, y vas a decirme la verdad. Si ocultas algo, te rebanaré la garganta.

Podía sentirlo en mi oído otra vez.

—¿Qué haces aquí?

—Alex —dije en voz baja.

—Oh, ya veo. —Emitió un gruñido desdeñoso—. Estoy seguro de que durante tu agradable charla con Jade, te habrá advertido de esto... No estoy seguro de cómo lo llamarías. ¿Una búsqueda? ¿Una misión? —Escupió las palabras como si le supieran agrias en la boca, y pude sentir motas de saliva en un lado de mi cara—. ¿Vas a contestarme, David?

Me encogí de hombros.

—¿Cómo? ¿Eso es todo?

De nuevo, no respondí.

—¿Qué te dijo Jade?

—Nada.

Suspiró.

—No me mientas.

—No lo hago.

Estaba helado, no sentía los brazos, las manos ni los pies, y me costaba concentrarme. Cuando me apretó la pistola contra la mandíbula, apenas reaccioné, no porque no estuviera alarmado, sino porque me estaba desmayando.

—¿Estás despierto?

—Tengo frío.

Soltó un bufido de burla.

—Escúchame, David, será mejor que cooperes o te garantizo que te pondré bajo tierra junto a tu mujer.

Lo sabían todo sobre mí.

Sabían mi nombre.

Sabían lo de Derryn.

—Jade me dijo que estaba en peligro —dije.

—Bueno, tenía razón. ¿Sabes por qué?

Asentí con la cabeza.

—Por Alex.

—Oh, por favor. ¿Crees que todo esto tiene que ver con él?

Me volví a encoger de hombros.

—No te encojas de hombros.

—Pues entonces no lo sé.

—Bueno, al menos tienes la humildad de admitirlo. —Una pausa—. Supongo que ese pequeño lío en la iglesia fue cosa tuya. El allanamiento de morada es un delito, David.

—¿Y cómo demonios se llama esto?

El hombre se rio.

—La diferencia es que tú no sabes quién soy yo. Yo sí sé quién eres tú. Lo sé todo sobre ti. —Apretó la pistola contra mi mejilla y pude sentir el contorno de la boca del arma—. ¿Estaba la dirección de la iglesia en esa caja?

«La caja».

Hablaba de la caja que Kathy me había indicado; la caja con la tarjeta de cumpleaños y la Polaroid dentro. Me había visto con ella esa noche en el pub.

—David.

—Sí.

—¿La dirección de la iglesia estaba en la caja?

—En el reverso de una tarjeta de cumpleaños.

—¿Qué más había ahí?

Pensé en la foto que le había dado a Cary.

—Nada. Solo fotos.

—¿Solo fotos?

Asentí con la cabeza.

—No me mientas.

—No lo hago.

Su mano se retiró y con ella, la pistola.

—Sé quién eres, David —dijo—. Conozco tu historia, de dónde vienes, a qué te dedicas. Es mi trabajo saber todo eso, porque es mi trabajo asegurarme de que gente como tú no joda lo que he construido. ¿Y sabes qué? Leer sobre ti me hizo preguntarme: esta búsqueda, misión, lo que sea, ¿es por el chico, o es por tu mujer?

Levanté la vista, me giré y él alzó una mano, me agarró por un lado de la cara y me obligó a bajarla. Esta vez me empujó más, hasta que mi cabeza sobrepasó el nivel de mis rodillas; hasta que casi me doblé. La bilis me quemaba en la garganta.

—Eres un gran hombre, David —dijo—, pero la muerte de tu mujer te hace vulnerable. Cuando la gente muere, duele. Te deja seco. Te sientes tan vacío por dentro que te preguntas si alguna vez volverás a ser normal. Pero tienes que dejarlos ir, no van a volver. Tu mujer y el chico que intentas encontrar se han ido.

—Si Alex se hubiera ido, yo no estaría aquí —dije.

Me puso la mano que tenía libre en la coronilla, separando los dedos, y se detuvo. Por un momento me pregunté qué iba a hacer, pero un instante después me golpeó con la culata de la pistola en la barbilla.

La silla en la que estaba atado se balanceó sobre el hormigón.

Empecé a ir a la deriva de nuevo, entrando y saliendo de la consciencia.

—¿Qué más sabes? —preguntó.

Me retorcí, intentando girar la barbilla.

—¿Qué más? —volvió a preguntar.

—Reclutas a gente.

—¿Es eso lo que te dijo Jade?

Asentí con la cabeza.

—¿Qué quieres decir con «reclutar»?

—Eso no lo sé.

—¿Me estás mintiendo otra vez, David?

—No.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Se supone que algunos de vosotros estáis muertos. —Hice una pausa, saboreando la sangre en mi boca, esperando una respuesta. Pero no dijo nada, solo volvió a empujarme el cuello, indicando que quería que continuara—. Tienes un piso registrado a nombre de una empresa que no existe y un pub que utilizas para ganar dinero. Una tapadera, llena de tu gente, que va rotando cuando empiezan a

hacerse preguntas. Cuando empieza a haber problemas, los cambias de sitio y todo vuelve a la normalidad.

—¿Qué más?

—Eso es todo lo que sé.

—Mentira. ¿Qué más?

Me detuve, traté de pensar.

—¿Qué más?

Él creía que yo sabía más de lo que sabía en realidad y, mientras intentaba trazar un plan, me di cuenta de que podía aprovecharme de ello. Tal vez sería la única salida: fingir que sabía más de lo que realmente conocía y obligarlo a averiguar qué era; ver hasta dónde había llegado.

—Crees que lo que haces es una misión de Dios.

Me soltó un poco y se acercó a mi oído.

—¿Qué has dicho?

—Crees que es una misión de Dios.

Sentí que cambiaba de peso.

Se alejó, la pistola se fue con él... y entonces oí una serie de pitidos. ¿Qué había sido eso? Segundos después, lo descubrí: estaba usando un teléfono.

—Zack, soy yo. Puedes llevártelo ahora.

Silencio.

—Y asegúrate de enterrarlo donde nadie lo encuentre.

32

Me pasé una hora rodando de un lado a otro en el maletero de un coche y, finalmente, nos detuvimos. Cuando el motor se apagó, sentí que el miedo se me agolpaba en el estómago.

«Asegúrate de enterrarlo donde nadie lo encuentre».

Tenía las muñecas atadas por detrás, como los tobillos, y me habían quitado el jersey, el abrigo, los calcetines y los zapatos. Solo llevaba mis vaqueros y una camiseta.

El maletero se abrió.

Antes de que tuviera la oportunidad de intentar ubicar dónde estábamos, el negro que había visto en la casa metió la mano y tiró de mí. En cuanto estuve de pie, me empujó con fuerza contra el lateral de su coche —el Astra que conducía Evelyn— y me dio la vuelta, de modo que me quedé de espaldas a él. Luego cortó las ataduras de mis tobillos.

Miré a mi alrededor.

Estábamos en una pista de barro, negra y empapada, con árboles asomando a ambos lados. Había un silencio sepulcral. Debíamos estar a kilómetros de la carretera más cercana.

Detrás de mí, la puerta del pasajero se abrió y se cerró, y de mi izquierda salió un segundo hombre: Jason, el tipo al que había perseguido en el apartamento de Eagle Heights. Se acercó a la parte delantera del coche, con una pistola en una mano y una linterna en la otra, y se subió la cremallera del abrigo hasta la barbilla. Una media sonrisa se dibujó en su rostro al mirarme, como si se hubiera dado cuenta de lo que estaba pensando: «Me van a matar aquí».

«Y nadie va a encontrar nunca mi cuerpo».

—No tenéis por qué hacerlo —les dije.

Jason me empujó hacia delante, lejos del coche.

—¿Por qué hacéis esto?

Volvió a empujarme.

—Camina.

Empecé a moverme, mirando a lo largo del sendero.

Mientras miraba el bosque a ambos lados de mí, lleno de nieve y hojas muertas, lleno de tierra removida, me vino a la mente la imagen de Derryn de pie junto a su tumba, mirando ella misma hacia la oscuridad. ¿Cómo se había sentido en ese momento?

¿Me dijo la verdad?

¿O mintió para protegerme?

Mis pensamientos se rompieron al sentir una mano en mi hombro empujándome hacia la derecha, más allá de la línea de árboles. La mano de Jason se aferró a mi bíceps, apretándolo mientras iniciábamos el ascenso por un terreno suavemente inclinado. Había nieve por todas partes: en las ramas, en el suelo del bosque. Lo miré.

—¿Por qué tienes que hacer esto?

—Cállate.

Detrás de él, el tipo de la casa escudriñaba el bosque. Su linterna se movía de un lado a otro, iluminando un denso grupo de árboles a su derecha.

—Jason —dijo desde detrás de mí—. Espera un segundo.

Jason me dijo que parara y volvió a mirar a su compañero. Más arriba en la ladera, en lo más profundo del bosque, la luz de la luna se abría paso a través de los huecos irregulares que formaban las copas de los árboles, creando pálidos tubos de luz. Donde no podía penetrar el follaje, el bosque era negro como el petróleo. Entre los dedos de los pies podía sentir la hierba que asomaba por la nieve y un suelo duro y desigual por el que podrías romperte un tobillo corriendo.

Miré hacia atrás.

Jason estaba ahora más cerca del otro, susurrando. La quietud era increíble, tanto que sus murmullos atravesaban la noche:

—Sabes lo que nos dijo que hiciéramos.

El negro no respondió.

—Dijo que lo llevara al lugar de siempre.

—Este sitio es mejor.

—Vamos, Zack. Hagamos lo que dijo.

«Zack».

—Aquí es mejor —dijo Zack de nuevo.

—Está justo en la puta carretera.

—Mira lo densa que es esta zona.

—¿Esa mierda a quién le importa? —dijo Jason, levantando la voz.

Entonces se calló cuando Zack lo fulminó con la mirada. Estaba claro que Zack era el que tenía más autoridad. Jason asintió con la cabeza

a modo de disculpa y se inclinó hacia él.

—Lo que digo es que no quiero enfadarle. Nos ha dicho que lo lleváramos a la cima y lo hiciéramos allí.

—Sé lo que ha dicho.

—Ahí es donde llevamos a los otros.

«Los otros».

Había más como yo; más que se habían acercado demasiado. El corazón se me agarrotó en el pecho y sentí cómo se me contraía el estómago. Sutilmente, intenté zafarme de la cinta adhesiva de las muñecas, pero Zack notó el movimiento y me miró.

«Corre».

Me ardía la cara, incluso con el frío.

«Tienes que correr».

Miré hacia arriba y luego hacia ellos. Seguían hablando. Jason agarraba la pistola con fuerza, su dedo se movía en el gatillo. Zack me miró con los ojos entrecerrados, como si intuyera que estaba a punto de cometer una estupidez.

«Corre».

Volví a sentir las ataduras en mi muñeca. ¿Cómo demonios iba a correr con las manos atadas a la espalda? Volví a otear el bosque que tenía delante y me asaltaron más dudas. «Conocen el terreno. Conocen el camino. Saben dónde obligarme a ir y dónde desviarme». Pero entonces empecé a pensar en la alternativa: ellos dos conduciéndome a través de un laberinto de árboles hasta un vertedero lleno de esqueletos. Haciéndome rogar por mi vida. Poniéndome una bala en mi pecho.

Y viéndome morir en la nieve.

«Hazlo ahora».

Miré hacia atrás una vez, directamente a los ojos de Zack.

Y luego me escapé.

Casi me caigo antes de empezar, con los dedos de los pies rozando el tocón de un árbol. Pero entonces me alejé, empujándome a través de la oscuridad, en dirección a la ladera cubierta de nieve.

—¡Eh!

La voz de Zack se oyó.

Resonó tras de mí, amortiguada por el manto de los árboles, rebotando en la corteza. Mis pies resbalaban sobre la nieve, mi andar era desequilibrado por tener aún las manos a la espalda, pero a medida que ganaba más velocidad, oía el sonido de que empezaban a asustarse.

—Tomaré el camino —dijo Zack.

Algo me perforó la planta del pie, una piedra, tal vez un trozo de cristal, pero no me detuve. Intenté que mis zancadas fueran lo más largas posible, traté de recorrer todo el terreno que pude. Enormes, unos árboles surgieron de la noche, casi haciéndome perder el equilibrio, y cuando me adentré en el bosque, eché un vistazo a mi espalda: Jason estaba unos cuarenta pies más abajo.

Nuestros ojos se encontraron.

Levantó el arma, listo para disparar, y entonces perdió pie, recuperándose casi al instante. Era rápido y estaba en forma, acostumbrado a correr. Yo lo sabía de antes.

Probablemente ya se estaba acercando a mí.

Atravesé un claro de luz y me dirigí al siguiente. Mientras lo hacía, intentaba acelerar el paso con cada hueso de mi cuerpo dolorido, cada nervio punzante, y vi que el follaje se espesaba unos seis metros más adelante. Todo se volvió denso rápidamente, la mayor parte oculta a la luz de la luna. «Me atraparán ahí dentro», pensé, pero al mirar de nuevo detrás de mí, vi a Jason cerca, pero parcialmente oculto a la vista, supe que no tenía tiempo de echarme atrás. Preparándome, me agaché y me dirigí al interior del nudo de ramas.

Las espinas me arañaban la piel, la nieve me salpicaba la cara y la oscuridad parecía acercarse. Me moví a través del follaje tan rápido como pude, con grandes ramas arañándome, y maleza y lianas agarrándose a mis pies. Más allá del ruido de las ramas crujiendo y astillándose contra mí, esperaba oír a Jason siguiéndome, pero no escuché nada. No me estaba siguiendo. Había tomado un camino diferente.

Me detuve, dejándome caer al suelo.

Algo crujió a mi derecha mientras miraba hacia la colina. Me volví, entrecerrando los ojos, deseando ver en la oscuridad. Ambos tenían linternas, pero las habían apagado. Ahora no había luz cerca de mí, y me di cuenta de que, en cierto modo, eso era peor. Ellos conocían la zona. Conocían los escondites, los agujeros. Podrían estar justo encima de mí y ni siquiera los vería.

Me eché hacia atrás, lentamente, buscando en el suelo algo con lo que pudiera cortar las ataduras. Justo a mi izquierda había un arbusto espinoso. Me apreté contra él, destrozándome la piel de los antebrazos, y sentí el estallido de la cinta aislante cuando los pinchos del arbusto la perforaron. El suelo bajo mis dedos estaba cubierto de una capa de nieve, dura y cristalizada. Mientras me concentraba en las muñecas, empecé a notar el dolor en los pies: sentía como si tuviera cortes en las plantas de ambos, y el tobillo

derecho estaba resentido. Un esguince leve, casi seguro que magullado.

Sentí que la cinta adhesiva se movía.

La había aflojado.

Empujando las muñecas en direcciones opuestas, sentí que las ataduras empezaban a ceder y luego se soltaron. Las arranqué y las dejé caer al suelo, mirando hacia la oscuridad que me rodeaba. Tenía espinas clavadas en la piel y por los cortes de ambos brazos corrían regueros de sangre. Intenté limpiarlos.

Y entonces me detuve.

A mi derecha, vi un destello de color: azul pálido, el color de la chaqueta de Jason, que se reflejaba en la luz de la luna. Esperé, observé. Otro destello de azul. El corazón me golpeaba tan fuerte contra las costillas que me costaba concentrarme. Lo vi un momento después, ágil y rápido, sin crujidos de nieve, cada pisada aterrizando donde debía. Me corría más sangre por los brazos, y luego un reguero se abrió paso desde el nacimiento del pelo, sobre el puente de la nariz, hasta la comisura de los labios.

No me moví.

No me limpié.

Jason se encontraba a unos tres metros a mi derecha, ladera arriba, rodeando la zona en la que yo estaba. Su chaqueta fue una mala idea. Si se la hubiera quitado, podría haber estado a mi lado y ni siquiera lo habría visto. En cambio, esta reflejaba la poca luz que había. Se giró hacia donde había estado y luego volvió a girar en mi dirección, con la pistola apuntándome y mirándome fijamente. Le devolví la mirada congelado, consciente de cualquier movimiento. Pero entonces giró la cabeza, mirando más arriba, y dio un paso hacia allá.

Cuanto más subía él, más evidente se hacía mi ruta de escape: ladera abajo, de vuelta a la carretera. Excepto porque no sabía dónde demonios estaba Zack.

Dijo que iba a tomar el camino, por lo que presumiblemente estaba rodeando el bosque y volviendo a la parte superior en un semicírculo irregular. Pero yo no sabía lo cerca que estaba la carretera. Podría estar muy lejos. Tal vez, si esperaba a que Jason desapareciera por la pendiente y luego corría, Zack estaría aún más cerca de mí.

O quizá la carretera estaba tan próxima que, cuando me levantara y echara a correr, me verían al instante y me meterían una bala por la espalda. De cualquier manera, si Zack estaba cerca o no, todavía estaría corriendo a ciegas. Lo mejor que podía hacer era volver al coche y seguir el camino por donde habíamos llegado.

Al final, llevaría a alguna parte.

Jason siguió subiendo. Estaba a unos cuatro metros en diagonal, pero volvía lentamente en mi dirección. Se detuvo, mirando de nuevo hacia la pendiente. Entonces, de la nada, algo parpadeó, una luz azul, y lo vi sacar un teléfono móvil. Lo tenía en silencio. Miró la pantalla y luego volvió hacia mi sitio. «Se están comunicando por mensajes». Miré en la otra dirección. ¿Me había visto Zack? ¿Le estaba diciendo a Jason dónde me encontraba?

Los ojos de Jason estaban fijos en mi posición ahora, la pistola en una mano, el teléfono en la otra. Contuve la respiración cuando se acercó un paso, y luego otro.

«Puede verme».

Se acercó aún más, arrastrándose por la nieve y las hojas, hasta que estuvo a un metro de mí, mirando a través de la maraña de arbustos en la que me escondía.

El arma pasó por mi cara.

Miró por encima de mi cabeza, con los ojos fijos en algo más allá, y luego levantó una mano y se señaló a sí mismo. Zack. Le estaba haciendo señas.

Jason estaba delante de mí, subiendo la pendiente.

Zack estaba detrás, abajo.

Estaba rodeado.

Jason escudriñó el bosque, a la izquierda y a la derecha, en la oscuridad de lo que le rodeaba. No se movió, solo se quedó allí, escuchando los sonidos: el movimiento de las hojas, el crujido de la tierra, el débil y monótono goteo del agua. En ese momento me vino a la mente la imagen de mi padre, de pie en medio del bosque cercano a la granja, haciendo exactamente lo mismo. Había sido un rastreador aficionado. Escuchaba los ruidos, percibía los olores, sabía qué huella pertenecía a qué animal.

Pero Jason era un rastreador profesional.

Pude verlo al instante.

Sabía lo suficiente para separar los sonidos de la naturaleza de los sonidos de lo que la había invadido. Sabía que estaba cerca. No podía haberme alejado de él en tan poco tiempo. Y él lo sabía. Ahora solo era cuestión de encontrarme.

Haz algo.

Lentamente, llevé la mano al suelo y volví a tantear, con la palma apoyada en él. No había nada: solo barro helado y nieve dura. Jason dio un paso adelante. Alargué la mano hacia la maleza y mis dedos rozaron algo. Rocas. Había un montón, pero solo un par parecían lo bastante grandes. Una era más grande que la otra. La cogí y la acerqué hacia mí, luego hice lo mismo con la segunda. Mi manga rozó una rama, pero el sonido no se escuchó.

Envolví mi mano alrededor de la más pequeña.

«Espera».

«Espera».

Lentamente, me preparé y lancé la piedra tan fuerte y tan lejos como pude hacia mi izquierda. Golpeó el bosque con un ruido sordo, la nieve escupiendo, las zarzas crujiendo.

Jason se dio la vuelta de golpe.

Y entonces Zack apareció a mi derecha.

Zack reaccionó más rápido, avanzando alrededor de las espinas en las que me encontraba, hacia el ruido, con el arma preparada. Jason parecía más reticente —como si supiera que podía tratarse de un truco—, pero lo siguió a distancia, andando más que corriendo.

Me agaché más atrás y cogí la piedra más gruesa. El extremo más duro y afilado asomaba por encima de mis manos.

Jason estaba ahora a unos dos metros de mí, con la pistola aún a su lado. En su cara pude ver que no se había dejado engañar por la distracción. Mientras Zack, de espaldas a nosotros dos, miraba hacia el bosque más allá de donde había caído la roca, Jason estaba medio girado a la derecha, mirando hacia la ladera.

«Hazlo».

Apreté la piedra.

«Hazlo ahora».

Me lancé sobre Jason. Se volvió aún más hacia mí, con los ojos desorbitados, pero ya era demasiado tarde: ya le había clavado la punta de la piedra en la parte superior del cráneo. Hizo un sonido hueco, como una sandía rota.

Cayó al suelo.

Zack se volvió, con los ojos buscando frenéticamente en la oscuridad.

A mi lado, la pistola de Jason yacía sobre un trozo de nieve. La cogí y la miré. No reconocí la marca, no tuve tiempo de comprobar si estaba cargada.

La agarré y corrí.

Disparé un par de veces en su dirección, tratando de darme ventaja, y volví por donde había venido. Sonó un disparo, una trozo de corteza salió escupido de un árbol situado a unos dos metros. Seguí corriendo. Un árbol asomó en la oscuridad y me rocé el brazo contra el tronco, y un dolor me subió por los músculos hasta el hombro. Lo empujé hacia abajo con el resto del dolor y seguí corriendo.

Un segundo disparo, un tercero.

Un cuarto me esquivó por poco, chocando contra un árbol al pasar. Sentía que mis pulmones se estaban compactando. Sabía que estaba perdiendo terreno. Sabía que iba más despacio. No podía mantener ese ritmo: tenía los pies destrozados y aún no había ni rastro de la carretera. Ni siquiera estaba seguro de si iba en la dirección correcta.

Entonces me caí.

Mi pie izquierdo se tropezó con la raíz de un árbol y caí de cabeza, golpeándome con fuerza contra el suelo. Me desplomé sobre mi frente y grité de dolor.

Sentí como si me hubiera roto el brazo.

Mirando hacia arriba, pude ver a Zack, a unos seis metros a mi izquierda. Aún no me había visto, pero me había oído y se dirigía

hacia mí. Miré a mi alrededor. «¿Dónde demonios está la pistola?». La vi un segundo después, encajada contra el pie de un roble, con su corteza nudosa cerrada alrededor del arma como una boca.

Me puse en pie.

Zack, casi encima de mí, disparó, la bala me pasó cerca y se estrelló contra un árbol a medio metro de mi hombro izquierdo. Me agaché, cogí la pistola y disparé.

Una vez. Dos veces.

La segunda bala le alcanzó.

Se sacudió hacia un lado y su arma se alejó de él, haciendo un ruido metálico al rebotar en el barro helado. Al tropezar, sus piernas cedieron, como si le dejaran de funcionar de golpe, y cayó al suelo, golpeándose la cabeza con una raíz expuesta.

Me acerqué a él.

La sangre rezumaba de una herida en su pecho. Se estaba muriendo y lo sabía, la expresión de su rostro era casi de resignación, como si, tarde o temprano, lo que fuera en lo que estaba metido hubiera acabado por alcanzarlo. No fue casualidad ni mala suerte.

Fue la providencia.

—Lo siento —le dije.

Parpadeó una vez.

Y luego no volvió a pestañear.

Tanteé sus bolsillos en busca de las llaves del coche y, una vez las tuve, me dirigí de nuevo a la carretera. El cielo empezaba a clarear, solo tenuemente, y cuando llegué al coche, abrí y me deslicé frente el volante. Entonces me di cuenta de que hacía una semana que

Mary había venido a verme. ¿En qué me había convertido en ese tiempo?

Me miré en el espejo y vi un fino corte justo en el nacimiento del pelo, donde Zack me había golpeado con la pistola en la casa. También tenía un moratón en lo alto del pómulo, pero ni el hombro ni el brazo, por suerte, se habían roto.

Me miré fijamente. ¿En quién me había convertido?

¿Reconocería Derryn esta versión de mí?

Este fugitivo.

Este asesino.

Aparté todas las dudas y miré el reloj. Las 7:49. Todos pensaban que ya estaba muerto, así que utilizaría esa baza. Debíamos llevar fuera un par de horas, y enterrar un cadáver probablemente llevaría otro par más.

Eso me daba dos horas, quizá tres si tenía suerte, antes de que se dieran cuenta de que Zack y Jason no iban a regresar.

33

Dos kilómetros y medio más abajo, llegué a un camino rural con indicaciones a Bristol. Estaba a treinta kilómetros del centro de la ciudad, en medio de las colinas Mendips.

En la guantera había un teléfono sin información, como el último perteneciente a estos tipos que había encontrado. No había nombres en la libreta de direcciones ni llamadas recientes. Me quedé sentado un momento, decidiendo qué hacer a continuación, y luego utilicé el teléfono para marcar mi buzón de voz.

Tenía un mensaje.

Era John Cary.

Había llamado el día anterior, a las cinco de la tarde.

—Tengo algo para ti —había dicho—. Llámame. —Había dejado un número. Había un bolígrafo en uno de los compartimentos laterales de la puerta. Me garabateé el número en el dorso de la mano y le llamé.

Contestó después de dos timbres.

—John, soy David Raker.

—He estado intentando localizarte —me dijo. Hacía más de doce horas que había hecho la llamada, y no ocultó su fastidio—. ¿Alguna vez contestas al teléfono?

—He estado... —Hice una pausa—. Me han tenido secuestrado. Lo siento.

—Sí, bueno, ya somos dos. Déjame transferir la llamada. —Esperé. Dos clics y estaba de vuelta, susurrando esta vez—. Tengo tus cosas de vuelta del laboratorio. Si sacas algo de esto, será genial. Haz lo que quieras. Pero sea lo que sea lo que decidas hacer con esto, no quiero que me mantengas informado. ¿Entendido?

Era una petición extraña.

—¿Entendido? —volvió a decir.

—Entendido.

—Vale —continuó—, el laboratorio te ha aclarado la Polaroid. Alex está en el centro de la toma, en lo que parece el dormitorio principal de una casa. Todo el fondo está un poco desenfocado, pero se ve claramente una ventana detrás de él y, al otro lado, una especie de galería. A mí me parece el tipo de estructura que habría en la fachada de una granja.

—¿Algo más visible a través de la ventana?

—Solo hierba y cielo.

—¿No hay puntos de referencia reconocibles?

—No. Está tomada desde un ángulo extraño. Una toma desde abajo. Alex está mirando hacia abajo. La ventana y la galería están inclinadas por el ángulo.

—De acuerdo.

—¿Me das tu correo electrónico?

Le di mi dirección.

—También preguntaste por las huellas dactilares —continuó, pero entonces se produjo una pausa vacilante—. Bueno, hay dos distintas en la foto.

Sentí una carga de adrenalina.

—¿Conoces a un tal Stefan Myzwik?

—No.

—¿Y a Stephen Myzwik?

—¿Es Stephen con ph?

—Sí.

Algo se encendió en mi memoria. Ese nombre estaba en el bloc que cogí de Eagle Heights: Paul, Stephen, Zack.

—Tal vez —dije.

—Stefan Myzwik, también conocido como Stephen Myzwik y como Stephen Milton.

—¿Quién es?

—Treinta y cinco años, nacido en Polonia, se trasladó a Londres en 1995, cumplió diez años por apuñalar a un hombre de sesenta con un trozo de cristal. Tras salir, violó las condiciones de su libertad condicional y, bajo el alias de Stephen Michaels, utilizó una tarjeta de crédito fraudulenta para alquilar un vehículo en Liverpool.

Lo oía pasar páginas.

—Espera un momento...

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Aquí faltan cosas.

Recordé entonces un detalle importante.

—También faltaban páginas en el expediente de Alex.

—¿Qué quieres decir?

—Iba a preguntarte por ellas.

—¿Qué faltaba?

—Algunas sobre la información forense.

Lo oía pasar más páginas.

—¿Dónde coño se han metido?

—¿Alguien las ha borrado?

—¿Información borrada del ordenador? —Se hizo un largo silencio en la línea. Lo oí revisar el expediente, esta vez más deprisa—. Este archivo está jodido.

Algo le había afectado.

Algo más que las páginas que faltaban en un archivo.

—¿Quieres que te llame más tarde? —le dije.

—No —respondió—. No tengo tiempo para esta mierda. Lo miraré más tarde. Acabemos con esto de una vez. —Más páginas pasadas —. De todos modos, está muerto.

—¿Quién, Myzwik?

—Sí.

De alguna manera, otro cadáver no era tan sorprendente. Primero Alex, luego Jade, ahora Myzwik: todos ellos muertos... o se suponía que lo estaban.

—¿Cómo murió?

—Parece que su cuerpo fue arrojado a un embalse cerca de aquí en julio de 2008.

—¿Cerca de Bristol?

—Sí. Los buzos lo sacaron unos dos meses después. Debió haber hecho algunos amigos peligrosos.

—¿Por qué?

—Le faltaba la cabeza, y sus dos manos fueron encontradas al otro lado del embalse. —Cary hizo una pausa—. La cabeza nunca fue encontrada, aparentemente.

Al instante, vi los paralelismos con la «muerte» de Jade en 2004, y luego recordé al niño de la casa de Bristol: le faltaban los dientes.

Intentaban impedir la identificación.

O, al menos, añadir algo de confusión.

—¿Has dicho que había un segundo juego de huellas en la foto? —le pregunté.

—Sí —respondió, pero entonces se produjo una larga pausa—. Las huellas que sacamos de la fotografía coinciden con una encontradas en la rueda de un Mondeo plateado usado en un atropello con fuga hace seis años. —Se oyó mover más papel—. Los testigos recuerdan haber visto a un hombre blanco de la edad y descripción de Alex teniendo una bronca en el aparcamiento de un club de striptease llamado Sinderella's en Harrow. Estoy citando directamente del informe policial: «A las 11:22 de la noche del 9 de noviembre, el sospechoso conducía el Mondeo plateado».

—Espera un momento. ¿9 de noviembre?

—Sí.

—Ese es el día anterior a que Alex desapareciera.

—Correcto. «El sospechoso golpeó a la víctima (Leyton Alan Green, de cincuenta y cuatro años y natural de Fulham) cuando salía del bar, causándole lesiones internas críticas. La víctima murió poco después. Los testigos recuerdan haber visto un Mondeo plateado con una pegatina de la empresa Hertz en la ventanilla trasera salir del lugar poco después». El Mondeo plateado fue recuperado en un aparcamiento de larga estancia de Dover, cinco meses después, el 12 de abril.

—¿Estás sugiriendo que Alex mató a alguien? —le dije.

—No lo estoy sugiriendo. Está escrito aquí.

Ambos nos detuvimos para asimilar la información.

—Este tipo, Green, ¿tenía antecedentes?

—No. Estaba limpio.

—¿Y el coche era de alquiler?

—Sí.

—¿Qué dijo la empresa?

—Alex se aprovechó del chico que tenían atendiendo allí. Pagó en efectivo usando una identificación falsa, se las arregló para registrar todo bajo el nombre de Leyton Alan Green. —Cary añadió—: Muy majo.

—Es una forma de decirlo. —Hice una pausa, tratando de asimilarlo. Las cosas estaban cambiando rápidamente—. ¿Puedo obtener una copia de esos archivos?

No respondió de inmediato.

Luego, en voz baja, dijo:

—Te los envié ayer.

34

Tardé tres horas en llegar a casa. Aparqué al final de mi calle y me senté a observar la casa. Un viento cortante presionaba las ventanillas y los copos de nieve cruzaban la calle, y —sin el motor encendido y con la calefacción apagada— el coche se enfrió rápidamente. Casi con la misma rapidez, mi cuerpo reaccionó: la adrenalina desapareció de mi organismo y el frío empezó a afectarme. Todavía no tenía abrigo, zapatos ni calcetines. Había conducido doscientos kilómetros descalzo. Llevé la mano al contacto y encendí de nuevo el motor, con la calefacción a toda potencia, mientras tiritaba.

Me descongelé lentamente, con los ojos puestos en mi casa.

La carretera siempre había sido tranquila, así que cualquier cosa fuera de lugar se notaría a un kilómetro y medio. Aun así, sabía por la noche anterior que mis enemigos no eran simples camareros y sacerdotes juveniles: eran rastreadores y cazadores. Eran asesinos. Podían aparecer y desaparecer. La ventaja la seguían teniendo ellos.

Miré el reloj.

Las 11:27.

Seguramente estarían empezando a darse cuenta de que Zack y Jason no iban a volver. La probabilidad de que ya estuvieran aquí, vigilando mi casa, esperando a que yo llegara, era remota. Pero no iba a correr ningún riesgo. Necesitaba provisiones básicas. Una ducha. Curarme las heridas. Necesitaba zapatos, un portátil, algo de ropa extra. Y, sobre todo, necesitaba estar seguro de que no me seguían.

Salí del coche, lo cerré y me dirigí calle arriba hacia la casa. El día anterior me lo habían quitado todo de los bolsillos, incluidas las

llaves, así que fui directamente a la parte trasera y saqué la llave de repuesto de uno de los maceteros colgados que decoraban junto a la puerta de atrás.

Dentro hacía frío.

Me acerqué a cada habitación con cuidado, revisándolas por si acaso, pero no había nadie esperando y nada había sido tocado. Los archivos que Cary había enviado el día anterior estaban en el suelo, bajo el buzón, con la dirección escrita a mano y sin remitente.

Me quité la suciedad y la sangre en la ducha, saqué la ropa más abrigada que pude encontrar —un par de vaqueros, una camiseta térmica de entrenamiento, un jersey con cremallera y un abrigo— y cogí un viejo portátil del dormitorio de invitados. Tenía un teléfono de repuesto en la mesilla de noche, y también algo de dinero. Me habían quitado la cartera, así que tendría que cancelar mis tarjetas, pero ya me preocuparía de eso cuando volviera a la carretera. Añadí la pistola que le había quitado a Jason, los archivos que Cary me había enviado, así como algunas vendas y tiritas para hacer curas rápidas, cerré la casa y me dirigí calle abajo hacia donde había dejado el Astra.

Me quedé paralizado.

Había alguien asomado a la ventanilla del copiloto, con la capucha del abrigo puesta y las manos apoyadas en el cristal. Retrocedí y me agaché detrás del vehículo más cercano. Miró a lo largo de la calle en dirección a la casa, no me vio y rodeó la parte delantera del coche hasta el lado del conductor. Intentó abrir la puerta. Cuando se alejó del coche por segunda vez, le vi la cara y lo reconocí enseguida: el hombre que me había robado en el cementerio; el hombre al que había seguido a la salida de Angel's. Iba desaliñado y sucio, y su aspecto era más exiguo a la luz del día, lo que hizo saltar inmediatamente las alarmas.

Este era el tipo de trampa que les gustaba tender.

Te hacían creer que eran una cosa, que eran más débiles que tú, y luego le daban la vuelta a todo.

Volvió a mirar hacia la casa y fijó la vista en la puerta principal. Pude ver cómo entrecerraba los ojos, como si supiera que pasaba algo. Era como si hubiera estudiado la calle antes de mi llegada, había visto qué coches estaban, dónde y a quién pertenecían, y ahora hubiera encontrado una pieza del puzle que no encajaba bien.

Abrí la cremallera y me dispuse a coger la pistola, pero entonces el hombre echó otro vistazo al coche, se dio la vuelta y se dirigió hacia el otro lado. Lo vi irse y llegar al final del camino. Miró hacia atrás una vez y desapareció de mi vista.

Era una trampa.

Tenía que serlo.

Sabía que el coche les pertenecía, y si estaba aparcado en mi calle, era consciente de que yo estaba en casa. Podría haber ido a hacer una llamada, tal vez porque no quería venir a por mí solo. Ya se habría enterado de lo que les había hecho a los otros.

Pero no volvió.

La calle permaneció tranquila, impasible.

Me puse en pie y crucé la calle a toda velocidad, cerré el coche con el mando a distancia y me puse al volante. Miré por el retrovisor, esperando verlos llegar por la carretera, y pisé a fondo el pedal. Llegué al final del camino, me detuve allí y volví a comprobarlo. No había rastro del hombre.

Ni señales de que alguien viniera a por mí.

Pero no seguiría así mucho tiempo.

35

Dejé el Astra en el aparcamiento de un supermercado en Hammersmith. Había una pegatina de seguimiento por satélite en el parabrisas delantero, así que si eran listos —que lo eran— llamarían a la empresa de seguimiento y localizarían el coche. Después, encontré una cafetería a unos cuatrocientos metros, me conecté a su wifi e inicié sesión en mi correo electrónico. Cary ya había enviado una copia de la Polaroid —aclarada y mejorada por su contacto en el servicio forense— a mi teléfono, pero el archivo era demasiado grande para abrirlo.

El asunto del correo electrónico era «Foto». Debajo, había escrito: «Esto ya no existe en el servidor, si quieres otra copia... imposible. Ha desaparecido».

Arrastré el archivo adjunto al escritorio y lo abrí.

Con el tamaño predeterminado, apenas podía distinguir el lateral de la cara de Alex y parte de la ventana del fondo. Estaba claro el buen trabajo que había hecho el técnico forense en cuanto la reduje. La cara estaba más definida, la cicatriz de su mejilla derecha era visible por primera vez. También su pelo: no estaba rapado, como cuando Mary lo había visto, pero sí cortado al ras del cuero cabelludo; la parte superior de su cráneo reflejaba la luz que entraba por la ventana, que era, a su vez, mucho más clara.

Cary tenía razón sobre el ángulo de la toma.

Era extraño.

Parecía que Alex estaba en la cama y el fotógrafo —quizá Stefan Myzwik, cuyas huellas también estaban en la Polaroid— en el suelo.

Amplié la imagen ligeramente con el zoom, concentrándome en la vista de la ventana detrás de él. Ahora se veía con claridad la galería —una ornamentada barandilla de madera tallada a mano que la recorría en toda su longitud— y se adivinaba un fondo de hierba, tal como había sugerido Cary, así como una vasta extensión de cielo azul. Pero a Cary se le había escapado otro pequeño detalle: una mancha, de no más de un centímetro y medio en la esquina de la fotografía, que tenía un tono de azul diferente. Me acerqué a la pantalla y amplié la imagen.

Mar.

La habitación daba al mar.

Mientras examinaba la foto, me llamó la atención otra cosa. Arrastré la imagen, acercándola aún más a uno de los cristales de la ventana de la izquierda.

Había un reflejo.

Vago, fantasmal.

Pude ver una ladera cubierta de brezo y un cartel clavado en la barandilla de la galería. Incluso al revés, pude distinguir lo que aparecía impreso en él.

Lázaro.

De inmediato, mi mente retrocedió veinticuatro horas. Había visto el mismo nombre en el móvil de Michael Tilton cuando había vuelto a la dependencia en la iglesia.

«Última llamada: Lázaro – Teléfono fijo».

Se había marchado para preguntar a un amigo si se acordaba de Alex. Pero no había llamado a un amigo. Era un lugar, una casa, un sitio donde Alex se quedaba.

Me tomé un segundo café, dándole vueltas a todo lo que me rondaba por la cabeza, y luego llamé a Terry Dooley, un viejo contacto en la Policía Metropolitana de mis tiempos de periodista, para decirle que me habían robado el coche que había alquilado el día anterior y que seguía aparcado en Bristol. Era mentira, por supuesto, pero no iba a volver por la M4 para recogerlo.

—¿Y? —dijo—. ¿Por qué es mi problema?

Sonaba como si estuviera almorzando.

—Necesito que gestiones el papeleo por mí, Dools.

Se rio con la boca llena.

—Davey, tú y yo solíamos entendernos. Tú me rascabas la espalda y yo te rascaba la tuya. Pero desde que dejaste el trabajo para hacer... lo que sea que estás haciendo, no tienes nada que yo necesite.

—Me lo debes —dije.

—No te debo una mierda.

—Mira, Dools, te lo voy a poner muy fácil. Te enviaré por correo electrónico los detalles de dónde vi el coche por última vez, tú rellenas el formulario por mí y te pones en contacto con la empresa de alquiler, y yo seguiré fingiendo que no sé dónde está Carlton Lane.

Dejó de comer.

Carlton Lane fue donde Terry Dooley y tres de sus detectives estuvieron una noche unos cuatro años antes de que yo dejara el periódico. En una casa donde al final había un burdel. Uno de los detectives de Dooley acabó bebiendo demasiado y le dio un puñetazo en la cara a una chica cuando esta le dijo que se estaba poniendo un poco brusco. Al día siguiente se vengó enviando por

correo electrónico al periódico suficientes detalles como para proteger sus ingresos y el burdel, al tiempo que metía a Dooley y a los demás detectives en serios problemas. Por suerte para Dooley, su matrimonio y sus hijos, el correo electrónico acabó en mi bandeja de entrada.

Solo había silencio en la línea.

—¿Eso es un sí, Dools?

Suspiró.

—Sí, lo que quieras.

—Gracias.

Colgué y le envié por correo electrónico toda la información que necesitaría para completar el papeleo, y luego llamé a la empresa de alquiler para rellenarlos. A continuación, hice una llamada a mi compañía telefónica y les dije que mi teléfono estaba en el coche cuando me lo robaron.

Les pedí que desviaran todas las llamadas a mi nuevo móvil.

Después, cogí los expedientes que me había dado Cary —sobre Stefan Myzwik y la muerte de Leyton Alan Green— y los puse sobre la mesa delante de mí.

El expediente de Myzwik detallaba su historial antes de ingresar en prisión en 1995, con solo veintiún años, y se retomaba tras su puesta en libertad en 2005. En julio de 2008, su cadáver sin cabeza fue descubierto en el embalse de las colinas Mendips.

El expediente confirmaba que el cuerpo de Myzwik fue llevado a tierra por buzos de la policía después de que parte de su abrigo apareciera flotando en la superficie del agua. Habían encontrado sus tarjetas de crédito en una cartera al otro lado del embalse. Los

forenses habían trabajado en las manos recuperadas, pero no se pudo hacer una coincidencia definitiva de las huellas dactilares, debido al tiempo que el cadáver había estado bajo el agua. En cambio, determinaron que lo más probable era que el cadáver perteneciera a Myzwik debido a los dientes sueltos que habían recuperado cerca y que coincidían con los registros dentales. Faltaba el resto de la cabeza. Había una fotografía suya en blanco y negro de su última detención, con su espeso pelo negro recogido con raya al lado, sus ojos oscuros mirando desde un rostro salpicado de cicatrices de acné.

Del mismo modo, la identificación de Alex tampoco había sido definitiva. Se habían encontrado efectos personales esparcidos por los restos del vehículo con el que chocó, incluido su permiso de conducir y una cartera con fotografías de Mary y Malcolm, y del rostro de Alex había quedado lo suficiente para que el patólogo encontrara lo que parecía ser la cicatriz que llevaba en la mejilla, coincidente con las fotografías que Mary había entregado a la policía de Avon y Somerset. Se llamó a un odontólogo para que trabajara también a partir de los registros dentales, pero la mayoría de los dientes que quedaban en el cráneo se habían encogido y malformado con la intensidad del fuego, resultando imposible identificarlos con absoluta certeza. Una vez más, los investigadores se habían basado en los dientes sueltos, arrancados cuando la cara de Alex golpeó el volante al impactar en el campo, encontrados en su tráquea y estómago. Pertenecían a Alex, lo que parecía confirmar que el cuerpo era suyo.

Pero yo empezaba a pensar de otra manera.

Había compartido una comida con Jade, cinco años después de que una serie de artículos periodísticos afirmaran que había sido asesinada por el crimen organizado rumano. El cadáver de Stefan Myzwik había sido hallado en un embalse, sin cabeza y con las manos en el lado opuesto del agua, pero casualmente tenía cerca un reguero de dientes sueltos. Alex estaba igual que el otro muerto,

excepto que los dientes que le quedaban en el cráneo se habían deformado, y los que lograron recuperar no estaban en su boca, sino en su garganta y tracto digestivo.

Y no era solo eso.

En el expediente de Myzwik faltaban dos páginas, que no formaban parte de las impresiones que yo llevaba encima, ni tampoco de las que John Cary había hecho desde el ordenador.

Eso significaba que habían sido eliminadas.

¿Por qué?

Pasé al segundo expediente: el asesinato de Leyton Alan Green. Ese archivo era mucho más delgado. El tipo había tenido dos tiendas de electrónica en Harrow y una tercera en Wembley. La noche que murió, conducía un Isuzu Trooper azul oscuro. Era nuevo, comprado la semana anterior en un concesionario de Hackney. La policía había investigado los antecedentes del vehículo, barajando la idea de que el asesinato estuviera relacionado con la compra del jeep. Pero, como todo lo demás, era un callejón sin salida.

El informe detallaba la noche en que Green fue atropellado por el Mondeo, pero los testimonios de testigos presenciales eran escasos. Un par de personas identificaron el Mondeo.

Pero nadie pudo identificar quién lo conducía.

Al final del expediente había algunas fotografías. La más grande era de la escena del crimen. El cuerpo de Green estaba bajo una sábana blanca, solo asomaba la suela de su zapato. La sangre había manchado la sábana. Pequeños círculos de tiza salpicaban la carrocería, rodeando piezas del Mondeo. Las siguientes imágenes lo confirmaban: fotos de trozos del parachoques e incluso de un trozo del capó. «Tuvo que recibir un duro golpe». Seguían primeros planos del rostro, ensangrentado y maltrecho. Otra imagen de su cadera

izquierda, ennegrecida por la sangre y deformada donde el Mondeo había propinado el impacto inicial.

Estaba a punto de guardar ambos expedientes en la bolsa cuando, al fondo, cerca de una descripción del club de striptease Sinderella, encontré otra foto de Leyton Green.

Iba de traje, estaba en algún tipo de evento.

Mi estómago se tensó.

«Lo conozco».

Con el pelo pelirrojo peinado hacia un lado y una sonrisa familiar en la cara, era el mismo hombre que había visto en una vieja fotografía en el sótano de Mary. Aparecía Malcolm. Él. Alex.

Y Mary a un lado.

Leyton Alan Green era el tío Al de Alex.

36

Michael Tilton salió de la iglesia a las seis.

La noche era fría, el vapor salía silbando de las rejillas de ventilación, el aire caliente se elevaba del suelo mientras los trenes del metro retumbaban en la tierra. Lo esperé en un portal oscuro fuera de la estación y luego lo seguí dentro. Atravesó los tornos y bajó las escaleras hasta el andén.

Ya había llegado un tren.

Entré en él un par de vagones más atrás, y medio girado, con la parte superior y los lados de la cara tapados por un gorro de esquí, observé cómo se sentaba, portando un bolso en el regazo.

Con una sacudida, el tren arrancó.

Tilton miró a los demás pasajeros y yo agaché la cabeza, consciente de que veía mi reflejo en las ventanillas del vagón. Al cabo de unos treinta segundos, volví a echarle un vistazo: estaba sentado con las piernas cruzadas, leyendo.

La entrega de las identificaciones falsas era en Paddington. Era un lugar llamado Store ‹N› Pay, una instalación donde había unas mil taquillas. Los usuarios pagaban una tarifa diaria o mensual por una y obtenían una tarjeta magnética que les permitía acceder al edificio siempre que quisieran. Llamé a la empresa antes de salir de la cafetería: me dijeron los precios y los tamaños de las taquillas, que podían ser tan grandes como un garaje o tan pequeñas como las de un polideportivo.

Cambiamos de línea de metro en Oxford Circus y mantuve la distancia en las escaleras mecánicas, pero fue bastante fácil: el centro de Londres estaba abarrotado, lleno de viajeros y turistas, y

las multitudes hacían que no fuera complicado escabullirse. El único peligro era perder a Tilton en la marabunta. Cuando llegamos a la línea Bakerloo, esperé en el vestíbulo, fuera de su visión.

Ocho minutos después, estábamos en Paddington.

Al salir de la estación principal, se dirigió al sudeste. Avanzábamos en dirección a Hyde Park, con las calles residenciales corriendo como riachuelos a ambos lados. Me mantuve a distancia de él, siguiéndolo desde la otra acera, donde estaba mejor escondido. Al cabo de un par de minutos, se desvió a la derecha por una calle estrecha con coches aparcados a ambos lados y la fachada de una tienda en un extremo. Un cartel colgado sobre la puerta decía «Store ‹N› Pay». Me quedé atrás mientras él subía los escalones hasta la entrada y pasaba una tarjeta por un lector situado junto a la puerta. Este zumbó y Tilton se dirigió al interior.

Había un gran escaparate en la fachada, con un letrero azul de neón en la parte superior. A través del cristal pude ver un mostrador de recepción sin personal, una serie de taquillas rojas normales y corrientes, y luego una flecha que dirigía a los clientes por un pasillo en el centro. Allí estaban las más grandes. Una rampa conducía a la planta baja y a una puerta de garaje abatible, que presumiblemente era la forma en que los clientes descargaban sus objetos más voluminosos. Pero Tilton no necesitaría esa puerta: ya estaba delante de una taquilla a mano izquierda, cerca del cristal, sacando las identificaciones.

Iban en un pequeño sobre marrón.

Miré hacia la calle.

Aparcado a unos quince metros estaba mi nuevo coche de alquiler: un indescriptible Ford Focus gris. Lo alquilé en Acton, lo conduje hasta allí, lo aparqué y cogí el metro hasta Redbridge. Necesitaría el vehículo cerca para cuando nos fuéramos.

Tilton estaba acabado.

Cerró la taquilla, metió el sobre en el bolso y se lo colgó del hombro. Cuando empezó a moverse, yo también lo hice. Crucé la calle —acortando la distancia entre nosotros lo más rápido posible— y subí las escaleras.

Abrió la puerta de un tirón.

Al instante, lo empujé hacia dentro, entrando en la tienda y cerrando la puerta tras de mí. Retrocedió a trompicones, con rabia en el rostro, y entonces vio de quién se trataba. La ira se convirtió en conmoción: se le abrió un poco la boca y se le fue el color de la cara. Mientras intentaba recomponerse rápidamente, una mano se dirigió a su cartera.

—David.

Lo arrinconé en una esquina, donde era más difícil vernos desde la calle, y miré a lo largo del pasillo que conducía a las taquillas más grandes de la parte trasera de las instalaciones. Asomaban los bordes de un mostrador, pero no pude ver a ningún empleado.

—Tengo que admitir que no pensé que volveríamos a verte.

Me volví hacia él.

—Apuesto a que sí.

Su mano seguía en el bolso.

—¿Dónde está Alex? —le dije.

Reconoció el nombre, pero solo lo percibí por un leve movimiento de cabeza.

—¿Necesitas que hable más alto?

—No, te he oído. ¿Por qué quieres saberlo?

—¿Dónde está?

—¿Por qué es tan importante para ti?

—¿Dónde está?

Di otro paso hacia él.

Sus ojos se entrecerraron.

—Te estás creando grandes problemas...

—Puedes ahorrarte las amenazas, reverendo. Ya las he oído antes. Por si lo has olvidado, tus amigos ya intentaron matarme una vez.

—Eso no tuvo nada que ver conmigo.

—Por supuesto —dije, señalando con la cabeza el bolso y las identificaciones que contenía—. No tienes ni idea de lo que pasa fuera de los muros de tu iglesia.

—Un nombre no significa nada, David.

—Entonces, ¿has venido hasta aquí para nada?

Él sacudió la cabeza.

—No entiendo qué te mueve. Quiero decir, ¿por qué? ¿Por qué llegar tan lejos? Esto no tiene nada que ver contigo. Podrías haberlo dejado en cualquier momento. Pero no lo hiciste y ahora... ahora te van a destrozar. ¿Por qué?

No respondí.

—No creo que sea por el dinero. Probablemente ya has ganado suficiente. ¿Eres un perfeccionista, David? ¿Es eso? Quieres terminar

lo que empezaste. Lo respeto. A mí también me gusta acabar lo que empiezo. No dejo que nada se interponga en mi camino de...

—Basta de tonterías. ¿Dónde está Alex?

Podía ver hacia dónde se dirigía esto, que era por lo que lo había cortado: al mismo lugar al que ya me habían llevado antes. «Esta búsqueda tuya —me había preguntado el hombre de los tatuajes en Bristol—, ¿es por el chico o es por tu mujer?». Habían dado con algo, y ahora volvían a ello. Derryn era mi debilidad.

Ella era la grieta en mi armadura.

—¿Pensaste que había alguna esperanza para tu mujer, incluso al final?

Lo miré fijamente.

—Siempre hay esperanza, ¿verdad? Si no la hubiera, no estarías aquí.

—Cállate.

Levantó una mano, como disculpándose, pero luego continuó.

—La muerte no es algo contra lo que se pueda luchar. No es algo tangible. Es un enemigo invencible, una batalla injusta, un adversario que no puedes ver venir. —Las comisuras de sus labios descendieron: una expresión triste, pero solo superficial—. Sé cómo te sientes. Sé lo del miedo a la muerte, David; lo que viene después. Tenías miedo por ella, ¿verdad?

Dio un paso hacia mí.

—Debiste tener miedo por ella. Un hombre sin religión, sin creencias... ¿No te asustaba lo que esperaba a la persona que amabas por encima de todo? ¿No te gustaría averiguarlo? —Hizo una

pausa y se acercó un paso más—. Por eso sigues interesado en esto, ¿no? Por eso estás aquí. —Otro paso—. Quieres averiguar a dónde fue. Por qué te la arrebataron cuando aún era tan joven. —Otro paso, más grande esta vez—. Por duro que sea oírlo, solo Dios sabe cuándo y por qué nuestro tiempo llega a su fin, David. Y cuando Él ve a algunas de las personas que tenemos en nuestro mundo, a algunos de estos jóvenes metiéndose en problemas, caminando por la cuerda floja entre la vida y la muerte, decidiendo por sí mismos lo cerca que quieren rozar el más allá, se siente decepcionado. Estoy seguro de ello. Está enfadado. Porque tú y yo no podemos decidir cuándo se acaba nuestro tiempo.

Hizo una pausa y me tendió la mano.

—Dios es la persona que elige...

Le aparté la mano de un manotazo y me acerqué a su cuello, empujándolo hacia un espacio entre dos zonas de taquillas. Se golpeó en la pared con un ruido sordo. Me llevé la mano a la parte trasera del pantalón, saqué la pistola que había rescatado del lugar en el que estaba destinado a morir y se la clavé con fuerza en la mandíbula. Se estremeció y empezó a asustarse.

—David, espera un min...

—No me digas en qué creo —le dije entre dientes—. No tienes ni idea de en qué creo. Quiero pensar que está en algún lugar mejor que aquí, sin compartir más oxígeno con escorias como tú. Pero, cuando os escucho, cuando os escucho a todos, solo oigo mentiras. Estás hablando por hablar todo el tiempo. Así que no me digas lo que creo, y no me hables de mi mujer.

—David, yo....

—Yo que tú me ahorraría el aliento durante las próximas horas. —Apreté la pistola contra su cara aún más fuerte, su cuerpo se puso

rígido—. Porque, de una forma u otra, me vas a decir todo lo que sabes.

37

Eran casi las diez cuando llegamos al piso de Tilton, que formaba parte de una nueva urbanización a orillas del Támesis, entre Deptford y Greenwich. Nos detuvimos en la entrada, ante un vestíbulo estrecho con techo de cristal, conectado al edificio principal por un pasillo al otro lado, y pasamos. Miré a ambos lados para asegurarme de que estábamos solos y luego lo metí por las puertas. Al entrar, a la derecha, había un jardín comunitario: baldosas de piedra entre un mar de guijarros y una zona cubierta donde se extendían toldos color crema sobre conjuntos de bancos de madera.

—Bonito lugar —le dije.

No respondió.

Lo seguí hasta unos ascensores. Las puertas a nuestra derecha e izquierda conducían a los apartamentos de la planta baja. Llamó a uno de los ascensores y se volvió hacia mí. Yo llevaba su bolso al hombro y su teléfono en la mano. El teléfono iba vacío, como los demás, y el portátil estaba casi sin batería.

Subimos en ascensor.

En la puerta de su apartamento, me miró con desafío, pero hice un gesto con la cabeza hacia la cerradura y volvió a flaquear, dejándonos entrar a los dos. Un salón de tamaño decente daba a una cocina abierta; dos puertas conducían a un cuarto de baño y a un dormitorio.

—¿El Proyecto Calvario financia esto?

De nuevo, no respondió.

Cerré la puerta y le dije que se sentara en un rincón de la habitación con las luces apagadas, luego me senté en el sofá de enfrente. Había suficiente luz del exterior.

Desabroché las hebillas del bolso, saqué el libro que Tilton había estado leyendo y lo dejé caer al suelo, y después saqué el portátil.

—¿Dónde está el cargador?

—En el trabajo.

—¿Dónde está?

—En el trabajo.

—No te creo, Michael. ¿Dónde está?

—En el trabajo —repitió.

Suspiré.

—¿De verdad quieres hacer esto?

Esta vez se limitó a mirarme.

Me levanté, crucé el salón y le di un fuerte puñetazo en la cara. Se sacudió hacia un lado, cayendo del borde del sofá en el que estaba encaramado, y luego se alejó automáticamente de mí a cuatro patas.

—Mierda —dijo, agarrándose la cara, mirándome. No había sangre, pero su mejilla izquierda estaba marcada.

—No tiene por qué ser así.

Parecía sorprendido.

—¿Dónde está el cargador?

Echó un vistazo a la habitación, claramente intentando encontrar alguna forma de retrasarme, pero entonces di otro paso hacia él, con el mismo puño cerrado. No quería tener que hacer las cosas así, pero estaba harto de que me mintieran, de que me acorralaran y me presionaran. Tilton miró de mi puño a mi cara, y luego más allá de mí, hacia la televisión. Estaba sobre un mueble bajo lleno de cajones deslizantes.

—El tercero por la izquierda —dijo.

Cogí el cargador y lo enchufé al portátil. La máquina tenía un tres por ciento de batería. En cuanto empezó a cargarse, apareció una solicitud de contraseña en pantalla.

—¿Cuál es tu contraseña? —le pregunté.

—Once, cuarenta y uno, cuarenta y cuatro.

Introduje el código y el portátil empezó a zumbar. Cuando arrancó, me volví hacia él.

—¿Qué significan los números?

Se encogió de hombros.

Todavía se estaba recuperando del golpe en la cabeza y parecía un poco mareado. Me saqué la pistola del cinturón y la dejé sobre la mesa de cristal a mi lado con un ruido seco.

Tilton la miró, luego me miró a mí.

Por fin apareció el escritorio, cargado de carpetas. Había cuatro a la derecha de la pantalla —Presupuestos mensuales, Grupo de los Veinteañeros, Sermones de diciembre y Escrituras de diciembre— y otras dos a la izquierda —Fotos y Contactos—.

Hice clic en Contactos.

Apareció una segunda solicitud de contraseña. Introduje el mismo código que antes. Esta vez, la pantalla me dijo que había introducido una contraseña incorrecta.

—¿Cuál es la contraseña de las carpetas?

Probé con Presupuestos mensuales y se abrió. Las demás —Veinteañeros, Sermones, Escrituras— también se abrieron. Así que solo estaba bloqueada la carpeta Contactos.

—¿Cuál es la contraseña de la carpeta Contactos?

Se me quedó mirando.

Me froté la frente, fastidiado, cansado ya de todo aquello, y luego cogí la pistola.

—¿Cuál es la contraseña de la carpeta Contactos?

—¿Vas a dispararme en mi propia casa?

—¿No me crees capaz?

Me miró.

—No eres un asesino, David.

—Diles eso a Zack y a Jason.

Un destello de algo apareció en su rostro, de miedo, de pánico, y luego volvió a desvanecerse. Señaló el portátil.

—Hazme un favor y ve a la carpeta Fotos.

—¿Cuál es la contraseña de la carpeta Contactos?

—Por favor.

Mis ojos se detuvieron en él y luego hice doble clic en la carpeta Fotos. Había treinta documentos, todos jpeg, con nombres de archivo como «thelastsupper.jpg» y «jesusandpeter_water.jpg». Abrí un par. Eran pinturas de escenas bíblicas: el nacimiento virginal, Jesús tentado por el diablo, la parábola de los dos hijos, Jesús en la cruz.

—Abre «viuda-guion bajo-naín» —dijo.

—No tengo tiempo para un sermón.

—Puede que te responda a algunas preguntas.

Busqué el archivo y encontré el nombre a mitad de la lista. Era un cuadro de Jesús de pie sobre un ataúd abierto, con una viuda a su lado.

Un hombre estaba sentado en el ataúd.

—Me preguntaste por las cifras —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—La contraseña del portátil.

Once, cuarenta y uno, cuarenta y cuatro.

Le estudié. La expresión de su cara me preocupó por primera vez: parecía que había elaborado algún tipo de plan, una estrategia, una forma de vengarse de mí.

—Vamos, David —dijo—. Ambos sabemos por qué estás aquí, por qué no diste media vuelta y te fuiste por otro lado en cuanto te dimos la oportunidad.

—¿De qué demonios estás hablando?

—¿Sabes qué es ese cuadro? Es la resurrección de un hombre en Naín. Jesús y sus discípulos visitaron aquel lugar después de salir de Cafarnaún, y se encontraron con un cortejo fúnebre. Cuando Jesús vio a la viuda llorando por su hijo muerto, sintió compasión por ella. Comprendía su tormento, lo experimentaba casi como si él mismo hubiera vivido la pérdida del niño. Y sintió tanta compasión por la viuda que resucitó a su hijo. Resucitó a ese niño de entre los muertos.

—¿Cuál es la contraseña que te he pedido?

—Hay tres relatos de Jesús resucitando a alguien en los Evangelios. El joven de Naín, que está en Lucas; la hija de Jairo, que está en todos excepto en Juan; y, por supuesto, el relato más famoso de todos.

—¿Que cuál es la contraseña?

—La resurrección de Lázaro.

Lo miré con un atisbo de sonrisa en la cara y recordé la Polaroid de Alex. En el fondo se veía el reflejo de un cartel en el que aparecía impreso «Lázaro».

Y también había visto referencias en el teléfono de Tilton.

—¿Dónde se encuentra Lázaro? —dije.

—Algunos estudiosos —prosiguió— sostienen que la historia del joven de Naín y la resurrección de Lázaro son en realidad de una sola persona. Si ese fuera el caso, eso reduciría a dos el número de personas que Jesús resucitó de entre los muertos.

—Suficiente. ¿Dónde se encuentra Lázaro?

—Supongo que, en cierto modo, eso es lo que esperabas, ¿verdad, David? Quieres creer que Alex ha vuelto de entre los muertos... —

Hizo una pausa, sonrió—. Porque quieres creer que también podría ser posible para tu mujer.

Lo miré fijamente: tragué saliva, tomé aire.

—¿Tengo razón, David?

Estaba ardiendo por dentro, furioso con él por usar a Derryn para llegar a mí. Me costó una fuerza implacable no pasar al ataque. Quería ponerle la pistola en la garganta. Quería ver cómo se ahogaba. Pero, en lugar de eso, cogí el teléfono y empecé a mirar la agenda. En un reflejo, en la ventana, a mi derecha, pude ver a Tilton moverse hacia delante en el sofá, desequilibrado ahora, inseguro de lo que estaba haciendo.

—Lo que pasa contigo, reverendo —le dije con calma, en voz baja—, es que todavía tienes algo que te importa. —Fingí que había llegado al nombre que quería y lo miré—. Lo único que me importaba a mí tuve que enterrarlo hace doce meses.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy haciendo una llamada telefónica.

—¿A quién?

—A los medios de comunicación. Voy a destruir tu reputación.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Recuerda que antes era periodista. Así que voy a llamar a todos los que conozco de todos los periódicos con los que he tenido algún trato y les voy a decir quién eres. No la fantasía que transmites cada domingo por la mañana desde el púlpito, sino esto. La gente con la que te relacionas. Las cosas que has hecho. Los cuerpos que has ayudado a enterrar. En una hora, tu vida no valdrá absolutamente nada.

Se acercó al borde del sofá.

—Espera un segundo...

Hice como que marcaba.

—Espera un segundo, espera...

Corté la llamada.

Había sido la jugada correcta: el tipo era orgulloso, egocéntrico, arrogante. No dudaba de que creyera en la organización, en lo que fuera que estuvieran haciendo y en su papel en ello. Pero, aunque no estuviera dispuesto a admitirlo ante nadie más que ante sí mismo, disfrutaba aún más con los símbolos de su iglesia: la forma en que la gente le trataba, el modo en que estaban pendientes de cada una de sus palabras una vez a la semana, su estatus, su posición.

—Empieza a hablar —le dije.

—Once, cuarenta y uno, cuarenta y cuatro —respondió, con la emoción temblando en su voz.

—No quiero más acertijos.

—Juan, capítulo once, versículos del cuarenta y uno al cuarenta y cuatro. La resurrección de Lázaro. Cuando reclutamos gente, cuando los ayudamos, eso es lo que les prometemos.

Fruncí el ceño.

—¿Resucitarlos de entre los muertos?

—Darles una nueva vida. Un nuevo comienzo.

—¿Es eso lo que le hicisteis a Alex?

—Lo ayudamos.

—¿Es eso lo que le hicisteis?

—Dos, cinco, uno, cinco.

Me quedé paralizado.

—¿Qué?

—Es la contraseña de la carpeta Contactos.

Lo observé durante un momento, haciéndome una idea de dónde estaban sus pensamientos: estaba renunciando a lo que sabía, porque pensaba que de todos modos no importaría. Tilton era solo la punta del iceberg. Si profundizara, encontraría cosas mucho peores que él. Probablemente pensó que estaría muerto antes de que yo tuviera la oportunidad de contarle al mundo lo que estaba pasando. Tal vez tenía razón, tal vez no.

Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Introduje el código en la solicitud de contraseña y la carpeta Contactos se abrió. Dentro había un documento de Word. Tras cargarlo, encontré una larga lista de direcciones y números de teléfono, entre ellos algunos que reconocí: Jade, Jason, Zack, Evelyn.

«Este es el Proyecto Calvario».

Debía haber unos cuarenta nombres, repartidos por todo el Reino Unido; entre ellos, un par sin dirección postal. En su lugar tenían correos electrónicos. Uno de ellos trabajaba en la Policía Metropolitana. Otro en el Servicio Nacional de Salud. «Están en la policía, en el sistema hospitalario». Recordé las dos páginas que faltaban en el expediente de Alex y, de repente, todo empezó a

tener sentido. Habían eliminado todo lo incriminatorio; un acto de autopreservación.

Entonces, al final, me llamó la atención otra entrada.

No llevaba nombre, solo una dirección: «Edificio 1 (Bethany) / Edificio 2 (Lázaro), Granja Stevenshire, Old Tay, cerca de Lochlanark, Escocia».

—Ve a la granja —dijo Michael, como si leyera mi mente—. Sube a ver qué está pasando en realidad. —Se detuvo, observándome, y por primera vez vi algo nuevo en su rostro: lástima, inquietud—. Pero no esperes volver.

—¿Por qué? ¿Qué hay ahí arriba?

Señaló con la cabeza el portátil.

—Vuelve a la carpeta Fotos.

—Háblame de la granja...

—Esto es la granja.

Volví a la carpeta Fotos.

—¿Y ahora qué?

—¿Ves ese archivo que está en medio de todos?

Volví a mirar la lista y descubrí a qué se refería. No había reparado en ello la primera vez: una foto sin nombre de archivo como las demás.

Se llamaba 2-5-15.

—¿La de los números? —pregunté.

Tilton asintió con la cabeza.

Hice clic en ella y empezó a cargarse otro cuadro. Era la imagen de un hombre arrodillado ante Jesús, con el rostro levantado hacia el cielo. Estaba atormentado, sus ojos como fuego, su boca como una tumba abierta. Algo encajó en su sitio, pero no estaba seguro de qué.

—El segundo Evangelio, Marcos —dijo Tilton—. Capítulo quinto; versículo decimoquinto. «Y vinieron a Jesús, y vieron al que había sido poseído por el demonio...»

«Y vieron al que había sido poseído».

Me golpeó como un mazo: el hombre de Cornualles, el que había sentido en mi oreja en Bristol, tenía la misma inscripción tatuada en el brazo.

—Intenté ayudarte, David —dijo Tilton en voz baja, casi afligida—. Intenté decirte que dieras la vuelta y te fueras por otro camino, pero no quisiste escuchar. Querías ver lo que se escondía entre las sombras. Bueno, ahora podrás averiguarlo.

—¿Quién es?

Michael no respondió.

—¿Él está a cargo de todo esto?

—No, a cargo no. —Michael me miró—. Lo trajimos al principio solo por una cosa. Su... experiencia nos ayudó. Pero luego empezamos a necesitarlo cada vez más, y poco a poco se hizo más poderoso. Maniobró para alcanzar una posición de poder. Y, después de eso, empezó a traer sus propias... ideas. —Se detuvo y sacudió la cabeza —. Así que no, él no está a cargo. Un hombre llamado Andrew es quien manda allí. Pero a ese hombre... no hay nadie que pueda

detenerlo. El Dios que yo conozco, el Dios que tiene a tu mujer, no es el mismo para el que él trabaja.

Fruncí el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—»Y vinieron a Jesús, y vieron al que había sido poseído por el demonio, y que había tenido la legión, sentado y vestido y en su sano juicio; y tuvieron miedo». —Michael miró hacia el portátil, hacia el cuadro que había en él—. No sé cuál es su verdadero nombre. Creo que incluso él lo ha olvidado. Solo sé cómo se llama a sí mismo.

—¿Y cómo se llama?

—Legión —respondió—. Porque muchos demonios entraron en él.

Legión

Legión salió de la oscuridad y le puso una mano en la cara. Él se movió en la silla intentando zafarse, pero cada esfuerzo por apartarse del duro plástico de la máscara hizo que el demonio se acercara más, con los ojos desorbitados y el aliento crepitando por los diminutos orificios de la nariz. Tenía las muñecas y los tobillos atados a la silla, que estaba atornillada al suelo. Los dedos de Legión se clavaron más en su piel. Despacio, giró su cabeza, obligándolo a mirar directamente a la máscara.

—¿Sabes dónde estás?

El hombre negó con la cabeza.

—Estás a las puertas de tu próxima vida.

Legión sonrió dentro de la hendidura de plástico de la boca y luego sacó la lengua por ella. Los dos extremos del músculo se retorcían como gusanos rompiendo la superficie de la tierra.

—¿Crees en Dios?

—Por favor...

—¿Crees?

—No lo sé...

—¿Crees en Dios?

Una alarma se encendió en el pecho del hombre y cerró los ojos, tratando de no mirar la máscara, de imaginar cuál podría ser la respuesta correcta. Entonces, se acordó de algo que había dicho Rose: «A veces creo que podría ser el diablo de verdad».

Cerró los ojos e intentó levantar los brazos, con la esperanza de que la cinta adhesiva se rompiera. Pero, cuanto más lo intentaba, más fuerte le apretaba Legión las uñas en la cara. Cuando dejó de intentar luchar, la presión se suavizó. Sintió la sangre correr por sus mejillas, y un ligero residuo en su piel donde había estado la mano de Legión. Quería tocarse la cara, quería limpiarse, pero no podía moverse.

Finalmente, abrió los ojos.

Frente a él, Legión colocó una mano sobre la máscara y la levantó, pasando por su barbilla, su nariz, sus ojos, hasta que quedó encima de su cabeza. Su rostro real era anguloso y tenso; su piel, pálida; sus ojos, oscuros; vasos sanguíneos recorrían la parte superior de sus pómulos, donde la piel parecía casi translúcida. Aparentaba unos cuarenta años, pero se movía con el propósito y la eficacia de alguien mucho más joven.

—Nunca me uní a esta causa porque creyera en lo que hacían —dijo Legión, tocando con los dedos una cicatriz que le recorría la línea del cabello hasta la cresta de la barbilla—. Los de aquí creen que esto es una vocación superior. Una misión. —Legión se acercó y se llevó un dedo a los labios. Volvió a sonreír, pero esta vez no había nada juguetón en su gesto; solo oscuridad y amenaza—. Ssshhh, no se lo digas a nadie, pero vi esto como una oportunidad. Me necesitaban para hacer algún trabajo sucio para ellos. Y, después de dejar el ejército, buscaba un lugar donde esconderme.

Se subió la manga del brazo derecho.

—Eso no significa que no sea creyente —prosiguió—. Tan solo no creo en el mismo Dios que ellos. La mayoría de los que están aquí tienen fe en un Dios que perdona, un Dios que se doblega ante cualquier error que cometamos y nos concede una segunda oportunidad. Yo no. Supongo que se podría decir... que soy más del Antiguo Testamento.

Giró el brazo para que se viera el tatuaje. Era negro azulado, manchado por la edad, y corría en líneas horizontales, desde la muñeca hasta el pliegue del brazo.

—Y tuvieron miedo —dijo.

Legión se quedó de pie, casi paralizado por lo que tenía escrito en la piel, y entonces se agachó y tocó con un dedo las cuatro últimas palabras del tatuaje.

—He visto la ira de Dios —continuó, pero ahora más bajo, con voz distante—. He visto a gente volar en pedazos. He visto a hombres sangrando por los ojos. He visto inundaciones y terremotos. He visto destrucción. ¿Y sabes qué? Deberíamos tener miedo. Tú deberías tener miedo. —Hizo una pausa y volvió a bajarse la manga de la camisa—. Porque Dios no perdona. Él no cree en las segundas oportunidades. Él castiga. Él destroza. Él consume. Por eso, la pregunta que siempre me hago cuando veo a Andrew predicar sobre el poder de la redención es: si Dios no se preocupa por mí, ¿por qué coño debería preocuparme por ti?

Legión se hizo a un lado. Más allá, una puerta doble se abría a la habitación contigua. Estaba semioscuro, pero el resplandor apagado de una tira de luz mostraba lo que aguardaba.

—No. No, por favor.

—Esta —dijo Legión— es mi contribución a este lugar.

Mientras él miraba desde la habitación contigua a Legión, lo único que podían escuchar sus oídos era su corazón chocando contra su caja torácica, golpeando contra las paredes de su pecho. Cuando intentó tragar, se dio cuenta de que se le cerraba la garganta. El sudor había empapado toda su ropa. Se le formaba saliva a lo largo del nacimiento del pelo. Miró a Legión y luego hacia delante, hacia la habitación a la que lo llevarían a continuación.

Al aparato que se encontraba en el centro.

Le dieron arcadas.

Su garganta se forzó con lo que le quedaba dentro, se inclinó hacia delante y dejó caer el vómito de sus labios. Este golpeó el suelo y se extendió, llenando las grietas del hormigón, notó entonces su respiración pesada. El pánico y el temor empezaban a apoderarse de él.

En ese momento se dio cuenta de algo.

Legión se había ido.

Miró a izquierda y derecha, pero a su alrededor nada se movía. Nada hacía ruido. No había señales del diablo. Tragó saliva. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Sabes quién era Lucifer?

Una voz justo detrás de su oreja, feroz y violenta, como cristales rotos.

Gimoteó.

Una pausa.

—¿Estás llorando?

Intentó contener las lágrimas, pero entonces miró el aparato que estaba en la otra habitación, con una forma desgarradora en las sombras, y se imaginó a sí mismo siendo arrastrado por el suelo hacia él. En silencio, empezó a suplicar por su vida.

Por el rabillo del ojo, vio a Legión surgir de la oscuridad, a unos dos metros de distancia. La máscara estaba de nuevo en su rostro, los ojos parpadeaban en los orificios oculares, la lengua se movía en la hendidura de la boca.

—En Ezequiel —dijo Legión, su voz se arrastraba con poder—, se dice: «Tú, querubín ungido, protector, yo te puse allí». Está hablando de Lucifer. Está hablando de los orígenes de Satanás. «Yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego. Recto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad». —Legión hizo una pausa—. ¿Sabes lo que eso significa?

Él sacudió la cabeza, con rastros de lágrimas en la cara.

—Significa que Lucifer tenía todo lo que podía desear. Tenía el favor de Dios. Pero ni siquiera eso le bastó. Así que Dios lo expulsó del cielo. —El diablo miró a su izquierda, a la habitación donde se encontraba el aparato—. ¿Crees que un Dios que expulsó a uno de sus propios ángeles puede oírte cuando suplicas por tu vida? ¿Lo crees? No escucha nada de lo que dices. Nada. Dios quiere que le tengas miedo. Y quiere que me tengas miedo. —Legión se inclinó hacia él—. Porque ¿sabes qué? Yo soy el verdadero Lucifer. Soy la mano derecha de Dios. Soy Su mensajero.

—Por favor —sollozó.

Legión se apartó.

—Y su ira se manifiesta a través de mí.

CUARTA PARTE

38

Lochlanark era un pequeño pueblo a medio camino entre Oban y Lochgilphead. Dominaba las islas de Scarba, Luing y Shuna, el estuario de Lorn y el gris y brumoso Atlántico. Tardé siete horas en llegar desde Londres, y solo me detuve dos veces en todo el trayecto. Una vez para repostar el coche y otra para llamar a una gasolinera y asegurarme de que iba por el camino correcto. Me dijeron que Old Tay, donde estaba la granja, era un pueblo de una sola calle a unos once kilómetros al norte.

Cuando llegué, encontré cinco casas de campo y un prado en pendiente que descendía hasta el mar. Hacia el interior, había bosques, y más allá, las elevadas cumbres de Beinn Dubh, veteadas de negro y verde, con pequeños regueros de nieve en cada pliegue. Justo al final del pueblo, por fin encontré la entrada a la granja.

Aparqué en un campo helado, a unos cien metros de la entrada. El sol se abrió paso entre las montañas justo antes de las ocho de la mañana y, mientras observaba el lugar sin que nadie entrara ni saliera, me di cuenta de cuánto tiempo había pasado sin dormir. Dos días atrás, había tenido una noche agitada en el asiento delantero de mi coche, en Bristol. Anoche había conducido ochocientos kilómetros, parando solo para repostar. Estaba agotado, y podía sentirlo: me dolían los huesos, tenía los ojos arenosos y la cabeza, aturdida. Fuera cual fuera mi plan, fuera cual fuera mi enfoque, sabía que corría un riesgo. Tilton les habría hecho saber lo que había pasado en Londres. Sabrían lo de Zack y Jason.

Tal vez por eso aquella zona estaba tan tranquila.

Quizá me estaban esperando.

Me aclaré la ideas, recomponiéndome, y asimilé lo que me esperaba. La propiedad estaba rodeada de una valla de malla metálica y la puerta principal, de unos dos metros de altura, parecía que se accionaba eléctricamente. En un poste situado a la izquierda se había colocado una cámara de videovigilancia para ver quién entraba y salía. Con unos prismáticos, pude distinguir los dos edificios.

Uno, el más pequeño, estaba más cerca de la carretera, a unos veinte metros de la entrada. Un sendero, con huellas congeladas en el barro, bajaba por una pendiente y daba la vuelta por detrás. Había otra cámara de videovigilancia en la parte delantera, apuntando hacia la entrada de la granja. No tenía ni idea de si esa era Bethany o Lázaro.

El segundo edificio, la granja, era lo bastante grande como para albergar al menos cinco dormitorios, y estaba mucho más lejos, bajando por un camino de grava irregular. Sus ventanas eran opacas. Las paredes estaban desconchadas. Si la nieve no se hubiera amontonado a ambos lados de la puerta principal, parecería que nunca se había vivido en ella. Había una tercera cámara atornillada al techo, apuntando a la parte delantera.

El sendero que discurría entre los dos edificios, bajando por la pendiente de la colina, era irregular. A ambos lados se alzaban viejos graneros en desuso, llenos de fardos de heno congelados y trozos oxidados de maquinaria. Más allá de la granja estaba el mar, que rompía en la arena salpicada de placas de hielo. Cada vez que una ola llegaba a la orilla, empujaba hacia mí el olor del lugar: estiércol, sal marina, óxido.

Me incliné y abrí la guantera.

Dentro había una cizalla.

Volví a coger los prismáticos y apunté a la valla, justo por encima de donde estaba el primer edificio más pequeño. Si entraba por ahí, junto al límite más alejado de la propiedad, las cámaras no podrían

captarme. Ninguna de ellas estaba colocada para grabar en esa parte del recinto, lo que me proporcionaría una carrera relativamente libre hasta el edificio. Una vez dentro, tendría que pensar en mi siguiente movimiento. Dependería de lo que hubiera dentro... o de quién me estuviera esperando.

Volví a echar un vistazo a la guantera.

El arma de Jason también estaba allí.

Mientras la miraba, pensé en la bala que tenía encerrada en cristal en la habitación de invitados de mi casa y, más lejano aún, en el día en que la saqué por primera vez de las calles ensangrentadas de un municipio sudafricano. Era tan joven entonces, tan intrépido que probablemente fue la razón por la que me envió el periódico allí, y desde entonces me había preguntado muchas veces cuánto quedaba de aquella persona. El olor a goma quemada. El crepitar de los disparos. El sol derritiendo el asfalto bajo nuestros pies. Podía oler aquellas calles, oírlas, como si fuera ayer. Y, cuando miré carretera abajo, hacia la granja inactiva, vi algo parecido.

Aquí hacía más frío, era más tranquilo.

En apariencia, al menos, más benigno.

Pero en el interior de esos muros, al igual que en las calles de Sudáfrica en los años anteriores a las elecciones, se libraba una guerra. La gente también perdía la vida por una causa. La única diferencia era que aquí no había facciones. No había tribus invadiendo el territorio de otras ni vehículos gubernamentales arrasando chabolas o disparando indiscriminadamente. No había blancos ni negros.

Solo estaban ellos.

Y yo.

39

El edificio más pequeño tenía un aspecto de casa de campo antigua: marcos y alféizares de color rojo pálido, bandejas de flores muertas y una placa junto a la puerta en la que ponía «Bethany».

Entré en diagonal por el agujero que había hecho en la valla, usando los graneros vacíos como cobertura. Había una segunda puerta en la parte trasera de Bethany, abultada y vieja. Deslicé el arma en mi cinturón y empujé. La puerta se estremeció y crujió al abrirse.

Nada más entrar había una cocina.

Al fregadero le faltaban grifos y partes de su fontanería, y algunos armarios habían sido desmontados y retirados. Una mesa había sido cortada en pedazos y dejada en medio de la habitación. Junto a la cocina había dos puertas: una daba a una despensa y la otra, a una sala de estar sin muebles. En el salón estaban las escaleras.

Me dirigí hacia arriba.

Había tres puertas en el rellano, pero ninguna alfombra. La primera llevaba a un dormitorio. Una «A» había sido tallada en la puerta. En el interior, más o menos a mitad de camino, había un conducto de chimenea cuadrado que iba del suelo al techo y salía de la pared un metro. En las ventanas no había cortinas, solo sábanas que se movían con la brisa. Pero no había camas. Ni armarios. Por una de las paredes corrían regueros de agua procedentes de agujeros en el techo.

Miré hacia el segundo dormitorio, con una «B» en el centro de su puerta. Este era diferente. Era más grande, y las paredes de piedra en ruinas tenían gruesas anillas de hierro fundido clavadas en ellas, espaciadas a intervalos de tres o cuatro pies. De cada una de las anillas colgaban unas esposas. Avancé hacia la habitación. Tenía

unos doce metros de largo y olía a vómito y mierda. A lo largo de ella había cuatro ventanas cubiertas por sábanas. Me giré y miré una de las anillas que tenía más cerca, medio oculta tras la puerta. Encima, alguien había grabado un mensaje en las paredes húmedas.

«Ayúdame».

En los surcos de las letras había trozos de uña.

Retrocedí y me volví hacia la tercera puerta. El baño. Tenía la mayoría de sus accesorios y un lavabo, un retrete y una bañera. La bañera estaba sucia, llena de pelos y trozos de azulejos rotos, pero el lavabo estaba limpio, usado recientemente, con gotas de agua junto a la boca del desagüe. Había un espejo en la pared, encima. El hematoma de mi mejilla se había oscurecido y los cortes de las espinas del bosque habían empezado a secarse. También tenía un poco de sangre en el ojo, algo que no había notado antes. Me incliné aún más hacia el espejo para ver más de cerca y entonces vi algo.

Me giré y volví a mirar hacia la bañera.

«Los azulejos no encajan bien».

Tras arrodillarme a su lado, empujé un azulejo, sintiéndolo saltar y tambalearse, y observé cómo recuperaba su forma. Empujé de nuevo. Esta vez, las esquinas del panel se desprendieron y pude ver que los bordes estaban ligeramente dentados en todo el contorno, como si el panel hubiera sido cortado y luego encajado de nuevo. Introduje dos dedos en el hueco entre el azulejo y su borde, y empecé a tirar de él.

Sin mucho esfuerzo, se desprendió por completo.

Dentro de la bañera, apilados alrededor de su forma semiovalada, había cientos de frascos de cristal para viales. Eran tan altos y tan anchos como permitía la bañera, de color marrón oscuro e idénticamente etiquetados. Las instrucciones de uso estaban

impresas en la parte inferior de cada frasco, debajo de una etiqueta de advertencia: «Precaución: solo para uso veterinario».

Los viales contenían ketamina.

Chas.

Un ruido en el exterior.

Me acerqué a la ventana del cuarto de baño y vi a una mujer que subía por el sendero desde el otro edificio: pálida, joven, de unos veinte años, con el pelo castaño oscuro recogido en una coleta. Llevaba unos vaqueros, un top rojo, una chaqueta de esquí blanca y unas botas gruesas forradas de piel. Los trozos sueltos de grava se esparcían bajo sus pies mientras avanzaba, antes de que sus pasos se amortiguaran al chocar contra la nieve.

No tenía tiempo para salir, así que volví a colocar el azulejo en la bañera y me dirigí a la habitación B, la que tenía anillas en las paredes. Tras la puerta, retrocedí hasta apoyarme contra la pared, sintiendo la pistola metida en la parte trasera del pantalón. Alargué la mano, húmeda a pesar del frío, y deslicé los dedos alrededor de la empuñadura, agarrando el gatillo. No tenía ni idea de si ella también iba armada.

No tenía ni idea de si me habían visto.

¿Estaban tras de mí?

¿Era una trampa?

Sonaron pasos en la escalera. Tenía una estrecha visión entre la puerta y el marco, suficiente para verla llegar a lo alto de la escalera. Ella llevaba el teléfono en la mano y estaba comprobando algo. Pasó junto a mí, hacia el baño.

Oí el chirrido del azulejo de la bañera al ser retirado.

Frascos tintineando entre sí.

En silencio, empezó a tararear para sí misma.

Salí de detrás de la puerta, dando una gran zancada desde el dormitorio hasta el cuarto de baño, y le puse la pistola en la nuca.

—Buenos días.

Se sobresaltó, como si una corriente la hubiera partido en dos. Sin moverse, su mirada se desvió hacia un lado de su cráneo, mirándome por encima del hombro.

—Levántate.

Se irguió despacio, dejando los frascos en el suelo, con una mano levantada delante de ella, diciéndome que no iba a dar problemas. Cuando se giró hacia mí, vi un destello de reconocimiento en su rostro. Había sido informada. Sabía quién era yo.

—¿Cómo te llamas?

—Sarah —dijo en voz baja.

Hice un gesto con la pistola, indicando hacia dónde quería que se dirigiera: a la habitación B. Salió del cuarto de baño, dejando los viales de ketamina en el suelo y el azulejo tirado al lado. Dentro de la habitación B, le dije que se arrodillara frente al mensaje de «Ayúdame» garabateado en la pared.

—¿Puedes leer eso, Sarah?

Ella asintió.

Su respiración era corta y aguda, asustada.

—Bien. Así que hablas mi idioma. Alguien grabó ese mensaje en la pared y se dejó la mitad de las uñas ahí. Puedes ver sus uñas,

Sarah, ¿verdad?

Volvió a asentir.

—Habla más alto, no puedo oírte.

—Sí.

—¿Tienes idea de lo doloroso que tuvo que ser? ¿Cómo de desesperado tiene que estar alguien para grabar un mensaje así en una pared con los dedos?

Ella no se movió, no contestó.

—¿Sarah?

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, lo sé.

—Bien. Ahora te voy a hacer algunas preguntas y tú me vas a dar algunas respuestas. Y si recibo de ti siquiera un atisbo a mentira, Sarah, usaré tus dedos para grabar un mensaje en la pared de al lado. ¿Está claro?

Asintió.

Tiré de ella y la saqué de la habitación.

No podía soportar más el olor.

En el rellano, la obligué a arrodillarse frente a una de las paredes. Por un momento, me vi en el espejo del baño y no me gustó la persona que me miraba. Pero ahora las cosas habían cambiado. Yo había cambiado. No podía volver a ser el hombre que había sido antes, no ahora. Se habían asegurado de ello.

—No quiero hacerte daño —le dije. Estaba arrodillada, con una de sus manos en la pared frente a ella—. Todo irá bien si me dices la verdad.

Hice una pausa, dejé que lo asimilara.

Asintió.

—De acuerdo. ¿Alguien me ha visto llegar?

Ella sacudió la cabeza.

—No.

—Pero sabías que vendría.

—Sí. Te estábamos esperando.

—¿Tilton os avisó?

—Sí.

—¿Cuántos sois aquí?

—No lo sé.

—No me mientas, Sarah.

—No lo hago. No lo sé. De verdad. Veinticinco. Tal vez treinta.

Intenté no mostrar mi preocupación en el rostro.

Treinta personas.

Miré en la habitación B.

—¿Para qué se utiliza la habitación con las anillas?

Una vacilación, y entonces dijo:

—Para la aclimatación.

—¿Qué significa eso?

—Los traemos aquí para desintoxicarlos.

Pensé en el adolescente que había encontrado en la casa de Bristol, con una jeringuilla en el suelo a su lado.

—¿Así que este es un lugar para drogadictos? ¿Una clínica de rehabilitación?

Volvió a asentir.

—No hablamos con lenguaje de signos. ¿Sí o no?

—Sobre todo, sí.

—¿Qué significa «sobre todo»?

—La mayoría son drogadictos. Pero también hay otros.

—¿Otros?

—No es...

—¿No qué?

—No es como un programa normal.

Miré las esposas, las salpicaduras de sangre, olí la descomposición y la enfermedad en el aire.

—No me digas. Entonces, ¿qué es?

—Es una forma de ayudar a la gente a olvidar.

—¿Olvidar qué?

—Las cosas que han visto. Las cosas que han hecho.

—¿Como qué?

Ella no contestó.

—¿Como qué, Sarah?

Hizo una pausa, apartó por fin la mano de la pared y giró ligeramente la cabeza para verme mejor.

—No sé si lo entenderías.

—Supongo que ahora lo veremos.

Otra pausa.

—Todos han sufrido traumas.

—¿Como cuáles?

—Traumas que afectan a la vida.

—Especifica —dije.

Apartó la mirada brevemente, pero al final sus ojos volvieron a fijarse en los míos, recorriendo mi rostro. Pude ver el miedo que había vislumbrado cuando la había sorprendido. Pero ahora, de algún modo, parecía menos convincente... como si estuviera jugando conmigo; como si todo esto, el numerito de la niñita asustada, pudiera ser la forma en que le daba la vuelta a los roles de cada uno.

—¿Traumas vitales como cuáles? —dije.

Sonrió un poco con tristeza.

—Como Derryn.

Le clavé la pistola en la nuca, forzándola contra la pared. Una trozo de yeso le cayó en la cara. Tosió.

—No intentes meterte en mi cabeza. No menciones su nombre. Nunca trates de usarla como una forma de llegar a mí. Si vuelves a decir su nombre, te mato.

Asintió.

—Mantén los ojos cerrados.

Frunció el ceño, como si no lo entendiera.

—Mantén los ojos cerrados.

Los cerró.

—Especifica —repetí—. Dame detall...

—¿Sarah?

Hice una pausa, mirando a lo largo del rellano.

—¿Sarah? ¿Va todo bien?

Una voz de hombre, abajo.

Alguien más estaba dentro de la casa.

40

Me incliné hacia Sarah.

—No hagas ruido, ¿entendido?

Volvió a abrir los ojos y me miró. Entonces me di cuenta de por qué le había pedido que los cerrara. La suya no era una belleza clásica, pero sus ojos eran increíbles: tan perfectamente azules como un océano sin un solo soplo de viento en él. Eran sus armas. Eran lo que la hacía poderosa. Los mirabas y bajabas la guardia. Te perdías.

—¿Sarah?

La voz del hombre otra vez.

Le tapé la boca y la puse en pie, luego retrocedí despacio, con ella delante de mí, hasta la habitación A.

—¿Sarah?

Un crujido en las escaleras.

La empujé hacia el centro de la habitación, para que se quedara allí sola, y retrocedí detrás de la puerta. Ella me miró; yo le devolví la mirada.

«No hagas ninguna tontería».

—¿Sarah?

Se volvió hacia la puerta.

—Estoy aquí arriba.

Miré a través de la jamba de la puerta, hacia las escaleras. Apareció una cabeza, pero despacio, como si quienquiera que fuera intuyera que algo pasaba.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, sí, estoy bien.

—¿Qué estás haciendo?

«Tiene acento de Europa del Este».

Se detuvo al final de la escalera y miró a su alrededor. Pude ver destellos de su rostro entre los barrotes de la escalera, ojos que se desviaban hacia las puertas, y luego se centró en los viales de ketamina tirados en el suelo del cuarto de baño.

—Sarah, ¿qué estás haciendo?

Dio otro paso.

Como no contestó, la miré y le hice un gesto para que respondiera.

—Me... Me pareció oír un ruido aquí —dijo—. Solo he venido a echar un vistazo.

Ahora podía ver la cara del hombre.

Stefan Myzwik.

Era mayor que en las fotos policiales que había visto, pero más delgado y tenso. Llevó una mano a la parte trasera del pantalón, claramente buscando un arma.

—Hace calor aquí.

Le lancé una mirada a Sarah.

«Acaba de decirle que estoy aquí».

Me devolvió la mirada: no se movió, no dijo nada más. Cuando volví a mirar en dirección a Myzwik, pude ver que su arma estaba levantada frente a él, apuntando en dirección a los dormitorios. Sus ojos se desviaron de nuevo hacia los frascos mientras avanzaba en silencio por el rellano, sabiendo con exactitud dónde colocar los pies. Si no lo hubiera oído pronunciar el nombre de Sarah, nunca lo habría oído acercarse.

—¿Dónde? —dijo.

—En la habitación A —respondió.

Myzwik se acercó a la puerta, miró a Sarah y, sin que ella tuviera que decir nada, pareció saber de inmediato dónde estaba yo.

Me agaché cuando disparó dos veces a través de la puerta.

El ruido rompió el silencio, perforando las paredes del edificio y haciendo crujir los campos del exterior. La madera se astilló sobre mí cuando las balas la atravesaron, y una lluvia de yeso cayó sobre mi pelo y mi cara.

Le di una patada a la puerta.

Se cerró de golpe, traqueteando en su marco.

Sarah me miró a mí y luego a la puerta, intentando averiguar si podía salir de la habitación antes de que yo llegara a ella. Pero no se movió hacia la puerta. En lugar de eso, se dio la vuelta, con las manos en alto de nuevo, retrocediendo. Levanté la pistola y la apunté, luego atravesé la habitación, la agarré del brazo y la atraje hacia mí.

—¡Myzwik! —grité a través de la puerta.

Nada.

Ni un ruido del otro lado.

—La tengo y la matar...

Un teléfono móvil empezó a sonar al otro lado de la puerta y, despacio, el picaporte comenzó a girar. Acerqué a Sarah hacia mí, con un brazo alrededor de su cuello y el otro por encima de su hombro, apuntando con la pistola a la puerta.

Se abrió.

Myzwik estaba de pie, con la pistola bajada a un lado y el móvil en la oreja. Sus ojos eran pálidos, casi del color de su piel, y se estaba dejando crecer una barba —negro azabache— que le daba un aspecto extraño, como un extraterrestre. No me quitó los ojos de encima, se quedó allí de pie, escuchando a quien le había llamado. Podía oír el débil murmullo de una voz, pero ninguna frase clara. Era una estratagema evidente: él de pie en la puerta, bloqueando mi salida, diciéndome que no creía que fuera a dispararle. Delante de mí, Sarah probablemente podía sentir mi corazón golpeando contra su columna vertebral. Y lo más seguro era que ahora ambos se habían dado cuenta de la verdad: que no era el hombre que necesitaba ser, porque ese hombre apuntaría con su pistola a Myzwik y apretaría el gatillo.

Por último, Myzwik dijo:

—Sí, la tiene.

—Deja el teléfono —le dije.

No lo hizo. La voz continuó, un bombardeo constante de instrucciones. Hubo un movimiento en su rostro.

—¿Estás seguro?

—Deja el teléfono —le dije.

Esta vez casi le escupí las palabras, y el cambio de tono pareció sorprenderle. Por primera vez, vio algo preocupante. Quizá no a un asesino, pero sí a un hombre tan decidido como para enfrentarse a él.

Cerró el teléfono.

—¿Qué haces aquí, David? —Su acento se había suavizado con el tiempo, pero su voz seguía siendo dura, sin emoción—. ¿Tienes idea de lo que estás haciendo?

—¿Qué demonios está pasando aquí, Myzwik?

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué crees?

Se encogió de hombros.

—Lo siento por ti.

—¿Sí? ¿Y eso a qué se debe?

—No tienes ni idea de lo que estás haciendo.

Sonreí.

—Estáis empezando a sonar todos igual, ¿lo sabías?

—Tal vez sea porque no estás escuchando bien.

—O quizá es porque no tenéis un pensamiento original en vuestras cabezas. Sois fanáticos cegados y violentos. Quiero decir, mira este lugar. Mantenéis a la gente encadenada a las paredes. ¿En serio crees que eso es tener fe?

—¿Tener fe? Qué sabrás tú de...

—Ahórrate las palabras.

Me miró.

—¿Qué quieres?

—Vas a responder a mis preguntas, aquí y ahora. Porque si no lo haces, la mataré. —Hice una pausa, sintiendo que Sarah se movía contra mí. Estaba atacada. No iba a matarla incluso ahora, después de lo que me había pasado en el bosque, me parecía una idea repulsiva, pero Myzwik no necesitaba saberlo—. Si hay que matar o morir —le dije—, créeme que le meteré una bala en la cabeza.

Myzwik miró a Sarah por primera vez, clavó los ojos en ella, y luego volvió a mirarme a mí, con un cambio en el rostro que lo delataba. Tristeza. Arrepentimiento. Duda.

«Algo pasa».

Y entonces recordé lo que había preguntado al final de la llamada: «¿Estás seguro?». Un momento de reticencia, como si alguien le hubiera pedido que hiciera algo.

«Oh, mierda».

Una fracción de segundo demasiado tarde, vi el qué.

—Espera un segundo...

Levantó el arma y disparó a Sarah en el pecho.

La bala entró por arriba, justo encima de su pecho izquierdo. Ella se sacudió hacia atrás, su sangre salpicó mi cara, y luego se derrumbó. En una respuesta automática, intenté evitar que cayera al suelo, intenté tirar de ella hacia mí, pero se dobló por completo. La transferencia de peso fue demasiada y muy rápida para que pudiera

aferrarme. Me tambaleé hacia atrás y caí de rodillas, dejando su cuerpo en el suelo, y para cuando levanté la vista, Myzwik estaba casi encima de mí, con la pistola apuntándome a la cabeza.

—¿Qué coño acabas de hacer?

—Levántate —dijo.

Miré a Sarah. Estaba a mis pies, agarrándose el pecho, la sangre bombeando entre sus dedos. En sus ojos ya había desaparecido parte de la luz.

—Se va a morir.

—Ponte de pie o eres el siguiente.

Me levanté. Los ojos de Sarah siguieron los míos, pero luego pareció perder la concentración y su mirada se desvió. Me limpié un poco de su sangre de la cara.

—Morirá, Stefan —le dije, usando su nombre como forma de llegar a su humanidad—. Ella no merece...

—No me digas lo que se merece.

—Haré lo que quieras, solo llama a una ambulancia.

La miró por primera vez.

Levanté una mano.

—Llama a una ambulancia antes de que sea demasiado tarde.

Pareció vacilar por un momento: desequilibrado, distante. Pero luego volvió. Dio un paso adelante y pateó mi pistola al otro lado de la habitación, fuera de mi alcance.

—Ha muerto por la causa —dijo en voz baja.

Volví a mirarla. Su vida, de quizá solo veinte años, se le escapaba por las manos, por la camisa, por la chaqueta, por las tablas del suelo.

—¿De verdad crees eso? —le dije.

No contestó.

Me clavó la pistola en la espalda y me obligó a salir al rellano, y la dejamos morir sola, en una habitación manchada de dolor y recuerdos.

41

Nos dirigimos por el sendero hacia el segundo edificio, una antigua granja de pizarra con una ampliación en la parte trasera. En la parte delantera había una galería, exactamente igual a la de la Polaroid de Alex, y un letrero de madera clavado en la parte interior de la barandilla.

Decía «Lázaro».

La hierba, cubierta de nieve a ambos lados del sendero, se alejaba hasta el mar; el brezo se esparcía por ella, extendiéndose en todas direcciones; y, más allá, los campos se veían a retazos, desplegándose de norte a sur a lo largo de la costa, como casillas de un mismo tablero de ajedrez. Dentro de los límites de la granja, pude ver rectángulos de hierba que habían sido arrancados, palas, picos y rastrillos de jardín abandonados sobre el duro suelo.

En la granja reinaba el silencio, el único sonido provenía de unas campanillas de viento que se mecían suavemente con la brisa del mar y el chirrido de metal contra metal de una veleta que giraba con el viento en lo alto de la casa. Cuando el viento volvió a amainar, la veleta se colocó en su sitio y vi lo que era: un ángel con un arco y una flecha, la cuerda tirada hacia atrás y los ojos mirando hacia arriba.

Myzwik me empujó hacia las escaleras, a la galería, y miré por una ventana delantera a mi derecha. Alex había estado allí una vez haciéndose una foto, congelado por un momento en el tiempo, enmarcado por la ventana, las barandillas de la galería y el azul del mar y el cielo. ¿Qué le había ocurrido? ¿Cómo había acabado allí?

—Abre la puerta y entra.

Myzwik me devolvió al presente.

Abrí la puerta.

Como Bethany, nada más entrar en Lázaro había una cocina. Era pequeña, oscura, con las tres ventanas cubiertas de láminas de plástico negro. De la cocina salían dos puertas. Una estaba cerrada. La otra estaba abierta, y pude ver una sala de estar austera con una mesa en el centro y una única silla colocada al lado. En las paredes de la cocina había marcos con citas bíblicas y estanterías llenas de comida.

Encima de los fogones había un recorte de periódico pegado a la pared.

Niño de 10 años encontrado flotando en el Támesis.

Era el mismo que había visto en el piso de Brixton.

Myzwik encendió las luces y cerró la puerta. Me agarró por el hombro, me clavó la pistola en la columna y me sentó en una silla de la mesa de la cocina, de espaldas a la puerta. Detrás de mí, lo oí abrir y cerrar un cajón. El desgarro de la cinta aislante. Empezó a enrollármela alrededor del pecho y las piernas, asegurándome a la silla. Cuando terminó, tiró la cinta adhesiva sobre la mesa y se dio la vuelta, quedándose de pie frente a mí, mirándome. Tocó con un dedo uno de mis moratones. Cuando me aparté de él, me agarró con más violencia, con los dedos y el pulgar presionando con fuerza en cada mejilla, y tiró de mí hacia él.

—Vas a morir —susurró.

Me zafé de su agarre y lo miré fijamente.

Me sostuvo la mirada un momento, luego se dio la vuelta y sacó su teléfono móvil. Lo abrió y marcó un número.

—Sí, soy yo. Está aquí.

Terminó la llamada.

Nos quedamos allí un momento, mirándonos, y luego dijo:

—No estás aquí para hacerle daño nadie, ¿verdad? Estás aquí ¿para qué? ¿Para liberarlos?

No respondí.

Él sacudió la cabeza.

—Estabas meando contra el viento.

—Sabes que no es verdad —le dije—. Si estuviera meando contra el viento, dos de tus amigos no me habrían llevado a un bosque para ejecutarme.

Sus ojos se entrecerraron.

Sacó una silla y se sentó, y, de nuevo, nos miramos cada uno desde un lado de la mesa, sin decir nada. Después de un minuto, tal vez más, dijo:

—Creo que Alex y yo nunca congeniamos. Muchos de los que estamos aquí intentamos ayudarlo, pero tienes que querer estar en medio, y él no podía hacerlo.

—Entonces, ¿dónde está?

Myzwik se encogió de hombros.

—Aquí no.

Miré alrededor de la habitación, intentando idear algo: algún plan, alguna forma de salir. Cuando me volví hacia Myzwik, parecía divertirse conmigo.

—Puedo oír tu cerebro. Tictac, tictac.

Lo miré fijamente.

—Seguro que su madre te pintó un cuadro precioso sobre su hijo —dijo—, pero Alex es un asesino. —Miró el recorte de periódico de la pared—. No tenía a quién recurrir, pero nosotros estuvimos a su lado. Igual que hemos estado ahí para todos los demás.

—Como has estado para Sarah.

Sus ojos se entrecerraron.

—No lo entiendes.

—Acabas de matarla a sangre fría.

Él sacudió la cabeza. —Tú la mataste al aparecer aquí.

—Eso no te lo crees ni tú.

No contestó, extendió los dedos sobre la mesa que tenía delante.

—Ella era tu moneda de cambio. La habrías usado contra nosotros hasta obtener exactamente lo que querías.

—¿No valoras la vida?

—La valoro mucho —dijo—. La valoro...

Se detuvo.

Detrás de mí, oí abrirse la puerta.

Myzwik miró por encima de mi hombro y, de repente, como si se encendiera una luz, su expresión cambió por completo: todo se desvaneció. Su control, bravura.

Estaba asustado.

En uno de los portarretratos que tenía delante pude distinguir un reflejo. Una forma vaga, una silueta de pie, cerca de mi hombro, ligeramente abatida. No podía verle la cara y no sabía si me miraba a mí o a Myzwik.

Pero podía oler algo.

Putrefacción.

Myzwik se puso en pie, sus ojos pasaron entre el hombre que estaba detrás de mí y yo, y luego se apartó ligeramente, carraspeando, como si no pudiera soportar el olor. Se deslizó por la encimera de la cocina, de vuelta hacia la esquina de la habitación.

Al final, en el reflejo, lo vi.

Legión.

Su máscara estaba medio oculta en la oscuridad: solo un ojo, una comisura de la boca, un cuerno. Pero había algo más: en sus manos enguantadas había una aguja.

Sentí cómo se hundía en mi cuello.

Y entonces todo se volvió negro.

42

Cuando volví en mí, estaba sentado en medio de una cámara frigorífica industrial en desuso. No había ventanas y estaba iluminada por el resplandor apagado de una única tira de luz. De un largo tubo metálico a mi izquierda colgaban ganchos para carne. Había dos puertas, ambas cerradas: una parecía ser la entrada, salpicada de óxido marrón y naranja, y la segunda era una especie de puerta lateral, pintada del mismo color crema que las paredes.

Me habían colocado en una vieja silla de madera, pero no me habían atado a ella. Tenía los pies en el suelo, exactamente paralelos, y los codos apoyados en los brazos de la silla. También me habían quitado la camisa y los pantalones, así que estaba en calzoncillos, y me habían quitado el anillo de casado y me lo habían puesto encima de la mano izquierda. Fui a mover la mano derecha para coger el anillo y sentí que mi brazo se desplazaba por mi cuerpo hacia él. Excepto que, en realidad, no me había movido en absoluto.

Era solo memoria muscular.

La sensación residual de movimiento.

Estaba paralizado.

Cuando intenté mover la cabeza, tuve total libertad. Podía girarla de un lado a otro, mirar a izquierda y derecha, pero mis hombros permanecían exactamente donde estaban.

Mi cuerpo también.

Piernas. Brazos. Pies.

—¿Qué demonios me habéis hecho?

Mi voz se apagó al instante, sustituida por el sonido de algo que goteaba y de mi corazón retumbando en mis oídos. Intenté calmarme cerrando los ojos, respirando.

Clonc.

La puerta de entrada empezó a abrirse.

Un crujido lento y pesado al abrirse paso desde el marco, y entonces un hombre llenó la puerta. Legión no. Otro. Era corpulento, medía alrededor de uno ochenta y pesaba más de cien kilos. Llevaba el pelo rubio muy corto y vestía de negro de pies a cabeza. Me observó un momento, ladeando un poco la cabeza, como vagamente divertido, y luego dio un paso adelante y sacó los brazos de detrás de su cuerpo. Había algo en sus manos. Al principio pensé que era un cinturón.

Pero no era un cinturón.

Era un azote; un látigo de múltiples púas.

—¿Qué demonios me habéis hecho?

El hombre no respondió.

En lugar de eso, echó la mano hacia atrás, hacia la oscuridad de la habitación que había más allá de esta, y sacó una silla de entre las sombras. La colocó en el suelo, justo dentro de la cámara frigorífica, volvió a cerrar la puerta, cruzó y la dejó frente a mí.

—¿Qué me has hecho? —pregunté de nuevo.

Una vez más, no respondió. Se limitó a sentarse, colocando el azote en el suelo a su lado, y luego acercó su asiento, de modo que nuestros pies casi se tocaban. Sin esforzarse por decir nada, me miró de arriba abajo; sus ojos siguieron las líneas de mi cuerpo y terminaron en el anillo de boda, colocado encima de mi mano.

—Debe ser frustrante —dijo en voz baja.

Su voz correspondía a su tamaño: profunda, pesada, contundente.

—Me llamo Andrew —acabó diciendo.

—¿Qué has hecho?

—Me alegro de conocerte por fin, David.

—¿Qué has...?

—En muchos aspectos te admiro —me dijo, levantando un dedo para que me callara—. Mi organización ha conseguido protegerse de gente como tú. En las raras ocasiones en que se nos han acercado, hemos conseguido despistarlos. Pero a ti no, David. Tú eres especial. Hasta que llegaste tú, nadie se había enterado de lo que tenemos aquí. Cometimos algunos errores, por supuesto, pero creo que también te subestimamos. —Miré al azote y luego volví a mirarlo a él. No me había quitado los ojos de encima. Ni siquiera recordaba haberlo visto parpadear—. Todos los que acogemos aquí han cometido errores, unos mayores que otros, pero les damos la oportunidad de empezar de nuevo. A cambio, exigimos ciertas cosas. Les exigimos que se entreguen por completo al programa. No hay medias tintas. —Hizo una pausa, me estudió—. Y exigimos discreción.

Volvió a detenerse, esta vez durante más tiempo.

—¿Me estás escuchando? Lo que digo es que hemos trabajado demasiado en esto y hemos llegado demasiado lejos para que se desmorone porque un chico insignificante se perdió.

Se refería a Alex.

Nos miramos un momento, antes de que él volviera a mirar el anillo.

—Lo que nunca has entendido, David, es que nuestras antiguas vidas ya no existen. No tenemos un espacio en el que podamos encajar de nuevo. Nos apartamos de la sociedad y no volvemos. Si sacas a uno de estos chicos del programa porque crees que lo estás salvando, ¿a dónde crees que puede ir?

Eché un vistazo a la nevera.

—A algún lugar mejor que este.

Me estudió, como esperando que me corrigiera.

—Oh —dijo—. Pensé que estabas bromeando.

Me limité a mirarlo.

—A algún lugar mejor que este —repitió en voz baja.

De repente, con solo un movimiento borroso, me golpeó con el puño en la parte superior del muslo derecho. Lo hizo con tanta fuerza que me habría derrumbado. En lugar de eso, mi silla se desplazó hacia atrás y mi pierna se desvió hacia la derecha.

Pero no sentí nada.

Cogió de nuevo su silla y se acercó, de modo que estábamos de nuevo tan cerca que podíamos tocarnos.

—Debe ser agradable no sentir ningún dolor —dijo, bajando la mirada hacia mi pierna, hacia el resto de mi cuerpo—. Tú, de todas las personas, debes ser capaz de ver la lógica en eso. Quiero decir, ¿puedes imaginarte pasar el resto de tu vida sin dolor?

Sentí un tirón en uno de los dedos de los pies.

Volvió a inclinar la cabeza.

—¿Está volviendo la sensación?

Pasé la mirada de él a mi dedo del pie.

—Servirá —continuó—. Mira, te hemos drogado. Bueno, en realidad, técnicamente te hemos paralizado una parte de tu cuerpo. Una pequeña receta casera que utilizamos cuando nuestros alumnos se incorporan al programa. Para cuando llegan aquí, aprecian la falta de sensibilidad. Estoy seguro de que habrías dado mucho por sentirte así de entumecido hace un año, ¿verdad?

—Estás loco.

Volvió a sonreír, con un destello de oscuridad en el rostro por primera vez.

—En realidad, estoy muy lúcido. Piénsalo, David. La única manera de cambiar a alguien es eliminando la tentación de su vida. Las drogas. El sexo. La violencia. —Hizo una pausa, mirando mi anillo de boda—. La pena. Los chicos que traemos aquí, sobre todo los drogadictos, si los intoxicamos y los devolvemos de nuevo a la sociedad, la tentación sigue ahí.

Volví a sentir algo en los dedos de los pies, esta vez más fuerte.

Una sensación tirante.

Se inclinó hacia mí.

—La tentación te carcome, poco a poco, pedazo a pedazo, día a día. La rehabilitación solo funciona cuando te lleva hasta el final. Te pasas treinta días sacando a alguien de las drogas, ¿y qué te queda, David?

No respondí.

—Un drogadicto que no ha tomado drogas durante treinta días. Eso es todo. Y ya. Lo que hay que hacer es alterarles. No solo sus adicciones, sino toda su vida.

—Entonces, ¿los estás encarcelando aquí?

Se mostró incrédulo.

—¿Encarcelarlos?

—¿Crees que estás ayudando a la gente manteniéndolos aquí?

—No lo creo. Lo sé. Ofrecemos refugio, comida, apoyo, familia. Les damos un lugar al que pertenecer, una razón para levantarse por las mañanas. Pero lo más importante de todo es que los ayudamos a olvidar. Olvidarse de su adicción. Olvidarse de su pasado. Quiero decir, ¿de verdad crees que alguno de ellos quiere recordar lo que ha hecho y por lo que ha pasado? Una de las chicas de aquí apuñaló a un hombre en el pecho después de que la violara continuamente durante cinco años. ¿Crees que quiere recordar lo que se siente al tener a ese hombre dentro de ella?

—¿Estás diciendo que estás borrando sus recuerdos?

—Los ayudamos a cambiar una vida por otra.

Lo miré, atónito.

—Estás borrando su mem...

—No —dijo, levantando un dedo—. Los resucitamos a una nueva vida, una más meritoria. —Hizo una pausa, inclinándose hacia mí, como si estuviera a punto de revelarme algún secreto—. Stefan me ha dicho que descubriste nuestro alijo de ketamina en Bethany.

—¿Y si no quieren olvidar?

—Lo quieren, créeme.

—¿Y si no?

—Lo hacen. —Hizo una pausa mirándome, claramente tratando de calmarse—. ¿Sabes lo que dicen los consumidores de ketamina sobre el subidón? Es como alcanzar otro estado de conciencia. Como ver el mundo como Dios lo hace. Sales de tu cuerpo, miras hacia abajo y te ves a ti mismo, esa criatura patética, tumbada, incapaz de moverse, mientras esta nueva parte de ti se mueve, libre, ya sin ataduras a lo anterior. Dicen que es lo más parecido a morir. Los usuarios lo llaman el «agujero K». Lo mezclamos con dimetiltriptamina y lo llamamos resurrección.

—Estás loco.

—Una vez que han pasado por esa resurrección simbólica —continuó, ignorándome—, les mantenemos con un programa de drogas, que incluye ketamina, solo que en dosis más bajas, y con el tiempo nuestros alumnos empiezan a romper las cadenas que los ataban y emergen a esta nueva existencia, una libre de dolor y remordimientos.

—Los estás destruyendo.

Se rio y miró mi cuerpo.

Tenía sensibilidad hasta las rodillas, pero me había atrapado las piernas entre las suyas. Me había quitado los pantalones para hacerme sentir más débil, para humillarme, y me había colocado el anillo de boda en la mano para burlarse de mí y porque, una vez recuperada la sensibilidad en manos y brazos, volvía a ser una amenaza para él. Cuando mi mano empezó a temblar, cuando el anillo se desprendió, supo que había recuperado toda mi potencia.

—Viste a ese chico en Bristol, ¿correcto?

Se refería al chico del sofá.

—¿Correcto, David?

Asentí con la cabeza.

—¿Qué recuerdos crees que tiene que quiere conservar? —Se inclinó, con la cara a medio metro de la mía—. Tiene diecisiete años. Ha pasado dos años en la heroína, y los diez anteriores sufriendo abusos de su padre. Así que, vamos, David, dime exactamente qué recuerdos crees que ese chico querrá conservar de esta vida.

—Eso no lo justifica.

Gruñó.

—¿Cómo sabes tú lo que es correcto?

—Los estás forzando.

—Aliviamos su dolor.

—Les estás metiendo drogas a la fuerza.

—¡Los ayudamos a construir una nueva vida!

Más sensaciones: en los muslos, en la ingle, en el estómago.

—He pasado mucho tiempo construyendo este lugar, David. He pasado mucho tiempo colocando a las personas adecuadas en los puestos adecuados para ayudarme. Seguro que entiendes la necesidad de que proteja lo que es importante. —Me miró el anillo de boda que llevaba en la mano—. Protegerías lo que es importante para ti, ¿verdad?

—¿La gente adecuada?

Andrew asintió con la cabeza.

—¿Como ese monstruo de la máscara?

No se movió, no contestó.

—¿Qué tiene él de bueno?

—Hace lo necesario para garantizar nuestra supervivencia. Tuvimos problemas al principio, y él nos ayudó con ellos. A cambio, nosotros lo ayudamos a él.

—¿Te estaba ayudando cuando vino a por mí a mi casa?

No hizo ningún comentario, sus ojos se posaron en mi cintura, donde notaba cómo se movía la parte inferior de mi caja torácica.

—Lo expulsas de tu organismo con una rapidez impresionante —dijo —. Quería ver qué tipo de dosis se necesitaría para noquearte.

Fruncí el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Digamos que necesitamos saber cuánto darte.

Intenté apartar los codos del brazo de la silla, imaginé que lo agarraba por la garganta, incluso podía sentir mis brazos yendo hacia él, haciéndolo, mis dedos aplastando su laringe hasta convertirla en pasta. En cambio, no iban a ninguna parte. Estaban inmóviles.

—¿Dónde está Alex?

Se rio.

—¿No sabes cuándo rendirte?

—¿Dónde está?

Sus ojos se detuvieron en mí, con una pizca de conflicto en ellos.

—Alex era diferente. Acudió a mí hace poco más de un año, después de mucho tiempo perdido. Yo no fui a buscarlo. Me lo trajo Michael.

—Una pausa—. Era... diferente.

—¿Cómo de diferente?

Los ojos de Andrew pasaron de mi cara a la alianza.

—Cuando empecé con la granja, supongo que esperaba que todos los chicos que acogía respondieran a lo que hacíamos. Tenían problemas, les ofrecíamos una salida... y durante un tiempo funcionó de maravilla. Convertimos a la primera hornada en gente de vida limpia; gente que podíamos utilizar. Saqué a Zack de las drogas y se convirtió en reclutador para mí. Devolví a Jade su dignidad tras años de abusos y contribuyó a nuestras operaciones en Londres. —Se recostó en su silla. Esta crujió bajo su peso—. Pero entonces las cosas se pusieron más difíciles. Zack encontró a una heroinómana en Bristol que trabajaba como prostituta. Empezamos con un programa de desintoxicación. Pero una noche me dijo que no quería estar aquí. Le dije que había hecho su elección y que ahora tenía que atenerse a ella. —Su cuerpo se hundió un poco—. Así que sacó unas tijeras y apuñaló en el pecho a uno de mis mejores colaboradores.

Lo observé: un destello de tristeza, de angustia.

La primera emoción genuina que le había visto.

—La golpeé una vez —dijo—. Y luego otra, y otra, y otra. Y cuando terminé, ya no se movía. Nos suplicó que la ayudáramos, así que la trajimos aquí con la promesa de una nueva vida. Y nos lo devolvió, me lo devolvió a mí, apuñalando a uno de mis mejores amigos. —Se detuvo de nuevo, a la deriva, pero luego volvió al momento—. Tuve una epifanía después de aquello. Fue un momento decisivo. Cuando otros lucharon contra nosotros como ella, y nos echaron en cara todo lo que les ofrecíamos, me di cuenta de que teníamos que enfrentarnos a ellos. Los habíamos sacado de la sociedad, les habíamos dado un techo. Nos habíamos sacrificado por ellos, así que ellos se sacrificarían por nosotros. Se convertirían en mártires. Nos ayudarían cimentando la resurrección.

Fruncí el ceño, dudando de lo que decía.

Pero entonces caí en la cuenta: estaba hablando de las personas que habían muerto en lugar de Alex, de Jade, de Myzwik, de todos los demás aquí presentes que habían sido incluidos en el programa. No era Alex el que había muerto en el accidente de coche ni Jade la que había sido brutalmente asesinada en su casa ni Myzwik quien había aparecido en la orilla del embalse, pero seguía siendo gente de la granja: fracasados, rebeldes, fugitivos.

Los que no querían olvidar.

Los que no quería borrar todos los recuerdos.

—Por eso trajiste a Legión —dije.

—Sí —respondió, y luego, inesperadamente, se puso en pie—. Habíamos estado juntos en el ejército. Tenía unas habilidades únicas. Sabes que un hombre valora la existencia cuando estás en un campo de batalla, David. Ya has visto lo rápido que está dispuesto a convertir la vida en muerte. La mayoría de los soldados, la mayoría de la gente, no quiere tener que matar. Tienen una línea que no quieren cruzar nunca. —Lo seguí mientras recogía la silla y la colocaba detrás de él, volviendo a por el azote. Una vez lo hubo cogido, empezó a pasar los dedos por las tiras—. Pero, para él, no había línea.

—Pensaba que esto era una misión de Dios.

—Lo es.

—¿Has leído alguna vez los Diez Mandamientos?

Sonrió.

—He protegido el proyecto.

—Trajiste a un psicópata asesino.

—Nunca lo entenderás, David.

—En eso tienes razón.

—Nunca has tenido una razón por la que luchar. —Miró brevemente la alianza—. Aparte del recuerdo de tu mujer muerta. ¿Y qué clase de razón es esa?

Volvió a sonreír al ver la ira que ardía en mí.

—Tenemos gente en lugares útiles. En el sistema hospitalario. En la policía. Nos aseguramos nuestros suministros a través de ellos, y también de que cualquier posible línea de investigación se corte lo antes posible. Nuestros hombres y mujeres en el interior han experimentado la redención. Son como Zack, y Jade, y Stephen. Una vez rotos, ahora reparados. Dan a otros esa misma oportunidad protegiendo lo que tenemos.

—¿De quién era el cuerpo que usaste para Alex?

Se encogió de hombros.

—¿Acaso importa?

—Importa para la gente que lo quería.

Me observó un momento.

—No sabes nada, David. A la mayoría de las familias no les importa si están vivos o muertos.

—¿No crees que a Mary le importa si Alex está vivo?

—Le importa ahora que lo ha visto.

—Le importaba de todos modos.

—Como dije, no tuve elección con Alex...

De repente, todo mi cuerpo sufrió un espasmo.

Andrew sonrió y dio un paso.

Y, finalmente, mi anillo de boda cayó de mi mano, golpeando el suelo de la estancia y rodando. Ambos lo observamos hasta que se detuvo contra la pared, y entonces Andrew apartó la silla y se inclinó más hacia mí.

Ya podía mover los brazos.

No mucho, pero algo.

—Después de dejar el ejército, me metí en algunos problemas —dijo —. No encontraba trabajo. Echaba de menos la rutina que el ejército había traído a mi vida. La disciplina. Así que recurrí al robo e hice daño a la gente. Después de eso, fui merecidamente a la cárcel.

Miró detrás de mí, con los ojos fijos en algo.

Intenté girarme para ver qué le había llamado la atención, pero alargó la mano y me agarró la cara, enderezándola, obligándome a mirar al frente. El poder que tenía en sus dedos me hizo comprenderlo: yo podía mover los brazos, pero seguía débil.

—Cuando salí, encontré a Dios. Con el tiempo, incluso conseguí ir a la Vía Dolorosa de Jerusalén. Vi el camino que recorrió Jesús de camino a la crucifixión. Al visitar esos lugares, uno se da cuenta de lo que tuvo que soportar y, después, mira a la gente de otra manera. Te miras a ti mismo de otra manera. Te das cuenta de que si la gente pudiera experimentar aunque solo fuera un poco de lo que él tuvo que pasar, quizá apreciarían más lo que se les ha dado en esta vida.

Volvió a mirar detrás de mí.

—Legión me trajo una idea un día. Al principio pensé que era un poco... medieval. Pero, cuando lo pensé un poco más, me di cuenta de que los chicos que acogimos eran exactamente el tipo de personas en las que pensaba cuando visité Israel. Como yo, nunca apreciaron lo que les habían dado en sus primeras vidas: las drogas, la promiscuidad y la violencia. Todas estas oportunidades, todo lo que la vida tiene para traernos y ofrecernos, y elegimos arruinarla con esas cosas. Pero, si pudieran saborear lo que pasó Jesús, si pudieran llevar consigo un recuerdo de eso, quizá apreciarían mucho más la vida la segunda vez.

Agarró mi silla y empezó a moverme.

Y vi lo que había detrás de mí.

Legión.

Estaba de pie en una puerta doble, la habitación detrás de él era negra y llevaba su máscara encima de la cabeza. Era el mismo hombre que se me había acercado en el pub de Cornualles, solo que ahora parecía más maniático, más frenético, como si estuviera a punto de ocurrir algo que le emocionara. Algo que llevaba mucho tiempo deseando hacer. Miró a Andrew y de nuevo a mí, y sonrió: sus dientes pequeños, desiguales, amarillos.

Y pude ver su lengua.

Estaba cortada.

Extendió la mano hacia algo que había en la pared del interior de la habitación a su espalda, un interruptor, y, en un instante, la habitación se llenó de una tenue luz.

A través de las puertas dobles había un pequeño espacio, probablemente de cuatro metros cuadrados, con techos muy altos. Era otra cámara frigorífica, pero las paredes estaban pintadas de negro. En el centro de la sala, medio a la sombra, casi tocando el

techo, había una enorme estructura hecha con dos traviesas de ferrocarril. Una era horizontal, la otra vertical.

Era un crucifijo.

Legión se llevó la mano a la máscara que tenía sobre la cabeza y se la bajó. Y, mientras intentaba moverme desesperadamente, mientras intentaba defenderme, sentí que Andrew perturbaba el aire a mi izquierda y que una aguja entraba en mi cuello por segunda vez.

Y todo se volvió negro.

43

Abrí los ojos.

Tenía la cabeza hacia delante, contra el pecho. La gravedad me había forzado a estar así. Estaba esposado a la cruz, a metro y medio del suelo, con los dedos de los pies tocando un reposapiés a un tercio de la altura de la traviesa vertical y las manos esposadas a cada extremo de la pieza horizontal. Seguía en ropa interior, pero, a pesar de haber recuperado la sensibilidad, ahora tenía que enfrentarme a otra cosa: el frío de la habitación. Hacía mucho frío, casi bajo cero. Mientras retorcía los dedos, incapaz de mover las muñecas hacia mí, sentí que mi circulación se activaba y un escalofrío me recorría la columna vertebral.

Un chirrido suave.

Detrás de mí, ligeramente a la izquierda.

Giré sobre la cruz y miré hacia abajo. No podía ver mucho, pero sí lo suficiente. Había un carrito metálico a la vista, de los que se utilizan en los quirófanos.

Legión, vestido con un delantal, estaba a su lado, mirando hacia arriba.

Llevaba la máscara puesta.

Traté de hacerle frente, de mantener la compostura, pero mis ojos se desviaron hacia los instrumentos que había dispuesto delante de él. Placas metálicas individuales que contenían un bisturí y un martillo, y un juego de clavos del tamaño de un lápiz. No pude evitar que mi cara mostrara lo que sentía esta vez, y el cambio le divirtió. Sonrió dentro de la máscara, mostrando los dientes a través de la hendidura de la boca, alimentándose de mi miedo, de mi angustia.

Clavos.

Se me revolvió el estómago al recordar algo que Andrew había dicho antes: «Digamos que necesitamos saber cuánto darte». Ahora lo entendía.

No eran solo drogas. Eso era solo una parte; una segunda etapa de la llamada resurrección. Las drogas emulaban la sensación de morir, de abandonar tu cuerpo. Pero, antes de eso, estaba lo que ahora experimentaba, la primera etapa, lo que se ve cuando se mira hacia abajo antes de que comience: tu cuerpo, izado sobre una traviesa, muriendo como Jesús lo había hecho.

Clavado en una cruz.

—Espera un segundo —dije, con las tripas revueltas.

Pero me ignoró y desapareció de mi vista.

Intenté seguirlo, presa del pánico, y entonces, una vez que estuvo detrás de mí, tiré de las esposas, forzando cada músculo, cada tendón, tratando de arrancarlas de la traviesa. Cuando fracasé, volví a buscarlo y apareció por el otro lado, llevando una escalera de aluminio y el azote que Andrew había estado sujetando. Lo dejó encima de la escalera y volvió a su carrito.

—No lo hagas —le dije.

Siguió colocando los instrumentos en el carro, como si no me hubiera oído, y luego volvió a la escalera y la reajustó para que quedara justo debajo de mi brazo izquierdo. Levantó la vista. Sus ojos se movían de un lado a otro de mi cuerpo, su lengua hacía un ruido de chasquidos contra el interior de la máscara, y luego subió al segundo peldaño de la escalera y se inclinó hacia mí.

Estaba a menos de medio metro.

Lo oía respirar.

Podía olerlo.

Recogió el azote, moviendo los dedos por las cintas, y luego se acercó más a mí para que pudiera verlas. Había restos de sangre húmeda en ellos.

—Esta es tu sangre —dijo.

Pasé la mirada del azote a sus ojos, amenazadores, crueles, que asomaban por los agujeros de la máscara. ¿Era un truco? ¿Otra mentira? Negué con la cabeza.

—Te he azotado con él.

No sentía dolor en ninguna parte.

—No.

—Sí. Hemos anestesiado fuertemente el área alrededor de tu zona lumbar, así que no la sentirás por un tiempo. —Se inclinó aún más cerca. Ahora podía percibir su aliento en mi cara—. Pero tendrás unas hermosas cicatrices para recordarlo. Ahí abajo... —Hizo una pausa y miró a lo largo de la traviesa horizontal hacia mi mano izquierda—. Así como en tus dedos.

Tenía razón.

«No siento nada en la parte baja de la espalda».

—Es asombroso el castigo que puede soportar el cuerpo —me dijo, y sentí un escalofrío, una repulsión, mientras me tocaba el brazo con los dedos, desde el hombro hasta la muñeca—. Después de que azotaran a Jesús y le destrozaran la espalda, cargó con su cruz hasta el Calvario. Pero él era el hijo de Dios. Tú eres... ¿qué exactamente? —Sus ojos se entrecerraron, obviamente disgustado al verme—. Eres

menos que inútil. Eres un parásito, una cucaracha escabulléndote en la oscuridad.

Volvió a bajar y se dirigió al carrito.

Sentí náuseas, debilidad, miedo.

—La mano es una pieza anatómica muy compleja —continuó, seleccionando un clavo de la bandeja. Lo levantó y lo examinó girándolo—. Veintisiete huesos, ocho de ellos solo en la muñeca. Músculos, tendones, ligamentos, cartílagos, venas, arterias, nervios... Tienes que asegurarte de no golpear nada muy fuerte.

Recogió el resto de los clavos.

Eran cinco.

Uno para cada dedo.

—¡No! —grité, y volví a forcejear contra las esposas, una y otra vez, sabiendo en algún lugar de mi interior que era inútil, un gesto sin valor, aunque lo intenté de todos modos luchando desesperadamente contra lo que se avecinaba. Pero, cuando me detuve, vi que estaba debajo de mí mirando hacia arriba, fascinado, como si estuviera observando a un animal moribundo.

Giró el cuello. Clic.

—No te preocupes, me he convertido en todo un experto en esto —dijo, con una horrible sonrisa abriéndose como un corte dentro de la máscara—. Si le atravieso la palma de la mano con un clavo, ¿para qué sirve una persona? ¿Cómo pueden cavar campos o plantar semillas? ¿Cómo pueden comer, beber, mear, cagar? Pero, si les pongo uno en cada dedo, al cabo de un tiempo todavía pueden manejar la mano, y llegan a experimentar un poco de lo que fue hace dos mil años, allá arriba en aquella colina del Calvario. Qué privilegio para ellos...

De repente, sonó una alarma.

Miré a Legión y desapareció bajo mi brazo. Yo estaba de cara a la pared del fondo de la habitación, sin poder ver a través de las puertas dobles que había detrás de mí, hacia la cámara frigorífica en desuso que Andrew y yo habíamos ocupado, pero podía oírlo: sus pasos rápidos, el sonido de las puertas al abrirse, la alarma cada vez más fuerte, casi penetrante. «Viene de algún lugar más allá de esta habitación; más allá de la cámara».

—¿Qué es eso?

La voz de Legión sonó tranquila pero preocupada.

No sabía por qué sonaba la alarma.

No pude oír que nadie le respondiera, pero entonces el sonido volvió a ser tenue, la puerta se cerró. Fuera, la alarma seguía sonando. Dentro, lo vi pasar por debajo de mi brazo derecho, dejar los clavos en el carrito y luego deslizar una mano en el bolsillo delantero de su delantal. Sacó una jeringuilla. Quitó la funda de plástico de la aguja y la tiró al otro lado de la habitación, y empezó a subir.

—Tendremos que hacerlo de atrás hacia delante —dijo, inclinándose hacia mí. Se acercó tanto que sentí la máscara tocar mi mejilla, su aliento en mi boca—. No nos sirves de nada. Eres patético. Pero quiero que experimentes lo que es morir.

Sus ojos se desviaron hacia mi brazo, tratando de encontrar una vena.

—Y luego te clavaré esto, y te mataré de verdad.

Empecé a moverme, a temblar violentamente, a mover los brazos de un lado a otro, y el crucifijo se tambaleó sobre la base que le habían construido. Me sujetó el brazo con una mano, tanto para evitar caerse como para detenerme, e hice un movimiento con la cabeza

hacia él, sintiendo cómo mi cráneo vislumbraba la máscara. Se balanceó, inestable, pero luego se recuperó. Cuando volvió hacia mí, actuó con rapidez: dejó caer la jeringuilla en el bolsillo del delantal, sacó un cuchillo y lo acercó a mi garganta.

La punta de la hoja me rozó la barbilla.

La alarma seguía sonando, y metió despacio la otra mano en el delantal y sacó la jeringuilla. Intenté mover el brazo, intenté impedir que encontrara una vena, pero me había bloqueado. Si me movía demasiado, la hoja se hundiría en mi laringe. Lo único que pude hacer fue ver cómo se inclinaba hacia delante, con el codo en el pliegue de mi brazo, presionando con fuerza, y mis venas notándose como cuerdas de cordel.

Cogió la jeringuilla.

—Volveré a por ti —le dije.

Sonrió.

—No en esta vida.

Y entonces hundió la aguja en mi brazo.

Y morí.

Todos los objetos fueron engullidos, la luz se convirtió en oscuridad, y luego, con rapidez, la oscuridad se convirtió en otra cosa. Una neblina, una bruma, indistinta y confusa. En algún lugar distante de mi conciencia, podía oír la alarma. Pero no sonaba como una alarma, era una serie increíblemente lenta de chasquidos, como bombillas de cámara que se apagan, y, con cada una, sentía como si me sacudiera más hacia delante, avanzando hacia alguien.

Era yo.

De repente, estaba sobre mí mismo, mi cuerpo casi desnudo congelado en la cruz, con las muñecas esposadas. Pude ver a Legión, de pie bajo la escalera, pero no se movía. Ni siquiera estaba seguro de si era él o de si era real. No podía procesar lo que estaba viendo: los ojos, la boca, los cuernos. Parecían fundidos con él.

El plástico se había fusionado con su cuero cabelludo.

La máscara se había convertido en su rostro.

Podía sentir la traviesa de madera contra la parte posterior de mis brazos, el entumecimiento en mi espalda y mi voz interior diciéndome, una y otra vez, que aún no estaba muerto.

Pero entonces algo cambió.

Me invadió una sensación, como si el control que me quedaba se me estuviera escapando y, a medida que avanzaba, empezaron a sucederse escenas de mi vida. De pie en la playa con mi madre, a los ocho años. Tiro al blanco con mi padre. Sentado junto a su cama después de que él muriera. Una cita con Derryn. El día que le pedí que se casara conmigo. El día que nos dijeron que no podíamos tener hijos. El día que me dijo que encontrara a la primera chica desaparecida.

El día de su funeral.

Es perfecto para ti, David.

Su voz repitiendo esas palabras; y, después de que se apagara, un tipo diferente de oscuridad se adentró, devorándolo todo, consumiéndolo, hasta que lo que quedó fueron ecos de imágenes y voces: gente a la que había amado, gente a la que había enterrado.

Y más allá, las olas chocando unas contra otras.

Una y otra vez, una y otra vez.

El sonido del mar.

44

—¿Qué es eso?

—La alarma de la Habitación Roja.

—¿Por qué suena?

—Porque alguien la ha activado.

—Estoy terminando esto.

—Más tarde.

—No, Andrew. No dejaremos que Raker se escape de nuevo.

—Más tarde. Tú limpia el recinto y luego acabas con él.

—¿A quién coño le importa la Habitación Roja?

—A mí me importa. Vámonos.

En la oscuridad, solo había sonido. Pero nada que ver. Y, sin embargo, podía sentir que me movía lentamente hacia algo, una estrella siendo atraída hacia un agujero negro, acercándome cada vez más mientras una alarma ensordecedora e implacable se hacía cada vez más fuerte.

De repente, había una puerta.

Yo estaba de pie justo enfrente de ella, la luz en el otro lado. Era asombrosamente brillante, ardía a través del ojo de la cerradura, las grietas de la madera, un nudo a media altura que tenía agujeros del tamaño de un alfiler. Me acerqué aún más, miré el pomo y sentí que me acercaba a ella. No podía ver mis brazos, no podía alcanzarlo con mis dedos, pero podía notar mis manos sobre él y sentir que giraba.

Entonces me detuve.

Detrás, sentí que alguien se acercaba a mí.

Mientras lo hacía, el sonido de la alarma se desvaneció, revelando otro ruido detrás, suave, reconfortante. Solté el pomo de la puerta, todavía incapaz de ver mis brazos, y me di cuenta de que el sonido era el mar: olas rompiendo sin cesar en una orilla.

«Conozco este sonido».

De algún modo, supe que la persona que estaba detrás de mí asentía.

«Sé por qué lo oigo. Esta fue la noche que le pedí a Derryn que se casara conmigo. Estábamos en casa de mis padres, en la granja, y fuimos andando hasta el pueblo, nos sentamos en el paseo marítimo y vimos cómo se ponía el sol».

La persona asintió de nuevo.

«¿Estás detrás de mí ahora?».

Esta vez no obtuve respuesta.

«Quiero verte».

Intenté girarme, pero, al hacerlo, sentí que la persona se alejaba.

«Quiero ver a mi mujer. Por favor, déjame verte...».

—¿David?

Abrí los ojos.

Debajo de mí, un hombre miraba hacia arriba: ropas manchadas y desparejadas, la piel embadurnada de suciedad, la capucha de la chaqueta subida, una barba desaliñada que le consumía la cara. Al

principio, ni siquiera estaba seguro de si era real o no. Pasaba de la consciencia a la inconsciencia tan rápido y tan a menudo que me costaba distinguirlas.

Se acercó un paso más.

—David —volvió a decir, con más firmeza.

Algo parpadeó en mí, el más mínimo destello de reconocimiento, y luego volvió a desaparecer. Pero, cuando dio otro paso más hacia la escalera, arañé el recuerdo y vino a mí. El hombre que había entrado en mi coche. El hombre al que había perdido fuera de Angel's. El hombre al que había visto fuera de mi casa. Ahora sabía quién era.

Lo había sabido todo el tiempo.

Era Alex.

Familia

Había cuatro en un grupo, cavando parterres en la tierra a las afueras de Bethany. Frente a ellos, un hombre y una mujer observaban. Olvidaba muchas cosas: fechas, caras, conversaciones que había jurado no perder nunca, pero recordaba sus nombres. El hombre era Stephen, la primera persona que había conocido al llegar a la granja; y la mujer era Maggie. No la recordaba mucho. No estaba seguro de haber hablado nunca con ella. Pero conocía su cara. En la oscuridad del fondo de su mente, donde almacenaba los recuerdos que estaba decidido a no llevarse nunca, tenía un claro recuerdo de ella cerrándole la boca.

Ella había sido la que le había quitado los dientes.

Bajo sus pies, la tierra estaba húmeda. Era principios de primavera. Recogió un montón de tierra y lo arrojó a un lado, y al subir de nuevo, vio a Rose, la chica que había estado en la habitación de las anillas, a cuarenta metros de él, ladera abajo.

Habían pasado tres días juntos en aquella habitación hasta que se la llevaron. Había hablado un poco con él durante ese tiempo, contándole cosas sobre la granja, sobre la gente que la dirigía, o, al menos, todo lo que podía recordar, y luego la pasaron a la siguiente parte del programa, y nunca volvió a ser la misma. Ahora tenía mejor aspecto, menos gris, tenía más color, pero apenas parecía reconocer su rostro. Ella miró a través de él. A veces se cruzaba con ella y veía sus ojos grandes y brillantes clavados en él, con la mente confusa intentando recordar dónde lo había visto o de qué habían hablado. Pero la mayoría de las ocasiones se limitaba a mirar más allá de él, como si fuera un fantasma entre estos campos.

Golpeó la pala contra el suelo y sintió cómo reverberaba en el mango. Los dedos de sus manos palpitaron por un momento, y

luego el dolor se desvaneció en uno sordo. Le dio la vuelta a su mano izquierda, examinándola. En los extremos de sus dedos, donde antes había trazados pliegues y líneas de vida, había manchas de piel blanca y lisa. Heridas, de medio centímetro de diámetro y forma vagamente circular.

Ahí era donde el Diablo había puesto los clavos.

Cuando le dio la vuelta a la mano, pudo ver la misma herida, replicada bajo sus uñas. En su mayor parte habían vuelto a crecer, pero las heridas eran visibles por debajo, atrapadas allí, como un agujero bajo una capa de hielo.

La crucifixión. Las drogas.

La última etapa del programa.

Se había dado cuenta de lo que hacía ese lugar incluso antes de que lo pusieran en esa cruz, en parte observando, en parte por lo que Rose le había contado. Conocía el programa que los destruía y los reconstruía, listos para una nueva vida; una libre de los recuerdos de la adicción, y la violación, y la violencia. Pero libres, también, de los recuerdos de cualquier otra cosa que hubieran hecho alguna vez. Cualquier lugar en el que hubieran estado. Cualquier persona a la que hubieran querido. Cuando terminaban el programa, ya no tenían historia.

Solo el ahora.

Solo eso.

Excepto que él era diferente.

Metió una mano en el bolsillo y tocó la parte superior de la Polaroid. No necesitaba sacarla. Sabía cómo era, cada centímetro. Y sabía lo que iba a hacer con ella si alguna vez tenía la oportunidad. Había luchado contra el programa hasta el final, desde el principio, y los

recuerdos a los que había conseguido aferrarse, en su bolsillo y en su cabeza, nunca lo abandonarían. Podían luchar contra él, herirle y cazarlo desde los rincones de la sala.

Pero nunca lo conseguirían todo.

Esos recuerdos eran suyos.

Para siempre.

Se acerca al bordillo y apaga el motor. Hay una grieta en el parabrisas, de izquierda a derecha. En la esquina, sobre el volante, puede ver sangre.

Mucha sangre.

Sale de su coche y cierra las puertas.

En la parte delantera del coche, la rejilla sobre el parachoques está rota, uno de los faros se ha hecho añicos y hay sangre por todo el capó, salpicada como si fuera pintura.

Presa del pánico, se dirige a su casa.

A través de la ventana, puede ver a su padre.

Sube rápidamente por el sendero hasta el porche y abre la puerta principal. La casa huele a fritanga. En la cocina puede ver a su padre, de pie sobre una sartén, moviendo el mango, dos filetes bailando sobre el aceite. Su padre no se fija en él al principio, pero luego parece sentir que alguien lo observa y se vuelve.

Se sobresalta.

—Oh, me has asustado —dice, y luego mira a su hijo de arriba abajo —. ¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

—Lo he hecho, papá.

—¿El qué?

—El tío Al.

—¿Qué le pasa?

—Me he ocupado de él.

Su padre asiente y sonríe.

—¿Has hablado con él?

—No. No. Quiero decir que me he ocupado de él. Como dijimos.

Su padre frunce el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Podemos quedarnos con el dinero.

Esa vez no hubo respuesta.

—El dinero —dice, un poco más desesperado ahora—. Podemos quedárnoslo. Podemos hacer lo que queramos con él. Al se ha ido, papá. Me ocupé de él por ti. Se ha ido.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido?

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé. ¿Qué quieres decir?

—Se ha ido —dice en voz baja—. Está muerto.

Su padre se quedó petrificado.

—¿Qué?

—He hecho lo que me pediste.

—¿Lo has matado?

—Sí.

—¿Por qué?

Arrugó la frente.

—Por el dinero.

—¿El dinero?

—Recuerda que hablamos de ello. Sobre quedárnoslo.

—¿Lo has matado por el dinero?

—Por nosotros.

—¡Nunca te dije que lo mataras!

—Papá...

—No me hagas formar parte de esto.

—Pero papá...

—No te atrevas a involucrarme en esto.

—Pero querías quedarte con el dinero. Que me ocupara de Al.

—Te ofreciste a hablar con él, no a matarlo.

—Papá, pensé que eso era lo que querías.

—No —dice su padre—. ¿Por qué demonios querría eso? Quería que hablaras con él, que razonaras con él.

—Pero me dijiste...

—Te dije que hablaras con él.

—Me dijiste que lo matara.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

—Tú me dijiste que lo hiciera.

—¿En qué demonios estabas pensando?

—Fui yo quien dijo que no lo quería muerto.

—¿Qué coño se te ha pasado por la cabeza?

—Tú lo querías muerto, papá. Lo he hecho porque tú querías. He hecho esto por ti, no por mí. No lo hagas, no intentes negar que me lo dijiste.

—Nunca te dije que lo asesinaras.

—Sí lo dij...

—¡No! Cállate un minuto y piensa en lo que has hecho. —Su padre se detiene, masajeándose la frente—. ¿Tienes idea de lo que has hecho? Quiero decir... Mierda. Ni siquiera deberías estar aquí. Deberías estar huyendo por las malditas colinas.

—¿Qué?

—¿Dónde está Al?

—¿Es eso lo que quieres?

—¿Dónde está Al?

—¿Es eso lo que quieres, que huya?

—¿Dónde está Al?

—En el aparcamiento.

—¿En el club de striptease?

—¿Quieres que me vaya?

—¿En el club de striptease?

—Sí.

—¿Lo dejaste ahí?

—Por supuesto que lo dejé allí.

—Mierda. ¿Qué has hecho?

—¿Quieres que me vaya?

Su padre no contesta.

—¿Papá?

—¿Qué sugieres?

Mira a su padre, luego este retrocede, sale de la cocina y entra en el salón.

—¿Vas a darme la espalda, papá? ¿Vas a hacer esto?

—Encuentra un lugar donde quedarte.

—¿Solo eso?

—Pasa desapercibido por un tiempo.

—¿Pasar desapercibido?

—Deja que pa...

—¿Por qué debería pasar desapercibido? ¡Esto es una gilipollez! Eres tan parte de esto como yo. Hablaste de quererlo muerto. Hablaste de coger el dinero. ¿Por qué crees que lo he hecho? He hecho esto para salvaros a ti y a mamá. He hecho esto para salvar a nuestra familia.

—Lo que has hecho está mal.

—¿Me estás dando la espalda?

—¿Qué esperabas?

—¿Que qué esperaba?

—Has matado a una persona.

Todavía tiene las llaves del coche en sus manos. Las palpa, pasa un dedo por la llave de contacto, siente los surcos contra su piel. Ahora solo le queda el coche.

—No volveré —dice.

—Deja que pase un tiempo.

—No, papá. Si me voy, no volveré.

Su padre lo mira.

—¿Eso es todo?

—¿Qué esperas que te diga, hijo?

Se da la vuelta y se dirige a la puerta principal, entonces recuerda algo. Mira a su padre por encima del hombro, de pie en la puerta de la cocina.

—Al me ha dicho algo esta noche.

—Tienes que irte —le dice su padre.

—¿Alguna vez ibas a decírmelo?

—¿Decirte qué?

—¿Alguna vez ibas a decírmelo?

—¿Decirte qué?

—Que tuve un hermano.

Se quedan así un rato, Malcolm con la mirada perdida, los ojos brillantes a la luz de la cocina; y Alex frente a él, con una lágrima rodándole por la cara.

Finalmente, Alex se da la vuelta y se marcha.

Y nunca se vuelven a ver.

QUINTA PARTE

45

La alarma no había parado.

Con el estruendo de fondo, vi a un hombre muerto moverse debajo de mí, dirigirse a la escalera de mano, recogerla y dejarla debajo de mi brazo izquierdo. Alex. Miró más allá de mí, hacia las puertas dobles, y luego subió los escalones. Cuando empecé a salir de la inconsciencia, mi oído se activó y la alarma pareció sonar más fuerte que nunca, como si estuviera conectada directamente a mis tímpanos.

Hice un gesto de dolor.

Me golpeaba la cabeza. Me dolía la espalda.

Sentí náuseas.

Me habían drogado y adormecido y, sin embargo, podía sentir cómo volvía a la superficie: a medida que recuperaba el oído, mi visión perdía la niebla y podía ver detalles en la pared que tenía delante y la suciedad en la cara de Alex cuando me miraba.

—Tienes que confiar en mí, ¿de acuerdo?

Tragué saliva e intenté hablar.

En lugar de eso, me entró un ataque de tos.

Cuando terminé, vi que se había bajado la cremallera del abrigo y tenía un par de cizallas en la mano. Colocó los filos en las esposas y las cerró con un chasquido.

Mi brazo se separó de la traviesa.

Lo cogió al caer, pero el movimiento siguió desequilibrándome y me tambaleé sobre el reposapiés, con el crucifijo vibrando al inclinarme hacia delante. Pero Alex se había anticipado: me apoyó una mano en el estómago y consiguió estabilizarme.

Despacio, me guio el brazo hacia el costado.

Bajó por la escalera de mano, la cogió y la colocó bajo mi brazo derecho. Cada segundo que pasaba, me sentía más vivo, pero con ello venían las sensaciones: había dolor en la parte baja de mi columna vertebral, que aumentaba con rapidez, y al recordar, vi el momento antes de que Legión me inyectara la droga, sus palabras en mi cabeza: «Te he azotado. Hemos anestesiado fuertemente el área alrededor de tu zona lumbar, así que no la sentirás por un tiempo...».

—Mi espalda —dije.

Alex asintió.

—No pasa nada.

Su voz era suave, casi tranquilizadora, un contraste total con su aspecto. Me rodeó el antebrazo con una mano, me quitó las esposas, que cayeron al suelo, y me sujetó al crucifijo.

—¿Puedes sostenerte? —dijo.

Me dolía. Todavía no estaba al cien por cien.

Pero asentí.

—¿Estás seguro?

Volví a asentir.

—Sí.

Me soltó y me balanceé un instante. Pero entonces empezó a ayudarme a bajar del reposapiés, guiándome por los escalones hasta el suelo de la habitación. Me arrodillé, aspirando aire. El frío de la habitación ayudó a despejar mi cabeza, la niebla, la droga.

—¿Qué le han hecho a mi espalda? —pregunté.

Mi voz era suave, ronca.

—Te ha azotado —contestó Alex, mirándome la espalda, y luego sacó unas vendas de su chaqueta—. He estado en tu lugar —dijo, mirando hacia las puertas dobles, hacia la cámara en desuso, comprobando que seguíamos solos—. Todos aquí han estado donde tú estás. Tienes heridas en la parte baja de la espalda. Marcas de látigo. Cicatrizarán, pero dolerán hasta que lo hagan. Aún no puedo darte un analgésico debido a las drogas que acaba de meterte en el cuerpo. Llevas inconsciente veinticinco minutos.

Menos de media hora.

Pero habían parecido días.

Arrancó el envoltorio de plástico de la venda y empezó a rodearme con ella. Me alivió. Empezaba a sentir que me ardía la zona lumbar, pero, cuanto más apretaba el vendaje, más se suprimía la sensación.

—¿Por qué? —le dije, una vez que terminó.

—¿Por qué qué?

Me puso de pie.

—¿Por qué hacéis esto?

Miró a través de las puertas dobles, hacia la cámara frigorífica, y luego pasó un brazo por el mío.

—Porque alguien tiene que pagar.

Fue entonces cuando la alarma se detuvo.

46

Justo fuera de la sala de la crucifixión había un pasillo largo, delgado y parcialmente iluminado. Parecía un complejo militar o un refugio antiaéreo. No había ventanas, solo flechas en la pared apuntando a la izquierda y la palabra «Superficie». Estábamos bajo tierra.

Alex me llevó por el pasillo en dirección a las flechas. Cada paso que daba parecía dar más vida a mi cuerpo: la fuerza volvía a mis piernas y brazos, mi cabeza se despejaba. Pero, al mismo tiempo, mi espalda empeoró. No podía sentir las heridas abiertas, porque no podía sentir la sangre, pero estaba en carne viva y dolía como el demonio.

Todo el lugar apestaba a humedad; un olor rancio y encerrado. En las paredes, el óxido corría en tiras junto a las juntas, y las bombillas desnudas colgaban de cables por encima de nosotros. De vez en cuando nos cruzábamos con otras puertas. La mayoría estaban cerradas, pero un par estaban abiertas. Eché un vistazo a una de las habitaciones. Era pequeña, sencilla, con dos literas dentro.

Alex se detuvo a mitad de camino y escuchó. En algún lugar por encima de nosotros se oían voces apagadas, con un ligero eco. Era difícil distinguir las palabras, incluso saber si las voces eran masculinas o femeninas. Y entonces volvimos a avanzar y finalmente llegamos a unas puertas. Empujamos para pasar través de ellas. Al otro lado había una antesala con otras dos puertas. La de la izquierda tenía una ventana de cristal y decía «Médico». Dentro distinguí paredes encaladas, un sillón de dentista, un panel de interruptores sobre el cabecero de una cama, una bombona de oxígeno y un carrito como el que había utilizado Legión, lleno de bisturíes, cinceles, tijeras y pinzas. La puerta de la derecha no estaba señalizada, pero también tenía una ventana de cristal; estaba

casi a oscuras, salvo por una tira de luz opaca y cremosa en la negrura del más allá.

Alex empujó la puerta de la derecha.

Al otro lado, apenas había luz: solo la tira de luces que había vislumbrado y dos idénticas más abajo, separadas unos cuatro metros. Zumbaban sobre nosotros mientras caminábamos. Este pasillo era más corto que el anterior, con dos puertas a cada lado y otra abierta al final que dejaba ver unas escaleras.

Al final de esta, se hizo de día.

Alex me miró.

—Tenemos que vestirte.

De repente, empezaron a formarse siluetas en la luz.

Alex me tiró hacia delante y atravesó la puerta más cercana a nosotros. Por dentro, era similar a la habitación que había visto antes: dos literas y una mesa. Cerró la puerta y encendió la luz. En la parte trasera de la puerta colgaban cuatro sudaderas de deporte verdes con capucha, cuatro pantalones de chándal verdes y cuatro pares de botas.

—¿Qué número tienes? —susurró.

—Un cuarenta y cinco.

Empezó a buscar entre las botas y eligió un par.

—Estos servirán —dijo, entregándomelos—. Ponte la ropa también.

Miró su reloj.

Lo observé mientras me ponía la ropa y las botas. Estaba increíblemente concentrado, decidido, motivado, muy diferente de la

persona que yo me imaginaba.

Cuando levanté los brazos, las marcas del azote ardían. Me detuve un momento, dejando que el dolor se calmara un poco, y luego pasé los brazos por las mangas y tiré de la sudadera hacia abajo sobre mi cuerpo.

—La ropa es talla única —dijo, y volvió a callarse cuando se oyeron voces en la puerta. Cuando se fueron, se giró hacia mí y volvió a mirar el reloj—. La alarma volverá a sonar en sesenta segundos.

—¿Y después?

—Y después nos escaparemos.

Asentí con la cabeza. Se quitó los vaqueros, se puso un pantalón de chándal y se calzó las botas. Se quitó el abrigo y el jersey y los dejó en el suelo, se puso una sudadera de deporte y se colocó la capucha.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Yo también me subí la capucha.

—Sí.

—Bien. Vámonos.

47

Casi de improviso, la alarma volvió a sonar.

Esta vez sonaba diferente: un lamento prolongado en lugar de los pitidos cortos y entrecortados de la primera vez.

Salimos al pasillo y nos dirigimos hacia las escaleras. Desde la parte inferior, miré hacia arriba. En el bloque de luz, empezaron a formarse más figuras: otros, vestidos como nosotros, que bajaban los escalones. Tres de ellos nos miraron al pasar, con los ojos desorbitados mientras intentaban recordar quiénes éramos y en qué parte de la granja podrían habernos visto, y cuando volví a mirar por encima del hombro, pude ver que uno de ellos, una mujer, se detenía en los escalones. Miraba fijamente a Alex mientras subíamos.

—Te reconoce —le dije, advirtiéndole.

—Sigue andando.

—Te reconoce.

—Aunque lo haga —respondió—, no sabe por qué.

Se refería a que le habían robado sus recuerdos. Su pasado, la vida que una vez vivió... se habían ido.

En lo alto de la escalera, emergiendo a una luz gris nebulosa, me orienté con rapidez. A mi derecha, en lo alto del sendero, podía ver el lado de Bethany, semioculto tras los graneros intermedios: la forma de A del tejado, la ventana del cuarto de baño bajo ella, los parterres debajo. Junto a los parterres también había gente vestida como nosotros. Seguían removiendo la tierra, diez, tal vez doce de ellos, aparentemente ajenos a la alarma que seguía sonando. A mi

izquierda podía ver los campos de brezo que se extendían hasta la playa y, justo detrás de mí, la parte trasera de Lázaro: dilapidada, destartalada.

—¿Qué es este lugar? —pregunté.

Alex estaba detrás de mí, en las sombras.

—En los años cincuenta era un centro de entrenamiento del ejército. Un lugareño lo convirtió en granja en los setenta.

Miré a la gente que cavaba.

—¿Y ellos?

—Alumnos.

—Sí, pero ¿qué están haciendo?

—Revolviendo la tierra.

—¿Por qué no están siguiendo a los otros hasta aquí abajo?

—No lo sé. Todos deberían volver aquí cuando suena la alarma. —Un destello de preocupación en su rostro, y luego volvió a mirar su reloj —. La primera alarma fue porque alguien rompió las cerraduras de la Habitación Roja.

—¿La Habitación Roja?

—Donde se guardan todos los recuerdos. Ahí es donde están todas tus cosas: las llaves del coche, la cartera, las fotos de tu mujer. Tu anillo de boda. —Volvió a mirar su reloj y luego la cuesta—. Fui yo quien rompió las cerraduras de esa habitación.

—Para crear una distracción.

Alex asintió con la cabeza.

—Exacto.

—¿Y esta alarma?

Escuchó un momento la segunda.

—Esta es la alarma del recinto; la de aquí abajo. Se activa si hay una brecha de seguridad en los túneles o si alguien deja la puerta del Calvario abierta más de cinco minutos.

—¿Qué es el Calvario?

—La sala de la crucifixión. —Miró a los excavadores, algunos de ellos volvieron su mirada hacia nosotros. Un ejército de rostros en los últimos años de la adolescencia y los primeros de la veintena—. Sígueme.

Giramos a la izquierda, salimos de la oscuridad y entramos en la luz.

Hacía un frío que pelaba, aún había nieve en el suelo. Miré hacia el cielo mientras nos movíamos, tratando de calibrar la posición del sol. Debía ser por la tarde.

La boca del recinto estaba construida en la extensión que había visto en el lado de Lázaro. Pasamos junto a una ventana ennegrecida. Luego otra. Finalmente, llegamos a una puerta en la parte trasera de la casa, pintada de rojo, junto a una pequeña cochera. El aparcamiento rodeaba la granja y se unía al camino principal que subía hacia Bethany. Aparcado debajo había un Shogun.

Alex había partido la cerradura de la Habitación Roja con un cincel.

La puerta de esta colgaba abierta, moviéndose ligeramente con la brisa procedente del agua del mar. A medida que nos acercábamos, empecé a distinguir el interior: un almacén, de unos tres metros cuadrados, con estanterías que iban del suelo al techo en tres lados y paredes de un rojo apagado. En las estanterías había cajas de

zapatos, apiladas una tras otra en hileras, cubriendo casi todo el espacio. En sus partes exteriores había garabateados innumerables apellidos.

Algunos los reconocí: Myzwik, O'Connell, Towne.

La mayoría, sin embargo, no.

Cogí la de Alex y miré dentro.

—Ahí no hay nada —dijo.

—¿Por qué?

—No tenía nada cuando volví.

—¿Volver? ¿Volver de dónde?

Echó un vistazo a través de un pequeño hueco en la puerta.

—¿Alex?

—Te lo contaré, pero no ahora. No tenemos tiempo. Coge tus cosas.

Busqué mis pertenencias. Más allá, en el estante de en medio, vi una caja en la que ponía Mitchell. Me acerqué más. Debajo del apellido había un nombre.

Simon.

Simon Mitchell.

Miré a Alex, y su expresión me confirmó que tenía razón: su amigo, el que había vivido con él; el que había luchado contra la drogadicción.

Había desaparecido.

—¿También vino aquí? —le dije.

Hubo un ruido fuera.

Con cuidado, empujé la puerta, dejando solo un resquicio para ver a través de ella, y entonces observamos cómo alguien se acercaba al Shogun con las llaves del coche en la mano.

Myzwik.

Abrió el coche, metió la mano en el asiento trasero y sacó una chaqueta, y mientras se la ponía, sus ojos se movieron hacia la pendiente, más allá de la puerta. Se detuvieron.

Ahora miraba hacia la Habitación Roja.

Sentí que Alex se movía detrás de mí y el movimiento perturbó el aire, por lo que la puerta se separó un poco del marco. De inmediato, Myzwik reaccionó. Se llevó la mano a la parte trasera del cinturón, sacó su pistola y se dirigió hacia nosotros.

«Mierda».

Busqué en el almacén algo con lo que armarme, Alex hizo lo mismo. Cuando volví a mirar a Myzwik, estaba a tres metros, con los ojos entrecerrados y el arma frente a él. No había nada con lo que defenderse.

Éramos carne de cañón.

Volví a mirar a Myzwik y vi que buscaba la manilla de la puerta con la mano que tenía libre. «Haz algo». Cuando la puerta empezó a abrirse en abanico, le di una patada.

Le tiró hacia atrás.

Un golpe.

Myzwik se alejaba dando tumbos, agarrándose la parte superior de la cara. Me abalancé sobre él, cerrando el espacio que nos separaba, y le di un puñetazo en la muñeca. El arma se eyectó al instante, repiqueteando contra la hierba helada. Cuando Myzwik se recuperó, intentó devolverme el golpe, pero yo lo esquivé y me abalancé sobre él, obligándolo a retroceder contra el Shogun. Chocamos con fuerza, mi cuerpo protegido por el suyo. Pero Myzwik estaba peor: estaba aturdido, doblado, agarrado al capó del Shogun mientras intentaba recuperarse.

Tan rápido como pude, cogí su pistola, le di la vuelta y le golpeé con la culata en la cabeza. Se desmayó al instante y cayó sobre la hierba.

Miré detrás de mí.

Estábamos protegidos de la vista por los bordes de Lázaro, pero no iba a correr ningún riesgo. Tras llamar a Alex, cada uno agarró una pierna y arrastramos a Myzwik de vuelta a la Habitación Roja. Una vez dentro, localicé mi caja de zapatos en las estanterías.

Dentro estaba mi vida.

Las llaves del coche. Mi cartera. Las fotos de Derryn que guardaba en ella. Mi anillo de boda, que creí haber perdido para siempre cuando lo vi rodar por el suelo de la cámara frigorífica. Me lo puse, guardé en el bolsillo la cartera y las llaves del coche, y deslicé la pistola de Myzwik en el cinturón por la parte trasera del pantalón. Cuando me giré, Alex estaba arrodillado junto al cuerpo tendido de Myzwik, registrando sus bolsillos.

—¿Qué estás haciendo?

—Tratando de encontrar una llave —dijo.

—¿Para qué?

No respondió, siguió buscando. Finalmente, se levantó, me miró frustrado, con el rostro marcado por la inquietud, e hizo un gesto en dirección norte.

—¿Qué? —dije.

—No tiene llave.

—¿Una llave para qué?

—Las puertas; una forma de salir de aquí.

—He hecho un agujero en la valla, podemos volver por ahí.

—La electricidad está encendida.

—¿Electricidad?

—La de las vallas.

Miré la malla metálica que se extendía en una suave curva desde la entrada superior, bajando por la pendiente a ambos lados del límite de la propiedad, antes de unirse de nuevo en el borde de la playa. Cuando el viento amainó y las olas se calmaron, pude oírlo: el zumbido de la carga eléctrica.

—Cuando suena la alarma —dice Alex—, se enciende la electricidad y permanece así durante treinta minutos. Solo se puede apagar desde dentro del recinto, pero no vamos a volver a entrar. Así que el pequeño agujero por el que te arrastraste para entrar aquí ya no es una opción, a menos que quieras arriesgarte a morir frito. La única otra forma de salir es encontrar una de las llaves maestras y utilizarla para abrir la puerta principal. Esa no está electrificada, solo tiene un candado. Pero no tenemos una llave.

—Entonces, ¿quién la tiene?

—Los instructores.

Vi a dónde quería llegar con eso.

—De ninguna manera.

—Nos unimos al grupo que trabaja en la ladera, fuera de Bethany, y esperamos a que vuelva uno de los instructores. Una vez que lo haga, lo asaltamos y cogemos la llave.

—Tengo al menos quince años más que cualquiera de los que están ahí arriba.

—No tenemos elección.

—En el momento en que uno de los instructores me vea, nuestra tapadera quedará descubierta.

—No si mantienes la cabeza baja.

—¿Y los alumnos? Sabrán que no formo parte del programa. ¿Qué va a impedir que uno de ellos encuentre a alguien a cargo y dé la alarma?

—No lo harán —respondió.

—¿Por qué?

—Porque están demasiado metidos en el programa para recordar si formamos parte de la granja o no. Tampoco les importará la diferencia de edad. —Miró su reloj, a mí—. Cuando no tienes memoria, no puedes estar seguro de nada.

Lo miré, poco convencido.

Pero ¿qué otra opción había?

—Tenemos que irnos —dijo, más frenético ahora—. Andrew estará asegurando el complejo, habitación por habitación, comprobando que todo está como debe estar. Llegará al Calvario el último, lo que

significa que tenemos un minuto antes de que él y su perro de presa descubran que ya no estás clavado en esa cruz. ¿Estás listo, David?

Lo miré fijamente y asentí con la cabeza.

Salimos.

48

El suelo bajo nuestros pies era irregular, el sendero ascendía a través de campos de nieve hacia el grupo reunido frente a Bethany. Dejé que Alex me guiara y me coloqué detrás de él, con la cabeza gacha, tratando de disimular mi rostro. Cada vez que levantaba la vista, esperando ver al grupo mirándonos fijamente, estaban igual que la última vez, con palas, picos y rastrillos en las manos, con la atención puesta en el suelo.

Miré hacia atrás, hacia la pendiente, hacia la extensión, hacia Lázaro, pero no había ni rastro de Andrew ni de Legión. Todavía estaban dentro, comprobando las habitaciones. Sin embargo, algo no iba bien. Podía sentirlo. Me molestó que el grupo que nos precedía no hubiera regresado al recinto con los demás alumnos. Si esa era la norma, ¿por qué la habían desobedecido? Y, si estaban esperando a que un instructor les dijera lo que tenían que hacer, eso era aún peor: si nos disfrazábamos dentro del grupo y volvía un instructor y nos decía a todos que volviéramos al recinto, ¿entonces qué?

La espalda se me encogió de nuevo y aspiré.

—¿Estás bien? —Alex habló girando un poco la boca, sus ojos todavía en el grupo. No respondí, tratando de tranquilizarme—. ¿David? ¿Estás bien?

—¿Esto es lo que hacen durante todo el día? —respondí, cambiando de tema.

—No. Algunos trabajan en el pueblo también.

Seguimos moviéndonos, cada vez más cerca.

—¿Los lugareños también están en esto?

—Solo los que trabajaban aquí. Cuando alguien viola la seguridad, o se acerca demasiado, Andrew cambia a todo el mundo. Ahora habrá gente nueva trabajando en Angel's, alguien más dirigiendo el piso de Brixton. La gente de Londres estará en Bristol; la gente de Bristol estará aquí arriba, en la granja o en algún pueblo. El proyecto tiene un par de tiendas en la costa.

Cada vez que empieza a haber problemas, los cambias de sitio y todo vuelve a la normalidad.

—¿Qué hacen en los pueblos? —le dije.

—Lo mismo que hacen aquí. Labrar la tierra, plantar, ir a buscar, transportar, tal vez estar detrás de un mostrador y servir. Trabajos simples. Andrew argumenta que es una existencia más pura y limpia. Pero la verdad es que, para cuando acaban contigo aquí, no sirves para mucho más.

Dejamos de hablar cuando nos acercamos a menos de seis metros del grupo. Debajo de las capuchas se veían algunos rostros que miraban hacia nosotros colina abajo. Parecían normales, incluso sanos, hasta que mirabas sus ojos, que se desviaban entre nosotros, intentando desesperadamente encajar los recuerdos como piezas rotas de un rompecabezas.

Al llegar, una pareja levantó la vista: una adolescente y un chico de unos veinte años. Delante de ellos, las grietas y fisuras de la tierra helada se iban abriendo poco a poco; los dedos, envueltos en las palas, estaban rojos de frío.

Había cuatro palas apoyadas contra la pared detrás del grupo. Alex y yo cogimos una cada uno y nos acomodamos en un espacio en medio del grupo, simulando cavar, con las capuchas todavía puestas para disimular nuestros rostros, pero con una visión clara del recinto. Algunos miembros del grupo siguieron observándonos, sobre todo a Alex, pero, cuando empezamos a cavar, volvieron a concentrarse en su trabajo.

Poco después, desde la boca del recinto, llegaron.

Eran dos. A uno lo reconocí inmediatamente como Andrew; el otro era más pequeño, quizá una mujer, y llevaba la capucha puesta. En cuanto salieron de la oscuridad del recinto, miraron de derecha a izquierda, mientras sus ojos se adaptaban a la luz del atardecer. Eran las cuatro, quizá ya y media. En el tiempo que llevábamos fuera, el sol había empezado a fundirse más allá del horizonte.

Ambos levantaron la vista hacia nosotros y estudiaron al grupo.

Sabían que estábamos en alguna parte de la granja.

Solo era cuestión de encontrar dónde.

Continuamos cavando la tierra lenta y rítmicamente, con el sonido de las palas chocando contra el barro, el viento soplando desde las montañas y el mar. Se me ocurrió una idea: ¿y si hubieran hecho un recuento antes de unirnos al grupo? Miré a Alex y él me devolvió la mirada. ¿Pensaba lo mismo?

«Ese plan hará que nos maten».

Por el rabillo del ojo, vi a Andrew dirigirse hacia la galería de la fachada de Lázaro. La mujer se dio la vuelta y empezó a avanzar hacia nosotros.

Alex y yo nos apartamos ligeramente de ella y empezamos a cavar con más ahínco Tardó unos sesenta segundos en llegar desde la boca del recinto hasta los bordes del grupo. Llevaba botas muy resistentes, con punteras de acero que rozaban la grava y la nieve que se había depositado en el sendero. Aparte de Andrew, los instructores vestían como los alumnos: sudaderas con capucha, pantalones de chándal y botas, solo que de azul en lugar de verde. Con la espalda medio girada, no pude distinguir su rostro con claridad, y a medida que se acercaba al grupo me aparté aún más de ella.

Me doblé, manteniéndola en la periferia de mi visión.

Hundí la pala en la tierra y retiré una placa de barro, y cuando volví a clavar la pala en el suelo, sentí una punzada en la espalda. Intenté no hacer evidente mi dolor, centralizándolo, apartándolo de mi cara, y observé cómo ella empezaba a dar vueltas alrededor del grupo, con los ojos parpadeando entre los alumnos. La alarma se detuvo, y el silencio fue como un zumbido en mis oídos. El repentino cambio de rumbo también detuvo el paso de la mujer, que se detuvo ante un montón de tierra.

Pasó un minuto.

Cuando volví a mirarla, se había movido, más cerca de Bethany. Estaba agachada, viendo cómo una de las mujeres le quitaba parte de la tierra de los pies. Entonces la instructora volvió a moverse, desapareciendo finalmente de mi campo de visión.

Lancé una mirada a Alex.

Estaba en el ángulo opuesto al mío, mirando hacia el otro lado, pero pude ver cómo sus ojos seguían la trayectoria de la instructora mientras daba la vuelta por detrás de mí.

Seguimos cavando.

Treinta segundos después, vi que Alex volvía a mirar a la mujer y deduje que estaba justo detrás de mí. No habíamos acordado nada, no habíamos hecho ningún tipo de plan, pero apreté el mango de la pala, con los nudillos blancos, y lancé una mirada, de espaldas, por encima del hombro. Estaba a menos de dos metros de mí.

Volví la vista hacia la parcela que estaba cavando y luego de nuevo a la mujer mientras una repentina ráfaga de viento subía por la colina y le levantaba la capucha de la cara. Se le cayó.

Me dio un vuelco el corazón.

Era Evelyn.

Por el rabillo del ojo debió verme mirándola. Se giró y me miró de frente, con los ojos entrecerrados, y entonces se dio cuenta de quién estaba bajo la capucha. Por un segundo, debió pensar que podía razonar conmigo. Teníamos una historia. Nos llevábamos bien, reíamos, hablábamos, incluso nos sentíamos atraídos de alguna manera. Pero entonces recordó de lo que había formado parte en Bristol.

Había dejado que me llevaran al bosque.

—Lo siento, Evelyn —dije.

Empezó a pedir ayuda.

La golpeé con la pala, que salpicó tierra en su trayectoria, y la alcancé en la cadera izquierda. El impacto reverberó a lo largo del mango en mis manos. Tropezó de lado y cayó de rodillas. Mientras se revolvía en el suelo, saqué la pistola de Myzwik y la golpeé con ella en la cabeza. Se desplomó sobre su vientre.

El resto del grupo levantó la vista.

Alex miró entre los demás y yo, y hacia la granja. No había señales de nadie más. Dejó caer la pala al suelo y se acercó a Evelyn, a la que no había podido noquear del todo. Se movía de un lado a otro, entrando y saliendo de la consciencia. Alex le tapó la boca con la mano para que se callara y empezó a rebuscar en sus bolsillos. Finalmente, encontró un llavero en sus pantalones.

Dos llaves.

Una de latón. Y una plateada.

Alex eligió la plateada y me la tendió.

Y entonces su cara cambió.

Se le fue el color y perdió el equilibrio, cayendo contra Evelyn. Cuando empezó a retroceder, seguí su mirada, detrás de mí.

—Tenemos algo que terminar —dijo uno de los alumnos.

Excepto que no era un alumno.

Era Legión.

49

Había estado trabajando a nuestro lado todo el tiempo, con la misma ropa, la capucha puesta, cavando la misma tierra. Cuando se acercó, a través del suelo helado, algunos de los estudiantes levantaron la vista, vieron quién era y se acobardaron. Empujó entre ellos, derribando a alguno, con las manos a los lados. En la izquierda llevaba una pequeña pistola.

Sus ojos pasaron de mí a Alex.

El viento volvió a subir por la ladera, feroz y crudo, y el pánico empezó a cundir entre los alumnos. Se separaron de él, soltaron las palas y se alejaron, algunos se adentraron en la nieve y en el sendero, otros se acercaron a Bethany. Legión no se movió, con los pies plantados en un cuadrado de tierra recién cavada, como un espectro que se levanta de una tumba. Dentro de la capucha, no llevaba la máscara, pero pude ver su agarre alrededor de las orejas, y supe que la llevaba encima de la cabeza.

—Tenemos algo que terminar, David —volvió a decir, pero no me miraba. Seguía con los ojos clavados en Alex, con los labios torcidos en una expresión de disgusto.

—No —dije, y le apunté con la pistola de Myzwik.

Esta vez me miró, con el cuerpo totalmente inmóvil, moviendo solo la cabeza. Era como mirar a un muñeco de ventrílocuo: todo el movimiento estaba en su cuello.

Miró la pistola.

—¿Vas a dispararme?

—Tal vez.

Asintió una vez, pero no dijo nada, mirando hacia abajo, examinando el suelo entre donde estaba él y donde estaba Alex, un metro a su izquierda. Alex se encontraba de pie ahora.

—Baja el arma —me dijo.

Legión todavía no había levantado la suya.

—Baja el arma o mataré a Alex ahí mismo.

Miré a Alex, pero parecía extrañamente indiferente a la amenaza.

—No es verdad, David —dijo—. No lo escuches. No bajes el arma. No puede matarme.

Fruncí el ceño y lo miré.

—¿Qué?

—Baja el arma —dijo Legión.

Alex negó con la cabeza.

—No lo hagas.

—¿Qué pasa, Alex?

—Lo mataré —dijo Legión.

—No. No. Tienes que escucharme, David. No pueden matarme...

En un abrir y cerrar de ojos, Legión clavó el cañón del arma en el centro de la frente de Alex. Alex se tambaleó hacia atrás, cayó como un saco de cemento —sin gracia, sin extender los brazos, sin reacción alguna— y se golpeó contra el suelo. Se quedó inconsciente, sangrando por un corte en mitad de la cara. Cuando quise darme cuenta, Legión había salvado la distancia que nos separaba con una larga zancada. Estaba a metro y medio.

—Para —dije.

—Tenemos que terminar lo que empezamos.

Bajé la mirada hacia la pistola, bloqueada a su lado, con el corazón golpeándome el interior de las costillas. No creía que lo matase, no enfrentándolo aquí, no a sangre fría. Lo que les había hecho a Zack y Jason había sido en defensa propia. Esto era diferente.

—Esto se acabó —siseó.

Aprovecha esta oportunidad, David.

Su voz en mi cabeza, de repente, inesperadamente. Legión notó algo en mi cara —un parpadeo— y, por primera vez, se desvaneció parte de su poder.

Sentía el sudor en los dedos, la adrenalina fluyendo, el corazón bombeando en mis oídos. Volví a mirar la pistola y luego miré al hombre que tenía delante.

Aprovecha esta oportunidad, David.

Apunté bajo y disparé a su pierna.

Se tambaleó contra uno de los otros del grupo, agarrándose la parte superior del muslo. Un alumno gritó. Una pala golpeó la tierra. Miré a Alex y salí corriendo por el sendero en dirección a Bethany.

La nieve crujió detrás de mí.

Venía el diablo.

Abrí la puerta trasera de una patada y me di cuenta de que había caído en una trampa. A medio entrar en la cocina, me giré, pensando en volver por donde había venido, en algún otro plan, y vi su silueta atravesar las ventanas.

Era demasiado tarde.

Girando sobre mí mismo, corrí hacia la sala de estar, a oscuras ahora que la luz del día empezaba a desvanecerse, y hacia las escaleras. Miré hacia atrás. Salió de la penumbra de la cocina arrastrando las piernas. Seguía con la capucha puesta, pero se había quitado la máscara: los ojos se movían dentro de los agujeros, la boca era ancha y lasciva.

Me dirigí arriba.

Las balas chisporrotearon contra la pared detrás de mí, la vieja mampostería escupió polvo y escombros, con el pitido de un rebote. Oí el roce de su pierna debajo de mí mientras se movía por el salón, con las baldosas rotas bajo los pies. En lo alto del rellano, me detuve a mirar las tres puertas, las tres habitaciones, tratando de averiguar cuál me mantendría con vida más tiempo, y luego me dirigí hacia la habitación A.

Podía oírlo en las escaleras.

Deslizándome por detrás del conducto de la chimenea, me giré lo más rápido que pude, levanté el arma y me encaramé al rellano, esperando a que apareciera. Pero no lo hizo.

No había nadie en las escaleras.

Nadie en el rellano.

¿Dónde estaba?

El conducto de humos salía un metro de la pared y llegaba hasta el techo. Era lo bastante profundo como para proporcionar cobertura. Era lo más inteligente, la mejor manera de ganar ventaja. No podía golpearme a través del ladrillo, pero yo podía devolverle el golpe.

Excepto porque no sabía dónde estaba.

Lo había visto venir detrás de mí fuera. Lo había oído en el salón, debajo de mí, arrastrando la pierna herida por las baldosas. Lo había oído en las escaleras.

¿Dónde demonios estaba?

Me chasqueaban los dientes. Se me aguaron los ojos. Me ardía la espalda. Intenté escuchar a Legión, en busca de cualquier señal de movimiento dentro de la casa, pero no estaba. Cuanto más me esforzaba por escuchar, más me daba cuenta de los sonidos que se oían más allá de las paredes; el alboroto en la entrada; alumnos asustados, inquietos. Quizá Evelyn.

Quizá Alex.

También estaba oscureciendo con rapidez, el día se cerraba como un sudario. Cada segundo que esperaba, las sombras se hacían más largas: en las escaleras, en el rellano, la oscuridad llenaba las ventanas.

El arma empezó a sentirse pesada.

Todo mi cuerpo se sentía pesado.

Miré a lo largo del rellano y luego hacia la habitación vacía. ¿Qué me quedaba? ¿Qué opciones había ahora? Pensé que había reducido las posibilidades de que me alcanzaran. Había visto la chimenea como un lugar seguro. Pero había sido todo lo contrario.

Me había arrinconado.

Se me revolvieron las tripas y empecé a sentir náuseas de nuevo. «Tiene todas las cartas. Es un soldado. Ha sido entrenado para utilizar el silencio y el tiempo a su favor». Cuando tragué, sentí la saliva como si fuera de cristal. Intenté tranquilizarme, calmar mis nervios.

Pero ya era demasiado tarde.

Bajé la mirada hacia mi mano izquierda, hacia mi alianza de plata, que brillaba débilmente bajo la luz menguante. ¿Habría encontrado a esa primera chica si hubiera sabido que acabaría así? ¿Habría dejado que Derryn me convenciera si hubiera vislumbrado el futuro, la realidad: encogido en un rincón de una habitación, esperando la muerte? Las personas desaparecidas habían traído la rutina a mi vida. Lo había necesitado, me había alimentado de ello durante un año. Me dieron sustancia e impulso. Sin ellas, habría caído hacía mucho tiempo.

¿Y qué iba a hacer ahora?

Volví a asomarme por el rellano, apretando con más fuerza el arma. Fuera, ya no se oía ningún ruido del grupo, solo el quejido del viento en la casa.

Di un largo suspiro.

Entonces, lentamente, salí de la chimenea.

50

Un escalofrío me golpeó, el aire frío entraba por las grietas de la pared, pero no era eso lo que me afectaba. Era el miedo. Mis nervios estaban fritos. Apenas podía caminar recto. Los temblores me recorrieron los brazos hasta los dedos cuando llegué a la puerta y me detuve. A mi derecha, el cuarto de baño estaba vacío, limpio de los viales de ketamina que habían quedado en el suelo; el azulejo de la bañera había sido sustituido. Delante de mí, las escaleras estaban casi a oscuras, pero podía ver lo suficiente: allí no había nadie.

Dirigí mi atención a la habitación B.

Empuñando el arma, avancé y, de la noche, surgieron pequeños zigzags de nieve compactada. Se le había caído de los zapatos. La nieve formaba un rastro áspero, a través del rellano y hacia la habitación B. ¿Era allí donde se escondía?

¿O era un truco?

Manteniendo el arma en alto y delante de mí, di la vuelta en semicírculo, de modo que quedé frente a la puerta de la habitación B desde el lado en el que estaban las escaleras. La idea era tener una visión más clara de la habitación, de la parte de atrás, pero era difícil distinguir algo. Me invadió un pánico breve y paralizante: ¿y si pudiera verme ahora mismo?

Retrocedí de nuevo, más cerca de las escaleras.

Y un olor me golpeó.

Su olor.

Miré detrás de mí, hacia las escaleras, pensando por un momento que podría ser porque se acercaba por allí, sin ser visto... Pero allí

no había nadie. Al menos fue lo que creí. A cada minuto, el lugar se volvía más oscuro, más difícil de recorrer.

Volví a olfatear el aire.

Definitivamente era él. Ese olor a podredumbre, a moho y suciedad; a ropa sin lavar, o quizá a ropa lavada, pero a un cuerpo que ya no podía sentirse limpio. Era como el olor de un animal, una advertencia. Era como si me dijera que no me acercara, pero, si quería salir vivo de la granja, tenía que hacerlo.

Me apoyé en la jamba de la puerta.

A través del hueco, pude distinguir los extremos de la habitación, las anillas a lo largo de toda la pared. Algo se movió por detrás. ¿Era él? ¿Estaba esperando...?

De la nada, sentí como si me hubiera atropellado un tren.

Mi cerebro tardó una fracción de segundo en recomponerse y, para entonces, ya me tambaleaba de lado, de vuelta a la habitación A, con los pies apenas tocando el suelo. Me golpeé con fuerza contra el suelo, me desvanecí y conseguí rodar a medias, tiempo suficiente para ver a Andrew, armado con un trozo de madera, acercándose a mí, asomando en la oscuridad.

No lo había visto venir.

Ni oído, ni siquiera había pensado en él.

Sin dejar de agarrar el arma de Myzwik, la levanté del suelo, apunté en su dirección y apreté el gatillo. Pero era rápido. El trozo de madera chocó contra mis dedos, mi puño se abrió y el arma golpeó el suelo con un ruido seco. Antes de que pudiera reaccionar, recibí un segundo golpe en las costillas, esta vez no con la madera, sino con su bota. El aire se me escapó, mis costillas se movieron y una de ellas crujió. Grité de dolor, un zumbido agonizante recorrió mi

caja torácica. Cuando intenté moverme de nuevo, cuando intenté ponerme a cuatro patas, me empujó hacia abajo con la palma de la mano, apoyando todo su peso en mi espalda.

Volví a gritar, esta vez más fuerte.

—Lo entiendo —dijo cuando mis gritos se apagaron, con su rodilla en el centro de mi espalda, su peso inmovilizándome contra el suelo —. Entiendo cómo debes sentirte. Lo entiendo, David. Yo sí. Esa desesperación por recuperarla consume cada uno de tus pensamientos.

Se movió ligeramente, pero, al apartar parte de su peso, presionó el extremo de la longitud de la madera contra la base de mi cráneo, empujando mi cara hacia abajo.

—Cuando salí de la cárcel —dijo en voz baja, inclinándose de nuevo hacia mí, más cerca de mi oído—, mi agente de la condicional me encontró un trabajo enseñando a los niños a jugar al fútbol en un club juvenil. Conocía al tipo que lo dirigía. La primera noche que me presenté allí, el responsable me llevó aparte y me dijo: «Sé que tienes antecedentes. No eres más que un favor para un amigo, así que si metes la pata una sola vez, aunque sea para decirme que nos hemos quedado sin zumo de naranja, estás acabado». Me dieron veinticinco libras en efectivo, y me pasé las semanas reclamando el paro. Cuando llegaba el domingo, no tenía nada. La tentación de más dinero, la tentación de robar a quien hiciera daño, era inmensa.

Lo único que podía mover eran los ojos. Recorrí mis alrededores en busca de algo que pudiera intentar agarrar, pero el arma estaba fuera de mi alcance. Había algunos trozos de azulejos viejos, fragmentos esparcidos por el suelo del cuarto de baño. Aunque no estuvieran fuera de mi alcance, aunque no me impidiera al instante ir a por ellos, no valdrían para nada.

No tenía a dónde ir.

Había terminado.

—La cárcel fue dura —continuó, con voz suave, casi lúgubre—. Así que no quería volver. Y, de todos modos, unos cinco meses después de empezar allí, en ese club juvenil, todo cambió. Hablé con la madre de uno de los chicos. Había tenido leucemia, pero estaba en remisión. Y la forma en que hablaba de él, el amor que sentía por él, me paralizó por completo. Cuando supe que estaba sola, la invité a salir, incluso antes de saber cómo se llamaba. Fue ella quien me llevó por primera vez a una iglesia. Con ella encontré mi fe.

Inesperadamente, se puso de pie y su peso se apartó de mí.

—Charlotte —dijo. Hubo una larga pausa mientras me miraba fijamente—. Llevábamos viéndonos unos dos años cuando la leucemia de su hijo volvió. Yo ya me había ido a vivir con ellos. Tenía un trabajo. Todo en mi vida era perfecto. Pero, cuando Charlotte se enteró de que la enfermedad había vuelto, algo se apagó en ella, como si supiera que, esta vez, no se iría hasta llevarse a su hijo consigo.

Rodé sobre mí mismo, bocarriba, con los ojos desviados hacia las sombras a ambos lados de mí. Vio el movimiento y sacudió la cabeza, colocando el extremo del trozo de madera en mi garganta. Tragué saliva, viendo cómo algo doloroso se movía en sus ojos.

—Llegué a casa tres meses después de su muerte y ella estaba en el baño. Había tomado una sobredosis de somníferos. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de este lugar. Un lugar para ayudar a la gente a empezar de nuevo, a dejar atrás los recuerdos, todo lo que desearían poder olvidar. Fui al banco y me rechazaron en el acto. Pero al final, unos meses después, alguien se preocupó lo suficiente como para ayudarme.

Me limité a mirarlo.

—Este lugar fue construido para gente como tú, David. Debes entenderlo. ¿Sabes? —Hizo una pausa, pero no era una pregunta—. No voy a dejar que lo destruyas.

Volvió a acercar el trozo de madera hacia él, apretándolo con más fuerza, y cuando vi que se acercaba el final, el golpe letal, me invadió una extraña paz. Recordé los momentos en la cruz, sintiendo a Derryn detrás de mí, esperando.

Y cerré los ojos.

Pero el golpe nunca llegó.

51

Se oyó un ruido sordo.

Andrew se tambaleó hacia un lado, agarrándose la cabeza, con la sangre goteándole por encima del ojo: aturdido, desorientado, desequilibrado. Tardé un momento en atar cabos.

Pero entonces, en la oscuridad, vi a Alex.

Se acercó con los dientes apretados, armado con un trozo de madera, y volvió a golpear. Esta vez alcanzó a Andrew en las costillas. Hubo un aullido de dolor, como si sonara otra alarma, pero, antes de que pudiera recomponerse, el garrote estaba en su estómago.

Otra vez, y otra vez.

Andrew se golpeó contra la pared y se desplomó.

Me levanté del suelo, totalmente aturdido.

—Alex —dije, pero mi voz apenas se escuchó y Alex no la oyó. No oía nada. No paraba de golpear a Andrew, en la cara, las piernas, los brazos, todo lo que tenía a tiro, con tanta fuerza que los trozos de madera se desprendían y salían disparados por el suelo. Andrew no reaccionó: ni se movió ni gruñó.

Nada.

—¡Alex!

Se detuvo, jadeando pesadamente, envuelto en las sombras, y miró a su alrededor, hacia mí. En el silencio, pareció darse cuenta de su

acto. Miró a Andrew, de nuevo a mí, luego a Andrew otra vez, y vi lágrimas brillar en sus ojos.

Clic.

Un ruido de la habitación con las anillas.

Me levanté, con dolor por todas partes, e intenté volver a concentrarme. Cogiendo la pistola de Myzwik del suelo, le hice un gesto a Alex para que viniera hacia mí y luego apunté hacia la habitación B.

—Legión —articulé con los labios.

Un destello de miedo en el rostro de Alex.

—Está ahí dentro —dije sin sonido.

Levanté la pistola, hice un gesto a Alex para que se colocara detrás de mí y empecé a avanzar hacia la puerta abierta. Pero entonces sentí que la mano de Alex me agarraba el hombro.

Me giré.

—¿Cómo? —articulé.

Se inclinó hacia mi oído.

—Úsame.

—¿Cómo?

Se inclinó de nuevo.

—Utilízame. Finge que vas a matarme. —Se movió frente a mí, y dijo —: Úsame como escudo.

Fruncí el ceño.

—¿De qué demonios estás hablando?

—No pueden matarme.

—Sí pueden.

—No pueden.

—Pueden matarte, Alex. Ahora deja de...

Me agarró del brazo, con una nueva determinación en él, una falta de voluntad para echarse atrás.

—Hazlo —me dijo, mirándome fijamente a los ojos—. Hazlo, y confía en mí.

—Estás loco de remate.

Pero entonces recordé lo que había dicho antes, en los momentos posteriores a descubrir a Legión entre nosotros. «Tienes que escucharme, David. No pueden matarme».

Me dio la espalda y miró hacia la puerta de la habitación B. Por un momento, dudé. Era un suicidio. Lo llevaba allí como a un hombre muerto.

Y, sin embargo, no había ni un atisbo de duda en él.

Me acerqué a él para que Legión no pudiera dispararme y empezamos a avanzar. Las tablas crujían bajo nosotros, los zapatos de Alex levantaban astillas de madera y trozos de cristal, y después entramos dentro, la disposición se revelaba poco a poco, cada pisada pesaba más en mis músculos.

Al final de la habitación, todo estaba muy oscuro.

—Lo mataré —dije, mirando fijamente la oscuridad.

Adelanté a Alex otro paso, esperando que la luz cambiara sutilmente, mostrando lo que ocultaba, pero no pude ver nada. El conducto de humos de la habitación contigua creaba un pliegue irregular en la pared de la izquierda, proyectando a su vez largas sombras, de lado a lado.

—Si es él o yo, juro que lo mato.

Medio paso hacia el centro de la habitación.

—Lo juro.

No hubo respuesta. No hubo movimiento.

—¿Me estás escuchando?

Mis ojos se acostumbraron un poco más y empezaron a surgir formas del otro extremo de la habitación. Una tarima irregular; una silla solitaria y rota. A mi izquierda, podía ver el agujero en la pared con el mensaje de «Ayúdame», las anillas alineadas, el agua corriendo por la mampostería entre ellas, brillando como la piel de un reptil. A la derecha, una sábana en una de las ventanas se movía ligeramente con la brisa que entraba.

—Contéstame —le dije.

Un recuerdo afloró, estuvo presente un instante y luego desapareció: cuando estábamos fuera, camuflados entre el grupo de estudiantes, había mirado hacia Bethany..., pero no me había dado cuenta de que había una ventana abierta en la fachada. ¿O sí? Fui más despacio, inseguro, intentando recordar.

Y también había algo más.

«Su olor ha cambiado».

—Respóndeme —repetí, pero mis pensamientos iban a toda velocidad.

Clic.

Fue entonces cuando lo supe con certeza: la ventana no había estado abierta y su olor tampoco había cambiado. Ya no venía por delante de mí.

Venía por detrás.

Sentí una pistola en la nuca.

—Cucaracha —susurró una voz.

52

El extremo del cañón empujó contra la parte superior de mi columna vertebral. Nos había engañado. Había entrado aquí, y luego había salido por la ventana, de espaldas a nosotros. La primera vez que entré en la habitación B, todas las ventanas estaban cerradas con candados, pero Legión tenía un juego de llaves. Tenía vía libre. Abrió la ventana, salió al tejado plano, dio la vuelta y esperó.

«Mierda».

—Lo mataré —dije.

Empujó la pistola con más fuerza.

—No, no lo harás.

—Baja el arma —dije, empujando hacia atrás la boca del cañón.

—No.

—Bájala.

—No.

—Baja el arma.

En un instante, su cabeza estaba en mi oído. Sentí la máscara rozándome la cara y su cálido aliento pasando por los agujeros del plástico.

—No —volvió a decir.

El arma presionó con más fuerza contra mi nuca, clavándose en la curva de mi cráneo.

—Tienes tres segundos —dije, con las dudas pasando por mi cabeza. «Él se equivoca, Alex se equivoca, este plan fracasará»— o le vuelo los sesos.

El arma no se movió.

—Uno.

Nada.

—Dos.

Amartillé el arma, con el corazón palpitando.

—Tr...

Con un último empujón del cañón, nos empujó a los dos hacia delante, y entonces oí crujir el cristal bajo sus pies mientras retrocedía, el arma yéndose con él.

Giré con tanta fuerza que Alex casi tropieza.

Legión estaba de pie en la puerta.

Sentí que Alex se paralizaba y respiraba entrecortadamente al verlo: la pistola estaba a su lado, otra más pequeña en el cinturón, las mangas arremangadas, dejando al descubierto el tatuaje. Tenía los ojos fijos en mí, mirándome a través de los orificios oculares, pero era difícil distinguir el resto de su rostro, aunque —en el silencio de la casa— podía oír su respiración, que silbaba a través de los huecos de la máscara. La parte superior de su muslo, donde le había disparado, estaba llena de sangre, con la pierna extendida hacia delante y ligeramente doblada, como si se sintiera incómodo. Pero, si le dolía, si le estaba afectando de alguna manera, era difícil saberlo.

—Ponlas en el suelo —dije, señalando con la cabeza ambas armas.

Me miró a mí, a Alex y luego de nuevo a mí. Quizá no creyó que mataría a Alex. Si eres un asesino, lo llevas marcado, como un corte que no se cura. Pero ya habría oído hablar bastante de mí, de lo que les había hecho a Zack y Jason en el bosque. Así que sabía que, si tenía que hacerlo, podía hacerlo. Si llegara el caso, serían ellos antes que yo.

—En el suelo —repetí.

Entrecerró los ojos, abrió la mano y dejó caer al suelo la pistola que sostenía. Los trozos de cristal se esparcieron al estamparse y detenerse.

—Ahora la otra.

Se detuvo, puso una mano sobre ella, sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura como las patas de un insecto. Podía ver suciedad y sangre bajo sus uñas. La sacó de su cinturón y la mantuvo allí, delante de él, como si se negara a soltarla.

Pero entonces lo hizo.

Cayó al suelo con un ruido seco.

—Puedo saborear tu miedo —dijo.

Asentí como si apenas lo hubiera oído, pero la verdad era otra: cada palabra que salía de su boca era como la punta de la hoja de un cuchillo. Vivía de eso, se alimentaba de ello. Incluso con sus dos pistolas en el suelo, seguía siendo peligroso; de un modo extraño, aún sentía que tenía el control... y en el momento en que dejara de creer que yo podría matar a Alex, lo tendría. Apoyé una mano en el hombro de Alex, empujándolo de rodillas frente a mí, y luego le apunté con la pistola a la nuca. Me miró, con la dosis justa de miedo en el rostro: no estaba seguro de si realmente creía que lo haría o no, sobre todo después de haber venido hasta aquí, pero había un atisbo de duda.

Legión miró entre nosotros.

—Patea las armas hacia aquí —dije.

Esperaba tener que repetirlo, como antes, pero esta vez lo hizo enseguida. Al instante, empecé a preocuparme. Todo lo demás había sido una lucha. Ahora enviaba sus armas hacia mí, fuera de su alcance, sin detenerse siquiera a pensar. Miré entre las armas y él. ¿Qué estaba pasando?

—Pon las manos detrás de la cabeza.

Resopló y, en su lugar, se llevó las manos a la máscara y se la apartó lentamente de la cara. Vi a Alex estremecerse un poco delante de mí. El diablo se deshizo de su máscara. Parpadeó, con los ojos fijos en mí, y se pasó una mano por la parte superior de la cabeza rapada, con la barba incipiente erizándose contra la palma. Y entonces sonrió, su boca ensanchándose, la lengua empujando sus labios, recorriéndolos, saboreándolos.

—Me pregunto a qué sabrás —dijo.

Sonaba absurdo, parecía absurdo, con la lengua pasando por el labio inferior. Pero era difícil no sentirse perturbado por él: era extraño, despiadado, bárbaro.

—Pon las manos detrás de la cabeza.

Volvió a sonreír, pero hizo lo que le pedí y deslizó las manos por detrás de la cabeza, enlazándolas. «Demasiado fácil otra vez». Definitivamente, algo pasaba. Había olvidado algo. Me había perdido algo. ¿Qué se me escapaba? Miré de él a Alex.

—Date la vuelta —le dije.

Legión captó algo en mi voz.

Otra sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Qué pasa?

—Date la vuelta.

—¿Tienes miedo?

—Date la vuelta.

Sus ojos se abrieron de par en par, como enormes agujeros que se abrieran dentro de su cabeza, succionando la oscuridad de la habitación. Sentí que mi control de la situación empezaba a deshacerse.

¿Qué se me escapaba?

—¿Tienes miedo, cucaracha? —dijo en voz baja, amenazadora.

—Cállate y date la vuelta...

Se lanzó hacia delante, en un repentino movimiento, sacando un cuchillo de algún lugar de su espalda. El mango era pequeño, pero la hoja era larga, ligeramente curvada, brillando incluso en la penumbra. Estábamos a dos metros el uno del otro, pero cruzó el suelo como si no hubiera distancia, sacando el cuchillo por delante, un borrón que se desplazó desde la altura de sus hombros hasta su cintura, y atravesó de un tajo el pecho de Alex. Alex se tambaleó hacia atrás, haciéndome perder el equilibrio.

Disparé accidentalmente, la bala se alojó en el techo y el arma se me escapó de las manos.

Para cuando recuperé el control de mí mismo, Legión había volteado el cuchillo, con la hoja hacia abajo y lejos de nosotros, y clavado el mango en la sien de Alex. Se tambaleó hacia un lado, sus piernas cedieron, y pude ver un desgarro largo, delgado y poco profundo en

su ropa. No había sangre, pero había atravesado su parte superior como si fuera papel.

Legión se acercó por tercera y última vez y clavó el mango del cuchillo en la cabeza de Alex por el lado opuesto. Alex perdió completamente el equilibrio y cayó hacia su izquierda, no sin antes arrastrarme con él. No podía entender por qué lo había hecho para empezar, por qué había hecho un esfuerzo tan consciente por agarrarme. Pero entonces, cuando cayó al suelo y rodó sobre mí, pude ver lo que estaba haciendo. Me estaba protegiendo. Legión no podía pasar a través de él.

El diablo vino hacia nosotros.

Todavía estaba demasiado cerca de Alex para que se descuidara, así que clavó la hoja en el suelo junto a mi oreja, intentando forzar un movimiento de reacción por mi parte, alejándome de Alex. Pero no podía moverme. Estaba atrapado debajo de Alex. Al darse cuenta, embistió con un pie la cara de Alex y la parte posterior de su cabeza golpeó mi nariz, con una fuerza parecida a la de un martillazo. Una luz blanca brilló en mis ojos. Desenfoque. Mareo, sin sonido. Cuando el ruido regresó, Legión estaba rodando a Alex fuera de encima de mí, hacia el suelo. Alex estaba aturdido.

Busqué el arma de Myzwik y la encontré: fuera de alcance.

Y entonces volví al momento.

Legión estaba agachado, arrastrando los pies por debajo de él y a Alex por la habitación, mareado, semiinconsciente. En un instante, vi cómo todo se había ido al traste tan rápido: en la parte trasera de la camiseta de Legión, entrecruzándose entre sus omóplatos, había dos trozos de cinta adhesiva en forma de X. Había pegado el cuchillo a su espalda, fuera de la vista.

Cuando Alex se hubo alejado lo suficiente, se volvió hacia mí, con los ojos brillantes, y volvió cojeando por la habitación. Me puse a cuatro

patas, con una mueca de dolor en la espalda, y empecé a avanzar hacia su arma más pequeña, la más cercana a donde yo estaba. Pero entonces me golpeó con fuerza, atacándome desde un ángulo bajo: su rodilla se clavó en la parte baja de mi espalda y me inmovilizó contra el suelo.

Luché, tratando de liberarme, tratando de hacer algo, hacer algo, hacer algo, hacer algo... pero, por el rabillo del ojo, todo lo que podía ver era a él levantando el cuchillo por encima de su cabeza, con la hoja reluciente, listo para clavarlo hacia abajo.

El acto final.

Pero entonces se detuvo, congelado.

Cuando volví a mirar, hacia arriba y hacia atrás, por encima de mi hombro, vi a Alex detrás de él, con un ojo hinchado, parpadeando furiosamente mientras intentaba recuperar la compostura.

Tenía un arma apuntando a la cabeza de Legión.

—¿Qué estás haciendo?

—Deja que se vaya —dijo Alex, aturdido, arrastrando las palabras.

—¿Qué estás haciendo, Alex?

Un lado de mi cara estaba pegado al suelo. Sentía fragmentos de cristal bajo la mejilla pero, cuando intenté levantarme del suelo y sacudírmelos de encima, Legión me miró y me hincó la rodilla con más fuerza en la espalda, apretando más su agarre.

Sus dedos se retorcían en mi cuello.

—Deja que se vaya —dijo Alex de nuevo.

—Ni siquiera puedes hablar correctamente.

Mis ojos recorrieron la habitación. Tenía un campo de visión estrecho, pero podía ver el arma más pequeña a un palmo de distancia, a la altura de mi cara. Cuando Legión se había lanzado sobre mi espalda, nos había empujado a ambos por el suelo y más cerca de ella.

—Deberías haber muerto hace mucho tiempo —le dijo a Alex, y medio giró el cuerpo hacia él, con la cabeza en todo lo alto, mirándolo fijamente.

Aparté la mano unos centímetros de mi cuerpo y esperé una reacción de Legión. Cuando no vi ninguna, me moví otro centímetro, y luego otro.

—Lo que hubiera dado por verte sufrir.

Seguí moviendo el brazo en arco, barriendo despacio los escombros. Tarde o temprano, esperaba que el movimiento de mi cuerpo le afectara, pero, por primera vez, Legión había empezado a perder el control de sí mismo. Odiaba a Alex.

—Te voy a trocear.

Me acerqué aún más al arma.

—Voy a cortarte en pedazos.

Mis dedos tocaron el arma, la áspera textura de su empuñadura, y tiraron de ella hacia mí, rezando para que no hiciera ruido.

Un segundo después, la tenía en la mano.

—Eres un inútil de mierda —dijo Legión, casi escupiendo las palabras por el hombro a Alex—. Eres una maldita cucaracha, como este...

Me miró. Levanté el arma del suelo, doblando el brazo todo lo que pude hacia atrás, y la introduje en los pliegues de su camiseta.

Disparé.

Cayó encima mí, su agarre se soltó al instante, rodé y vi su mano aferrándose a un espacio justo debajo de su caja torácica. Estaba doblado, apenas podía mantenerse en pie, la sangre le manchaba los dedos. Levantó el cuchillo, aún en la mano, y lo blandió en mi dirección, pero la fuerza había desaparecido de sus brazos y el movimiento lo desequilibró: volvió a blandirlo, perdió el equilibrio y se golpeó contra la pared.

Sus ojos se oscurecieron, como si las puertas del infierno se hubieran abierto para él.

Y entonces, finalmente, el diablo se quedó inmóvil.

53

Llevé el Shogun hasta Bethany, Alex y yo sacamos a Legión y tiramos su cuerpo en la parte trasera del coche. Nos quedamos allí un momento, mirándolo fijamente, la noche espesa a nuestro alrededor. Incluso cuando la muerte reclamaba su cuerpo, sus ojos seguían mirándonos, tan poderosos como cuando parpadeaban y se movían tras la máscara.

Después, metimos a Andrew.

Era más grande, más pesado, más difícil. Los llevamos colina abajo, con el cuerpo destrozado, los huesos desplazándose y moviéndose dentro de su piel, la cara de Legión reducida a su propia máscara ensangrentada. Cuando llegamos al Shogun, lo dejamos en la parte de atrás y Alex me pidió que apartara la cara de Andrew. Había matado a un hombre, los dos lo habíamos hecho, pero a él le costaba más asimilarlo, tal vez porque en Andrew había quedado algo de humanidad; un atisbo del hombre que había sido una vez, antes de esa granja, antes de que lo hubiera corrompido y retorcido. Legión, o cualquiera que fuera su verdadero nombre, era diferente. No estaba seguro de que hubiera habido algo bueno en él; y, si no hubiera apretado el gatillo, yo no seguiría respirando.

Evelyn y Myzwik se habían ido.

Todos los instructores también.

La propiedad había sido abandonada como un barco que se hunde, y si nos dirigíamos al siguiente pueblo, donde se extendían los zarcillos de la organización, sabía que tampoco estarían allí. Ahora estaban huyendo, reducidos a fugitivos, quizá comprendiendo parte de la desesperación que sentían los alumnos de la granja. Encontré una sala de seguridad dentro del recinto, cerca de donde estaba la cruz,

con seis monitores que mostraban imágenes del circuito cerrado de televisión de distintos rincones de la propiedad. Pasé quince minutos borrando las últimas veinticuatro horas del disco duro, mi llegada allí, y luego reinicié el software para que la alimentación se iniciara a las siete de la mañana siguiente. Eso nos dio a Alex y a mí diez horas. Para entonces, estaríamos a kilómetros de distancia.

Nuestro siguiente acto en la granja fue reunir a los alumnos que pudimos encontrar, los drogadictos y las víctimas de abusos que habían llegado a la granja con la promesa de una vida mejor, y llevarlos a la sala de estar de Lázaro, donde hacía más calor.

Había veintidós en total.

La mayoría eran los mismos, sanos aunque prácticamente amnésicos, pero algunos de ellos, que estaban al principio del programa, seguían drogados con lo que les habían obligado a tomar. Les preparamos bebidas calientes y cogimos mantas del recinto, pero mientras las repartía, miraba sus caras y me preguntaba qué clase de vida podrían esperar vivir ahora aquellos chicos. Cada vez que les decía que todo iba a ir bien, me miraban con desconfianza y me daba cuenta de lo vacías que eran mis palabras para ellos. Habían estado atados a anillas en habitaciones que olían a muerte, aterrorizados por un asesino que los observaba desde la oscuridad. Llevaban cicatrices en la espalda y en los dedos. Podían haber perdido la memoria, pero no eran estúpidos.

Sabían que esta existencia no era la que Michael, Zack, Jade y todos los demás les habían prometido. Era una prisión en la que poco a poco se adentraban en el vacío.

Una vez instalados los alumnos, Alex y yo nos dirigimos a lo largo de la costa hasta una cala situada a unos seis kilómetros. Majestuosos acantilados se alzaban sobre el mar a lo largo de cien metros, las olas chocaban contra la orilla y el viento se tragaba su sonido.

Al borde del acantilado, atamos un bloque de hormigón a Legión y luego otro a Andrew, y después empujamos ambos cuerpos por la ladera. Giraron en el aire al caer y desaparecieron rápidamente en el vacío. Cuando volvieron a estar a la vista, estaban a unos diez metros y se desvanecían en las profundidades del mar.

Pasamos la noche con los alumnos, todos acabaron durmiéndose y, antes de que se despertaran a la mañana siguiente, salimos de la granja por la puerta principal y volvimos por la carretera hasta mi coche de alquiler. Me dolía la espalda, hasta los huesos, pero no tenía las costillas rotas, como temía, y todo lo demás eran magulladuras. Se curarían en los próximos días, pero las marcas del azote ya formaban parte de mí. La noche anterior me había mirado en el espejo y las había visto por primera vez, una malla de líneas rojas. Todos los demás tenían lo mismo: cuatro o cinco marcas de látigo que actuaban como una marca, una huella dactilar, un recordatorio de este lugar y de a quién pertenecían.

La única diferencia entre los alumnos y yo era que ahora yo debía estar bajo tierra. Los azotes, el crucifijo, los clavos, mi «muerte», Andrew y Legión querían que lo experimentara todo antes de asesinarme, pero por razones muy distintas: Andrew, porque estaba tan consumido por el programa, por el concepto de la granja, sus ideales, que parecía pensar que, de algún modo, me convencería de lo que estaban haciendo si me mostraba el proceso, la llamada resurrección. Legión era diferente: era un asesino y disfrutaba matando.

Ni más ni menos.

Después de diez minutos en la carretera, me detuve en un teléfono público y llamé a la policía, diciéndoles que tenían que enviar un equipo a la granja. Me preguntaron mi nombre.

Fue entonces cuando colgué.

54

Paramos en una estación de servicio a las afueras de Manchester.

El lector de la temperatura en el interior del edificio indicaba tres bajo cero, y mientras nos sentábamos en una mesa junto a una de las ventanas, con vistas a un parque infantil, ambos tomábamos café y no decíamos nada. Me dolía la espalda, las costillas también; Alex tenía la cara magullada por ambos lados donde Legión le había golpeado con la culata de la pistola.

En el cristal, podía ver a la gente mirándonos fijamente, sus ojos atraídos por los hombres dañados de la esquina, así que le dije que cogiera su café y nos dirigimos a la salida.

La nieve empezó a caer unos veinte minutos después desde un cielo pálido. Me volví hacia Alex. Miraba por la ventanilla, con el café humeante en el portavasos del coche y los ojos fijos en los coches que pasaban a toda velocidad. Por un momento, me acordé de cuando llevaba a Jade a Strawberry's, de que su cara era la misma: distante, en el reflejo.

—¿Cómo supiste de mí? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Entré en casa de mamá y papá y encontré tu nombre entre las cosas de mamá. En eso me había convertido: en un fugitivo. —Me miró; volvió a encogerse de hombros—. Quería que mamá me viera ese día. Dejé que me siguiera a la biblioteca para que creyera lo suficiente, y luego recé para que acudiera a alguien. La observaba cuando iba a Londres después de aquello: la seguía desde el tren hasta su trabajo, con la esperanza de que algún día se detuviera en algún sitio y pidiera ayuda... y al final lo hizo. Te buscó. No sabía nada de ti, no podía encontrarte en las Páginas Amarillas, ni siquiera

en Internet. Por eso volví a casa de papá y mamá. —Se detuvo de nuevo, con una media sonrisa—. Necesitas una página web.

Le devolví la sonrisa y seguí adelante:

—¿Cómo escapaste?

—¿De la granja?

Asentí con la cabeza.

Cogió su café y le dio un sorbo.

—Llevaba allí unos meses cuando oí una voz que reconocí, que pasaba por el pasillo fuera de mi habitación de literas. No era uno de los instructores ni Andrew ni ese... bicho raro. Tampoco ninguno de los alumnos. No podíamos levantarnos después de las nueve y media de la noche, y si nos saltábamos las normas, nos castigaban. Así que supe que tenía que ser alguien que habían traído de fuera. Alguien nuevo. —Hizo una pausa y me miró—. Me levanté, fui a la puerta.

—¿Y quién era?

—Simon.

—¿Tu amigo Simon? ¿El drogadicto?

—Sí. No podía creer que fuera él. Hacía años que no lo veía y, de repente, estaba allí, en aquella granja, al mismo tiempo que yo. Era él. Pero lo trataron... Nunca los había visto tratar así a nadie. Le pusieron una correa en el cuello, una correa, y tiraban de él como de un animal.

—¿Los seguiste?

—No —dijo—. No, no, no. Estaba demasiado asustado. Yo era bastante nuevo entonces. Estaba absolutamente aterrorizado de lo

que me harían, de lo que haría el diablo. Me pasaba media noche en vela pensando que me vigilaba en la litera, como al principio. —Se detuvo, tragó saliva—. Así que no, no los seguí, pero ver a Simon así, ver que lo trataban así, se me quedó grabado, y siete u ocho meses después, oí que traían a alguien más por la noche. Esta vez no los reconocí, pero también llevaban correa. Ya estaba harto de la granja.

—¿Así que los seguiste esa vez?

—Sí. Salí de la habitación y empecé a seguirlos. Esperaba que me detuvieran enseguida, pero llegué al final del pasillo y nadie vino a por mí. No había nadie. Sabía que intentarían detenerme cuando me vieran en las cámaras, pero no lo hicieron. Era como si todo el lugar hubiera sido abandonado. Normalmente no podías respirar sin que alguien te oyera, pero conseguí salir del recinto y llegar a la superficie.

—¿Encontraste a la persona que habían traído?

—No. Estaba demasiado lejos detrás de... —Se interrumpió y me miró, con arrepentimiento y culpabilidad en el rostro—. Y supongo que me olvidé de ellos en cuanto llegué a la superficie.

—¿Por qué?

—Porque la entrada se había quedado abierta.

—¿La puerta principal?

—Sí. Estaba lo bastante abierta para permitirme escapar. Mi corazón me decía que me lanzara, pero mi cerebro me lo impedía. Nunca la dejaban abierta.

—¿Era algún tipo de trampa?

—Eso fue lo primero que pensé. Que era una trampa. Tenía que serlo. Pero, al cabo de un par de minutos, nadie vino a buscarme, así que decidí empezar a caminar hacia la puerta.

—Y eso fue todo, ¿simplemente saliste?

—No. Cuando llegué..., Andrew estaba allí.

—¿Esperándote?

—Justo allí. En las sombras. Yo estaba a un metro de la puerta abierta, lo bastante cerca como para salir corriendo si intentaba agarrarme, pero no lo hizo. Se quedó ahí parado.

Lo miré.

—¿Y qué hizo?

—No hizo nada. Se quedó así. Y entonces, cuando por fin hice un movimiento hacia el otro lado, me dijo: «Traerte aquí fue un error. Nunca te quisimos, Alex. Ninguno de nosotros. Estoy harto de luchar contra ti; de no poder darte los medicamentos que necesitas. Si de verdad formaras parte de este programa, te habríamos sacrificado hace mucho tiempo. No te habríamos dejado vivir con todos los problemas que nos has causado. Pero no formas parte de él, nunca lo harás, y estoy dispuesto a asumir las consecuencias que vengan. No quiero volver a ver tu cara.

—¿Eso es lo que dijo?

Alex asintió.

—Seguía pareciéndome una trampa, pero, cuando atravesé la verja y salí a la carretera, me di cuenta de que no lo era. Miré hacia atrás y vi cómo cerraba la verja tras de mí. Luego dijo: «Si las cosas se ponen feas, si intentas hacernos algo o hablarle a alguien de

nosotros, te perseguiremos y te haremos sufrir. Tu pasado ya no podrá protegerte». Después de eso, volvió a la granja.

—¿Qué quiso decir con «tu pasado ya no podrá protegerte»?

—No lo sé. Solo sé que no pueden matarme.

Condujimos un rato sin hablar, los dos pensando en la noche que Alex había descrito. Mi mente iba a toda velocidad, tratando de ordenar las cosas.

Algo no cuadraba.

—¿Te dijeron algo más?

—No. Corrí y no miré atrás. Hice autostop hasta la primera estación que encontré, y luego cogí el tren a Londres. Me escondí en los baños todo el camino. No tenía dinero, pero no era solo eso: tenía demasiado miedo de salir por si me habían engañado; por si me estaban esperando. Pero ni me estaban esperando ni era un truco, aunque no podía sacarme ese lugar de la cabeza: las cosas horribles que habían pasado allí, y las cosas.... —Hizo una pausa y levantó la mano, con los dedos llenos de cicatrices y las uñas desfiguradas—. Las cosas que me hicieron; a todos los que estábamos allí.

—Por eso dejaste que Mary te viera.

—Sí. Tenía que conseguir a alguien para que fuera a ese lugar.

Condujimos un rato en silencio mientras seguía nevando. La autopista era lenta, los coches circulaban a velocidad reducida, los faros manchados contra una pared blanca de nieve.

—¿Y Al? —pregunté finalmente.

Me miró.

—¿Sabes algo de él?

Asentí con la cabeza.

—He tenido mucho tiempo para pensar en lo que hice.

—¿Qué hiciste?

Dio un largo suspiro.

—Pasé muchos meses, después de salir de la granja, con miedo a morir; temía que fuera un truco y que, después de todo, volvieran a por mí. Y hace poco empecé a pensar en lo que me harían si regresaba.

—¿Qué tiene eso que ver con Al?

—No lo sé. Quizá esperaba que, volviendo aquí, exponiendo la granja como lo que era, un lugar corrupto, violento, podría ser capaz de compensar lo que hice.

No pude decir nada.

—Papá y Al —continuó— se conocían desde hacía mucho tiempo. Crecieron en la misma calle y fueron juntos a la escuela, pero, mientras que papá era el que tenía el cerebro, Al era el que tenía todas las pelotas. Papá sacó buenas notas y fue a la universidad, y acabó en una sucesión de trabajos sin futuro, llevando los libros de contabilidad de las empresas locales; Al dejó los estudios como un fracaso absoluto, no creo que aprobara ni un examen, y acabó abriendo tiendas de electrónica por toda la ciudad. Al final, creo que Al sintió lástima por papá y le ofreció un trabajo a tiempo completo llevando sus libros. —Alex se detuvo, dando vueltas a los posos de su café en su vaso—. Fue entonces cuando nuestra vida empezó a cambiar.

—¿Cambiar cómo?

—Nunca habíamos tenido dinero, nunca, pero en cuanto papá empezó a trabajar para Al, de repente tuvimos un televisor nuevo, una cocina nueva, nos fuimos de vacaciones al sur de Francia. Puede que no entiendas lo importante que fue, pero literalmente nunca nos íbamos de vacaciones, porque no podíamos permitírnoslo, y entonces, zas, ahí estábamos, en un hotel de Niza. Estuvo genial. Mamá y yo no nos podíamos quejar.

Se detuvo, con los pensamientos a la deriva por un momento, y pude intuir lo que se avecinaba: un pero, un vuelco de sus fortunas, la constatación de que algo era mentira.

—La cosa fue —dijo finalmente, su voz se fue apagando— que todo lo que mamá y yo pensábamos que poseíamos, papá sabía que no era así. Porque en realidad Al era dueño de todo.

—¿Qué quieres decir?

—Le había prestado dinero a papá para casi todo, le dijo que nunca tendría que devolvérselo porque éramos como de la familia para él. Nunca se había casado. No tenía hijos. Pasaba los fines de semana con nosotros, a la hora de comer... a veces era fácil olvidar que en realidad no vivía con nosotros. Cuando papá aceptó ese dinero, lo hizo a regañadientes, porque era un hombre orgulloso, pero confiaba en Al.

—¿Qué cambió?

—Así... —Chasqueó los dedos—. Al le dio la vuelta a todo. Se transformó por completo. Papá llegó a casa una noche, blanco como la nieve, y me dijo que Al quería que le devolviera todo lo que había pagado: muebles, vacaciones, todo. No había forma de que pudiéramos hacerlo. No teníamos miles de libras en una cuenta bancaria, y si vendíamos todos los muebles, ¿qué pasaba? No tendríamos nada. Papá dijo que Al incluso había pagado una parte de la hipoteca por nosotros. La casa en sí, todo lo que había en ella, no era de papá ni de mamá ni mío. Era de Al.

—¿Por qué de repente se volvió así?

—No lo sé, pero fue a peor. Papá se las arregló para mantener a mamá lejos de todo, pero ella pudo ver que, por ejemplo, dejó de comer. Estaba perdiendo peso, no podía concentrarse en nada. Me suplicó que no se lo dijera (surgió de nuevo su estúpido orgullo), y me prometió que lo solucionaría, así que una noche invitó a Al a casa cuando mamá no estaba, para intentar convencerlo.

—¿Y qué pasó?

—Fue un desastre.

—¿Por qué?

—Bajaron al sótano y Al perdió la cabeza. Golpeó a papá en la cara. Cuando mamá preguntó qué había pasado, le dijimos que se había caído mientras estábamos pescando en el lago. Papá no se atrevía a decírselo, incluso después de haber sido agredido, porque no se atrevía a confesarle que todo lo que había comprado para ella, la vida que había creado para ella, para todos nosotros, estaba a punto de desmoronarse; que nuestro hogar y todo lo que había en él desaparecerían.

Alex miró por la ventana.

—Esto duró unos meses —dijo—, y entonces a papá se le ocurrió una idea: le pagaríamos a Al con su propia moneda. Papá pensó que podría manipular los libros de contabilidad de Al con bastante facilidad. Al tenía tres tiendas, cada una de las cuales generaba mucho dinero; fue entonces cuando empezamos a hablar de quinientos de los grandes.

—¿Quinientos de los grandes?

—El dinero que le quitaríamos. —Me miró con culpabilidad en el rostro—. Empezaron siendo cincuenta de los grandes, lo justo para

cubrir parte de lo que le debíamos a Al. Pero luego aumentó. Cuanto más hablábamos de ello, más se convencía papá de que podía meter y sacar grandes cantidades de dinero del negocio sin que Al se diera cuenta. Y luego... y luego se nos fue de las manos, y de repente estábamos hablando de terminar con Al. De acabar con él. Con él fuera, no tendríamos que devolver nada del dinero. Nos lo quedaríamos, y mucho más.

—Se te ocurrió un plan para asesinarlo.

—Nos dejamos llevar por la idea, corrompidos por ella... —Entonces Alex pareció desvanecerse un poco—. Y al final lo hice. Pero, excepto aquella noche, nunca me lo había propuesto. Cuanto más nos acercábamos a la idea, menos seguros estábamos los dos, hasta que al final le dije a papá que sería mejor que yo fuera a hablar con Al. Estábamos cagados de miedo, así que accedió.

Pasamos junto a unas señales.

Ciento veinte kilómetros hasta Londres.

—Fui a encontrarme con Al en ese club de striptease en Harrow. Estaba borracho cuando llegué, sentado junto al escenario, dejando que esas strippers le restregaran las tetas por la cara. No estaba en condiciones de hablar. No estaba en condiciones de hacer nada. Pero lo intenté. Sin embargo, cada vez que intentaba razonar con él, me daba la espalda y me decía que no sabía de qué estaba hablando. Intenté darle una oportunidad, intenté que me la diera, pero al final la perdí. Le dije que se alejara de mi familia, que dejara de amenazarnos, a mi padre y a mi madre. Cuanta más compostura perdía, peor se ponía. Le dije que si volvía a acercarse a nosotros, lo mataría.

Se detuvo. Ambos sabíamos lo que venía a continuación.

—Le dije que lo mataría —dijo Alex con suavidad—, y eso es exactamente lo que hice. Mamá tenía el coche esa noche. Había

salido con unas amigas. Supongo que podría haber cogido el tren, pero era una hora y media, tendría que cambiar dos veces de estación, y no sé... quizá una parte de mí ya lo sabía; solo sabía que no quería que me pillaran por las cámaras en las calles de Harrow o esperando un tren en un andén. Con sinceridad, no fui allí para matarlo y, sin embargo, mis acciones, las cosas que hice antes de acabar en ese club de striptease... El pensamiento debió estar ahí. Con un coche, entré directamente en el aparcamiento sin ser visto. Con un coche alquilado, podía mentir en los datos del formulario, distanciarme por completo del vehículo. Busqué en todos los lugares de alquiler de la ciudad y encontré uno muy pequeño, atendido por un chico joven que solo trabajaba a tiempo parcial. Le enseñé mi DNI y luego rellené el formulario, y todo lo que puse era mentira. No comparó el DNI con el formulario. Me aproveché de eso, de él. Pero por eso nadie rastreó el vehículo hasta mí, al menos hasta que llegaste tú.

—¿Cómo acabó Al muerto fuera del club?

Asintió, aún dolido por el recuerdo de lo que había hecho.

—Salí del bar y me dirigí al coche, y él vino detrás de mí. Estaba tan borracho que apenas podía mantenerse en pie, y mucho menos caminar en línea recta, pero se abalanzó sobre mí y empezó a señalarme, clavándome el dedo en el centro del pecho. Empezó a decirme lo mierda que era mi padre. Había un par de personas fuera del bar fumando, pero en cuanto entraron, le di. Estaba tan borracho que no lo vio venir. Estallé. Ni siquiera me reconozco. Cuando estaba en el suelo..., le rompí la nariz con la suela de mi zapato.

Las luces de la autopista destellaron en sus ojos.

—Cuando por fin se levantó, estaba totalmente magullado, apenas podía hablar. Pero dijo: «Acabas de cometer un gran error, Alex. Intentaba ayudarte. Intentaba ayudar a tu madre. Viniste aquí por tu

padre, ¿verdad? Tu fantástico padre. Bueno, ¿por qué no vas y le preguntas sobre su sucio secreto en Wembley?».

—¿Qué quiso decir con eso?

Algo brillaba en sus ojos.

—Entré en el coche e intenté calmarme, pero entonces empezó otra vez. Estaba escupiendo sangre por todo el capó, mandándome a la mierda, diciéndome que haría un evento especial para disfrutar de cómo echaba a papá a la calle. Y entonces, antes de volver al club, me miró a través del parabrisas y me dijo: «Ve a preguntarle a tu padre por tu hermano».

Lo miré.

—¿Tu hermano?

Alex asintió con la cabeza. Ahora tenía lágrimas en la cara.

—Puse el pie en el acelerador y lo atropellé. Golpeó el centro del coche y salió volando por el lateral, como si no fuera nada; solo un trozo de cartón. Y lo dejé allí. Cuando lo miré a través del espejo, estaba tirado en un charco de sangre, y quieto. Absolutamente quieto.

Le di un momento.

—¿Tienes un hermano?

Alex asintió con la cabeza.

—Fui directo a casa y le conté a papá lo que había pasado, pero estaba en estado de shock. Me dejó ir. No sabía qué decirme, solo me dijo que desapareciera, que pasara desapercibido. Me enfadé, lo culpé de lo que había pasado, y le dije: «¿Ibas a contarme alguna vez lo de tu secreto en Wembley? ¿Lo de mi hermano?». Pero se

limitó a mirarme. No estoy seguro de que supiera siquiera por dónde empezar, y me di cuenta de que cuanto más tiempo esperara allí, con aquel coche fuera, destrozado y cubierto de sangre, más me ponía en peligro. Así que me despedí... y me fui.

—¿Nunca le preguntaste nada más a tu padre?

Alex sacudió la cabeza.

—Ni siquiera sé el nombre de mi hermano.

—Al lo llamó su sucio secreto, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Así que lo más probable es que Mary tampoco lo sepa?

Una pausa larga y desoladora.

—Exacto.

Y el resto se quedó sin decir: Mary no lo sabía, Alex nunca preguntó y el único hombre que podía contárselo todo ya no era capaz de recordar nada.

55

—¿Dónde fuiste después de irte de casa?

Era de noche, casi las nueve, y estábamos a quince kilómetros de mi casa, atrapados en un atasco a las afueras de Londres. Alex me miró y dijo:

—A Francia. Cogí mi tarjeta bancaria, saqué la máxima cantidad de dinero que me permitían en un día y me dirigí a Dover. Dejé allí el coche en un aparcamiento de larga estancia y luego encontré un pesquero con tres tripulantes dispuesto a llevarme al otro lado del Canal. No tenía pasaporte, así que les pagué lo que hiciera falta para cruzar.

—¿Qué hiciste en Francia?

—Trabajé en algunas porquerías, limpiando baños, sirviendo mesas en cafés. Intentaba no llamar la atención. No pasé más de tres meses en cada trabajo.

—¿Por si la policía estaba buscándote?

—Eso es.

—Entonces, ¿qué te trajo de vuelta?

—Echaba de menos mi casa. Acabé odiando todo de mi vida allí. Los trabajos eran terribles, los lugares en los que vivía eran peores. Pasé cinco años haciendo eso, y cada día me hundía más. Así que me quedé dando vueltas por el puerto de Le Havre, hasta que por fin encontré un barco que me llevara de regreso... y entonces fui a ver a Michael.

—¿Lo conocías de antes?

—Sí —dijo Alex—. Solía ser un amigo. Uno bueno. Cuando vivía con mamá y papá, él trabajaba en nuestra iglesia local. Por aquel entonces se hacía llamar Mat (Michael Anthony Tilton) hasta que se fue de viaje. Cuando volvió, aceptó ese trabajo en el este de Londres, y empecé a notar pequeños cambios en él. Ya no hablaba de su familia y se incomodaba cuando lo seguía llamando Mat, como si hubiera dejado atrás esa etapa de su vida. Andrew también lo estaba cambiando, supongo, solo que no con las drogas, la tortura y el miedo. Lo estaba haciendo más sutilmente; lavándole el cerebro, alterando su ADN. Fui a visitarlo a la iglesia varias veces antes de desaparecer. La última vez fue justo antes de matar a Al.

—¿Fue cuando compraste la tarjeta de cumpleaños para Kathy?

Alex asintió con la cabeza.

—¿Por qué acudiste a Michael después de volver de Francia?

—Pensé que él sabría qué hacer, que podría confiar en él. No podía acudir a papá, y definitivamente tampoco a mamá. No podía ir a ver a John, por su trabajo, y no quería arrastrar a Kathy a mis problemas. Pero pensé que Michael podría ayudarme, que podría entenderme y perdonarme. Se sorprendió cuando me presenté en la iglesia, pero, cuando se recompuso, me dijo que había hecho bien en acudir a él. Después hizo unas cuantas llamadas y lo siguiente que supe fue que me llevaban a la granja y, cuando llegué, sentí que todo iba a salir bien. Me hicieron una foto con una vieja Polaroid que tenían, me dejaron quedármela, hablaron conmigo, bromearon, me dijeron que todo iba a solucionarse. Dijeron que estaba con mi familia y que ya nadie podría hacerme daño. Pero eso duró medio día.

—¿Antes de qué?

—Antes de darme cuenta de que todo era una fachada. Estaba sentado con Michael y Stephen y, por casualidad, les di la espalda un segundo y me dejaron inconsciente. Me desperté en una habitación

con una cama y un cubo, y me tuvieron allí durante días. Semanas. Tal vez un mes. La verdad es que no lo sé. Y luego intentaron borrarme la memoria. Me metieron en el programa y, al cabo de un tiempo, noté que mi cuerpo suplicaba por las drogas, pero tenía algo de fuerza en mí. Me las arreglé para aferrarme a algo. Así, incluso en los momentos más oscuros, podía ver el contorno de las personas a las que quería. Pude ver a papá, antes de que todo saliera mal. Podía oír cosas que mamá me había dicho. Veía lugares en los que había estado con Kath. Utilicé eso como una forma de centrar mi atención y de compartimentar las cosas que eran importantes para mí.

Miró hacia los límites de la ciudad.

—¿Recuerdas que te dije que vi a Simon aquella noche en la granja? —preguntó.

—Sí.

—Al final me di cuenta de por qué lo trataban tan mal, como a un animal. —Se volvió hacia mí, pero yo ya me había adelantado, y con un movimiento de cabeza reconoció que tenía razón—. Simon fue el cuerpo del accidente de coche. Era yo.

—¿Por qué lo eligieron?

—Teníamos el mismo grupo sanguíneo. Lo recuerdo de cuando donábamos sangre en la universidad. Creo que a Andrew y a otros de la granja también les gustó la simetría: un amigo haciendo el último sacrificio por el otro. Pero creo que la razón principal era que Simon también había formado parte del programa, como yo, y había luchado contra él. Le habían dado drogas, pero él las rechazaba, una y otra vez, luchando contra ellos en todo. Al final dio una patada hacia atrás demasiado fuerte. Una noche, cuando una de las mujeres entró para decirle que se habían apagado las luces, se lanzó sobre ella. No murió, pero le rompió las costillas, el brazo.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Cuando salíamos del recinto anoche, hubo una chica que se cruzó con nosotros en las escaleras. Tú la viste. Dijiste que me reconocía, y yo dije que no importaba si lo hacía. Ella no sabría mi nombre. Era Rose. Estuvo conmigo un tiempo en la habitación de las anillas. La estaban castigando, como a mí. No hablaba por la noche, por Legión. Ella sabía que, por la noche, él nos vigilaba. Pero, de día, antes de que empezara a perderse en el programa, me hablaba un poco y me contaba cosas que había oído.

No hablamos más después de eso.

De vez en cuando me asomaba y lo veía jugando con sus encías. Llevaba una dentadura postiza, que más tarde me dijo que le había colocado un dentista, a cambio de dinero, en los meses transcurridos entre su huida de la granja y el encuentro con Mary por la calle. Vi las cicatrices en sus dedos, los moratones en su cara, los moratones en la mía, y empecé a darme cuenta de toda la gravedad de lo que había ocurrido en la granja; y entonces me pasé los últimos minutos de nuestro viaje mirando fijamente hacia delante, viendo cómo el coche se comía los últimos kilómetros, incapaz de pensar en una sola cosa que valiera la pena decir.

Aparqué en una estación de tren a un kilómetro y medio de mi casa y le di a Alex dinero suficiente para un billete, un lugar donde quedarse un tiempo y algo extra para comprarse ropa nueva y asearse. Salió del coche y me estrechó la mano, y mientras lo hacía le dije:

—Son las once de la noche, Alex. ¿Por qué no te quedas en mi casa a dormir?

—No puedo.

—¿A dónde vas a ir?

—No lo sé —dijo—. Pero creo que, cuanto menos tiempo pases conmigo y menos sepas a dónde voy y qué hago, mejor.

Se preparó para irse, pero luego se dio media vuelta.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—¿Sabes qué fue lo último que oí?

Lo miré.

—¿A qué te refieres?

—Por las drogas que nos daban.

—¿Qué pasa con eso?

—¿Sabes lo que oí cuando morí en esa cruz?

Sacudí la cabeza.

—No. ¿Qué?

«Es diferente para cada uno». Eso es lo que dijo Andrew.

—¿Qué oíste?

—Oí el mar.

Lo miré, un poco estupefacto. Él no sabía que eso era lo que yo también había oído, porque no se lo había dicho.

—Lo último que oí fue el mar —continuó—. Olas rompiendo, arena lavándose. El graznido de las gaviotas. Si es el último sonido que oigo en esta vida, no importará, porque ese sonido lo es todo para mí.

Le recordaba a Carcondrock.

Le recordaba a estar con Kathy.

Después, se dio la vuelta y desapareció entre la multitud.

56

Doce días después de que acudiera a mí por primera vez, me dirigí a casa de Mary por última vez. Era última hora de la tarde, todavía había nieve en el suelo, pequeños árboles de Navidad y muñecos de nieve en los jardines de las casas, y luces parpadeando en las ventanas. Habían pasado treinta y seis horas desde que habíamos salido de la granja y ya estaba en todas las noticias. Por los informes, era difícil saber si algo de lo que había quedado atrás nos relacionaba a Alex o a mí con lo que había ocurrido allí. Habíamos sido cuidadosos, exhaustivos en la limpieza, pero eso no significaba que estuviéramos aislados al cien por cien. Los alumnos nos habían visto allí, en el salón de la granja con ellos, aunque iba a ser difícil para los investigadores confiar en ellos como testigos: sus recuerdos habían sido borrados y, aunque fueran capaces de dar descripciones de nuestro aspecto, en lo que al mundo en general se refería, Alex llevaba muerto trece meses, y cualquier perfil que se pintara de mí podría confundirse con la misma facilidad con un instructor fugitivo.

Mientras aparcaba y salía, intenté no pensar demasiado en las consecuencias que tendría que la policía encontrase a alguno de los instructores: por un lado, quería que los encontrasen, porque merecían enfrentarse a la justicia; por otro, si los encontraban, probablemente me nombrarían a mí... y entonces me arrastrarían de nuevo.

En la puerta, mientras esperaba a que Mary respondiera, me toqué la espalda, presionando los bultos que tenía allí. Aún me dolía, pero ya estaba bien vendada y el dolor empezaba a desaparecer poco a poco, junto con los recuerdos del azote.

La puerta se abrió.

Mary vio que era yo y sonrió.

—David.

—Hola, Mary.

—Pasa —dijo, alejándose de la puerta. Me miró los moratones de la cara—. ¿Qué ha pasado? —preguntó, preocupada—. ¿Estás bien?

—Parece peor de lo que es.

Pasé junto a ella y entré en la casa.

—¿Has ido al médico? —preguntó.

—Sí —mentí—. Todo va bien.

No había visto a un médico, porque con un médico vendrían más preguntas, pero mi respuesta pareció aplacarla, y me dijo que me prepararía una bebida. Esperé en el salón, mirando por las ventanas al jardín trasero. La nieve seguía perfecta aquí: sin huellas de pisadas, rastros de pájaros ni hojas, como una extensión de tierra inexplorada.

Mary volvió con dos tazas de café y nos sentamos.

—¿Dónde está Malcolm? —le pregunté.

—Arriba.

Se encogió de hombros; una sonrisa triste.

—Algunos días son mejores que otros.

Sobre la mesa, delante de ella, coloqué el sobre que me había dado con el resto de su dinero. Lo miró, lo estudió, pero no lo cogió. En lugar de eso, sus ojos se volvieron hacia mí y me dijo:

—¿No necesitas más?

—No —respondí—. Eso es la mayor parte de lo que me pagaste.

En su rostro había poca emoción y me pregunté si ya se había convencido a sí misma de que todo había sido un error.

—¿Qué quieres decir?

—Está vivo.

—¿Alex?

—Sí.

Su boca se abrió un poco y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas: todas las dudas, todas las veces que se había dicho a sí misma que debía estar viendo cosas. Fue a hablar, pero las palabras se perdieron, así que se aclaró la garganta y volvió a intentarlo:

—¿Dónde está ahora?

—Está en Escocia —le dije, pero me costaba mirarla a los ojos.

Este era el plan que había acordado con Alex en el viaje desde Escocia. Había dicho que necesitaba tiempo para aclarar sus ideas, para decidir lo que iba a hacer. Me había dicho que deseaba desesperadamente ver a sus padres, pero, al volver, se ponía de nuevo en peligro, no de la gente de la granja esta vez, sino de la policía. En su pasado seguía estando el asesinato de Leyton Alan Green, un crimen con el que ahora se le relacionaba directamente a través de las huellas dactilares que había dejado en la Polaroid.

De alguna extraña manera, a Alex le resultó más fácil volver a entrar en el mundo de los vivos, porque tenía algo que lo anclaba a su pasado, recuerdos que se había negado a dejar escapar. Los otros alumnos no tenían nada, solo un espacio en blanco. Sin recuerdos de sus vidas anteriores, sin espacio en el que encajar de nuevo. Y,

sin embargo, Alex tuvo que enfrentarse a algo más. Algo igual de grande.

Un asesinato, y su culpabilidad.

—¿Hablaste con él? —dijo Mary.

—Sí. Por teléfono.

—¿Cómo sonaba?

—Sonaba bien —dije, intentando sonreír. Me resultaba incómodo, falso, y esperaba que ella no se diera cuenta—. Después de irse de casa, se fue a Francia —proseguí, alejándome de los detalles de cómo le había ido a Alex. Sin techo. A la fuga. Asustado—. Estuvo allí esos cinco años, hasta que volvió al Reino Unido.

—¿Por qué fue allí?

La miré y pensé en Al, y luego en Malcolm, en el hijo que había engendrado con otra. Al final, Alex y él habían sido iguales, ambos enterrando secretos de su pasado. Empecé a sentirme mal por Mary, incómodo por alimentarla con otra mentira, por aumentar el engaño que había destrozado a esta familia. Pero se lo había prometido a Alex. Así que hice una promesa: si Alex no volvía en dos semanas y le contaba todo a su madre, yo mismo lo haría. Se lo merecía.

Se merecía la verdad.

—¿Por qué se fue a Francia? —repitió.

La miré.

—No lo sé, Mary.

Después se derrumbó, llorando sobre la manga de su rebeca y tapándose la cara con el brazo. Brevemente, empecé a construir otra mentira; una forma de consolarla. Era una mentira sobre un amigo

mío que un día decidió que necesitaba separarse, aunque fuera por poco tiempo, para aclarar sus ideas y decidir qué quería hacer con su vida. Pero, al final, me detuve. Cuanto más profundizaba, más me alejaba de contarle una historia que sonara real, y no quería que Mary me descubriera.

—¿Qué hizo Alex en Francia? —preguntó cuando se hubo recuperado un poco.

—Solo trabajar.

—¿Buenos trabajos?

Sonreí.

—Probablemente diría que no.

Ella asintió, frotándose las palmas de las manos. Tenía las manos pequeñas y las uñas mordidas. Se acercó a la taza de café y colocó los dedos sobre ella, como si quisiera calentarlos.

—¿Cómo puede seguir vivo, David?

Sabía que lo preguntaría.

No quería contestar.

—Nunca llegamos tan lejos —dije—. Solo sé que te echa de menos y que te llamará. Me prometió que lo haría. Si no lo hace, averiguaré las razones.

Encima de nosotros, crujieron las tablas del suelo.

—Solo necesita un poco de tiempo, eso es todo.

Mary asintió y sus ojos se dirigieron al techo. Malcolm se movía por ahí arriba.

—Será mejor que vaya a ver si todo está bien. ¿Esperas aquí un segundo?

Le dije que lo haría.

Unos minutos después, bajó a Malcolm. Me miró sin comprender y luego empezó a decirle que tenía hambre. Ella lo acomodó frente al televisor y él volvió a preguntarle por la comida. Con calma, le dijo que había comido hacía una hora y que cenarían en un par. Pareció aceptarlo y se hundió en el sofá, con los ojos fijos en el televisor y los colores coloreándole la cara. Parecía viejo y cansado, apenas reaccionaba a las imágenes que observaba, y mientras Mary se dirigía al aparador del salón, rebuscando en sus cajones, pensé en cuántas conversaciones quedaron atrapadas tras los ojos de Malcolm, para no escapar jamás.

Me dio mucha pena.

Por Mary, por Alex.

Mary volvió del aparador con una bolsa de dulces.

—¿Quieres uno de estos, Malc? —preguntó.

El más mínimo detalle de su rostro se había convertido en algo importante para ella. Cuando una parte de su boca se crispó, ella lo tomó como un sí, sacó un caramelo y lo desenvolvió.

—Aquí tienes —dijo ella, deslizándoselo en la boca.

Sostuvo la bolsa de caramelos contra sí y observó cómo su marido se comía el dulce. Parecía disfrutarlo, una instantánea de normalidad que a ella le producía cierto placer.

—¿Quieres un caramelo, David?

Me tendió la bolsa.

—Claro —dije, cogiendo uno.

Nos dirigimos a la puerta principal y ella dijo en voz baja:

—Sé que debe parecer una estupidez, pero los caramelos son una de las únicas formas que tiene de interactuar conmigo estos días.

Salimos al porche y bajamos por el camino de entrada hacia mi coche. Pude verla afectada por la última frase, dolida por lo que había dicho. Una vez más, sentí una fuerte necesidad de decirle la verdad, de darle algo sustancial y, de nuevo, decidí contárselo todo en dos semanas si Alex no llamaba antes.

Mientras abría la cerradura del coche, un feroz viento invernal arrancó por la carretera e impactó con los dos.

—Estoy deseando que llegue el verano —dije.

Mary sonrió.

Y entonces, distante, algo me llegó, un ruido que reconocí, y volví la vista hacia la casa.

—¿Va todo bien, David?

Escuché.

—¿David?

Asentí.

—Sí, está todo bien.

Entré en el coche, cerré la puerta y bajé las ventanillas. Cuando Mary se acercó, desenvolví el caramelo y me lo metí en la boca.

—Gracias por tu ayuda, David —dijo.

—Todo saldrá bien, Mary.

—De acuerdo.

—Prometió que llamaría.

Volvió a sonreír, pero era una sonrisa plana, apagada.

—Tenías razón —dije—, tenías razón cuando viniste a mí, tenías razón al obligarme a creerte. Alex está vivo, eso es lo importante. Ahora tiene que averiguar algunas cosas. Y te lo prometo: si no te llama, si no te lo cuenta todo, lo haré yo. Conduciré hasta allí yo mismo, obtendré todas las respuestas de él. Obtendré la verdad.

—Gracias.

El viento volvió a rugir en la carretera, presionando las ventanillas del coche con tanta fuerza que crujieron. Mary dio un paso hacia un lado, empujada por el viento, y luego sonó el mismo ruido.

El que había reconocido.

Volví a mirar más allá de Mary hacia la casa, las cestas colgantes meciéndose, la puerta principal balanceándose suavemente sobre sus goznes, la nieve esparciéndose como un fino polvillo.

—¿Qué te pasa, David? —volvió a preguntar.

—Ese ruido...

Entonces lo vi.

En lo alto de la casa, casi una silueta a la luz del atardecer: una veleta. El viento la sacudió, haciéndola girar y, cuando el viento se calmó de nuevo, la veleta siguió girando, chirriando con suavidad, como si una parte de ella se hubiera soltado. Metal contra metal. Era un ruido que ya había oído antes.

En la granja.

La veleta era un ángel.

—¿De dónde la has sacado? —le pregunté, señalándola.

Volvió a mirar hacia la casa y, al hacerlo, me asaltó una segunda reacción, aún más poderosa que la primera.

«Mi boca».

—Malcolm la compró en una tienda antes de que le diera alzhéim...

Pero ya no la escuchaba.

«Junto a mi oreja, podía sentir el aliento de alguien, cálido y dulce como el olor de las gominolas». La noche que pasé en Bristol, antes de que me llevaran al bosque para matarme, me ataron a una silla en los restos de una fábrica, y el encargado intentó averiguar qué sabía. Había reconocido su voz.

Pensé que había sido Legión.

Una vez que llegué a la granja y lo conocí, tal vez incluso Andrew.

Pero no había sido ninguno de ellos.

Miré a Mary, a la veleta, a la casa.

Había sido Malcolm.

57

Abrí la puerta del coche y subí por el camino.

Detrás de mí, oí a Mary decir mi nombre, haciéndome una pregunta, pero yo ya estaba en la casa, empujando la puerta principal. En el sofá, al otro lado de la habitación, Malcolm había cambiado de postura, ahora de espaldas a mí.

—Malcolm.

Casi se cae del sofá.

Se dio la vuelta y, al ver quién era, sorprendido por el sonido de mi voz, levantó una mano, hizo un ruido; un gruñido. El miedo cruzó sus ojos.

—¿Todo esto es una actuación?

Cambió de posición en el sofá, moviéndose hacia donde había estado antes. Sus ojos iban de izquierda a derecha, asustados, confusos.

—No me hagas daño —gimió.

—Fuiste tú, en Bristol.

—¿Dónde está Mary?

Me acerqué un paso más.

—¿Ahora sí la recuerdas?

—¡Mary! —gritó, mirando más allá de mí.

—Malcolm —volví a decir—. ¿Me estás escuchando?

—¿Dónde está Ma...?

—Sé quién eres.

Ahora estaba de pie, al otro lado del sofá, frente a la ventana que daba al jardín. Volvió a mirarme por encima del hombro.

—¡Mary!

—Intentaste matarme.

—¡Mary! —volvió a gritar.

—Intentaste matarme.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se le fue el color de la cara. Ahora parecía realmente aterrorizado, pequeño, débil, enfermo, y eso me hizo dudar. ¿Me había equivocado?

—¿David?

Me giré. Mary estaba en la puerta.

—David, ¿qué demonios estás haciendo?

Sus ojos se desviaron de mí a Malcolm y luego volvieron a mirarme.

—Mary, yo...

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —dijo, y vino hacia mí, a mi lado, mirándome. Había lágrimas en sus ojos, pero ahora era fuerte, feroz, protegiendo a su marido. Miré de ella a Malcolm. ¿Qué había hecho?

—Coge lo que quieras —dijo Malcolm, débilmente.

Lo estudié.

«No. No, tengo razón. Tengo que tener razón».

—Intentaste matarme, Malcolm.

Mary respiró hondo.

—¿Qué?

—¡Coge lo que quieras! —gritó.

—Sabes que no estoy aquí para eso.

—¡Cógelo todo!

—¿Me estás escuchando, Malcolm? Intentaste matarme.

—¡Hay dinero en la cocina!

Hice una pausa.

—¿Ahora recuerdas dónde guarda Mary el dinero?

Se dio cuenta de lo que había dicho antes de terminar la frase. Pude ver cómo se estremecía, como si le hubieran sacado el aire de un puñetazo. Su escudo se fragmentó.

—¿Malcolm? —dijo Mary.

Miró a su mujer mientras las grietas empezaban a abrirse, pedazo a pedazo. Tras unos segundos, su cuerpo se relajó, se enderezó. Sonrió y extendió las manos.

—Me has pillado, David —dijo.

Esta vez su voz era diferente.

La misma que había oído en Bristol.

—¿Malcolm? —volvió a decir Mary, con la voz temblorosa. Se había dejado caer detrás de mí, con la mano tapándose la boca y los ojos muy abiertos. El cambio físico de su marido fue extraordinario: en apenas unos segundos, pareció rellenarse, cambiar su rostro, su físico. Se pasó una mano por el pelo, el caparazón desvanecido de un hombre ya desaparecido.

—Tú eres la razón por la que no podían matar a Alex.

No dijo nada, pero me di cuenta de que tenía razón.

—Así es como pudieron estar sobre mí desde el principio.

Se encogió de hombros, miró a Mary y luego a mí.

—La primera vez que viniste aquí, hablé con Andrew y le dije que podrías llegar a descubrirnos. Por eso envió a ese... monstruo a visitarte a Cornualles. Queríamos ver qué clase de hombre eras. Cuando Legión nos habló de la foto que tenías de Alex, supe que tendríamos que luchar contra ti. Estábamos protegiendo un secreto, y parte de él estaba contigo. Para cuando llegaste a Bristol, a la casa que teníamos allí, pensé que era necesaria una acción decisiva. Necesitaba resolver las cosas por mí mismo.

Me pasé una mano por la cara.

Magullado, maltratado.

—¿Cómo llegaste a Bristol sin que Mary lo supiera?

—Mary es enfermera. Hace turnos. La gente que trae aquí para cuidarme... —Una pausa, un encogimiento de hombros—. Son unos inútiles. Esa noche a los que vinieron... Los drogué. —Hizo como si se sacudiera el polvo de la ropa, como si lo estuviera quitando de la cubierta de un libro viejo—. Quería ver de primera mano a qué nos enfrentábamos.

Tenía muchas preguntas.

—¿Cómo te involucraste en todo esto?

—¿Involucrarme? Yo no me involucré, David. Yo dirigía todo.

—¿La granja?

—Todo. ¿A dónde crees que fue todo el dinero de Al?

—¿Cogiste los quinientos de los grandes?

—Más que eso.

—¿Cuánto?

—No importa. No lo podrás rastrear. El dinero ha pasado por el sistema y ha vuelto a salir. Al nos amenazó, nos amenazó a todos. Cogí lo que era mío.

—Mataste a Al.

—¿Qué? —oí la voz de Mary detrás de mí.

—No, yo no lo hice —dijo.

—¿Malc?

La miró a ella y luego a mí.

—Fue idea tuya —le dije—. Querías que se hiciera, pero no tuviste las agallas. Manipulaste a Alex, a tu propio hijo, para que hiciera lo que tú querías, y luego le diste la espalda cuando volvió aquí pidiendo tu ayuda.

—Nunca le pedí que hiciera nada.

—Eso es mentira.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él me lo dijo.

Volvió a mirar a Mary, yo también lo hice, y esperaba que ella pudiera ver lo que le estaba diciendo:

—Le hice una promesa a Alex. Le prometí que él mismo te contaría lo que había pasado. Pero no sabía lo de Malcolm —le dije—. Lo juro.

Solo me miró a mí y, luego, a su marido.

Se sentía perdida.

Me volví hacia él, aún más enfadado ahora, alimentado por el dolor en el rostro de Mary:

—Pusiste la semilla de una idea en su cabeza, trabajaste en ella, esperaste y rezaste para que lo hiciera... y luego, cuando lo llevó a cabo, le diste la espalda. ¿Tienes idea de lo que ha sufrido?

Malcolm sacudió la cabeza.

—Me diviertes, David. No tienes ni idea de lo que es criar a un hijo. Ni idea. Quería a Alex, lo quería, pero era un imprudente. Lo que hizo fue estúpido. Hablar de ello y hacerlo son dos cosas totalmente distintas. Se ofreció a hablar con Al, no a conducir un coche y atropellarlo con él. Cuando vino a verme después, esperaba que lo apoyara en sus acciones. Pero lo que había hecho estaba mal. Le dije que se fuera a algún sitio y pasara desapercibido. Me desgarró el corazón, pero era la mejor forma de protegerlo. No esperaba que desapareciera durante cinco malditos años.

—Te estabas protegiendo.

—Estaba protegiendo a nuestro hijo.

—¿Protegiéndolo? ¿Cómo lo protegías cuando volvió el año pasado? ¿Acordando con Michael que lo enviase a esa granja? Estás loco. ¿Tienes idea de lo que le hacían a la gente allí arriba? Era un matadero.

—No lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Apareció en la puerta de Michael después de cinco años, no iba a pasar mucho tiempo antes de que empezara a dejar un rastro hasta llegar a Al. Lo quería lejos de los lugares que podrían lastimarlo. No quería que tuviera que ir a la cárcel.

—Intentaste borrarle la memoria.

—Lo has entendido todo mal, David. Me protegí al principio. Tuve que hacerlo. El coche que Alex había alquilado apareció en Dover con la sangre de Al por todas partes, y la policía vino aquí y me hizo preguntas sobre Al porque yo era la persona que lo conocía mejor. Éramos amigos desde hacía décadas. Pero para entonces yo ya había decidido utilizar esta enfermedad como tapadera, lo que se lo puso difícil. Mary respondió a la mayoría de sus preguntas. Ella podía manejar eso. Eran preguntas genéricas. Me di cuenta de que no tenían ni idea de por dónde empezar ni de quién había conducido el coche de alquiler. Pero no eran ellos los que me preocupaban. Esa era la primera línea. Si llegaba más lejos, sacarían a sus mejores soldados. Eso era lo que me causaría problemas de verdad. Pero, al final, no volvimos a saber nada de la policía. Y a esas alturas yo ya había optado por esta vía.

—¿Y eso fue todo?

No respondió.

Pero pude ver la respuesta en su cara.

No era solo eso, mentir a la policía, al mundo, a su mujer. Sino que sería Mary despertándose un día, dentro de un mes, o dentro de un año, y descubriendo que él ya no estaba.

Y solo entonces lo sabría.

Que todo en su vida había sido una mentira.

58

—Nadie quería a Alex en la granja —continuó Malcolm—. Nadie. Andrew luchó contra mí, Legión también, incluso Michael no sabía si era una buena idea. Michael. Era un chico al que conocía desde que asistía a la iglesia de la calle de abajo, un chico que vio cómo apuñalaban a su hermano hasta la muerte cuando traficaba con éxtasis. Un chico que intentó alejarse, irse de viaje, pero volvió porque no tenía nada aquí y nada allí fuera. Sus padres habían muerto. Lo acogí, le hablé de lo que hacíamos y de lo que podía aportar a nuestra causa. Le cambié la vida. Yo lo ayudé. Y, cuando le pedí una cosa, me la cuestionó.

—¿Malcolm? —dijo Mary desde detrás de nosotros otra vez.

Ni siquiera la miró.

—No lo entiendes.

—Sabías lo que le harían a Alex allí arriba.

—Lo sabía porque me lo contaron —dijo—. Después de que se fuera, pensé en Alex todos los días durante cinco años. Creí que estaba muerto. Entonces, cuando volvió, cuando fue a ver a Michael, supe que la siguiente etapa de su vida podría ser aún más dura para nosotros que la anterior. Porque tuve que aprender a conocer de nuevo a mi hijo a través de otras personas; a través de Michael, Andrew y los demás en la granja. Y Alex tuvo que olvidar para poder seguir viviendo. Fue doloroso para mí, pero lo ayudé. Le di un camino, una salida. Pero él no podía saber que la granja era mía. No podía saber que yo sí sabía de él. Habría sido demasiado duro para él.

Dio un largo suspiro y se sentó en el borde del sofá. Oí a Mary resoplar, capté el movimiento mientras se limpiaba la nariz con un

pañuelo.

—Hace ocho años —dijo Malcolm, más tranquilo ahora—, el 29 de mayo de 2001, yo trabajaba en un banco a tiempo parcial, llevando la contabilidad, y me hice amigo del director de la sucursal. Después del trabajo, me habló de un tipo que había llegado ese día y que quería montar una clínica de rehabilitación para chicos con problemas; un lugar al que pudieran acudir y empezar de nuevo. Este gestor no sabía cómo demonios le iba a devolver el préstamo. El tipo tampoco lo sabía, no tenía ni idea de cómo iba a ganar dinero con ello, y además tenía antecedentes penales. Así que, por supuesto, el banco lo rechazó. Habría sido un suicidio financiero haberle dicho que sí.

—Andrew —dije, recordando su historia sobre la mujer con la que había estado tras salir de la cárcel, el hijo que había perdido y cómo la había encontrado muerta en el baño.

—Entonces empecé a sentirme muy identificado con la idea.

—El hermano de Alex.

Por primera vez miró a Mary.

—Sí.

—¿Qué? —preguntó ella, ahora a mi lado—. ¿Qué?

—Vi morir joven a otra persona a la que quería —dijo Malcolm—, esa vez con una aguja en el brazo, y no iba a quedarme de brazos cruzados viendo cómo otros hacían lo mismo.

De repente, algo más encajó en su sitio.

—El chico de la fotografía —dije.

Pensé en el niño que daba patadas a un balón en la foto que Jade me había enseñado la noche en que había muerto, en el informe del periódico sobre su muerte clavado en la pared del piso de Brixton y en Lázaro en la granja.

«Esta es la razón por la que lo hacemos».

—El chico era tuyo.

Malcolm asintió.

Mary hizo un pequeño ruido. Eso me sorprendió, pero no me volví para mirarla. Malcolm estaba en plena efervescencia, alimentándose del hecho de que por fin podía decir lo que había guardado, y no quería que se distrajera. Quería saberlo todo.

—¿De quién era hijo?

—De una stripper del Sinderella's —dijo—. Al y yo solíamos ir allí todo el tiempo. Pero al final no era más que una yonqui que se vendía para financiar su adicción. Sin embargo, el chico era maravilloso. Intentaba ir a verlo siempre que podía. Esa fue en parte la razón por la que acepté el trabajo con Al, porque su oficina estaba en Harrow y Robert vivía en Wembley. —Hizo una pausa y me miró —. Pero entonces Al lo descubrió.

—¿Al chico?

—Un día me vio llevando a Robert a la escuela.

—Por eso se volvió loco.

—Sí. Cuando se enteró de quién era Robert, quería que se lo dijera a Mary. Me negué. Dijo que se lo diría él mismo. Así que lo amenacé, le dije que lo mataría si contaba algo. Dijo que si no se lo contaba, recuperaría todo lo que era suyo. No creo que creyera que lo mataría. Así que se convirtió en un enfrentamiento. Lo irónico era

que Mary odiaba a Al, pero, al final, lo único que Al hacía era intentar protegerla.

—Pero Mary nunca se enteró.

—No. Durante dos meses, Al amenazó con decírselo. Intenté cerrar todas las demás vías, como pagar a la madre de Robert para que mantuviera la boca cerrada. Pero acabó usando el dinero para comprar drogas. Un día, pasé por allí y encontré una marca de aguja en el brazo del crío. Tenía diez años. Si hubiera sabido que eso iba a pasar, la habría matado y lo habría traído aquí. Lo habría hecho, sin siquiera pararme a pensarlo. Al final, ella solo era una prostituta. Nadie la habría echado de menos. Pero, un par de días después, me llamó por teléfono y me dijo que lo habían encontrado en el Támesis. Había tenido una sobredosis. Un niño de diez años.

Niño de 10 años encontrado flotando en el Támesis.

—Al no tenía nada contra mí entonces, no una vez que el chico estaba muerto, pero todo lo que sentía era rabia. Todo lo que quería era golpear a alguien. Le sugerí a Alex que tomáramos su dinero. Ese fue el primer paso. Pero no fue suficiente. No calmó nada. Así que empecé a pensar en matar a Al, lo pensé mucho. Y después Alex fue quien lo mató. Cuando ocurrió, de repente me pareció terrible. Pero después de que Alex se fuera, empecé a sentir la rabia de nuevo, carcomiéndome, esa rabia contra Al por la forma en que me había amenazado antes de morir. No podía reprimirla, no podía reprimir el odio que sentía por él, incluso después de que lo enterraran..., pero, más que eso, era la rabia que sentía por la madre de Robert. Esa maldita perra no mostró nada. Ningún remordimiento.

Se detuvo, mirándose las manos.

—Llamé al director del banco para el que trabajaba, me dio el número de Andrew y le pregunté si había puesto en marcha su empresa. Me dijo que sí, pero que era pequeña y que no tenía

dinero para financiarla. Así que le dije que le prestaría el dinero para hacerlo bien. El dinero de Al. Andrew y yo nos hicimos íntimos, nos llevábamos bien, pero todo el tiempo, incluso cuando compraron la granja y las cosas empezaron a ir mejor, la rabia me quemaba por dentro. Esa perra se había olvidado de Robert en el momento en que lo enterramos. Creo que si hubiera mostrado siquiera un segundo de culpabilidad, la habría dejado vivir. Pero no lo hizo. Se alegró de librarse de la responsabilidad.

—Entonces, ¿la mataste?

—Le pregunté a Andrew si conocía a alguien. Dijo que sí, a un tipo con el que estuvo en el ejército, y fue entonces cuando envió a Legión a verla.

—Tan fácil como eso.

—Uno se arrepiente de algunas cosas. Yo no me arrepiento de aquello.

—¿Qué hay de los otros chicos que mataste? ¿Te arrepientes de sus muertes?

—Intentamos salvarlos.

—Tú los asesinaste.

—No murió nadie que no se lo mereciera.

—¿Se lo merecía Simon?

—Simon —dijo, con disgusto en la cara.

—¿Se lo merecía?

—Simon se convirtió en un problema.

—¿Porque se negó a entregar sus recuerdos?

—¡No! ¡Porque casi mata a golpes a un instructor! Nunca quise la violencia. Solo quería la ayuda de Legión para eso. Ella mató a mi chico. Se lo merecía. Pero ocurrieron cosas allí arriba, y empecé a darme cuenta de que era la única forma de protegernos. Había que proteger lo que habíamos construido y por lo que habíamos trabajado. Y, al final, utilizar las habilidades de Legión me permitió proteger lo que más me importaba. Protegió a Alex, lo que le pasó a Simon protegió a Alex.

—Pero tú asesinaste a Simon.

—Le dimos una oportunidad, pero nos la echó en cara. Algunos de estos chicos eran muy desagradecidos. Cuando se defendían, ¿qué demonios se suponía que teníamos que hacer con ellos? No podían volver atrás. No podíamos devolverlos a la calle. Habrían hablado con la gente y nos habrían descubierto, y todo lo que habíamos construido se habría venido abajo. No nos dejaron otra opción.

—¿Y Alex?

Se detuvo un momento.

—Andrew y los otros cometieron errores con Alex. Errores terribles. Alex no era como los otros chicos a los que intentamos ayudar. Él no llegó en una camilla con una aguja en el brazo. No había pasado años siendo violado y maltratado. Le trataban de forma diferente, como debía ser tratado. No con las mismas drogas. No en el mismo programa. Pero a ese bicho raro no le gustaba, y al final tampoco a Andrew. Pusieron a Alex en el programa regular cuando no debería haber estado ni cerca. Lo pusieron porque pensaron que no merecía un trato especial. ¡Era mi maldito hijo! Se merecía un trato especial. Todo lo que había hecho por ellos, todo el dinero que había invertido en ese proyecto, y me lo pagaron así.

Hizo una pausa, mirándome, y después dirigió la mirada detrás de mí.

—Andrew solía llamarme cuando Mary estaba fuera y yo escuchaba sus informes sobre Alex, sobre lo que le estaban haciendo, y sabía que saldría mal. ¿Ponerlo en el programa solo porque les hablaba con un tono de voz equivocado? Fue un error de apreciación. Pero me sentí impotente para intervenir. Sabía que Alex lucharía contra las drogas, sabía que lucharía contra la contención. Alex era un luchador.

Me miró; creyó ver algo en mi cara.

—Me importa una mierda lo que pienses —dijo.

—Protegiste a tu hijo enviándolo a un lugar donde le harían olvidarse de ti como tú fingiste olvidarte de él. Eso no fue por su bien.

Hice una pausa, pensé que lo tenía.

Pero me equivoqué.

La más pequeña de las sonrisas se dibujó en el rostro de Malcolm y, con sumo cuidado, se llevó la mano al bolsillo de los pantalones y sacó un teléfono.

Estaba encendido.

Había llamado a alguien, lo había hecho mientras el teléfono estaba en su bolsillo. Tal vez habían oído parte de la conversación. Tal vez sabían lo que estaba pasando aquí.

Tal vez estaban cerca.

Lo pensé demasiado tarde. Mientras intentaba imaginarme cómo de cerca podían estar, sentí algo en el lateral de mi cuello. Un cuchillo. Giré la cabeza un centímetro a la izquierda.

En la ventana, en el reflejo, vi quién era; lo vi mirarme. Tenía a Mary pegada a él, con los dedos enroscados en su brazo y la boca cubierta por su mano. Era la razón por la que de repente se había quedado tan callada.

Michael.

59

—Te dije que te no fueras por ese camino —dijo Michael—. Intenté ayudarte. Todo lo que quería era volver a ayudar a los necesitados.

—Te has metido con la gente equivocada, David —dijo Malcolm, acercándose al sofá—. En cuanto Mary fue a hablar contigo, supe que acabaría así. Con violencia, con derramamiento de sangre.

Miré a mi alrededor.

Nada que agarrar.

Ni un arma.

—No se renuncia a los secretos que merece la pena proteger —dijo. Se acercó a mí, nariz contra nariz—. No sin luchar, al menos. Nos habéis herido y matado y, habéis llamado a la policía, pero el bien siempre triunfará sobre el mal.

Michael le pasó a Malcolm el cuchillo por encima del hombro.

—Voy a disfrutar con esto —dijo, cogiéndolo. Era un cuchillo de caza, con una hoja de unos veinte centímetros con el filo dentado. Lo giró en su mano y lo levantó hacia mí, la punta de la hoja perturbando el aire frente a mi cara—. Voy a...

Detrás de mí, Mary intentó gritar, como si pudiera ver lo que venía a continuación, y los ojos de Malcolm se dirigieron un instante hacia ella.

Me moví con rapidez.

Embestí a Malcolm y caímos de espaldas sobre el sofá. Al aterrizar, mi cráneo se golpeó contra el lateral de la mesita. Por un momento

me quedé aturdido, con la cabeza martilleándome, incapaz de orientarme... y luego volví al presente.

Malcolm se puso en pie, con el cuchillo aún en la mano.

Volví a mirar a Michael.

Había cogido un atizador de la chimenea y había empujado a Mary a un lado: ella estaba encogida junto a uno de los sofás, obviamente aún intentando procesar lo que estaba viendo. Su marido. El hombre que una vez había sido amigo de su hijo. El cuchillo. La violencia. Volví a mirar a Malcolm, que tenía una mueca en su rostro, de ira, de odio, y luego a Michael, que agarraba el atizador de hierro, dirigiéndose hacia mí desde el otro lado. Me superaban en número. No había nada con lo que defenderme. Tenía que ganar tiempo.

Me levanté de un salto y me dirigí a la cocina.

La puerta del sótano estaba abierta.

Las luces estaban apagadas.

Bajé las escaleras tan rápido que casi me caigo por ellas. Por encima de mí, podía oír movimiento, pero no mucho. Un crujido ocasional. Un susurro corto. Intenté que mis ojos se adaptaran más rápido a la oscuridad, pero, incapaz de determinar con exactitud lo que me rodeaba, me dirigí hacia la pared del fondo y miré a través del espacio hacia las escaleras, sabiendo que eso me daba una pequeña ventaja. La luz se filtraba desde la cocina: yo podría verlos desde allí, pero ellos no podrían verme a mí.

Entonces se encendieron las luces.

Estaba cegado, todo era un muro de luz blanca. Pero un momento después, cuando mis ojos empezaron a acostumbrarse, los vi bajando las escaleras: Malcolm de dos en dos, con el cuchillo

delante; Michael muy cerca detrás de él, con las dos manos en el atizador.

Miré a mi alrededor.

A unos dos metros a mi derecha había un bastón. Era delgado y quebradizo, pero el mango era una dura bola de madera. Lo agarré y lo giré sobre su extremo.

Al pie de la escalera, vi brevemente a Malcolm, a través de un montón de cajas viejas, alcanzando un interruptor de la luz. Miró hacia atrás, con los ojos entrecerrados y el cuchillo relampagueando.

Apagó las luces.

Oscuridad.

De repente, el sonido cobró importancia. Los oí arrastrar los pies. Recolocarse. Uno de ellos dijo algo en voz baja, pero no lo suficiente. Sonaba como Malcolm.

El sótano era un laberinto de pilares, de cajas de cartón apiladas a tres y cuatro alturas; de muebles viejos y armarios. No podía orientarme en la oscuridad, así que me agaché hacia la derecha y me dirigí hacia la esquina de la habitación. En la quietud, podía oír el viento que pasaba por los conductos de ventilación, bajando desde la cocina. No estaba lejos de las escaleras, tal vez a tres o cuatro metros, y pensé brevemente en escapar, en llegar a la cocina y encerrarlos allí.

Pero no sabía si había cerradura en la puerta.

O lo cerca que estaban ellos de las escaleras.

Entonces, mientras mis ojos seguían adaptándose a la penumbra, vi movimiento justo delante de mí, entre dos torres de cajas. Michael.

Se acercaba a mí sin darse cuenta, nervioso, tímido, con el atizador por delante, como una espada.

Estaba fuera de su alcance.

Agarré el bastón y me deslicé hacia abajo, apoyándome en la pared. Miró hacia delante, un poco a mi izquierda, donde se apilaba parte del material de jardinería, y luego en la dirección por la que había venido. «Sigue acercándote». Todavía estaba demasiado lejos.

En cuestión de segundos, algo más me llamó la atención. Ligeramente detrás de él y a la derecha, entre las escaleras y una hilera de muebles viejos, pude ver a Malcolm. Avanzaba más despacio que Michael, con más confianza, con el cuchillo a su lado, casi contra la pierna. Era un movimiento inteligente: intentaba evitar que la hoja captara cualquier vago rastro de luz. Al llegar a la escalera se detuvo, consciente de que podía ser delatado por el resplandor de la cocina, y cambió de dirección, desapareciendo de la vista.

Ahora no podía verlo.

Solo a Michael.

Esperé, pero Malcolm no reaparecía, y cuanto más esperaba, más se acercaba Michael. Un metro y medio. Uno. «Va a descubrirme en cualquier momento», y entonces lo hizo.

Antes de que tuviera ocasión de reaccionar, de levantar el atizador, me lancé a por él, utilizando la pared como trampolín. Le golpeé dos veces: una en el costado de la rodilla, y el impacto lo derrumbó, su pierna cedió y su cuerpo cayó de lado; y luego una segunda vez, en la parte superior del pecho, haciéndole retorcerse. Aulló de dolor, el atizador se le escapó de las manos y se estrelló contra el suelo.

Apenas había tenido tiempo de asimilar lo que estaba ocurriendo cuando Malcolm se me acercó por la derecha, rodeando una torre de

cajas de cartón. Salté hacia atrás, el cuchillo atravesó el espacio que yo había ocupado segundos antes, y entonces me balanceé sobre mis talones y avancé, aprovechando el impulso de Malcolm que lo llevaba hacia mí.

Lo agarré de la muñeca, apartando el cuchillo de mí, pero empujé demasiado fuerte y demasiado rápido y el movimiento nos desequilibró a los dos. Nos movimos dando tumbos, sujetos el uno al otro, entre una serie de cajas. El cuchillo salió disparado, pero había perdido mi agarre sobre él, y ahora estaba frente a mí, de pie, empujando cajas para que no pudiera alcanzarlo. Cuando intenté levantarme, empujó una vieja estantería alejándola de la pared, sus estantes crujieron y los libros se deslizaron hacia mí, y entonces la estantería también se cayó.

Chocó contra mi cuerpo.

Me quedé sin aliento, aturdido.

—Estaba dispuesto a darte una segunda oportunidad, David —dijo ahogado, buscando su cuchillo—. ¿Te acuerdas? Te dijimos que no te involucraras.

Se limpió un poco de sangre de la nariz.

—Pero esta vez no puedo ayudarte.

Intenté apartar la estantería de mí, pero era de roble, pesada, muy pesada, y notaba cómo las viejas heridas salían a la superficie, atrapándome, paralizándome.

«Venga, vamos. Venga, vamos».

Intenté quitármelo de encima.

«Por favor. Así no».

«Venga, vamos».

Estaba de espaldas a mí buscando el cuchillo.

Entonces, en mi mano, sentí algo.

El bastón.

Giré la cabeza y, a mi lado, a un metro de distancia, vi a Mary. Estaba acurrucada en un rincón, parcialmente iluminada por la luz del piso de arriba, oculta a la vista tras un triángulo de viejos botes de pintura. Había bajado hasta el sótano. Las lágrimas le corrían por la cara, sus ojos seguían a Malcolm, y cuando me miró, comprendí por qué se había arriesgado: viniera lo que viniera después, le pasara lo que le pasara a su marido, fuera cual fuera la verdad sobre su hijo, tenía que ser mejor que todo esto.

Salió de su escondite, vino hacia mí y empezó a empujar. Yo hice lo mismo. La estantería se movió un centímetro, otro, otro, hasta que estuvo lo bastante lejos de mi cuerpo como para que pudiera escurrirme por debajo de ella. Cayó al suelo con un ruido sordo.

Malcolm se volvió, se agachó y cogió el cuchillo.

Le di en la nuca. El impacto sonó suave y hueco, y él cayó como si todos los músculos de su cuerpo hubieran dejado de funcionar. Esperé a que volviera a atacarme, a que volviera a pelear conmigo, pero no lo hizo. Estaba quieto.

Me volví hacia Mary.

—¿Estás bien?

Asintió.

—Gracias —dije.

Pero ella no contestó, con los ojos fijos en su marido, desmayado en el suelo de la casa que compartían; un hombre con el que había vivido y al que conocía desde hacía más de treinta años.

O, más bien, un hombre al que no conocía de nada.

60

Hablé con Mary unas dos semanas después de que la policía nos sacara de la casa a Malcolm, Michael y a mí. Como era de esperar, lloró desconsoladamente. Había perdido a su hijo, y ahora había perdido también a su marido, el hombre al que había cuidado durante años. Cada día había estado a su lado porque cada día temía que fuera el último.

No le dije que sabía cómo se sentía.

Derryn siempre formaría parte de mí, su cara y su voz tan claras en mi cabeza. Para Mary, Malcolm solo sería un reflejo oscurecido por algunos retazos; un mito.

Miré a Malcolm mientras salíamos de la casa esposados y en sus ojos vi lo que teníamos que hacer. Yo no mencionaría a la chica que había tenido a su hijo ni a Simon ni a todos los demás que murieron en la granja o fueron sacrificados en ella, y ni él ni Michael mencionarían mi participación en las muertes de Jason, Zack, Andrew o Legión. Fue un intercambio bueno para todos. Mientras yo permanecía en silencio, su hijo estaba oculto, la verdad sobre la muerte de Leyton Alan Green también, y él y Michael llegaron a culpar de todo a la granja, todas las muertes, todo el sufrimiento, a las personas que se habían quedado para dirigirla. Afirmaría que no tenía ni idea de lo que estaba pasando; Michael también.

Se me atascó en la garganta, y eso significaba que tenía que convencer a Mary, mientras hablaba con ella por teléfono, de que no mencionara nada de lo que Malcolm había contado al final.

Más engaño, más ficción.

Liz se sentó conmigo durante los interrogatorios, casi siempre en silencio, ya que desde el principio resultó obvio que la policía no iba

a acusarme de nada. Podían ver mis heridas. Podían ver con qué clase de gente estaban tratando. Sin embargo, más difícil que mentir a los detectives sobre las cosas que había hecho era mentirle a ella. Creo que, en el fondo, sabía que no estaba siendo del todo sincero, pero nunca dijo nada, y una parte de mí la apreciaba aún más por eso.

Unos diez días después, ocurrió algo bueno.

Mientras la luz del sol invernal se abría paso entre los árboles, Mary recibió una llamada en el hospital. Era su primer día de vuelta y acababa de terminar un turno de noche. A la persona que llamó le dijeron que Mary seguía en la sala y que podía volver a llamar o esperar. Le dijo a la enfermera que esperaría. Diez minutos más tarde, cuando Mary regresó a su puesto, descolgó el teléfono, pensando que sería la policía.

Pero no era así.

Era Alex.

Había vuelto a Francia y quería que ella fuera a verlo.

Volví a Carcondrock unos quince días después de que Malcolm y Michael intentaran matarme, y enterré la caja llena de fotografías, porque me pareció lo correcto. Llamé a Kathy para contarle algunas de las cosas que había averiguado, y luego hice lo mismo con John Cary, pero no llegué a decirles que Alex estaba vivo. Eso, como con Mary, era cosa del propio Alex.

Cuando tapé el agujero después de enterrar la caja, no había suficiente arena. La parte superior del agujero se hundió, dándole un aspecto perturbado. No quería dejarlo así, y al principio intenté taparlo, pero luego empecé a pensar que había una especie de simbolismo en que se quedara así. Porque cada uno de esos recuerdos de la caja, cada fotografía, cada línea de la carta, también habían sido un poco perturbados.

61

La noche que volví de Carcondrock, mi casa parecía diferente. No podía explicarlo, ni siquiera estaba seguro de que lo era, pero algo había cambiado. O quizá lo había hecho yo.

No puse la tele, como hacía siempre al llegar a casa. Olvidé esa costumbre. Me duché, me cambié y, de pie, en el dormitorio que una vez compartí con mi mujer, sentí una extraña compulsión por estar allí, entre las cosas de Derryn.

Sentado en el borde de la cama, empecé a revisar los cajones de su cómoda, los de nuestra mesilla de noche, su armario, los libros alineados en las estanterías, y la siguiente vez que realmente estuve lúcido, consciente de lo que estaba haciendo, eran las tres de la madrugada, y me había quedado dormido en nuestra cama. No había descansado ni una sola noche en ella en un año, pero ahora que había vuelto, dormí sin necesitar el sonido de la televisión para romper el silencio ni la distancia del sofá al dormitorio para tranquilizarme.

Y, cuando volví a marcharme, mis pensamientos sobre Derryn, de ella mirándome desde la mecedora que solíamos tener en el porche trasero, de repente se tornaron muy claros. Me invadió la sensación de que era el final de una etapa de mi vida y el comienzo de otra.

No sé cuánto tiempo pasó, pero lo que empezó como un ruido abstracto en la periferia, me consumió rápidamente y luego me arrastró con él. Y mientras caía en la oscuridad del sueño, la oscuridad que ya no me asustaba, la oscuridad que me llevaba bajo la superficie, por fin me di cuenta de lo que era.

Era el sonido del mar.

Agradecimientos

Son muchas las personas que han colaborado en la redacción de este libro.

Mi agente Camilla Wray ha sido una fuente constante de orientación y ánimo, y siempre está armada hasta los dientes con ideas y sugerencias increíbles. Un gran agradecimiento a todos los demás en Darley Anderson también.

El equipo de Michael Joseph —y a Penguin en su conjunto— es increíble, y me siento muy afortunado de haber tenido la oportunidad de trabajar con ellos. Un agradecimiento especial a mi editora, Stefanie Bierwerth, cuyo ojo para las historias ayudó a mejorar enormemente la novela cuando llegó a su mesa. También tuvo la amabilidad de darme su opinión en otros ámbitos de la publicación cuando en realidad no tenía por qué hacerlo. Gracias también a Rowland White.

Por su fe y su apoyo: a mamá y papá, cuya fe nunca flaqueó y a quienes tengo tanto que agradecer; a mi hermanita Lucy; y a mi familia, tanto en el Reino Unido como en Sudáfrica. Y por último, a las dos chicas de mi vida: a Erin, a quien quiero más que a nada en el mundo, incluso al fútbol, y a mi compañera de fechorías, Sharlé, que tuvo que aparcar sus tardes y fines de semana durante dos años, pero que ha estado ahí desde antes de que el libro fuera siquiera una idea y que es, sencillamente, la mejor.

UN THRILLER DE DAVID RAKER

TIM WEAVER

PERSIGUIENDO A LOS MUERTOS

ENTERRÓ A SU HIJO.

PERO ACABA DE VERLO VIVO.



